

NAVAL



UN NOMBRE QUE FUE

CHILE

LUIS OSSES GUÍNEZ

NAVAL,
UN NOMBRE QUE FUE CHILE

TODO CUANTO ESTA OBRA PUEDA
LOGRAR EN EXITO LO DEDICO SINCERA-
MENTE AL CARIÑO IMPAGABLE DE MI
PADRE, MIS HERMANOS JORGE, MUNDO,
BERTA, ANA Y CHELA.

TODO CUANTO ESFUERZO Y SACRI-
FICIO HE GASTADO A ZITA, QUE LOS
HA COMPARTIDO EN MUCHO.

Y MIS AMBICIONES Y ANHELOS A
TODOS QUIENES HAN CONFIADO EN
MI.

Luis Osses Guíñez.

Esta obra aparece bajo el mandato de la
siguiente directiva del Club de Deportes Na-
val de Talcahuano:

Presidente: Enrique Campos Pastor
Vice-Presidente: Ricardo León Falcone
Secretario: José Rojas Villarroel
Pro-Secretario: Oscar Ulises Parra
Tesorero: Rafael González Cornejo
Pro-Tesorero: Ricardo Gallardo F.

¡GRACIAS!

Es difícil imaginarse la fuerza con que el autor dirige esta palabra a todos los nombres de personas o instituciones que aparecen a continuación; difícil porque no existen signos lo suficientemente expresivos para reflejarla y porque tan grande es la gratitud que la palabra encierra. Podría agregarse el porqué, pero tanto ellos como el autor lo saben y todos sabemos la satisfacción de haber contribuido a crear, a realizar.

Gracias pues señores:

ROLANDO LOBOS L.
GUILLERMO VILLAFANE L.
ROLANDO MERINO REYES
JUAN BIANCHI B.
ALFREDO PACHECO B.
SERGIO GONZALEZ M.
ENRIQUE VERNIER O.
CRISTINA VELOSO V.
EMILIO VELOSO O.
RAUL PARADA R.
HAROLD JACOBSEN K.
ANTONIO BERMUDEZ
LIONEL OSBEN
LUIS FIGUEROA P.
ARTURO MEDINA MAC KEY
HUGO PFEIFFER P.

GRACIAS!

Club Naval de Talcahuano
Servicio de Bienestar U. de Concepción
Profesorado Instituto Superior de Comercio
Profesorado Escuela de Periodismo
Personal Litografía de Concepción.

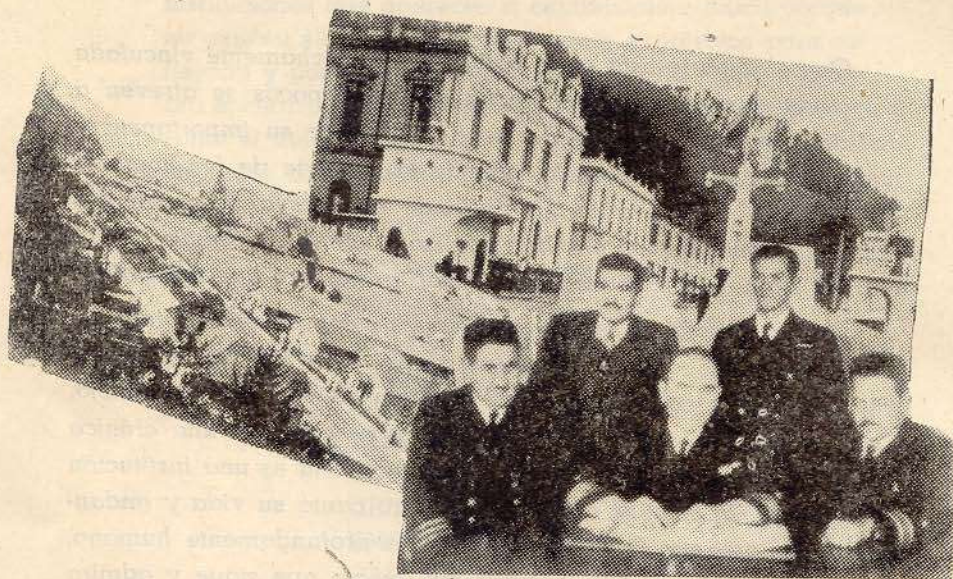
PROLOGO

Que el deporte está en la actualidad estrechamente vinculado a la vida ciudadana es un hecho que muy pocos se atreven a discutir. No es posible en nuestros días negar su importancia y menos desconocer que en la vida de la mayoría de los hombres la inquietud deportiva forma parte de su acervo personal. Las manifestaciones que lo prueban son cada vez más variadas. Entre ellas el libro de Luis Osses G., "Naval un nombre que fué Chile".

Osses, periodista deportivo sureño, en consecuencia profundo conocedor de la región y de lo que significa Naval para su gente, no pudo resistir lo que en él fué un impulso vigoroso. Así nació, por primera vez en el país, un libro que, más que una crónica deportiva, es casi una novela cuyo protagonista es una institución del deporte. El club es el héroe. Un libro canta su vida y andanzas y sus proezas. Su tema es entonces profundamente humano. Osses ha sabido captar el fervor del pueblo que sigue y admira las hazañas de Naval.

Esta obra presta al deporte un servicio innegable. Representa una contribución que lo estimula en su carrera hacia la comprensión de todos.

ALEJANDRO JARAMILLO N.,
Director de la revista "Estadio".



¡Talcahuano!, puerto summum de pintoreidad innata, cual hombre de tranquilo carácter y amante profundísimo de la soledad o cual figura de cabeza cabizbaja, de alma simple e inocente en actitud filosófica, mirando eternamente desde cumbres el mar; recibe estas líneas, frases y capítulos donde se han venido a reflejar las leyendas y las hazañas que tus hijos deportivos han escrito bregando incansables por muy variadas tierras. Sabed además, que, si conquistaron con sus afanes físicos, gloria y fama, os ofrendaron siempre, in mente, medio porcentaje de ello.

PRIMERAS PALABRAS

He aquí la presentación de estas páginas que, junto con ser la historia novelada de un movimiento sin parangón en el ambiente deportivo nacional, pretenden también ser un pequeño estudio de las aristas humanas a que dan origen las actividades perfeccionadoras del músculo y el físico.

Si el lector pudiera reconstituir el camino por el cual seguí, conocí y admiré el sonoro grito, ¡Naval!; seguro estoy que escribiría otro libro. ¡Fantasía pura es claro!, pero que ilustra el inaguantable deseo que me indujo a escribir las valiosas emanaciones del histórico pedazo de tiempo comprendidas entre el año 1949 y el actual.

Mucho he debido escribir, borrar, llenar carillas, tarjar y volver a escribir lo tarjado después; para llegar a dar con la trama imaginada —una tarde invernal de Agosto en el año 1951— desde la cumbre inmediata al siempre llamado "fortín" El Morro y mientras abajo corría afanosa una veintena de hombres y otros miles espectaban esparcidos entre cerro, falda y plano.

Esa tarde —como uno de los miles que hablo— había ido a presenciar un partido de Naval, nada más. Al momento de salir, supe que se me había pegado una obsesión indestronable: la de escribir un libro en cuyas páginas tuvieran cabida las grandes cosas que todos desde esa cancha, desde el puerto mismo estábamos creando.

Estudiaba a esa fecha y hasta ahí había escrito unos cuentecitos sin fronteras ni ambiciones. Mi cabeza almacenaba los montones de proyectos que todo joven porta en la juvenilia. Sentía mi mano derecha, ansiosa de escribir. Mi espiritualidad se inquietaba hurgando en lo pintoresco o en donde hubiera conjunción de detalles. En suma aspiraba a la bendita suerte de encontrar el campo donde emplear mis asomos literarios.

Mi gran satisfacción, y debe ser también la de todo porteño, es que dicho campo lo encontrará en El Morro, en el lugar donde hombres luchan contra hombres en épicas jornadas. Ahí, elevado sobre su pintoresca cumbre, sentí la fantasía transmitir hacia la realidad; y a mi espíritu, encontrar el terreno donde depositar anhelos soñados.

Linda lucha la sostenida para dar a luz estos escritos. Primero traté de sustraerme a la obsesión, argumentando falta de interés al tema. Luego sentí las dudas de seguir o no hacia adelante; pero cada domingo, apenas ponía mi primer pie en El Morro, la llama de seguir se volvía a prender. Nadie de mis compañeros de humanidades pudo imaginarse a

esas alturas que, sus comentarios luneros iban a servir para matizar estas páginas.

Dos años más tarde —el 53, no es mentira pues el proyecto lo llevé escondido tal tiempo— el cheque mensual de mi trabajo comenzó a saber de sangrías transformadas en fotos o clisés. Y también, mis ratos libres siguientes al trabajo de oficina, supieron de sesiones largas en archivos de diarios y bibliotecas en busca de mayores refuerzos a la idea. Después, sólo sentí la febril impregnación de terminar. Por último, hoy cuando cierro la obra y así la ofrezco al público regional y nacional, puedo decir que, conozco la tortura de poner el punto final a una obra; o lo que es igual, poner término a noches de desvelo absoluto, a conversaciones mudas con la almohada amiga.

Estas páginas van a aparecer o aparecen cuando —según muchos, no yo— el navalismo ha perdido algo de su imperiosa fuerza en el puerto militar que es Talcahuano. Sin embargo, puedo decir sin temor que, ellas no temen un desprecio de aceptación porque han sido creadas sobre la senda deportivo-futbolística de Talcahuano todo, sin distinguir colores, sólo con el fondo albo y puro del porteñismo chorero.

Hoy, el panorama futbolero del puerto ha variado y encontramos la plaza renovada y fortalecida con el nacimiento de dos poderosas ramas que hacen sombra a la institución marinera: San Vicente y Huachipato; pero ello ¿por qué habría de tener significación adversa para la valoración del navalismo si futbolísticamente, el plomo acerado de los huachipatenses y el rayado bicolor de los balleneros son ante la historia deportiva chore-ra, la misma cosa? Además, nadie podrá negar que en los años comprendidos entre el 49 y 52, el puerto fué íntegro Naval, queriendo decir con ello que cada habitante vivió a la sombra de la enseña albi-azul.

Pueda que a muchos extrañe el salto que hago de una época: la inmediatamente anterior al año 49. Razón para extrañeza, pero paliada en parte con el sumario comprendido en el lugar donde me refiero a la Época de Oro. En realidad se me puede culpar de ser un modernista. La causa, sin embargo, es la siguiente: Para mí, Naval comenzó a sonar a mis oídos desde el año cuarenta y nueve adelante, justo con el nacimiento del gran primer ensayo de fútbol regional, y la trama imaginada esa tarde invernal del año 51, desde la cumbre porteña, fué; patentizar estos últimos grandes años. Sin embargo, como una cosa se deriva de otra, y estos grandes últimos años no podían haberse generado del aire, he tomado las fuentes. Ahí compenso mi falta de respeto a otros tiempos interesantes del fútbol chorero.

Por último, quiero dirigir unas últimas palabras que sirvan de excusa mía a todos a quienes por un momento, se sintieron molestados por la demora en la aparición de esta obrita. La única razón estuvo en haberles dado a conocer demasiado temprano mi proyecto, pues no podía yo sacarla antes. Es una empresa de esfuerzo personal, intentada a base de edición propia y que pretendiendo tanto como lo he dicho anteriormente, no podía arriesgar a mutilarla por una aparición precipitada.

CAPITULO PRIMERO

EPOCA DE ORO

Pairo en el Puerto

Regionalismo

Elogios:

Gol

Hincha

Club

Pichanga

La hinchada navalina

Los chiquillos

El Morro

Viejos Crack

EPOCA DE ORO

De lo pasado en el fútbol a espaldas del cuarenta y nueve, han quedado montañas de hechos y sucesos que vale la pena recordar. Tiempos de vida, hombres y mundo diferente, y hasta de años que parecían más largos.

Partiendo en el romántico 1900, podemos decir que a esa fecha, el fútbol no podía ser considerado un deporte nacional. Recién introducido por los "gringos locos" —denominación para todos aquellos apóstoles que llegarán predicando algún deporte— tuvo por largo tiempo de cultores, a ellos mismos, o lo que es igual, ciudadanos de difícil apellido. Sin embargo, tan persistente fué la misión de aquella gente que, pudo más la franqueza con que se entregaban a su práctica que la recelosa actitud del hombre nuestro. Por eso antes del año diez ya fué posible encontrar en Valparaíso y Santiago, más de algún nombre criollo metido en medio de impronunciables equipos. Así ese diez, por ejemplo; en un cuadro que salía a Buenos Aires, se pudo encontrar los chilenos nombres de Acuña, Hormazábal, González y Barriga ¡por supuesto! que sus apellidos parecían fuera de tono entreverados a los ingleses que, mejor callo para no producir enredo de ojos al leerlos.

Después de esto hagamos pasar rápido el tiempo hasta las inmediaciones del año 15, fecha en que el ambiente nacional comienza a confundirse con el "chorerismo", fuerza que emite desde Talcahuano rayos en todas direcciones de nuestra faja.

¡En los terrenos baldíos, entre las cuchillas de los cerrós habían nacido quienes del quince adelante iban a engrandecer un puerto! ¡Y qué manera de nacer al fútbol! Ni pensar que lo hicieran desde las divisiones infantiles, ni en medio de cuidados especiales. Por el contrario, emergidos de pichangas en donde mocetones de todos los mares y dueños de todas las fuerzas de duros oficios, podían reducirlos a cenizas. Así fué la infancia futbolística de los grandes jugadores choreros. No tuvieron cuna, nacieron andando y jugando. Además, sería poco el terreno plano habido en el puerto a esos años, de tal manera que sumemos este obstáculo al ambiente de esfuerzo; así, al menor descuido, cerro abajo.

En base a este poquitín escrito, siento la primera duda: ¿Cuál de los dos tiempos aparece mejor? ¿Aquellos cinco años comprendidos entre el 1917 y 1921 o los actuales corridos desde el 1949?

Ahora bien, ¿qué pasó en aquellos cinco años encasillados entre el 17 y el 21? Sencillamente que Talcahuano fué Chile, tal como Naval lo ha sido hoy. Para ayudarse basta imaginar lo que sería eso, cuando en un párrafo aparecido el 30 de noviembre de 1917, en el diario penquista, "El Sur" se cita a entrenamiento a las tres selecciones del puerto; y que solamente en el equipo C, figuraba Humberto Elgueta, internacional famoso a corto trecho después. Eran esos tiempos en que la entrada a galería costaba veinte centavos, y la tribuna cuarenta; tiempos en que las damas y los niños no pagaban. ¿Y cómo? Hubiera sido una descortesía para las reglas de la época.

En el ambiente nacional, eran los tiempos del inigualable "maestro" Guerrero, de Bolados y de los penquistas hermanos Muñoz jugando en Montevideo. Eran los momentos en que desde la tierra uruguaya los dirigentes nacionales lamentaban la ausencia en el cuadro nacional, de Francisco Unzaga. Tiempos del Morro llamado "Fortín", o de la vecina cancha Collao o la brava de Pedro de Valdivia. Días y meses del 17, en que un 7 de octubre, jugando en cancha penquista, los choreros ganaban por amplio 4 x 0 a sus vecinos, y teniendo en la cancha la siguiente alineación:

		Bello		
		Canto		Pomery
		Vera	Beltrán	Unzaga
Escobar	Domínguez	Figueroa	France	Varas

Elementos que no eran todos, pues no aparecen otros como: Conejeros, González, Sánchez, Inda y otros macanudos.

¡Qué años esos!, como serían si hacían preguntarse a "El Sur", en su edición del 8 de diciembre del año 18: "¿En qué otra parte de Chile se puede juntar un grupo tan calificado de jugadores como en Talcahuano? Pregunta aflorada a raíz del triunfo chorero sobre sus tradicionales adversarios de la ciudad vecina, en un partido que tomó con el tiempo un simpático alcance histórico:

Se jugaba en la Collao —en un momento— ante un despeje descontrolado, la pelota se fué sobre las tribunas, derecho hacia donde miraban sentadas un grupo de damas. Sin embargo, antes que nada pasara, un puño varonil despejó largo hacia el centro. ¿Quién intervino tan prestamente en la citada oportunidad? Fué el fallecido Presidente de la República, don Juan Antonio Ríos, a ese entonces regidor penquista.

Anteriormente me preguntaba si aquello —el chorerismo— fué o no superior a lo actual —navalismo— y justo con ello caigo en recordar otro documento valorador de esos tiempos.

Volvíamos los porteños de la 4.ª incursión, de Viña del Mar, en el nocturno de un martes de abril. Pasado San Rosendo, me acerqué a un matrimonio integrantes de la caravana navalina. Habíamos sido compañeros en el Hotel Español de la ciudad jardín. ¡Muy bien!, pero al grano: charlando, se me ocurrió —en mala hora— decirle que los actuales tiempos de Talcahuano deportivo eran insuperables. Ante eso, y sin disimular amenaza en su voz, saltó violento:

—“¿Y de dónde ha sacado usted jovencito esa lesera?”. ¡Nada!, oiga bien, nada ha habido superior a esos tiempos de la "Epoca de Oro". La completa recitación de antecedentes que acompañó a continuación, terminaron por semi convencerme de que "tiempo pasado fué mejor".

Sin embargo, hoy debo razonar serenamente en este vistazo del pasado, y encuentro para ello argumentos de verdadero valor que, siendo profundos tienen que ver con el medio ambiente de uno y otro tiempo.

Por allá por los dichosos años rodeadores del 20 de Alessandri, todavía era permitido vivir alegremente feliz en este Chile nuestro, a ese entonces de días y años sin urgencias alimenticias pronunciadas, de quieto ritmo de vida y en los cuales sus hombres podían permitirse el lujo o libertad de botar esfuerzos por el solo gusto de hacerlo, y sin llegar a lamentarlo posteriormente. Esos vigorosos hombres podían hacer un esfuerzo, una contorsión, con la cara llena de risa. Podían disputar balones con rudeza, pero no mala intención. ¿Y por qué?, sencillamente porque nada les exigía un mundo exento de tirantez.

Aquellos grandes nombres que el porteñismo venera aún: Unzaga, los France, Elgueta, Varas, Toro, Domínguez, Parra, Pomery y los tantos otros son la expresión, no de un individuo sino la del hombre medio de esos tiempos. Por último, también ha de considerarse el concepto distinto que se tenía del fútbol, donde lucir, demostrar ser hábil en luchas de uno a uno, se consideraba la esencia; enteramente contrario al norte del fútbol actual en que el grupo, el equipo, sacrifica al hombre, al individuo.

Ya se ha visto quiénes eran esos hombres de la "Epoca de Oro", aquella en que los años se medían en la zona, por el número de clásicos que Talcahuano y Concepción realizaban. Digo clásicos y no nuestro todo, pero en cambio hablo de batallas de honor y entonces si lo digo todo. Eso eran los encontronazos que se daban el puerto y la ciudad. Calderos hirvientes de pasión deportiva, en donde nada era exceso. Calderos que no dejaban escoria. Todo era valioso.

¿De qué manera se jugaría? Es posible imaginarlo. Un día en uno de estos clásicos —en que se jugaba en Talcahuano— Unzaga ensaya su jugada —hoy media chilena— el árbitro la perra con infracción. El gran Francisco se enoja.

—“No señor, no puede ser, mi jugada es limpia, no he tenido mala intención”.

Insiste en su amargura por saberse juzgado, pero el juez nada quiere oírle e insiste en cobrar. Suben los ánimos, amenaza todo en un lío mayúsculo; se producen grandes movimientos de gente que, ante la cerrada oposición del referée toman al castigado Unzaga y se lo llevan hasta las camarines. ¿Qué otra cosa pudo quedarle al árbitro sino suspender el encuentro? Bonito lío, pues, y ¿dónde se continuaba? ¿En el mismo Talcahuano? Imposible, mejor ni pensarlo, menos en la vecina ciudad. La solución salomónica apareció. Los Angeles, cancha neutral. Allá debía irse a disputar lo pendiente. Y para la tierra de Antuco partió una mañana un tren de seis mil almas revueltas de porteños y penquistas, en viaje a toda incomodidad. Allá, el campo fué una cancha nueva y por tanto blanda, y más aún por el efecto de la lluvia. ¿El desenlace? ¡Sorprendente! porque cuando los porteños iban ganando 5 x 0, se acercó al árbitro el capitán de los morados de Concepción y le dijo: “Pare la cosa. Con esto basta. Ellos son mejores”.

Bravos tiempos, como se ve. Parece una leyenda. Y es solo una, porque entre todas las que nacieron, voy a referirme a otra que me fue-

ra contada por el antigüísimo árbitro del puerto, don Antonio Saturnino Bermúdez. Es pimienta pura. Ya lo he dicho, grandes tiempos: Talcahuano era Chile. Es importante que lo repita. Acababan de salir los choreros, campeones nacionales. Desde Chillán demuestran muchos y extraordinarios deseos por enfrentar a los cucos, pero allá, en la tierra de la sustancia y las cercanías de El Roble. Para no agraviarlos, se accede. Y lean lo que pasó.

Llegados a la tierra de Arrau, se atiende a las visitas muy bien, conforme a la generosa hospitalidad de esos tiempos. Nadie tenía por qué sospechar nada. ¿Y cómo?, si eran todos tan gentiles. Sin embargo, en la cancha, nadie de los porteños sentía deseos de moverse. ¿Qué nos pasa? era la pregunta que se hacían unos a otros los jugadores, pero nadie encontraba la solución. A punta de calidad trataban de evitar la derrota o un descalabro.

De pronto, ¡gol!, sin que el árbitro —muy bien ubicado lo decreta. Un fuerte tiro arrastrado que pasa apegado a un vertical es reclamado gol por el delantero ejecutante, y luego por todos los chillanejos. ¿Qué había pasado? Pues, que la pelota había entrado al arco por una rotura de la red en un lado y como el tiro fué justísimo a un poste, medio mundo dió la razón al reclamante.

—“Esta sí que es buena —dice don Antonio Saturnino— si yo que he estado aquí mismo no lo he visto, quiere decir que estoy ciego. No, calma, señores; no ha sido gol, ha pasado fuera del poste y entrado por la rotura de la red”.

Inútil argumento. Todo el mundo busca el gol, y aún más, amenaza. El problema para Bermúdez, como se ve, es de alta moral. ¿Cómo aceptar por cierta una cosa si no lo era? Su respuesta es una sola: “No y no; no hay tal gol. Nadie le cree. A todo esto, un oficial de Carabineros se le acerca y de convincente tono termina de empujarle:

—“Señor usted va a tener que cobrar el gol, porque de lo contrario, yo no respondo de toda la gente que amenaza armar boche. Ya lo sabe, a pesar de todo, Chillán ha marcado un gol”.

Ante el giro del asunto, el mismo capitán del equipo porteño se atreve a decirle: “Cobre no más, ligerito nos sacamos los balazos”.

El final que el partido tuviera, lo guardo entre los secretos del oficio; me interesa antes que nada solucionar el enigma de esa falta de deseos por moverse que sufrían al comenzar el partido, los defensores porteños. ¡Quién se lo iba a imaginar!; en el almuerzo, en un plato de él, les habían puesto soporífico. Cuando le mostré mi incredulidad a don Antonio Saturnino, me dijo:

—“Sí, no desconfíe. Fué fácil comprobarlo, ya que uno de los integrantes del equipo no se sirvió aquel plato de la zancadilla y nada pasó; en cambio el que se las dió de glotón, ese pobrecito apenas pudo jugar”.

¡Grandes tiempos! para todo, para el fútbol y también para la picardía. Con todo, me parece hábil la treta, ¡eh!

Si no he defendido abiertamente hasta aquí los años que narro en

formaazonada, es debido a mi no permanencia en el mundo de los vivos en esos años. El no ser testigo presencial me desautoriza para asumir el papel de defensor o impugnador. Sólo comento. No temo caer en esta confesión, porque así han sido hechas todas las historias. Sus autores han sido gente de otras épocas y no presenciales de los momentos.

Si algo queda para completar esta florida descripción de una época, pongamos fechas y nombres. Digamos que el año 16, uno de los France y el gran Unzaga defendían a Chile en Palermo, Argentina. Escribamos que el 17 eran dos vecinos penquistas los que conservaban el buen nombre de la zona: Horacio y Bartolo Muñoz, en Montevideo. Tres años más tarde —el 19— Domínguez como centro delantero, France y un Muñoz llegaban al siempre atrayente Río de Janeiro. El 20 del León de Tarapacá: Elgueta, Víctor Toro, Unzaga, Varas, Domínguez, Parra, France y Bartolo formaban en el equipo que, entrenado por el uruguayo Bertone, asombraba al aficionado chileno, como el mejor elenco nacional de esos tiempos. Después, en 1922, en Brasil, estaban por esta zona: Elgueta, Varas y Domínguez. A los dos años siguientes, esto es en 1924, Montevideo recibía a Domínguez y Toro. Al 26, este mismo y Bartolo formaban en el equipo clasificado vicecampeón sudamericano. Digamos que el 30 del mundial de fútbol, estuvieron en tierra uruguaya: Elgueta, Vidal, Saavedra, "carecacho" Torres y Guillermo Riveros. Todavía más, el 35 en Lima, nuevamente el "zorro" Vidal, "Carecacho" y el "negro" Riveros. En el nocturno del 36 en Buenos Aires la zona todavía mandaba aires porteños: "Carecacho", el "chorero" Avendaño y Guillermo Riveros. El año del terremoto de Chillán y en ese mismo enero, los porteños Riveros y Avendaño lucían su calidad en la tierra del Rimac. ¿Qué más?; ya está bueno. ¿Algún otro clásico?, bien: el año 20, en el día de Pascua, para ser más exacto: Talcahuano 2, Concepción 1. Antes, dos meses antes, el 24 de octubre, habían empatado a 4 goles.

Así ha pasado nuestra conversación acerca de toda una doña época en el fútbol de este lado del Pacífico que da a la Quiriquina y que se afirma en Tumbes para no caer a él. Se va a perder ahora el contacto que establecimos con esos buenos años. Despidámonos con honores, como lo aconsejan las circunstancias, con un broche de oro.

"Colo Colo" González fué un jugador de renombre nacional, un mocetón moreno que por su pujanza, su hombría y su dicharachada vida tomó la generosa denominación con que la hinchada le distinguiera: "Colo-Colo". Es un hombre del recuerdo, y fué campeón de resistencia y chilienismo. Pues bien, aquél hombre pasó por el Talcahuano que he escrito, se empapó de las luchas que por aquellos tiempos se jugaban y se veían en el puerto de las dos bocas. Sus palabras han de ser testimonio de la grandeza que yo he tratado de describir. Testimonio de valor porque él desde la cancha, desde el suelo del Morro donde tantas veces se trezó, sacó las mejores observaciones. Lean pues lo que dijera a "Estadio", la revista deportiva, cuando lo reportearan una vez:

"Yo he sido pata e'perro también, así que me tomó la idea de venir-

me, pero como ligerito empezó a picarme el chinche de moverme, a los dos años estaba en Talcahuano, tirándome con los guapos. Por allá se jugaba el mejor fútbol de aquellos años, estaban France, el "chueco" Varas, Domínguez, Toro, Unzaga y unos cuantos, en la cancha el Morro he jugado los partidos más aperrados de mi vida; era cancha brava esa. Daba gusto trenzarse ahí, donde para no salir todo quebrado y roto, había que ser bien hombre y muy firmazo".

PAIRO EN EL PUERTO

Lo que siguió a la "Época de Oro"

El viento que había soplado toda la buena racha del porteñismo hasta ahí, las inmediaciones del año cuarenta, tuvo un período de calma que yo encasillo entre este cuarenta y el cuarenta y nueve. Y que conste que ello no se debe a que el período haya sido francamente malo, sino a que metido entre los dos esplendorosos pedazos: tiempo de oro y los vigorosos actuales, se pierde algo.

Al año treinta, mientras los cines hacían furor exhibiendo "Sin Novedad en el Frente" o "La Voz del Corazón" de Al Johnson, y mientras la entrada a galería había subido a un peso y las tribunas a dos, Talcahuano tendía sus líneas futbolísticas, en la siguiente forma:

BENAVENTE

GODOY		SILVA		
V. ROA	H. ELGUETA	E. TOLRA		
VARAS	VERGARA	ARANDA	BUSTOS	RUGGERY

Como se ve aún roncaban los rescoldos de los buenos cinco años: Varas y Elgueta. Los demás aparecían, y ya encontramos a uno de los Tolrá, y no nos asombremos cuando topamos con un back de apellido Silva y descubramos que es el mismo, hoy entrenador de Naval, el conocido Amadeo, o Don Amadeo. Faltan en ese equipo hombres como Mendoza, Román, Lagos, Villegas, Venegas, Ramírez. A ese pedazo de tiempo se hablaba la posible contratación que Colo Colo haría del famoso "zorro" Vidal, y hablando de equipos, roncaban el Unión Caldereros, el Unión Deportivo Comercial; en el Concepción vecino se oía gritar a la gente por el macizote Pino, el pelao, "pahuacha" Carrasco, el "chato" Tolosa y Vistoso.

Sin duda que habrán quedado nombres en el olvido. Cierto ha de ser, por eso pido a todos aquellos que se sietan olvidados que se busquen en el elogio a los Viejos Cracks, ahí, con toda seguridad están todos.

REGIONALISMO

Nueva tendencia que vivimos. A través de los relatos y narraciones que componen este librito, nos encontramos con que hay algo que pasa por sobre nombres de individuos o clubes, y que las palabras —muchas veces, y sin poder evitarlo— se van sobre el ambiente, los cerros, el mar y los sentimientos de la gente que todo lo puebla. Primitivamente cuando lo descubrí, creí que era lógico, posteriormente he venido a saber que es una nueva forma y que debemos llamar regionalismo.

¿Y qué es regionalismo? Muy bien, me parece que lo define el periodista don Alfredo Pacheco, desde su columna diaria en el rotativo penquista "La Patria": es la patria en pequeño, es el cariño al terruño, a la tierra que a uno lo ha visto nacer. Yo agrego es el divorcio que cada uno de nosotros ha ido haciendo de la idea de capital en nuestras cabezas. Es la liberación que hacemos de la grandeza que hasta aquí le habíamos atribuido al centralismo. Esto en términos generales, equivale a lo mismo en términos deportivos. Debemos ser regionalistas por excelencia, es nuestra manera de defendernos y progresar. Es el impulso que nos hace conservar cerca del suelo nuestro y no emigrar en busca de otros.

Me refiero a esto en esta obrita porque ella nada refleja mejor sino un regionalismo inmenso. La suma de valores humanos que desfilan por sus páginas no revela otra cosa que fruto de gente dispuesta a sacarle lustre a la tierra suya. Y entonces nace un impulso que no puedo evitar, ¿cómo no exaltar ésto?

Por eso bajo este subtítulo he amontonado una serie de nombres que lo expresan y que por lo tanto merecen el reconocimiento de toda la zona, y que constituyen un grupo homenajeado por la legión de navalistas, verdaderos dueños de estas carillas. En revista no completa haré desfilar los nombres de quienes han llevado hasta la capital y unos hasta el extranjero, el nombre de esta provincia que, siendo Concepción nos comprende a todos, porteños, penquista, tomecinos, pencones y mineros en un gigantesco grupo llamado regionalista.

Sin duda que el primero ha tenido que ser aquel malogrado aviador sepultado con su máquina en las imparables aguas del Bío Bío; Luis Acevedo. Lo tomo como deportista, porque volar a esos años fué quizás si el más bravo de los deportes. Tras él y sin orden de fecha, recuerdo los nombres de "Mañungo" Figueroa, Luis Maía, árbitro de prestigio por muchos años; los hermanos Coddou, sin nombrar, por cierto a aquellos que han tenido su puesto en el subtítulo anterior, porque sería redundancia. Hablo más adelante de José Sandoval, pero de todas maneras conviene destacarlo aquí porque con sus campañas en el boxeo levantó olitas de entusiasmo. Pasando pues por otras figuras ya nombradas en el fútbol, podemos sin embargo, caer sobre Carlos Varela, el pencón y minero que fuera por mucho tiempo, alma en el Audax de Santiago e internacional de nota. Erasmo Vera sería otro fruto de este regionalismo, cuando Santiago Morning le tuvo muchas temporadas en sus filas y la selección también le conoció vestido de chileno.

El boxeo dió en un tiempo a un macizo ferroviario: "pailahueque"

Sanhuesa, y lo dejó como campeón de Chile en los mediopesados. Otro campeón de Chile ha sabido la zona, el extraño Osvaldo Retamales, nombre pronto desaparecido de todo nuestro conocimiento. A figuras raras nos allegamos a la inconfundible de ese don pugilista que naciera en Lota, al creador —si se quiere— de su propio estilo. Al Celestino González, que en Londres el 48, a no mediar esa descalificación injusta, pudo haber traído a la zona un título nunca alcanzado por hombre alguno de los nuestros. Poco después Segundo Ojeda, el púgil chiguayantino alcanzó el honor de ser integrante del equipo chileno a Lima. Finalmente llegamos a muy poco tiempo de la actualidad: Luis Concha, el pesado de un par de buenos torneos nacionales, el lotino Ortúzar, los tomecinos —aunque importados del sur, pero siempre provincianos —Barría y Villarroel. Dos penquistas: Luis Segundo Núñez, todavía no maduro; y Cacharro Tibaud, representan si se quiere un poquito de futuro, siempre que los dos continúen en el campo aficionado el primero, y en el profesional, el segundo.

En el terreno del atletismo tenemos una figura honorífica: Arturo Medina, el hoy musical hombre creador de voces polifónicas. En sus buenos tiempos, allá por el treinta, fué campeón en el lanzamiento de la jabalina; chileno, sudamericano y concurrente además a la Olimpiada de Amberes. Luego alcanza a tomar algo de este regionalismo, el universitario Cosme Aruta, de destacada figuración en una olimpiada universitaria celebrada en el Estadio Puchacay. Más adelante, debemos lanzarnos al presente inmediato. También estuvo por algún tiempo en Talcahuano el mejor de todos los garrochistas que ha tenido Chile: Federico Horn, y en ese tiempo defendió los colores de la Asociación Naval. El año 1946, Germán Novas, constante chiquito corredor de fondo estuvo concentrado en Santiago mientras se celebraba el exitoso torneo sudamericano en que Mario Recordón fuera doña figura. Tras ello se puede distinguir al minero Haroldo Gallardo, todavía casi en la pelea. Finalmente, Luis Saavedra y Enrique Chávez, dos semi fondistas jóvenes que hablan del regionalismo cuando se ponen la camiseta con la banderita chilena en el Estadio de River Plate, para el Panamericano del 51 en Buenos Aires. Ellos nos hacen llegar al presente atlético. Este presente del garrochista Rojas, segundo campeón nacional y de su compañero Zemelman, de la buena plaza minera de Schwager donde Arturo Melcher cría campeones y donde han llegado Walter Yeager y Jaime Correa el real crack, con sudamericanos y el panamericano de México en sus zapatillas. Ahí los esperaban Santiago Novas, el casero de la Corrida de San Silvestre en Río —algo así como 5 años lleva concurriendo— ahí también ha estado progresando Emiliano Fonseca, compañero de Novas a algunas corridas brasileñas, y conquistador por su parte de muchos triunfos nacionales. Una figura femenina ha tenido el atletismo, mejor dicho la tuvo, y deslumbró con su calidad a todos los habitantes de la zona: Lisa Peter. En Buenos Aires, Lima, Río de Janeiro había demostrado condiciones que le llevaron hasta el título sudamericano de la especialidad suya. Pero su destino la detuvo y no lo

pudo impedir, ni nosotros tampoco. Tomé piense perpetuarla con la erección de un monumento.

Hablo de Tomé, y aprovecho de inmediato para traer la figura de otra mujer a la memoria nuestra. En distinto deporte y con un radio diferente. Chile, cuando se lanzó en la aventura de organizar el primer campeonato mundial de básquetbol femenino no supo la ocasión que daría a la callada tobecina, para sentirse feliz. Hablo como muchos habrán podido



Ahí está llorosa Onésima porque nada podrá frente a las rubias americanas. Recién ha debido abandonar la cancha por cumplir las cuatro faltas. No fueron campeonas y se justifica la pena.

adivinar de: Onésima Reyes, la defensora del Carlos Werner de Bellavista. La maquina de puntos que tuviera en su ataque el seleccionado chileno en el mencionado certamen puede decir con orgullo hoy, por un momento todo Chile, mi país, vivió en mis manos. Esas suyas que lanzaban pelotas a los aros de Francia, EE. UU., Argentina, Paraguay, Brasil. Y nunca más que en aquella oportunidad en que se convirtió en una auténtica heroína: su partido contra Brasil, donde en los primeros minutos, sólo ella embocaba para los colores nuestros. ¿Cuánto gozó ella y cuánto gozamos todos esa vez? Ese es el recuerdo que le queda como tesoro invaluable.

En el tenis de por estos lados, Carlos Bebin primero, y Carlos Alegría después, pasaron los lindes de la zona hacia los capitalinos. Carlos

Maturana últimamente lo pasó en el sentido internacional, cuando fuera mandado por la Federación a competir al Brasil.

Ahí va, sobre su bicicleta, una mano alistando el arma para atacar la gran pasión de su vida: el camino. Nadie como él puede exhibir esa condición. Amo de todas nuestras rutas camineras por largo trecho se yergue además como el único gran producto regional del deporte de los tubulares; las milanesas y las persecuciones. ¡Qué gran página la suya! Esa de ganar los seis días ciclistas de la caminera: Santiago - Concepción - Rancagua. Estuvo en Montevideo, Buenos Aires y Helsinki. Linda ruta deportiva para el empeño suyo.

Puede que se me escapen otros nombres antes de llegar al fútbol, como campo florido al regionalismo. Marilyns Beltrán, la basquetbolista tomecina, seleccionada a México; Carlos Chavarría en atletismo, por su constancia; Florentino Herrera también. Algún otro boxeador, pero los nombrados, esos no ha costado nada aflorarlos a la actualidad; y eso perseguía porque con sus esfuerzos hicieron regionalismo.

Por más vueltas que demos, siempre hemos de venir a dar al fútbol; ¡y qué hacerle si es nuestro tema! ¡Sí, es el más apasionante de los males que practicamos!



El dueño del camino a Bulnes y única figura de nuestro ciclismo regional: Héctor Mellado.



Néstor Bello, Luis Vera ambos del Audax Italiano, disputan con el "chico" Cárcamo, del conjunto español de la Unión. Los tres muestras regionales.

Ahí va Cárcamo —en el papel— tratando de sacarse de encima la custodia de Luis Vera, pero en el fondo, sabiendo que los dos llegaron a triunfar a los pastos del profesionalismo en base a sus cualidades, ¡cierto! pero también a la oportunidad que le dió el terruño nuestro. Lindo tema para escribir. Los tres, junto al macizo Bello que observa desde atrás corren en el pasto del Estadio Nacional esa tarde, convertidos en triunfadores del momento nacional del balompié.

No todos tienen fotos de los que aparecen en este comentario, pero en significado han vivido lo mismo: "El chueco" Salinas, salido desde Fana-loza; Luis Zúñiga, del Universitario, ambos para el Magallanes. Reinaldo Rebello, del Militar para el Santiago Morning; el minero Vásquez, de Lota, para el Santiago Wanderers; el rucio Ulricksen para el Morning; "Tolín" Sepúlveda, del Vial; "Churro" Muñoz, del Caupolicán; "tongorito" Morales, de Schwager a más de otros muy

nombrados ya, para el Audax Italiano; el coronelino Rosales para el Rangers; Juanito Salvadores, el piloto universitario, para Colo Colo; el chiguayantino García para la Católica, primero y luego, hoy, para el Green Cross; el "chino" Silva y Contreras, del Fiap, para el Palestino a más del navalino José García; Barraza, interior viplense, para la Unión Española, y cuanto otros que se me pueden escapar; todos juntos han

hecho regionalismo llegando a Santiago con las armas adquiridas en esta zona vivero.

Ellos han devuelto el préstamo que desde allá nos llegara en los comienzos para que diéramos los primeros pasos, retribuido las lecciones de Lamel, Lincoyán Neira, Francisco Hormazábal, Walton, Palacios, que vieran hasta la tienda rojinegra de Tomé; Cabral, Montenegro, José López, desde allá también, a parar al Serrano; de "Quebracho" Contreras, Vasco Larraza, el "flaco" Martínez, Toledo, "huaso" Barrera, llegados al Caupolicán.

ELOGIOS

A través de los reportajes, las relaciones y los datos que siguen, he tenido oportunidad para tocar casi todos los compuestos del fútbol.

Para historiar los siete campeonatos regionales, he debido hacer geografía localista; para hablar de las grandes incursiones, de geografía nacional; pasando al papel las valiosas facetas de cada uno de los hombres-jugadores, he debido ser un intérprete de sentimientos y en mucho, un doctor del fútbol. Así, muy pocas cosas habrán quedado en el olvido en este tratado humano que pretende ser el primer intento de literatura deportiva nacional.

He nombrado mucho las mallas, el balón o pelota, el árbitro, los estadios, los goles y los partidos; pues bien, nada he dicho, sin embargo, del embrujo que irrada un gol. Todo esto es lindo, como otras cosas más, y todo lo que se haga por exaltarlo es igualmente lindo. Por eso, para el goce de todos los que en un momento nos hemos sentido picados por el bicho contagiante del fútbol, hablaré un poquito más del rico material restante, bajo el título de elogios.

¡G O L!

Tres letras nada más, y cuánta energía potencial en ellas. No exagero si digo que se podría obtener electricidad de ellas. Las tardes dominicales son sus grandes momentos; ahí les rinden culto miles y miles de almas en el mundo entero, desde las galerías y tribunas de los más variados estadios. Con la ayuda de nuestra imaginación podemos figurarnos cuántas serán las almas que pronuncian esta trilogía de letras, cuántas gargantas se educan los seis días semanales para poder gritarlas y sopor-tar después. Sí, no miento; porque un buen hincha alemán habrá tenido que hacer esfuerzos incalculables para no morir con el ¡gol! gritado al ver al puntero Rhan dar la victoria a su país contra los invencibles húngaros; porque un uruguayo de cepa, apenas, apenas habrá podido también aguantar el gol de Gigghia en Maracaná, el año 50.

Gol, palabra corta pero tirana. Ilusión y fantasía para algún delantero debutante que, nervioso, se apresta a salir desde el escondido y sub-

terráneo camarín a la redondela poblada de gente que es un estadio. Gol, de terrible sonido cuando pasa a tronchar los sueños de gloria, que un arquero se puede haber forjado. Gol, por sobre todo, emoción indestronable, suave contacto del balón con albas mallas o resorte que conmueve multitudes.

¡HINCHA!

¡Qué palabra ésta!, dicha sueltamente casi no dice nada. Para usarla hay que acompañarse de la imaginación. Es preciso ubicarse en un estadio, en medio de gente murmurante; saber que esa gente puede convertirse de un momento a otro, ya en un hervidero lleno de vida o en una negación de ésta; hay que entender el encariñamiento a una divisa, a una enseña, a unos colores favoritos, o lo que es igual, a un club.

Cuando hemos seguido este camino paso sobre paso, sólo entonces llegamos a quedar en condiciones de saber la existencia del hincha. Hablo de saber nada más, porque comprenderle, hay muchos que no lo harán jamás. Es difícil porque no tiene forma fija esta masa. Somos hinchas el domingo, y luego en la semana nos ignoramos. ¡Miren, qué curioso! En consecuencia es lo más voluntario que hacemos los hombres. ¿Quién nos obliga? ¿Quién nos ata para llegar como ciervos cada domingo hasta la vera de una cancha a gritar y sufrir? ¿Quién nos ha puesto un reglamento en que diga que debemos prestar cariño a una insignia, o a unos colores? Hermosa e inexplicable esclavitud.

¡CLUB!

Es la tercera palabra con misterio dentro de mi plan de extenderme algo más sobre el fútbol inagotable de tema. Es una forma de asociación humana que los sociólogos aún no reconocen, pero que no cabe duda habrán de conocer.

Lo que me atrae de club, no es la forma perfeccionada, sino la más simple, aquella que transforma la pichanga callejera en once camisetas, una pelota y once voluntades para poner cariño colectivo. Apenas las once camisetas, a duras penas, la pelota. Eso es lo grandioso y digno.

¡PICHANGA!

Asociémosla a la tosca, pero reveladora pelota de trapo. Pichanga es la expresión de niñez, o lo era porque ya va desapareciendo ante el avance avasallador de la expresión club. Cuanto se diga ha de ser homenaje, últimas palabras a un fenómeno que ha sido lindo y base, sin duda del progreso actual lucido por el fútbol.

La pichanga infantil ha sido la inicial expresión de batalla en el hombre, de luchar contra todos los medios, de luchar por horas y horas

desde la vereda callejera, o desde un pedazo de tierra pelada. De luchar sin preocupación de alimento, ni fortaleza del adversario. El muchacho débil se ha fortalecido con ella, el fortacho ablandado, en su soberbia de fuerza.

Pichanga y pelota de trapo, dos eslabones al servicio del evolucionado momento futbolístico de hoy, tras un pasado lleno de romanticismo.

DOCUMENTOS NAVALINOS

El material superabundante venido en mi ayuda para exaltar el navalismo no aparecería todo si no dedicara atención a la médula de donde ha nacido todo.

Cuando más adelante uso la frase Grandes Incursiones para hablar de las jiras de Naval, explico que ellas no fueron viajes simples. Ahora, cuando aplico a Naval la fría denominación de club, dejo pálidamente reflejada la poderosa estructura suya. Debo en consecuencia demostrar algo superior, y ello lo llamo documentos navalinos, porque dan la clave de la superior formación que la institución chorera ha lucido hasta aquí.

Para hablar de Naval no basta con decir, se fundó tal día y sus primeros dirigentes fueron éste, éste y éste. Si su nacimiento no se dice con poesía, mejor cerrar la boca. Sencillamente no cabe en la poco reveladora expresión de Club. Es fruto de una auténtica leyenda.

Una noche del año 1944, la bahía de Talcahuano ignoró el arribo de un extraño barco, de una nave de misión desconocida e inimaginable rumbo. No tenía bandera en sus mástiles. Nada se supo de su tripulación. Sólo se ha podido averiguar que a eso de la medianoche, un personaje de azul oscuro bajó de un solitario bote, y sin ruido de remos atracó en el Arsenal. De lo que ahí hizo, no se sabe nada a ciencia cierta, pero se ha deducido por capas de misteriosos polvos encontrados que, rápido cubrió todo de polvos especiales y mágicos en poder; de una clase de ellos para el Apostadero, y de otra más débil y de más retardada acción para el puerto.

Poco margen nos queda a las dudas —ante la única evidencia que tenemos— cuando podemos calcular la fuerza que tendrían las tales sustancias; si el Apostadero primero, y luego el puerto, fueron desde ahí en adelante un solo todo que hizo crecer la sombra de las cinco letras de Naval.

Del misterioso barco nada más se ha sabido, a no ser aquella botella encontrada en la playa de la Isla Rocuant, conteniendo un papel con la siguiente inscripción: "Naval serás Chile". Como se puede ver la profecía se ha cumplido.

LA HINCHADA NAVALINA

Este es el gran subtítulo del libro, esto es lo que significa obras y



Desde el suelo hasta el cielo, todo el mundo alienta a su equipo en el Morro.

hechos dentro de él. Aquí está el cemento, la arena y el fierro con el cual se ha levantado la obra gruesa de cinco letras que son un edificio: Naval.

Esa tarde del 51 de la que hablo en las primeras palabras, cuando sentí pegármeme la obsesión, hubo algo que me empujó más que ninguna otra cosa a reparar en la riqueza del ambiente. Fué esa gente que rodeaba al rectángulo por los costados y desde lo alto del cerro. Ahí no había solamente público, ni era la concurrencia que da taquillas o recaudaciones.

La tarde aquella tenía un cielo cubierto por un techo de negras nubes listas a convertirse en lluvia mojadora, tenía un viento de esos que muestra su furia silbando. Las dos cosas eran autoras de un frío de los mil demonios. Pues bien, y sin embargo, a pesar de eso, de estar a punto de caer cerro abajo los osados de la cumbre, de sentirse trasminados; ni un asomo hacían de moverse. ¿Podría aquello ser encajonado en la poco expresiva denominación de barra de un club? Me lo pregunté mil veces esa tarde y los días siguientes después. La grandeza del todo era superior a la simple observación de un partido. No había en eso el solo móvil de haber pagado una entrada por mirar noventa minutos. No. Silenciosamente o bullangueramente todos vibraban con las carreras de los suyos en el campo.

El cuerpo que hoy enorgullece a Naval en cualquier parte del territorio nuestro, es así como todo lo que he escrito. Bien lo sé yo que he viajado hasta Viña y Angol, lo supe especialmente en la Plaza Vergara

de la ciudad jardín cuando Arnoldo Weber me puso a la vista para que la leyera, la siguiente carta llegada a su nombre al Hotel Español, donde esperábamos todos, el partido con los evertonianos:

Señor

Arnoldo Weber.

Muy señor mío:

Tenemos el agrado de dirigirle esta carta a Ud. con motivo del compromiso que los espera para el domingo 28 del actual que es con Everton de Viña, en el cual disputan la revancha. Nosotros le deseamos buena suerte para Ud. y todos los demás muchachos que integran el equipo, que salgan victoriosos del compromiso que es con Everton que todos acá, en Talcahuano esperamos un buen resultado...

Naval que nos alegra el corazón cuando le vimos presentarse con gran alegría a los muchachos del equipo por los vivas que le hacemos cada espectador en la cancha el Morro o en cualquier cancha de la zona. Los que escribimos esta carta somos obreros de la Cap y a la vez socios de la Asociación Naval...

El equipo de Naval donde vaya dejará un buen recuerdo de lo que es el fútbol chorero; para los muchachos campeones el equipo que se les presente es lo mismo, porque cada jugador lleva en su corazón el espíritu del gran batallador. También a nosotros nos duele el alma no poder estar con Uds. el domingo...

Digo que como no saberlo, si hasta la zona, el país, el Estadio Nacional todos los han podido comprobar por intermedio del inconfundible y sonoro cañón disparador de las salvas celebradoras de los grandes goles navalinos, o si el Morro mismo hoy, continúa sabiendo el sonido del clarín, reemplazante del retumbante ruido del cañón.

Esta es la hinchada navalina, la fuerza viva que ha permitido la subdivisión no menos valiosa de los chiquillos y de una mascota que, rara y todo, revela pasión sincera: la Ana.

LOS CHIQUILLOS

Cuando se edifica en base a los niños, sin duda que se puede pensar en el futuro. Todo aquello escuchado a la profesora en la primaria acerca del valor de nuestros primeros años, es una auténtica verdad. Uno lo viene a valorar cuando grande.

Uno mira a un niño y mientras más desparramado lo vea, mientras más chasquillas luzca, más se sentirá inclinado a conocerlo, a forjarlo. El niño es uno sólo, y no tiene ropajes, a menos que uno con intención quiera dárselos. En ellos no hay poses ni temores. Todo lo hacen al libre impulso del instinto, por eso donde haya espacio, donde haya sol y aire, ahí estarán. Por eso están en el Morro.

Hago la introducción para realzar a los hijos menores de la hinchada porteña y navalina. No los peso exactamente, me conformo con imaginar el límite de lo que valen.

Para conocerlos se puede optar por elegir cualquier tarde dominical, y una sola parte: el Morro. Solamente bastará poner la vista atenta cuando brindan sus evoluciones. No se hará necesario una presentación formal, viven el domingo demasiado ocupados; han de jugar mientras se desarrolla el preliminar, y luego formar en la escolta de salida con el campeón de sueños y fantasías. Despejada la cancha al sentir el pitazo del peleón han de formar la cadena de los cuatro costados para recibir la lección. Como se ve, abundante trabajo.

Llegan hasta ese centro de enseñanza en busca de las lecciones físicas que once maestros-atletas les procuran. Van a descansar al Morro de las tablas de multiplicación escolares. Van a recoger las observaciones que vaciarán en las pichangas callejeras o en los fugaces recreos de la escuela. No saben a esa edad, de pasiones y descontroles; son la semilla donde plantar buenos preceptos de buen fútbol. Aprenden y cumplen con la ley natural que dice que todo niño en la tierra debe jugar. Viven la tarde en dos etapas. La primera celebrando infantiles pegas por las faldas y el plano del fortín; la segunda, cambiando la tenida y mudando las facés de sus caras para tocar algo de los aplausos con que se saluda a unos cracks. Corren alentando en tupido bosque.

Nacieron con la sonrisa benévola de todos y hoy son aceptados como hijos del navalismo. Nada divierte más que sus diabluras, y en base a ello el puerto les convida el suelo del duro Morro en los intermedios del fútbol dominguero. Sobre la base de ellos el puerto y Naval puede pen-



Roà y su escolta infantil.

sar en un futuro eterno. Ellos no saben aún el significado de gloria, pero la viven con la forma de fantasía, que es mejor aún.

EL MORRO

¿Es acaso eterno el suelo del Morro? ¿Cómo podría serlo!; y sin embargo, mucho de verdad ha de existir en la interrogante que me hago, sobre todo cuando he oído lanzar plenos de nostalgia las expresiones de: ¡Glorioso fortín!, de boca de pasadas figuras del porteñismo chorero. Quienes en años pasados pisaron su suelo lo sostienen; yo, medio debo convencerme cuando pienso que varias capas de distintas calidades de fútbol ha tenido el puerto, pero en cambio una sola cancha ha servido de campo donde vivirlo.

¿Cuántos años de servicio al lado del puerto lleva cumplidos la cancha de orillas del Pacífico? Más de cincuenta, ¿no es cierto? Todo un record, sin duda. Representa épocas completas y diferentes. ¿Cuántos montones de ilusiones y cuántos sueños se habrán realizado en su plano, y en cambio cuántos otros se habrán truncado? Imposible saberlo, pero sí sospecharlo.

Antes corrieron France, Domínguez; hoy lo hacen Pillado, Torres o Aedo. ¿Mañana? quienes hoy viven a la sombra de estos últimos, ya desde las divisiones infantiles o en las reservas que los clubes tienen como capital futuro. Así está explicado el papel suyo en la vida portuaria de este Talcahuano tapizado de cerros.

Hoy ha ganado levemente en su aspecto, remozado su cara, pero la substancia es la misma, suelo y altura desde donde se han visto los más formidables choques de hombres; fuertes los antiguos; sabios los actuales. Unas temporadas hubo en que se cubrió con el polvo del olvido que la gloria le hacía, pero no por eso se echó a morir; por el contrario, se prestó para que todos los nuevos la corrieran sin egoísmos, y así se pudo formar otra vez una legión capaz de revivir pasados tiempos de fama y honor.

Yo he gozado mucho llegando temprano a su cumbre a solazarme con el espectáculo que es capaz de brindar. He visto desde ahí descolgarse gente desde el frente, desde otros cerros vecinos; he visto la Quiriquina cercana y amiga, y saludado a los cerros de San Vicente; he mirado el Pacífico que baña sus pies, como agua vivificante. Y por esa observación he llegado a una idea arriesgada: el Morro es un templo a donde llegan a orar los fieles al deporte.

VIEJOS CRACKS

En la preparación de muchos pasajes de estos escritos tuve en frente a mí caras pobladas de arrugas, y a cuerpos de maciza hechura. Hoy, después de haberlos enfrentado, sé que bajo la capa de un Viejo Crack se



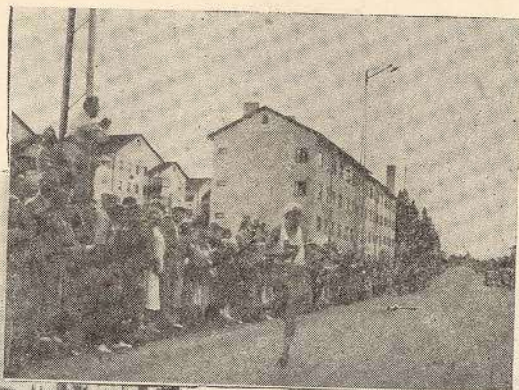
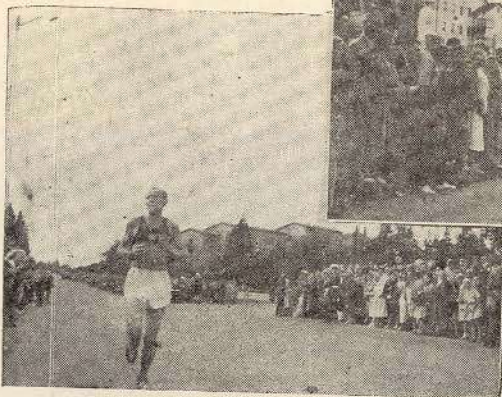
NAVAL EN HELSINKI. De pié, izq. a der.: L. Leal, A. Nourdín, M. Roa, F. Jara, J. García, Litvak, M. Massaro, A. Silva. Hincados: R. González, E. Saavedra, J. Albornoz, J. Bravo, I. Jara, D. Pillado y O. Vera.

CAPITULO DE HONOR

HELSINKI

HELSINKI

Zatopek, el fenómeno checo tomado por la cámara de Roa.



Celedón, chileno 19º en la maratón

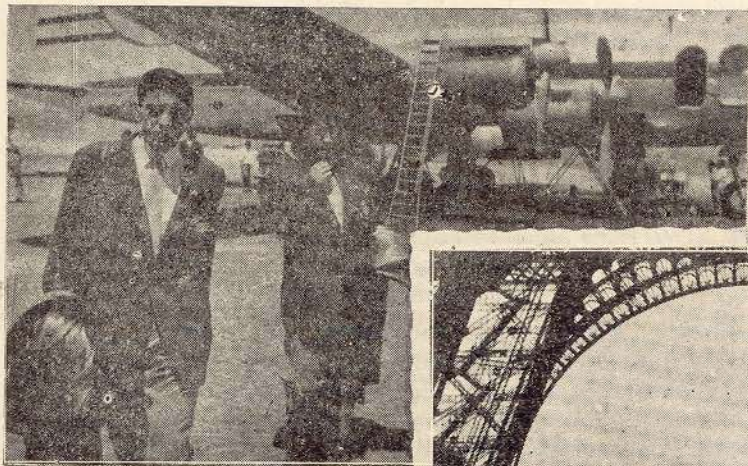


HELSINKI.

Roa y Pillado esperan el paso de la maratón. Roa y Albornoz posan correctitos. Harold Hyslop enfoca con su cámara la vida finlandesa.

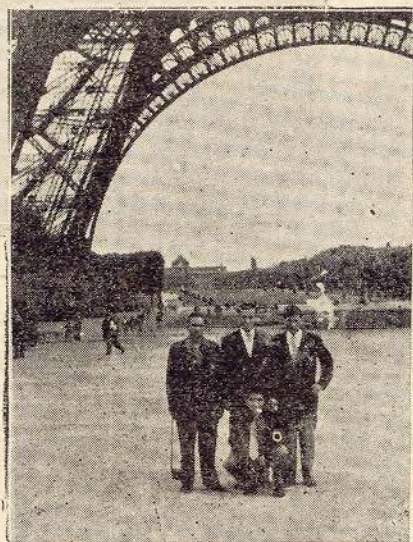


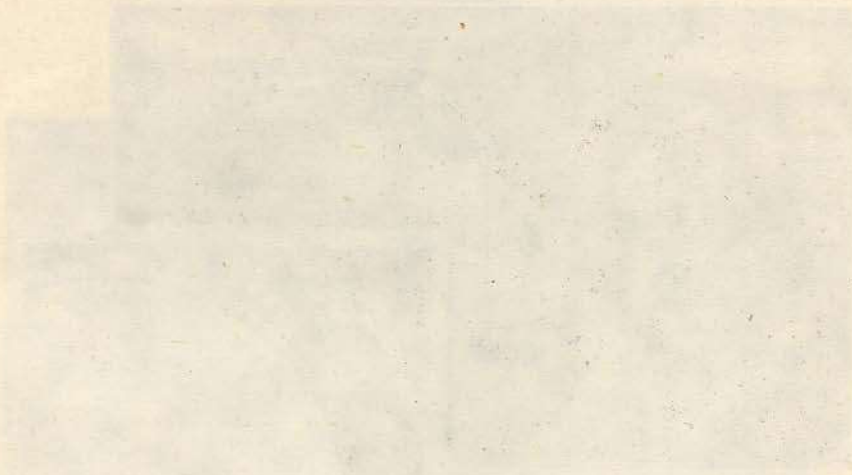
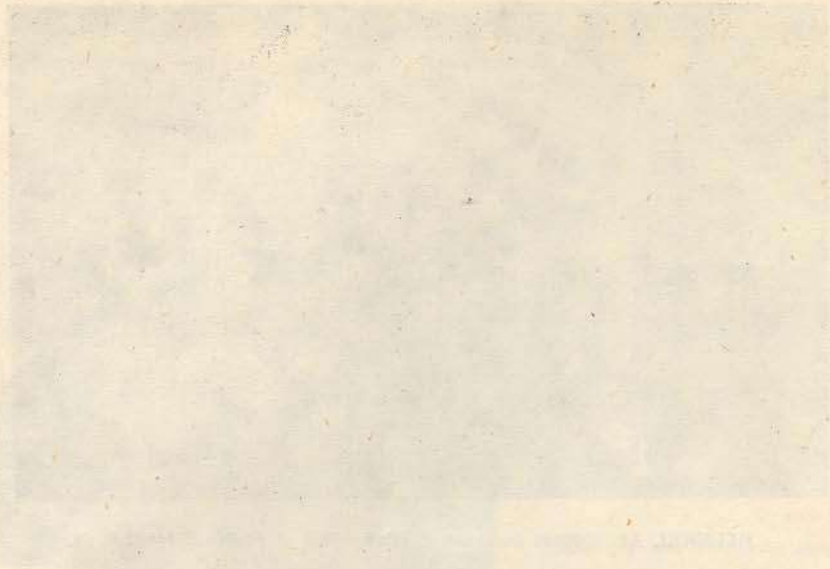
HELSINKI. Los chilenos miran en el estadio finés el partido Bulgaria-Rusia.



MADRID Y PARIS.

Los dos José: Bravo y García llegan a Madrid. García, Vial (Colo-Colo). Rubén González y Bravo al pie de la torre Eiffel.





RECEIVED
MAY 10 1964
U.S. DEPARTMENT OF JUSTICE
WASHINGTON, D.C.

HELSINKI

Un puñado de fotos es como tomar una margarita en la época del enamoramiento. Significa suspirar hondísimo, hacerse un caminito en el pasado. Deshojando la flor — universal símbolo de amor — se revive la cara, los gestos y el todo que hizo nos prendáramos de una figurita de mujer. Ver en las fotos la exposición fiel de un momento feliz remueve la memoria y hace repetir las alegrías representadas.

Para hablar de este capítulo base del libro, amontoné sobre mi escritorio los testimonios grabados contra luz que fueron promoviéndose a través de su desarrollo.

Caras felices o tensas, según el momento que viven. Cuerpos de altivos hombres pisando sobre tierras diversas. Paisajes de Finlandia, de Francia, de España. Árboles, cerros y tierra que, siendo lo mismo nuestro, encierran el misterio de la distancia y lo desconocido.

Once hombres estrechamente juntos sobre una cancha filandesa de fútbol. Once hombres de Naval. El tranco a medio paso del fenómeno atlético de este siglo: Emil Zatopek. Un grupo que posa frente a la torre del mundo: la del atrevido Eiffel. Dos choreros bajo el ala del pájaro moderno que les llevara a la tierra madrileña, a España. Grupo de caras risueñas bajo tribunas en la cancha donde búlgaros y rusos luchan por un triunfo futbolístico. Gente que espera el paso de los competidores de la marathón. Un hombre y una cámara filmica. El maratonista Celedón, hombre de boina y camiseta tricolor corriendo por una calle de Helsinki. Poses todas en mosaico que ilustran lo escrito; resumen de sentimientos, ideales, sueños cumplidos, alegrías exclusivas en grandeza. Continentes, mares, países y montañas de distancia entre un punto y otro. Idiomas y costumbres diferentes. Todas convertibles a emociones, ya individuales como colectivas; todas a pasar al inolvidable mundo de los recuerdos. Todas a llegar al cofre de un pasado que primero fué presente y antes nada.

En el nórdico rincón donde Finlandia muestra calidad humana y fuerza moral, donde el vigor de su gente ha creado un centro de paz y culto al físico, se oyó en el cercano cincuenta y dos el eco de un llamado, eco a su vez del otro dado en la antigua Atenas, en el 490. Llamado que el mundo conoce por Olimpíadas y el símbolo de cinco anillos entrelazados.

Y llamado a todos los mozos del mundo para competir en físicos aptos. Como en París, el año 900, St. Louis el 904, Atenas el 906, Londres el 908, Estocolmo el 912, Amberes el 20, París el 24, Amsterdam el 28, Los Angeles de Norteamérica el 32, Berlín el pre-guerrero 36, Londres el 48; Helsinki pidió atención al mundo y le lanzó un ¡venid aquí! de huracanada fuerza que se escuchó en el suelo de Asia, de Africa, de la Europa y de la joven América. Grito de tal poder, de tan imperiosa fuerza y tono que aquí y allá se alistaron legiones para acudir a la cita.

Agosto fué la meta, Helsinki el santo y seña. Así, entre todo el florido bosque de banderas que formó en el estadio finlandés, estuvo la chilena; esta vez con giro nuevo y digno de análisis.

Bajo los tres expresivos colores de nuestro emblema, como una sombra, estaba el albo del ancla. La parte — Talcahuano — de un todo, Chile.

Ahora llega la parte donde explicar que Naval, bravo de un puerto, fué una vez Chile. La vez en que los organismos deportivos le pasaron las rojas camisetas con las que se defiende la honra del fútbol patrio. Ha llegado la hora de justificar el viaje al reino del sol y las auroras boreales.

Para ello he de decir con palabras cómo se gestara el viaje. Cómo el Comité Olímpico chileno lanzó un día la idea y cómo lejos de apagarse la llama de recibir la oferta de un viaje desfinanciado en ochocientos mil pesos, prendió y prendió hasta llegar a la hoguera verdadera que Talcahuano fué durante la campaña para enviar a sus hijos deportivos hasta la lejana Helsinki. Debo referirme a los sucesivos progresos de la idea y el viaje mismo, por el cual estos once navalinos pasaron a convertirse en adoradores a la religión del deporte, en medio de la incomparable paz con que se inician estos Juegos. Debo pintar la emoción de ver llegar la tradicional antorcha que sintieran estos porteños dilectos. Debo imaginar la mirada que darían a las palomas soltadas en la declaración de apertura de los mismos.

.....

La maravilla comenzó un día de fines de mayo, cuando el Comité Olímpico chileno pidió la nómina de los jugadores a la institución. Maravilla de proyecciones pero de comienzos débiles. Digo débiles por la suma cercana al millón de pesos que faltaba. No se puede hablar de otra manera. Con la valla ésa, si no era salvada no había viaje. ¿Qué hacer? ¿Cerca ya la fecha en que iban a quedar fijados los deportes concurrentes y si ya habían sido consultadas todas las fuentes, de dónde se hubiera podido disponer algún dinerillo? Parecía todo condenado al fracaso, como se ve. ¿Qué milagro pasó para conseguir el viaje?

Pues que Talcahuano y la zona dijeron no en musicado dúo y juntos lanzaron un acentuado ¡lucharemos! Desde ese día no cesó la actividad sino hasta cuando los once leones porteños pusieron pie en el avión que les iba a llevar hasta la tierra olímpica. El valle de La Mocha vivió días febriles, este valle en el que duermen sus ansias de progreso Talcahuano y Concepción.

No fué fácil ni difícil la tarea, pero fué valioso el aunar de voluntades desde donde surgió el dinero; resorte mágico para quienes fueron a jugar contra los egipcios.

El bisiesto año cincuenta y dos, un 11 de junio la Intendencia penquista recibió y reunió a un grupo de heterogénea gente, entre la cual banqueros, comerciantes e industriales, unieron sus palabras a dirigentes sociales,

gremiales, deportivos, educacionales y militares, para la formación de un comité que tomara las riendas en este agitar de sentimientos. Gorra en mano, el presidente de la institución solicitante de cooperación, don Harold Hyslop, puso todo a mano de la opinión pública regional para lograr algo o nada para el club al cual se le había dado el honor. Al día siguiente, la siempre inmutable primera página del Diario "El Sur", habitualmente dedicada a la situación internacional, publicaba detallada información de la citada reunión y la complementaba con dos fotos. Después, en el febril proceso de la campaña, Naval llegó el día 12 de junio al verde pasto del Estadio Nacional para rendir prueba de suficiencia ante los ojos de las autoridades rectoras del arte de chutear en el país.

Pocos días después de esta prueba, salvada con mucho sabor a éxito, se pudo saber que, a los nuestros, en el sorteo, les había correspondido como rival los faraónicos egipcios. En tanto, el conjunto, vuelto a Talcahuano, seguía compitiendo en el Campeonato Regional, sin un plan pro viaje sino argumentando que ello era parte de la preparación para él. Error por cuanto después se incluyó refuerzos que mucho más hubieran rendido estando junto al team desde los primeros instantes en que se supo que el viaje sería hecho. Paralelo a este devenir del team, el armazón industrial y comercial de la provincia mostraba el poder de su fuerza. De los pesos ganados ya como salarios, ya como sueldos, fueron a dar significativas porciones a una ruma de la cual surgieron los ochocientos mil pesos solicitados.

Pronto, y a medida que las cosas tomaban visos de realidad, el puerto hizo un alto y dijo un: ¿no? dubitativo. Naval iría al extranjero y Amadeo Silva no. Irían los frutos sin la semilla que todavía los alimentaba. Surgió otra llama, llama local, de orgullo propio. El entrenador, el único valedero en las nuevas etapas del navalismo debía, había de seguir a sus muchachos. Recién comenzaba a pensarse la cosa y he aquí que dos chiquillos, de aquéllos que los domingos revoleteaban por el Morro, llegaban hasta la Radio "Almirante Latorre" —entusiasta propulsora de esta nueva campaña— a entregar una alcancía — el consabido tarro conservero — con el equivalente de cien pesos en su interior y sin mediar arrepentimiento, se convirtieron en los primeros que del dicho hicieron pasar al hecho la campaña pro viaje de Silva a la olimpiada. Talcahuano era a esas alturas una gigantesca alcancía donde los modestos cinco pesos se hermanaban con los miles de la industria o el comercio. Individuos y grupos hacían la suma necesaria con el chasquido seco de los billetes y el tintinear de los pesos. Los clubes aportaban sumas, las instituciones de todo orden también. Los colegas en el Regional tuvieron una cuota fija de 5 mil pesos. Las monedas, al caer en la ruma, parecían decir: ¡Naval! ¡Naval! La tripulación de dos barcos ecuatorianos que estaban en la bahía y a punto de entrar en los Arsenales — Guayas y Manabí — representaron la hermandad del mar al ofrecer una considerable suma, producto de aportes de las tripulaciones.

El 29 de junio Naval se despedía de la zona jugando con la selección penquista en una reunión con \$ 169.400 de taquilla y una sabrosa cuenta final de siete goles. Cuatro para el seleccionado morado y tres para los futuros olímpicos. En el elenco marino habían tomado posiciones; Ireño Jara, puntero de la selección de Lota y Justo Albornoz, delantero centro del Serrano de Tomé. Verdadera guerra de nervios resultó para los marinos, el match, por el lógico temor a perder en la misma víspera el viaje por el cual tanto habían soñado todas las noches junto a la cabecera. Quizás si por eso los morados de la selección penquista llegaron a ponerse en un cómodo tres a cero con el cual hubiera terminado el primer tiempo de no haber estado en la cancha Justo Albornoz, refuerzo que aminoró la ventaja al marcar un punto para los porteños. "Firpito" Rodríguez y Alejandro Aguilar habían hecho la cuenta por el otro bando. Merecida o no la cuenta llegó siempre igual el final de la etapa.

Vueltos a la contienda después del descanso, "Chancharra" agravó las cosas para los aspirantes a olímpicos, cuando convirtió en su propio arco el cuarto gol y dejó la cuenta en un peligroso cuatro a uno. ¡Uf!, miren que pasar eso en el match despedida, era como para hacer arrepentirse a todos quienes habían cooperado al viaje. Claro que en la cancha no había panoramas negros para nadie, y muy en especial para el interior chiquituro, pero grande en los momentos necesarios. Pillado, éste en vigorosa acción, dejó las cosas en un cuatro a dos e invitó al ejemplo al centro delantero Albornoz, que acertó a tres. Buena faena la del segundo tiempo, que hizo pensar en un empate, solamente impedido por el pitazo. Con esa cuenta podía salir segura la gente del Campo Municipal penquista que los navalinos, aún cuando salieron mal en la única prueba a tener en Europa, iban a demostrar lo mismo que habían hecho en ese pasto; el desigualado espíritu de lucha.

La estación de Concepción se llenó de gente el 30 de junio. Gente que llegó para despedir a quienes se iban en el expreso a Santiago como de paso para Europa. El abrazo del Almirante Espina — hoy diputado — de las esposas, las novias, los familiares; el apretón sincero de numerosos hinchas y amigos, sirvieron de pañuelo de despedida que la región hacía a estos expedicionarios del deporte, listos a irse por conquistar más galardones que agregar a los ya logrados en el historial del fútbol regional.

Todos se iban. Amadeo Silva no iba con ellos. En un abrazo de emoción exclusiva se vino a reparar en ello. Entrevistado al instante por un reportero de "El Sur", declaró: "Confío que el equipo cumpla, ya que irá a cargo de un coach de tanto prestigio como lo es don Lucho Tirado". Nobleza pura. Ya en la capital, y luego de escasas prácticas, el conjunto puso pié en el avión que desde Cerrillos lo iba a llevar a Buenos Aires, como primer punto extranjero. Vial de Colo Colo, Vásquez, Jara Fernando y Sergio Litvak de la Universidad Católica, le fueron agregados como refuerzos, a más de Domingo Massaro, back centro de Iquique.

La maravilla comenzó sobre los picachos andinos, luego de los primeros instantes de excitación. Recife en América y Las Canarias en Euro-

pa les indicaron que la travesía del Atlántico había sido hecha. La Torre Eiffel en París les mostró que ya no eran sueños los momentos dedicados cada noche, antes de dormirse, en el Talcahuano, antes de partir. Ahí, paseando por las avenidas más antiguas de esta civilización, mirando los monumentos con sabor a polvo y piedra, sintiendo la Revolución francesa a cada paso, supieron todos estar en la ciudad luz. Puestos en Helsinki, hicieron el contraste ante los barbudos pakistanos, ante los rasgados asiáticos, ante los menudos coreanos. Ubicados en la Babel, que era la capital finesa, observaron de cerca las costumbres y los idiomas oídos en las películas o leídos en los libros. Al pasar días metidos en buzos deportivo, al vivir al acelerado ritmo de carreras, saltos, partidos y peleas, se repletaron de deportes. Momentos como para cerrar los ojos y volver con la memoria a los instantes, en que niños, habían corrido por primera vez tras una pelota de trapo.

¿Acaso usted lector y yo no soñamos cuando cabros en convertirnos en héroes de olimpiadas? Ciertamente sí, a esa edad no se sueña con problemas mundanos, sino se vive de fantasía. Se sueña con saltar alturas inalcanzables, correr a velocidades increíbles. Por todas estas razones y tantas otras, Helsinki se llenó de gente ida de todos los rincones del mundo, como se llenará toda capital del país que cada cuatro años lance el llamado de reunión a los aptos hombres del mundo. Como se llenó el Melbourne en la gigantesca y solitaria isla australiana.

.....

16 de julio de 1952.

Kofka, puerto finlandés.

CHILE: Manuel Roa; Domingo Massaro, Fernando Jara, Rubén González; Luis Leal, José García; Julio Vial, Orlando Vásquez, Justo Albornoz, Domingo Pillado e Ireneo Jara.

EGIPTO: Hermeeda; Mohamed, Kabil, Cashed; Bastan, Alim Mohamed; Elfal, Elhamby, Elhamby, Eldizwi y Elmeckami.

ARBITRO: J. O. Nilson, sueco; guardalíneas: C. Mitra, rumano, v F. Nyberg, finlandés.

3 minutos: Primer avance a fondo del ataque nacional; pase del interior Pillado, tiro cruzado de Ireneo Jara. Chile 1—0.

12 minutos: Ante falla del zaguero Fernando Jara, se produce situación riesgosa que es rematada de cabeza por el egipcio Eldizwi y éste da en el travesaño.

15 minutos: Vial, puntero derecho, remata de distancia con potente shut. Chile 2—0.

33 minutos: Elfal remata arrastrado y bate a Roa, como muestra de una reacción del conjunto egipcio ante la cual los nacionales de la defensa pasan apuros. Chile 2—1.

44 minutos: Elmeckani, puntero egipcio, aprovecha una falla y empareja la cuenta. Chile 2, Egipto 2.

Imaginemos cuántas cosas tejerían en sus camarines los chilenos. Si bien es cierto que habían sido emparejados, tenían que contarse todo lo bueno que habían hecho mientras estuvieron en ventaja. Cuántos planes se harían y cálculos acerca de las posibilidades para los segundos cuarenta y cinco minutos. Pensamientos con una meta: ¡Talcahuano! para los porteros que habían jugado hasta ahí. ¡Cómo les hubiera gustado llegar al descanso con esa ventaja del primer cuarto de hora!

22 minutos: Egipto, con la fortaleza de sus hombres y con la mayor experiencia lucida, domina; su delantera desorienta a la defensa nacional. Así consiguen el tercer punto por medio de Eldizwi. Chile 2, Egipto 3.

30 minutos: Eldizwi entra y bate a boca de jarro a Roa. Chile 2, Egipto 4.

34 minutos: Ireño Jara, en corrida individual, aprovecha para acortar distancias. Chile 3, Egipto 4.

36 minutos: Eldizwi, gran delantero contrario, bate la valla nacional. Chile 3, Egipto 5.

44 minutos: Casi en la hora, Vial remata fuerte desde el área. Egipto 5, Chile 4.

No fué fácil conformar a los once defensores rojos. Salieron llorando heridos en el orgullo que mostraron, pero nunca soberbios. Salieron con la pasajera rabia interior. Amargo trago tomado cuando la maravilla de la olimpiada todavía no terminaba. Pérdida de la ilusión. Cosas que ocurren en todos los deportes, pero que ponen a prueba los espíritus. ¿Qué fué aquello que les impidió gozar el triunfo? Ese triunfo que no aspiraban ni podían aspirar para terminar finalistas, pero triunfo, en cambio, valioso para exhibir a sus leales hinchas que en Talcahuano habían quedado pendientes de recibirlos. Lo tuvieron en sus manos y se les escapó.

Acá, en la región entera, se vivió pendiente hasta del viento ese día, ansioso todo el mundo de recibir la buena nueva, que desgraciadamente tuvo en bromistas, que nunca faltan, terreno para prácticas. A eso de las doce del día circulaba la noticia que se había ganado por un gol a cero. Para hacer más triste la derrota todavía.

He hablado de maravilla y de sueños en el viaje de ida. En el regreso no puedo. El encanto se había roto. Se había perdido peleando, pero se había perdido al fin y eso aunque se aceptaba — se había aceptado — no cesaba de ser motivo de nostalgia para todos.

Somos un país del cual la dejación ha hecho campo fértil, todo se hace pero a última hora. Don Luis Tirado ha dado muestras de ser un excelente entrenador — todos los jugadores lo reconocen — pero no podía obrar

milagros. Y se perdió en la cancha cinco goles a cuatro, pero ya se había sufrido la derrota en la forma improvisada de mandar un equipo a una justa como aquélla.

Que no se caiga nunca en culpar a Naval, club que gracias a su prestigio había logrado conmover y merecer el apoyo de una vasta región. Bien lo dijo la revista "Estadio" cuando con ocasión del match prueba ante Colo Colo en Santiago, comentara diciendo... "De lo que ocurra a Naval en Helsinski no será responsable el Club ni los muchachos".

Se jugaron unos encuentros en Pori, Turku y se ganaron, ello revele que la moral supo mantenerse alta. No había sido un paseo a finalizar apenas terminado el partido de la eliminación.

En esta quinta incursión, hablando en términos familiares del libro, espero que no se llegue a encasillar todo esto, con el simplista criterio: se fueron y perdieron; porque sería injusto. Nadie puede desconocer que en esta ocasión, Naval fué Chile.



Plantel completo año 1949.

CAPITULO SEGUNDO

OCHO REGIONALES Y NAVAL

- La primera gran experiencia.*
- Año 1950, segundo Regional y pausa.*
- Tercer Regional y un gran Naval.*
- El torneo de los diez puntos.*
- Una agotadora campaña en el quinto Regional.*
- Grandezas del sexto Regional.*
- Una estrella más: la sexta.*
- 1956, el reemplazo de un campeón.*

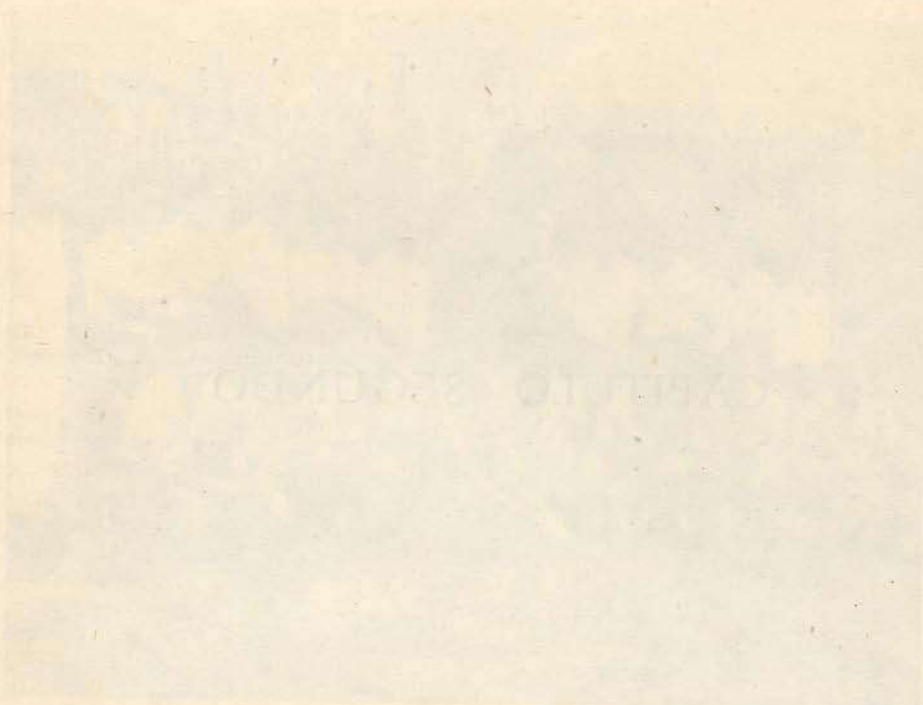
En Abril de
capital importanc
cahuano, Naval, C
torneo común.

Aun cuando
marse como nove
valioso a todo cu
de éxitos: el Camp
se estaba ahogand
jo una clase distin
que comenzaba a
distancia futbolist
con la vara de una
ello podemos deci
tamente necesario
ámbitos limitados
nido llenando de
blos adyacentes a
colores favoritos.

En un carr
domingo tras don
tuvo tardes herme
nera conoció el cl
que los azucareros
tro goles a tres.
necesidad de traen
Todos los centros
como Talcahuano
las dos más altas
gozoso de un aleta
dose en teatro de

Todo cuanto
de este torneo, lo
morias de la Fede
textualmente: "au
máxima, en atenc
nitiva, logró con s
siasmo en la masa
aumentaron las po
comprobar la disci
participantes que,
gión y cuyas relac
deportivas..."

Hablando al
torneo mismo, dig



COMO REGIONALES Y NAVAL
La primera gran experiencia
del fútbol regional y naval
en Chile, se realizó en el
año 1941, cuando se organizó
un torneo que reunió a los
equipos de las distintas
regiones del país, así como
a los equipos de la Armada
y de la Marina.

LA PRIMERA GRAN EXPERIENCIA

En Abril de 1949 nació en nuestro mundo futbolístico una reforma de capital importancia. En audaz y resuelto gesto las asociaciones de Talcahuano, Naval, Concepción, Penco y Tomé movieron la palanca de un torneo común.

Aun cuando sólo la incorporación de Talcahuano y Naval debía tomarse como novedad, ha de señalarse esta variante como el aporte más valioso a todo cuanto ha dado lugar lo que hoy es una gran maquinaria de éxitos: el Campeonato Regional. Trajo nuevas ideas a un ambiente que se estaba ahogando en el recuerdo de tiempos gloriosos, pero pasados. Trajo una clase distinta de fútbol a un hincha de imaginación evolucionada y que comenzaba a clamar por novedades. Hasta ese cuarenta y nueve la distancia futbolística entre Concepción y Talcahuano seguía siendo medida con la vara de una rivalidad largamente sostenida pero ya decreciente. Por ello podemos decir que el Campeonato Regional surgió cuando era estrictamente necesario un vuelco en el ambiente nuestro. Desde ese abril los ámbitos limitados en Tumbes, el Caracol y el Morro tomecano se han venido llenando de gritos fervorosos, y los estadios de cada uno de los pueblos adyacentes al gran Concepción, de público ansioso por alentar sus colores favoritos.

En un carrousel gigantesco diecisiete participantes dieron vuelta domingo tras domingo por nuestras canchas. El centro textil tomecino tuvo tardes hermosas con ocasión de jugarse sus clásicos. La cancha refinera conoció el clima de las grandes tardes como por ejemplo, aquella en que los azucareros le faltaron el respeto al líder y le derrotaron por cuatro goles a tres. El Campo Municipal penquista supo sentirse lleno sin necesidad de traer hasta su pasto a conjuntos profesionales o extranjeros. Todos los centros nombrados se superaron. Todos, pero ninguno tanto como Talcahuano y su Morro. Estos dos últimos nombres constituyeron las dos más altas cumbres emocionales del torneo. El puerto, despertando gozoso de un aletargamiento ya peligroso, y el glorioso fortín convirtiéndose en teatro de esta nueva etapa.

Todo cuanto significó para la marcha del fútbol sureño, la partida de este torneo, lo podemos encontrar resumido y reconocido en las Memorias de la Federación de Fútbol de Chile que, entre otras cosas dijo textualmente: "autorizado temporalmente el Campeonato por la entidad máxima, en atención a que sus bases no eran establecidas en forma definitiva, logró con su disputa y desarrollo levantar enormemente el entusiasmo en la masa aficionada de toda la región. Se repletaron las canchas, aumentaron las posibilidades económicas y por sobre todo es satisfactorio comprobar la disciplina y espíritu deportivo de las diecisiete instituciones participantes que, lograron unir a la familia deportiva de esta vasta región y cuyas relaciones hasta hace poco estaban trizadas en sus esferas deportivas..."

Hablando ahora en terreno de extraer decisivas conclusiones del torneo mismo, digamos que constituyó sorpresa encontrar en los seis pri-

meros lugares de la tabla final de posiciones, a clubes foráneos a Concepción, ciudad base. Esto que bien pudo indicar una baja del fútbol penquista, no fué sino una levantada de cabeza de los conjuntos costeros. Pero mejor mostremos la tabla para que con el instrumento de comparación a la vista pueda el lector analizar a su gusto:

NAVAL	26	20	2	4	82	38	42
SERRANO	26	20	1	5	72	30	41
FIAP	26	17	6	3	78	39	40
CAUPOLICAN	26	17	4	5	72	34	38
FANALOZA	26	15	6	5	52	37	36
VIPLA	26	9	8	9	40	40	26
LORD	26	11	2	13	55	51	24
UNIVERSITARIO	26	10	2	14	50	70	22
VIAL	26	5	10	11	26	39	20
COQUIMBO	26	8	3	15	47	61	19
VICTORIA DE CHILE	26	8	3	15	47	54	19

Llevada la comparación de club a club, encontramos al Serrano de Tomé confirmando con su segundo puesto una calidad largamente sostenida. Lo mismo sus colegas de terruño; los fiapinos. Con su cuarto puesto, Caupolicán, virtual examinador final de los marinos, quizás si no patentizó la potencialidad que tuvo la producción de su fútbol ni la valía de sus elementos, ya que sin ser el más técnico —lugar unánimemente asignado al Serrano— bien fueron los azules de Chiguayante jugadores del cuadro más firme del torneo. Fanaloza con ocasión de este primer Regional hizo fuertes inversiones y por eso aun cuando su campaña fué digna, el quinto lugar logrado no equivalió a esos esfuerzos. Pasado el club locero, en una mirada a la tabla, se viene a encontrar recién a los clubes penquistas.

Sin duda alguna que, el cuadro campeón fué centro inconfundible de atención y miradas. Su formación ofreció curiosa mezcla de valores; algunas reliquias de otros tiempos y polluelos recién nacidos al fútbol. Veteranos, producto del "Arsenal", —primera semilla de Naval— y los nuevos emergidos de los torneos internos del Apostadero.

Saltando hasta la completación de la primera rueda, de los diecisiete participantes quedaron sólo once finalistas, los que con el puntaje logrado se fueron en demanda de la meta final. Veamos como quedaron las posiciones y deduzcamos quiénes fueron los eliminados: Naval 28 puntos, Fiap 24, Caupolicán 23, Serrano 23, Fanaloza 23, Lord 18, Vipla 17, Vial 16, Coquimbo 15, Victoria de Chile 14, Universitario 14. En consecuencia Werner, Gold Cross, Minerales, Galvarino, Gente de Mar e Industrial fueron los eliminados.

Con el ataque más goleador y la tercera defensa en capacidad, con veinticinco goles a favor y dieciseis en contra, como ganador en trece

encuentros, perdedor en uno y empatador en dos, Naval, mostró además en su estela un curioso empate logrado ante el eliminado Galvarino en el mismo Morro.

Combatido, resistido, criticado como ningún otro debió convencer a punta de goles y estado físico de sus hombres. Cuatro perseguidores llenos de tradición hicieron lo imposible por darle caza desde el momento mismo que partió la segunda rueda. Uno a uno Fanaloza, Fiap, Serrano y Caupolicán fueron avanzando en la tabla sin permitir respiro a los marinos. Ganaron y ganaron los porteños, pero, como éstos también lo hicieron, cuando llegó el match final, los verdes del Serrano de Tomé aparecieron luciendo orgullosos cuarenta y un puntos inalcanzables para todos menos para la gente del comandante Cesari. ¡Vaya momentitos esos para un club novicio!, llegar al partido final un punto más abajo de los necesarios para merecer por lo menos un empate en el primer lugar. De las tres chances lucidas por la gente del puerto, una, ganar era la imperativa. Si empataba era campeón pero con los serranistas en molesto empate de puntos. Si perdía, vicecampeón, no poca cosa para quien se iniciaba en las grandes competencias. Pero, era Navidad, y esa tarde el Morro era Talcahuano todo vaciado en la gloriosa cancha, entonces: ¡había que ganar! No habría de apagarse la luminosidad de esa tarde diciembreira con la sombra de una derrota. Así, con montaña de angustiosas dudas y temores se jugó el partido clave del primer gran intento de fútbol regional.

Diciembre, cancha con veintidós hombres de impecable uniforme deportivo formados en su centro, dando espaldas a un cerro atestado de variada gente y coronados por albísimas nubes, nubes inspiradoras de triunfo o presagiadoras de derrota. Jugadores que cara a la bandera cumplen simbólico acto antes de comenzar el trascendental choque. Luego vendrán los presurosos aires finales de nuestro himno patrio a quebrar la fila de gallardos contendientes, en dos bandos de once hombres cada uno. Esta historia escribe sus nombres para saber, en el futuro, quiénes corrieron esta tarde en procura de triunfo.

NAVAL:

R O A
 HENRIQUEZ VASQUEZ
 APABLAZA CONTRERAS LEAL
 E. SAAVEDRA QUEZADA PILLADO R. SAAVEDRA WEBER

— :: ● :: —

Q. CONTRERAS GATICA AGUILAR QUINTANA MONTECINOS
 GUERRERO HERRERA BEIZA
 BELLO RUIZ
 A Z O L A

CAUPOLICAN:

Sonó un pitazo que debió ser dado por Felipe Bray, árbitro santiaguino, y que fué sin embargo dado por Luis Reyes —director de turno, actual secretario rentado del Comité Regional, dirigente del Galvarino y entusiasta organizador de los Torneos Juventud— quien suplió al metropolitano ausente.

Ocho minutos corrieron de trancadas quemantes, gritos de emoción y chutes sobierbios hasta cuando Quezada, interior y peón del ataque albo y cuello azul, decretó la primera respiración desahogadora en los ámbitos del Morro, al acertar con un cabezazo en la esquina más cercana al cielo del arco defendido por Azola. Con igual o superior intensidad, continuó el match hasta los treinta y siete minutos de esa primera fracción, pues ahí y ante un rechazo de la defensa azul chiguayantina, el medio volante Contreras convirtió un remate suyo en la segunda gran emoción de la tarde.

¿El descanso?, un gigantesco convertidor de opiniones, en el cual variadas voces ondularon de plano a cerro mezclando la incredulidad al disimulado gozo. Tempranera alegría o arrostrado temor en las caras de tan variada gente. Quedaba por delante un futuro que iba a ser de cuarenta y cinco minutos o un siglo. Por último, el descanso fué una espera en donde más de alguna irrespetuosa lagartija invadió las prohibidas piernas bajo falda de más de una hinchada sentada en pleno suelo del cerro repleto.

Cuatro minutos de la segunda etapa y Aguilar, centro delantero enemigo, se hizo más enemigo aún, al clavar en un rincón de todos los corazones porteños el gol de descuento. Toque de alerta el suyo, ante el cual invadieron el aire morruno muchas oraciones y promesas de manda. Por impedir el empate, los once albos se transformaron en auténticos leones.



Arnoldo Weber llora en hombros de la hinchada luego del partido final.



Leal y Pillado salen de la euforia humano-navalina de Angol

Nunca en el año entero, los minutos restantes parecieron tan largos. Por ello, la lucha de once voluntades se convirtió en batalla heroica de todo Talcahuano contra las visitas pretensiosas de despojar a sus hijos deportivos de un título, por el cual, tanto esfuerzo habían entregado en el correr del año.

El resto no fué sino algarabía hasta cuando cayeron las luces de la noche y su manto de sombras surgió desde atrás de los cerros para inundar calles, plaza y cerros. Así escribió Naval, sobre el cielo de la bahía, las primeras letras de su gloria: Campeón del Primer Campeonato Regional. Todo bajo el siempre fiel aliento de la hinchada que, comenzó modesta y terminó por ser el puerto mismo en semanales fiestas deportivas.

AÑO 1950 SEGUNDO REGIONAL Y PAUSA

Como fácilmente se podrá apreciar en la tabla del segundo Regional, el cincuenta no fué año bueno para la tienda marino—chorera. La fuerza arrolladora del torneo anterior bajó verticalmente por una serie de factores y vino a mostrarse en un sexto puesto. Las consecuencias derivadas de esta brusca caída, hoy podemos decir que fueron provechosas.

Tras el exitoso primero, la idea de torneos regionales prendió en todas las cabezas. Por eso, cuando los diecinueve participantes de éste partieron en su disputa, se vinieron a observar cambios que habrían de mejorar chances y bajar otras. Quiero explicar con ello que Naval no fué capaz de soportar dos años seguidos, un tren completamente nuevo en su sobria vida institucional. Aguantó a pie firme el primero, pero ya al segundo, armados los demás contrincantes; las cosas variaron del cielo a la tierra. Una transición de valores y cambios en su dirección técnica fueron, en parte, las causas. El caso Amadeo Silva fué condimento sentimental de la campaña, en él hubo una cosa valiosa su retorno: comentado, sentido, clamado y logrado.

Valores humanos los tuvo a montones este segundo año regionalista del Naval. Su baja en las posiciones tenía que producir agrietaduras en la fe de aquellos jugadores de afuera: los hinchas. Los produjo, pero nunca en tal cantidad como para amenazar la sepultación del navalismo. Por el

contrario, me parece que nunca se discutió más y con mayor provecho sobre Naval, que ese año. En las casas, en las esquinas, en las calles todas las palabras tendían a la búsqueda de soluciones al problema equipo y su baja. Por todo ello, aunque resulte curioso, debemos ubicar el nacimiento del navalismo este año y no el cuarenta y nueve. En el certamen anterior la hinchada había sido una masa tras un equipo campeón, ahora en cambio, en la mala racha asomaron los pilares verdaderos del gran cuerpo de fieles aficionados, auténticos fundadores del navalismo. Y bien, muy bien, pero no sólo los managúas estaban jugando en este Regional, de tal manera que ha de cambiarse la onda y sintonizar para otros colores.

Un dúo hubo que animó magistralmente el torneo comentado, dúo de afinidad en color: Lord y Serrano, ambos verdes; esperanza pura. Los serranistas tras haber sido postergados por escaso punto en la pelea del año anterior se cobraron la revancha y superaron en un lugar la colocación. Al hecho de mantener la estructura del team bajo la mano experta de "poncho" Velásquez, antiguo jugador de la institución y asistente en calidad de observador al Campeonato de Maracaná, se unió la auténtica calidad de la plana mayor. La rueda inicial la había terminado invicto. Comenzada la segunda, se fué solito, hasta que hubo de descubrir un perseguidor tenaz: el verde Lord Cochrane de Concepción.

—¡Qué atropellada esa de los lorenses!, con ellos y los serranistas el Regional 1950 también tuvo su gran final: el 17 de diciembre cuando en Tomé concentración de público regional vió la derrota algo digna de Ripley que sufrieron los penquistas, hoy dueños de casa propia.

¡Qué final!, primer tiempo ganado por los penquistas dos a cero a más de un penal perdido por el casi infalible "huaso" Adams, y por el otro lado, dos atajados por el "gordito" Lovera. ¡Qué más se podría pedir para cuarenta y cinco minutos! Dos goles y tres penales perdidos.

¿Cuenta final? Tres goles para los serranistas y dos para los lorenses.

Para ese encuentro no fuí verde, queriendo decir que ninguno de los dos contó con mi hinchismo, pero tuve que terminar impresionado por la vuelta brusca que el destino dió a las esperanzas de los penquistas. La gente de la "casa propia" volvió quejumbrosa esa tarde a las orillas del Bío Bío. En cambio en la "tierra del paño" se gozó el placer de coronar a los hijos dilectos. Hasta en Dichato se supo esa tarde que en el Tomé vecino, algo de importancia había pasado.

Dejado de mano los tres mosqueteros ya comentados, la tabla mostró a todos justicieramente ubicados. Chiguayantinos, vialinos y estudiantes manteniendo parejo juego fueron adversarios de cartel. Más abajo, Schwager, Lota y Gente de Mar —savia nueva en el torneo— pagaron el noviciado, pero aún así quedaron sobre los decrecientes Coquimbo, Minerales, Vipla y Werner. En la primera rueda se habían eliminado Victoria de Chile, San Vicente, Industrial y el combinado Pampa-Galvarino.

Si en el regional número uno llamó la atención la primacía de los conjuntos costeros y la ausencia de penquistas en los primeros lugares, aquí debe insistirse en la importancia del vicecampeonato logrado por los llamados muchachos de Félix Caballero, el mismo ex arquero internacio-

nal, concurrente igual que Velásquez como observador al Campeonato de Maracaná celebrado en el prodigioso Brasil. Tras magra figuración, en el Primer Regional, los dirigentes lorenses buscaron en las brisas renovadoras de la juventud, el remedio al mal. Y lo consiguieron con nombres como Valdenegro, Morales, Barrera, Cárcamo, Mendoza, López, "giolito" Muñoz y otros a los cuales pusieron la experiencia llamada Montecinos, Adams y la del mismo entrenador.

Finalmente, como último eslabón de este campeonato estampemos algunos de los nombres que brillaron en las diferentes fechas de que contó: Lovera arquero del Lord, Avilés, zaguero; Vera —hoy en Audax— medio volante; el pintoresco "negro" Vásquez, centro delantero, todos estos de Fanaloza. Néstor Bello zaguero centro —hoy en Rangers y crack en Audax en varias temporadas— del Caupolicán. Barros en las filas del popularísimo Vial. El uruguayo Cabral, zaguero y medio volante que se fuera a Rangers para desaparecer allá; Lelio Rodríguez interior, también uruguayo, los dos del Serrano. Ernesto Saavedra, puntero más conocido como "lenguado" en el Naval y los lorenses Valdenegro y Cárcamo, puntero e interior que se fueron a Santiago con distinta suerte; el primero a Colo Colo donde hizo antesala y formó en tardes aisladas para aparecer después en Iberia; el segundo de revelante campaña en Unión Española el año en que el conjunto de colonia, resultó campeón profesional, y de posterior actuación en Universidad de Chile y Palestino.

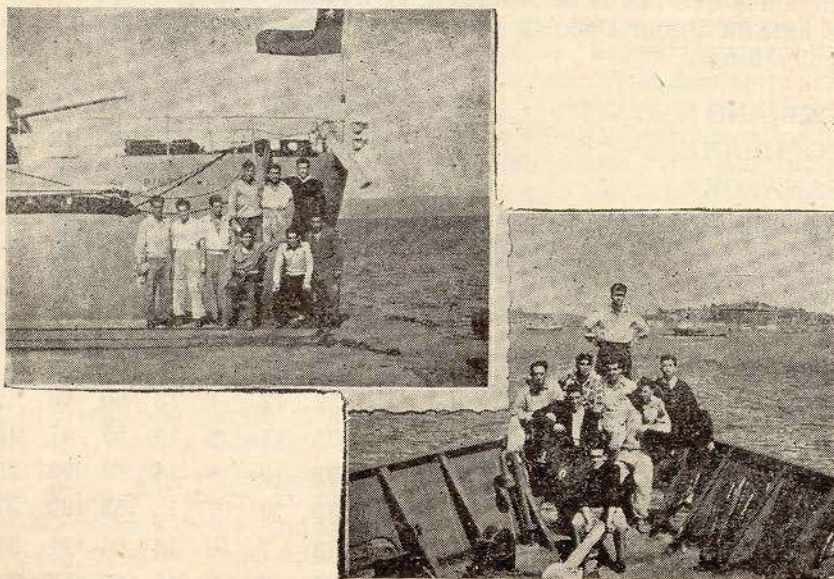
Por si algo se nos queda de cuanto nos brindó el Regional número dos, digamos que fué nota destacada el triunfo conseguido por los serranistas ante la Unión Deportiva Española de Santiago por la cuenta de tres goles a uno.

SERRANO	32	21	7	4	98	45	49
COCHRANE	32	20	5	7	75	42	45
FANALOZA	32	20	5	7	85	53	45
CAUPOLICAN	32	18	7	7	89	45	43
FIAP	32	19	4	9	67	39	42
VIAL	32	17	5	10	60	49	39
NAVAL	32	15	7	10	75	58	37
UNIVERSITARIO	32	13	6	13	80	65	32
SCHWAGER	32	12	7	13	66	68	31
VIPLA	32	11	6	15	55	47	28
WERNER	32	10	8	14	62	73	28
LOTA	32	10	7	15	55	89	27
COQUIMBO	32	7	10	15	64	91	24
MINERALES	32	7	9	16	44	63	23
GENTE DE MAR	32	9	4	19	32	91	22

TERCER REGIONAL Y UN GRAN NAVAL

Muchas cosas lindas se han podido escribir de las restantes campañas del navalismo dentro del ambiente futbolístico regional. De ésta del cincuenta y uno basta con decir que fué clave en un momento crucial. En efecto, terminado el campeonato dos, Naval había descendido a un sexto puesto. La oportunidad de levantar cabeza iba a estar en el tercer año, y así ocurrió. En caso contrario, quizás si hubiera muerto para siempre el hoy poderoso navalismo.

Llegada savia nueva desde "pancho" no fué problema a la capacidad del entrenador, mantener la estructura del conjunto en base a los cinco veteranos: Roa, Henríquez, Saavedra, Pillado y Weber. Para cubrir los flancos del zaguero centro se tuvo a los recién llegados, Rubén González y Nourdin. Para suplir las vacantes de Contreras y "trompito" Leal se tuvo a dos distintos tipos de jugador: Isaac Carrasco y "chancharra" Leal. Y en el ataque Quezada y Ramón Saavedra que habían sido dos interiores de edad y sapiencia propia, fueron reemplazados por dos jóvenes. Bravo y Sergio González, ambos destinados a pegarse firme en la retina de la afición regional y en cierto modo en la nacional. Sobre ésto, Silva construyó el edificio 51, para muchos el mejor de todos los que ha tenido Naval. Agreguemos que Roa —el mismo lo dice— maduró este año y que Pillado, "Le-guado" Saavedra y Weber fueron tanto o más explotados que antes.



Dos poses frente al Errázuriz en la víspera de la final 1951.

Hablando ahora del torneo mismo, corridas las dos terceras partes de él, se había mantenido una equiparidad equitativa para azules y albos; los primeros de Chiguayante, los segundos del puerto. Lucha matizada a la distancia por los serranistas de Tomé —asombrosamente regulares— y los rojos de Schwager, real sorpresa y agradable por demás.

Súbito, Caupolicán apareció con un claro de seis puntos distante de los porteños. ¿Qué podía haber pasado cuando los marinos apenas acusaban una derrota y tres empates? Sencillamente que la gestión de los textiles comandados por Florencio Barrera había sido magnífica.

Cuando la gente apreció esa honda quebrada separadora de uno y otro rival, no dudó un instante que el título tenía un dueño: los azules de la Grace. Todo el mundo creyó eso. "All right", pero hay un destino indiscifrable que guía y juguetea con los resultados de las contiendas futboleras y ése dictaminó la cosa rara, la variante, la novedad, lo ilógico y casi inalcanzable. Chasco grande para todo el mundo que manos en bolsillo esperaba coronar a los azules. Seis puntos recuperados y uno de ventaja, cuando las papas estaban ya cocidas, tuvo que desconcertar a la afición. Por ello es comprensible que las calles de Concepción, Chiguayante



Entran los marinos al Campo Municipal de Deportes penquista. No faltan los chiquillos. Se puede apreciar el gran marco humano al fondo.

y Talcahuano se llenaran de asombrada gente, dando muestras de no explicarse el milagro. Grande la hazaña, pero más aún la final librada entre ambos en la cancha de Puchacay.

Ante unas trece mil personas que llenaron con asistencia record e igual recaudación hasta los bordes mismos la cancha, del campo deportivo penquista, se pararon los dos challengers el 23 de diciembre. La barra del

Club Deportivo y Cultural Fiap de Tomé, con la representación del hermoso villancico “El Nacimiento de Jesús —real suceso en el clásico hacía muy poco celebrado en la vecina localidad— puso marco al Festival con que el Círculo de Cronistas Deportivos quiso poner término al fútbol por el año cincuenta y uno. Además bajo las siempre inquietas manos del “maestro” Medina, los Coros Polifónicos de Concepción unieron espiritualmente a los bandos en lucha por sobre toda diferencia de colores y anhelos.

Mirando la alineación ofrecida por los dos rivales, comparemos cuantos hombres habían jugado la final anterior del año cuarenta y nueve en el Morro:

NAVAL:

R O A

NOURDIN	HENRIQUEZ	R. GONZALEZ		
	LEAL	CARRASCO		
E. SAAVEDRA	PILLADO	S. GONZALEZ	BRAVO	WEBER

— :: ● :: —

GAJARDO	OVIEDO	AGUILAR	MUÑOZ	MONTECINOS
	BEIZA	PINCHEIRA		
GUERRERO	BARRERA	GATICA		
	MIRANDA			

CAUPOLICAN:

Las incidencias que estas escuadras depararon disputando sus chances, quedaron con justicia clasificadas a la cabeza de cuantas fuera dable ver ese año. Las dos respondieron ampliamente a lo esperado y mostraron hasta en lo ínfimo, sus respectivas calidades. Para los marinos, como hacía dos años, sólo ganando podían adjudicarse el torneo, pues habían llegado al match un punto más abajo que los rivales. Jugando la biblia— y empatando y perdónese la expresión corriente— ¡esfuerzos perdidos! Bien lo pensaron los marineros mientras pasaron la semana entrenando, y tanto afinaron cuerpo y mente que, una vez en la cancha, nada escatimaron.

Ingresados a la cancha entre lógica algazara y expectación, y entre cañonazos los navales; ya a los dos minutos “lenguado” Saavedra estaba convertido en héroe, al vencer a Miranda. Hasta los veintiséis, en mezcla de buen fútbol y superior alma los avances habían transcurrido alternados. Ahí justo, en el vigésimo séptimo, Saavedra de héroe pasó a ser jovencito de “película”, cuando acertó en tiro de distancia. Estos dos goles estructuraron el dominio porteño en el resto de la primera etapa.

Se llegó al descanso en seguida, con la alentadora conformidad para los porteños que, Caupolicán tendría que luchar muchísimo para con-

trarrestar o volcar esa cuenta. Los hinchas —especuladores de los detalles en los descansos— respiraron tranquilos. No se iba a desarmar Naval de la noche a la mañana como para verse empatado.

¡Pero!... sino miedo, fué sobresalto el sentido por todos cuando “maucho” Mancilla, ex defensor de la Universidad Católica de Santiago, con respetable disparo de cabeza clavó la pelota en el pórtico de Roa. Con ésto Caupolicán pareció otro equipo, tan distinto que se fué encima de los nuestros y amenazó con no dejarlos respirar.

En las galerías, en tanto, los desmayos hacían nata. En las tribunas adictas, eran grandísimas tercianas. Ante todos se presentó, de pronto el fantasma del empate con crudísima realidad. Un gol azul y ya no habría fuerza humana capaz de convencer y empujar a los once porteños para lograr otro gol. ¡Como sonaba a grotesco el haber estado hasta ahí en cómoda ventaja de dos a cero durante todos los cuarenta y cinco primeros minutos. Todo un tiempo ganando para después verse, en pocos minutos, amenazado de perderlo todo.

Y que estertores los de Caupolicán, amigos míos!... A los siste, mechas de clavo en las cabezas porteñas. Gol de los azules... anulado por hand de Mancilla. A los dieciséis; Roa perdió el control de una pelota que se fué al vertical y después... afortunadamente, fuera. A los veintiocho, casi gol olímpico de Gajardo. Un minuto después, el hombre malo de la película: Mancilla tiró violento, rechazó a medias Roa y sólo Henríquez pudo alejar hacia el centro. Incidencias como éstas hicieron saltar de sus asientos a los hinchas morrunos presentes y también a los oyentes pegados a los receptores caseros. Pasó el tiempo y como el gol azul no saliera, y como el chaparrón se aguantara, comenzó Naval una ofensiva destinada a demostrar capacidad para una tercera conquista.

De un tiro libre del atómico Saavedra —la denominación no es mía— y la oportuna cabeza de “zoquete” González vino a nacer el canto de victoria de melodiosa armonía que se pudo escuchar esa tarde en el recinto de la ex cancha Collao. Faltaban ocho minutos escasos para el pitazo final, de tal manera que compréndase si ellos fueron o no seguidos con atención por los hinchas porteños presentes. Ante la justeza de la combinación del puntero y centro delantero, vanamente se estiró Miranda, pues antes que su cuerpo tocara tierra, el gentío había explotado ya en un griterío incontenible, ¡gol!

Ya se podía hablar de triunfo. Cuando el pitazo llegó: abrazos de vencedores a vencidos o vice versa. Unos tragando llanto; los otros con la sonrisa incontenible. Había terminado el duelo entre dos auténticos campeones. Lo fué en la práctica, quien más creció en el mejor momento.

Del resto de aquella tarde, quedó para el recuerdo la masa que invadiera el pasto para pasear, sobre los hombros, a los ganadores. Tras ésto el torneo cincuenta y uno pasó a la historia.

Volvió entonces la caravana a conmovier el puerto dejado al mediodía. Por las calles silenciosas del antiguo Penco, pasó la caravana bulliciosa para lanzarse luego al ondulante camino que da al Pacífico. Allá, quienes no habían querido viajar, por el humano temor a caerse muertos de

la emoción, corrieron a formar barrera a la entrada, en Las Salinas. Ahí, riéndose solos, porque no podían aguantar la felicidad, plantaron invisible bandera con una consigna que rezaba: "todos a pie hasta el centro". Y nadie se escapó. Llegaron los vehículos uno tras otro y ahí vaciaron la carga. Ulular de sirenas antecedió la columna cuando partió en busca del centro. Sones de marcha se encuñaron en las grietas de los cerros y rebotaron en cada uno de los hogares. Se vació la población Gaete al paso de la marcha. Se ramificó la buena nueva hacia San Vicente cuando la columna enfrentó el Teatro Imperio. Hacendosas dueñas de casa, delantal puesto, formaron a ambos lados de las aceras para aplaudir el paso de los hijos deportivos. Caras llenas de sonrisas llenaron el paso de la fila victoriosa hasta emocionar a quienes, rato antes, habían decretado con sus trotes la emoción superior. Ya en la Plaza, esta marcha triunfal amplificó el murmullo de victoria. La Gobernación recibió a los hijos en forma solemne. Una semana después venía a terminar el comentario del triunfo, y con ello todo lo que fuera fútbol en Talcahuano en ese cincuenta y uno.

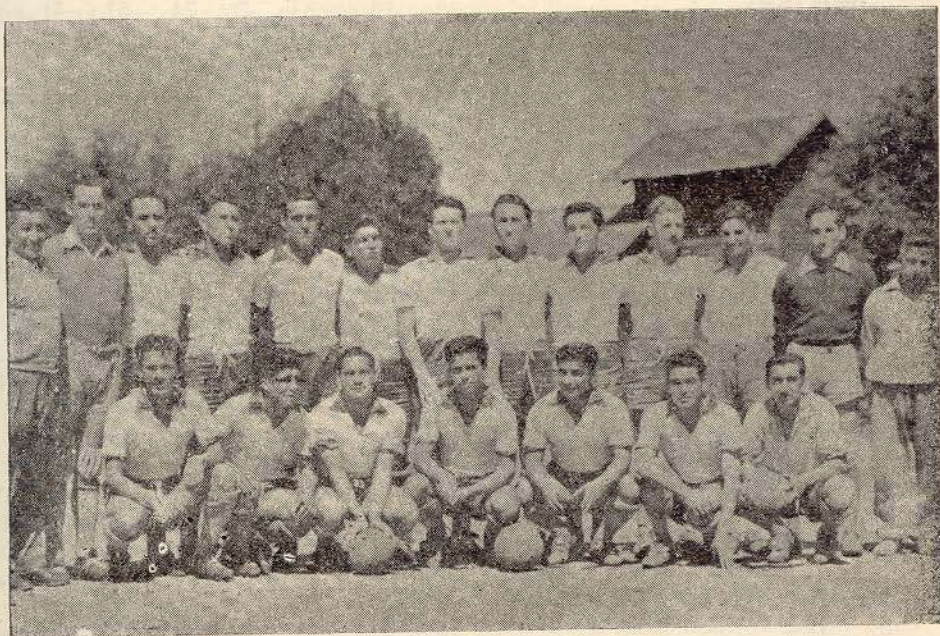


Miranda, arquero de Caupolicán contiene, en el partido final del 51 en el Municipal penquista.

Perdido domingo tras domingo quedó un campeonato de bastante buena cepa. Convertidos en dignos rivales Serrano y Schwager, mejorados notoriamente Vial y Lord, terminaron por completar el grupo de firmes: Fiap, Minerales y Fanaloza. Como se ve un buen lote. Hasta Gente de Mar con su sexto puesto mostró progresos al ofrecer en sus filas nombres como Patelli, Santander y Berthet.

Para completar el panorama ofrecido al gusto y vista del aficionado, nos podemos servir de las figuras alzadas como mejores al final. Veamos entonces: los dos arqueros de la final se ubicaron uno tras otro en el ranking: Roa y Miranda. Patelli de Gente de Mar y Leal de Naval a más de Nourdín compusieron el trío de mejores defensores, sin desconocer que Gatica y Henríquez de Caupolicán y Naval tuvieron méritos propios. "Giolito" Muñoz e Isaac Carrasco formaron la mejor pareja de medios, sin

discusión alguna, y quizás si los dos fueran lo mejor del torneo. Por lo menos en cuanto a Carrasco ocurrió. Fué alzado como el mejor valor. Tres elementos podemos nombrar entre los punteros derechos: Montecinos el veterano chiguayantino, Celestino González de Fiap y Saavedra de Naval. Experimentado el primero, buen jugador el segundo y goleador el tercero. Entre los interiores del ala derecha; el diario "La Patria" ubicó en primer lugar a Jaime Torres de la "U". Fué el universitario alma de su equipo y hombre capaz de jugar todos los partidos a un alto rendimiento, pero en cambio pareció más jugador el menudo Pillado que, en el equipo, en los planes aparecía cumpliendo una faena de más peso. Lo mismo podría decir de "churro" Muñoz, interior de los vicecampeones. Al centro de los ataques hubo dos figuras indiscutibles: Sergio González y Alejandro Aguilar. Por su condición de goleador e integrante del cuadro campeón, el navalino se hace merecedor a la primera ubicación, pero también ha de anotarse que el azul fué escolta del marino en la tabla de goleadores, con una escasa diferencia de tres goles. Dentro del plano de altísima calidad de ambos, el joven porteño aparece favorecido, ya que toda su experiencia consistía en el torneo de la Asociación Valparaíso, en tanto que Aguilar llegó a nuestro medio procedente de la Unión Española de la capital donde alcanzó a jugar una temporada. Buenos en el juego de cabeza am-



PLANTEL 1952.—Parados, izq. a derecha: Silva, Olivares, Saavedra, Nourdin, Vera, Guerra, Leal, Aedo, García, González, Roa, Sandoval. Agachados: Martínez, Weber, Bravo, Pillado, Coloma, Torres, Saavedra.

bos, capaces en la desmarcación, y efectivos por añadidura, ofrecieron casi pareja capacidad. Lindas las paradas de pecho del chiguayantino, valiosos los pases del piloto navalino y su sentido de la ubicación en la cancha. Antolin Sepúlveda, centro en el ataque vialino, fué otro de fuste en el Regional número tres. El argentino Berthet dirigiendo el quinteto rojo de los estibadores choreros se hizo admirar también. En cuanto a los interiores de la otra ala podemos representarlos por dos de auténtico fuste: "pinga" Bravo y el "chico" Vera; de endiablado dribling el primero y mucha visión del arco fué un perfecto punta de lanza; el segundo más reposado pero de trabajo rendidor tal cual lo había hecho en el "chago" Morning profesional en varias temporadas. Finalmente llegamos a la punta izquierda para encontrarnos con dos mineros de muchos quilates: Jara en Lota y Morales en Schwager. Tras la élite de escogidos que hemos citado como figuras del torneo, podríamos ubicar además a Lovera y Game, arqueros de Lord y Minerales. Barros, Lisboa y Uribe en Vial. Cornejo, Cañulao y Lelio Rodríguez, buenas piezas en sus respectivos clubes.

La tabla con la imparcial objetividad de las colocaciones va a mostrar el rendimiento de uno como otro club:

NAVAL	30	23	4	3	97	31	50
CAUPOLICAN	30	22	5	3	101	46	49
SERRANO	30	18	5	7	74	52	41
SCHWAGER	30	15	7	8	61	58	37
LORD	30	14	6	10	64	52	34
GENTE DE MAR	30	13	7	10	48	40	33
VIAL	30	12	8	10	58	52	32
FIAP	30	13	5	12	70	58	31
MINERALES	30	13	3	14	47	52	29
FANALOZA	30	10	9	11	48	52	29
WERNER	30	9	7	14	42	64	25
LOTA	30	10	4	16	49	61	24
VIPLA	30	6	9	15	47	66	21
UNIVERSITARIO	30	6	7	17	44	77	19
COQUIMBO	30	8	2	20	46	78	18
PAMPA	30	3	2	25	30	87	8

EL TORNEO DE LOS DIEZ PUNTOS

El que Naval aparezca en la tabla de posiciones con diez puntos arriba, constituye el más efectivo elogio a su campaña de este año. Ven-

taja y título alcanzado pese a sufrir dos bajas capitales en su plantel: Isaac Carrasco y Sergio González emigrados al profesionalismo; y pese también al agotador esfuerzo post-Helsinki, ya que llegado hubo de jugar los encuentros pendientes y los restantes en una verdadera batalla contra el tiempo. Tuvo la suerte de que alejados los dos jugadores nombrados, pudo recibir otros como José García, Coloma, Martínez, Olivares y Vera desde Valparaíso, los que junto a los progresos de Lewis, Aedo y José Saavedra terminaron por completar la fisonomía de un buen conjunto.

Descotando que en este torneo Naval fué astro, vamos a ubicar el héroe en otro conjunto, y ese no fué otro que el seleccionado lotino; vicecampeón con muchos honores aunque en empate con otros verdes, los penquistas del Lord.

Ascendido el año cincuenta, el seleccionado lotino ocupó en ese certamen y en el siguiente, colocaciones lejos de la vista y oídos del aficionado general. Sufridos y porfiados como la naturaleza del trabajo de extraer carbón, no se amilanaron y esperaron la tercera oportunidad que, fué la vencida. Fueron vicecampeones en un torneo donde muchos otros reclamaron tal puesto con la propiedad de sus pergaminos y valiosos antecedentes. La zona les vió mostrar la riqueza del ambiente lotino. Lota en la cima de cerros indios, como vigia atento y poblado de recias estampas humanas sabe como nadie el valor del fútbol para su gente. El padre, el hijo, el hermano, el novio, el esposo, tras salir de entre las obscuridades de los piques prodigadores del oro negro, corren a llenar los pulmones con el aire pleno de la superficie; en luchas donde emplean el vigor característico de quienes laboran bajo la luz del mundo. Llegan al fútbol tras el desahogo al encierro y por librarse de la monotonía del camino siempre recto que andan bajo el mar en procura de la veta. Esta significación del fútbol en el trabajador lotino merece toda clase de estímulos y reconocimientos.

Vaya el lector a la hora que desee al Estadio que la Compañía posee en el bajo inmediato a los cerros poblados, y encontrará en sus canchas grupos y grupos que corren en rotativas jornadas tras una pelota. Tardes y mañanas igual. Grupos compuestos de hombrones macizos y jóvenes espigados. Y si el lector sube hasta la cumbre de los cerros poblados, también encontrará en cada hueco, en cada pedazo de tierra libre esos grupos que todo lo tienen en común al hermanar a sus componentes por la pelota, ya de trapo, cuero o goma.

En este ambiente se promovió el vicecampeonato mil novecientos cincuenta y dos. Desde luego que no una novedad absoluta en la tierra minera, pues no en vano en épocas pasadas muchos institutos del país se surtieron con figuras salidas de sus terrenos baldíos. Sin ir más lejos, recordemos como los aurinegros del Vial tuvieron por largo tiempo, como semillero, a los clubes de la tierra del Parque.

Ya visto los frutos debe interesar una cosa a los dirigentes: mantener encendida la llama, pues no debe dejarse en saco roto el hecho que el estadio minero reúne la mejor asistencia infantil, luego del Morro. Con ello debemos descubrir que, es la segunda plaza en proyecciones, y un

lugar donde los partidos dominicales constituyen fiesta, al colorear todo con el bullicio y la expectación propia de los espectáculos favoritos. Aquellas ocasiones pasadas en donde la brusquedad y la violencia hicieron fugaces apariciones, no deben ser tomadas como síntomas verdaderamente peligrosos, ya que podemos recordar como el Morro el cuarenta y nueve fué algo así por el estilo y sin embargo hoy ofrece una madurez ejemplar. Pueda que me equivoque, pero auguro el día y año en que el estadio de la ciudad del carbón presencie el espectáculo de ver a los suyos campeones de un torneo regional, tal como hasta aquí lo han visto Talcahuano y Tomé. Sería justicia porque ¿acaso existe otro deporte que le proporcione escape físico al minero, hoy cuando el box ha desaparecido prácticamente de estos pagos? Y no cabe discusión que es necesario el fútbol, dado que el minero necesita emocionarse con la bravura de un deporte.

Por medio de este elogio al deportista lotino he aprovechado de enaltecer la función del fútbol regional. Servir al hombre de las industrias vecinas como fuente de mejores horizontes y escape al trabajo diario y semanal.

Dediquemos breves líneas a un terco cuadro: Minerales de Lirquén. Institución donde a la limitada ayuda de la industria se unió en proporción gigantesca, el entusiasmo de unos cuantos dirigentes y en cierto modo la sombra benéfica de ese gran sportman llamado "el gringo" Grossmann. Cada semana de este certamen los albos lirqueninos dieron lecciones ejemplares de como hacer deporte.

El deporte es una actividad propia de humanos, el fútbol es practicado por éstos y en consecuencia toda reacción que provoque ha de ser analizada con miras a un perfeccionamiento, tanto de sus cultores como de sus admiradores.

NAVAL	30	23	6	1	74	28	52
LORD	30	18	6	6	75	46	42
LOTA	30	19	4	7	66	41	42
SERRANO	30	15	9	6	69	55	39
MINERALES	30	12	11	7	55	42	35
CAUPOLICAN	30	13	7	10	77	59	33
FANALOZA	30	12	9	9	54	43	33
FIAP	30	12	9	9	60	51	33
SCHWAGER	30	12	5	13	52	58	29
VIAL	30	7	12	11	48	55	26
SAN VICENTE	30	8	6	16	59	79	22
VIPLA	30	6	9	15	46	55	21
WERNER	30	5	10	15	39	72	20
UNIVERSITARIO	30	9	12	19	51	73	20
PALACIOS	30	5	8	17	50	90	18
GENTE DE MAR	30	5	5	20	50	77	15

Viendo a los chiguayantinos ubicados algo abajo, caemos en recordar su vicecampeonato del año anterior. Viendo a los vialinos ausente de los primeros lugares, caemos en añorar sus buenos tiempos. Hasta el mismo Schwager nos llama la atención al no encontrarlo más arriba.

Antes de cerrar el libro en el cual este torneo se escribió, digamos que la gente de Silva pese al hecho de asegurar el título a muchas fechas del fin, continuó como si tal cosa, tan interesada en ganar como el más necesitado de puntos. De ahí los diez de claro. Se matizó el campeonato con la honrosa designación hecha a los campeones para tomar el nombre del fútbol aficionado chileno y llevarlo a competir a la lejana Finlandia. La única derrota sufrida, por obra de Minerales, vino a ocurrir en las postrimerías, en la vigésima tercera fecha.

UNA AGOTADORA CAMPAÑA EN QUINTO REGIONAL

El 27 de diciembre de este año, 1953, el Morro ofreció un aspecto francamente curioso. Mirando por sus rincones nada podría indicar la atmósfera característica de las grandes ocasiones. Era el día de la final entre "N" y Fiap. Ya en Lota, donde "N" había jugado su anterior cotejo, me había parecido notar una baja en el rendimiento de la barra porteña.

Bajando y subiendo rápido al cerro o caminando por su falta vine a caer en la verdad desnuda: los espectadores de esa final formaban un público acostumbrado a grandes ocasiones, no en vano exhibían la experiencia de tres campeonatos —1949, 1951 y 1952—, sino también vibrantes finales —1949 en el Morro y 1951 en el Municipal penquista— sin contar las bravas contiendas con adversarios superiores —Magallanes, Green Cross, Colo Colo, etc.

Aparecieron discretamente los conjuntos, lucharon en noventa minutos que para mí —consciente del desgaste físico de los navalinos— parecieron un siglo, y nadie chistó, nadie se movió de sus puestos. La barra bravía parecía muerta. Ni desahogo en los goles. Tuvo que llegar el pitazo final para despertarla. Sólo entonces echó al aire unos gritos y algunos atrevidos hicieron el simpático gesto de arrebatar la camiseta de los jugadores. En las tribunas se pidió desfile, y éste nació hacia el centro: sin banda y con los jugadores en un camión. Tras completar la subida de Colón hacia la plaza, la fiesta se acabó y con ello la pasión futbolera del puerto. Nadie dijo nada, los comentarios posteriores no aparecieron tras la paletada dada por el Fiap.

En cambio yo sí que tenía tema. No iba a dejar en el olvido la hazaña cumplida en este cincuenta y tres por los once navalinos, que nunca habían dado tanto de sus físicos. Viéndoles llegar de Angol al mediodía del 14, los ojos adentro y los pómulos salientes, y también salir del Morro esa tarde, estrujados de cara hasta el peligro.

Aquello que había escondido los ojos de los jugadores en cuencas oscuras y estrujado sus caras lo había ganado Talcahuano en honor y orgullo. Los once derrotando a Colo Colo y empatando después, habían traído hasta el puerto galardones que todo el mundo comenzaría a reco-

nocer al mismísimo Talcahuano desde ahí en adelante. Afortunado yo, que no tenía la veteranía de los hinchas choreros y gocé esa tarde de la final como ninguno. A ellos les había llegado el máximo en Angol y en el Morro tres días después. Al lado de aquellas dos gestas, ¿acaso podía significar algo la disputa de un cetro que sabían sería ganado? ¿A qué agitarse en demasía?

El porteño común había quedado flojo al comentario tras esos verdaderos festines de navalismo. Yo, en cambio, estaba hambriento de comentarios.

Viví días dando al triunfo sobre Colo Colo los más diversos significados. Me decía, vinieron a la zona cuadros profesionales y perdieron, pero nunca en la forma como los albos ante los marinos, y recalcando que no por su condición de local, sino a kilómetros y kilómetros de distancia de la sede y arrastrando cientos de hinchas leales. Ví a "N" dueño del carrizo de un puerto. Le ví con su nombre agigantado por sobre todo el territorio chileno. Le encontré comprendido en el ambiente regional, donde siempre había encontrado reticencias. Le supe individualizado como exponente y símbolo del puerto.

Tras todas estas hermosas realidades volví con la mente hacia el cuarenta y nueve para recordar el primer paso dado por el prestigio de Federico Grossmann, la infatigabilidad de Ramón Guerrero, la amplia mira de Julio Cesari, los balbuceantes comienzos directivos de Harold Hyslop y la cooperación valiosísima de Oscar Puentes o Luis Reyes.

Dos días atrás, Naval había pasado la Navidad en Lota, peleando con la selección local su chance al cetro, y había obtenido un scorer de cuatro tantos contra dos. Pascua de concurrida asistencia: algo más de cien mil pesos. Goles de Pinga dos y "el niño Angol", José Saavedra, a más de un autogol de España. Allá habían lucido el fruto de sus cotejos con los metropolitanos, tanto que los mineros, tuvieron expresiones llanas reconociéndolo.

Más atrás de ese cotejo, el sabor indiscutible de la competencia lo ví en el empate de marinos y loceros por el primer lugar en la rueda inicial, a escaso punto del novato Huachipato. Las tres derrotas que sufriera en la rueda primera algo ofrecieron de historia.

Fernández Vial, en la segunda fecha, corriendo como un verdadero expreso, había causado la primera en el Municipal penquista. Minerales —chuncho para los albi-azules— había causado la segunda con el uno a cero en Penco. Finalmente los serranistas, "en la tierra del paño" habían propinado la tercera, con scorer de tres goles a dos. Se me ocurrió pensar ¡curioso!, pero ya que las tres fueron infringidas fuera del puerto, parece como si le hubieran sacado de su Morro para pegarle sin asco.

En medio del mes de los gatos, se acabó la vuelta inicial en que "N" mostró la defensa y ataque más capaces. El 30 del mismo, la segunda rueda partió en busca de los puntos finales. Mucho me fijé en Lota en esta rueda porque le ví confirmando el vicecampeonato del torneo anterior. A Caupolicán lo sentí añorando por contar con un nuevo Arvínculas, otro "vasco" Larraza o un "quebracho" Contreras. Imaginé a Lord y Vial, ver-

daderos mellizos, cuando me fijé en los resultados matemáticos de su gestión: diez partidos ganados, diez perdidos y diez empatados. San Vicente me ofreció las figuras del fornido Expósito en su arco y el hábil puntero Márquez marcando decisivos goles. Y también los balleneros me hicieron dedicarles otro poco más de atención, cuando pensé en ese match con "N" de la segunda rueda, en el que ganaron por dos a cero. Esa tarde los delanteros de la Armada casi habían quedado ñatos tanto avanzar y avanzar sin que por ello hubieran conseguido un mísero golcito. Esa tarde en el "fortín", la gente hasta por gusto se daba vuelta la chaqueta. El Sergio González, ya alabado y emigrado al profesionalismo metropolitano, el año cincuenta y uno había vuelto a su Morro, vistiendo la camiseta de Universitario, con ocasión del match con los marinos por la segunda rueda. Hasta los hinchas volvieron a ocupar mi atención cuando recordé aquel partido Caupolicán-Naval en el Municipal vecino al puerto. Esa tarde ningún porteño llegó hasta la ex cancha Collao, por orden tácita y como protesta general a la fijación del match ahí, en lugar del Morro como correspondía. Primera hinchada en el mundo que acuerda una huelga.

Reduciendo a números los resultados de los treinta partidos de cada participante, el cuadro de colocaciones quedó así:

NAVAL	30	21	4	5	95	37	46
FANALOZA	30	17	8	5	64	47	42
FIAP	30	18	5	7	90	44	41
SERRANO	30	14	12	4	55	42	40
LOTA	30	13	8	9	47	40	34
HUACHIPATO	30	13	8	52	45	45	34
MINERALES	30	13	7	10	47	34	33
CAUPOLICAN	30	12	8	10	51	39	32
LORD	30	10	10	10	65	64	30
VIAL	30	10	10	10	56	56	30
SAN VICENTE	30	11	8	11	55	47	30
UNIVERSITARIO	30	10	4	16	44	62	24
SCHWAGER	30	9	5	16	39	69	23
COQUIMBO	30	5	8	17	39	69	18
VIPLA	30	7	4	19	39	70	18

Como en la primera rueda el ataque de Naval fué el más eficaz, pero su defensa pasó a ser superada por la de Minerales, cuadro colocado en 6º lugar en la tabla.

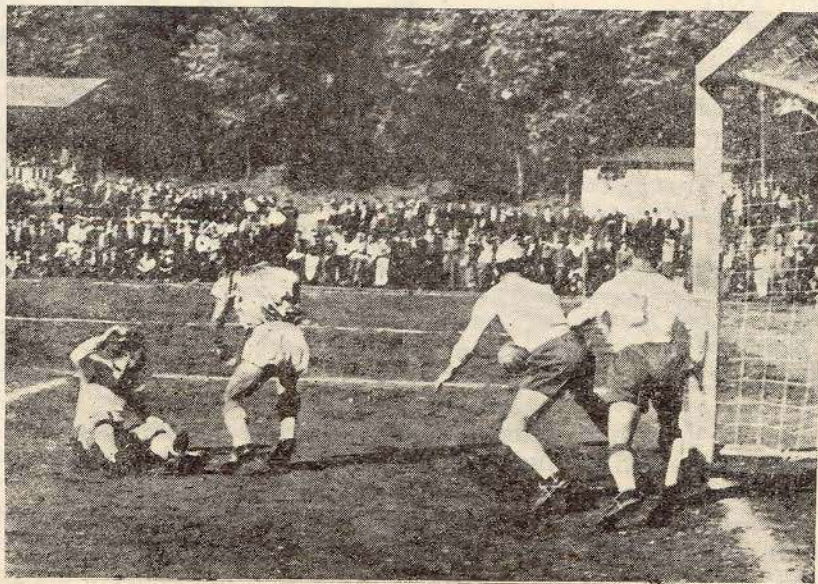
Sin insistir en mi recuerdo, acerca de partidos y goles, me dediqué por último a buscar hombres y nombres de la competencia. El primero que llegó a mi memoria fué Hernán Rodríguez, el maratonista del fútbol. De la serie de caras que mi imaginación revivió luego, la suya me pareció

inalcanzable en nitidez. El negro sewelino se me pareció como el más alto valor del certamen. Más abajo, me encontré con la cara del "zorrito" Vidal, el joven piloto iniciado al fútbol en Penco por su valorable padre, de añejo prestigio dentro de la historia del fútbol chileno. Comandó la delantera de los loceros y la tabla de goleadores en compañía del fornido Wenger, centro fiapino. Lelio Rodríguez, interior en el conjunto de la ítalo-americana, fué otra de las caras que ví elevarse alto sobre el resto. Deij, puntero de Minerales, Barraza interior del Vipla, sin destacar a nadie más de Naval —porque el mérito fué este año de todos— fueron otros nombres de actuación sobresaliente.

GRANDEZAS DEL SEXTO REGIONAL

Para bien abarcar la trayectoria de este campeonato, nada mejor que planificarle de manera que sea posible encontrar lo que ofreció, sin obligar al lector a leer una narración de fecha en fecha y plagada de números, resultados, abundancia de nombres y relatos de partidos.

Desde luego el comienzo es uno solo, tomar la veta desde el mismo momento en que cuatro árbitros hicieron sonar sus silbatos para iniciar el 11 de abril la primera fecha, en forma incompleta, ya que sólo se jugaron cuatro partidos: en Concepción, Lord 3, Schwager 1. En Lota, Naval 1 y la selección local 0. En Talcahuano, Serrano 2, Huachipato 1 y San Vicente 4, Caupolicán 1.



CAMPEONATO 1954. González, Olivares y Lewis se defienden del ataque lotino.

Ocho cuadros sin grandes precios en sus filas, revelaron política amateur por medio de contrataciones sin gran noticia económica y en base a elementos de provincias. De entre todos, Huachipato, dió la pauta en cuanto a nuevas figuras: García, seleccionado de María Elena y chileno a los Juegos Panamericanos de Buenos Aires; Manzo y Figueroa, dos colocolinos de esporádicas apariciones en la profesional como puntero y centro de ataque; Sepúlveda, joven forward; Lagos puntero proveniente de U. Católica, a más de Jiménez, llegado desde el Fiap y formado en el Lord de Concepción. Los otros conjuntos mostraron gente nueva pero en general ascendida de las divisiones propias.

En la visita de los marinos al vecino Lota estuvo la atracción de la fecha inicial. La taquilla conseguida lo reflejó nítido, \$ 126.660.— cuando el total de las cuatro canchas dió \$ 181.610.— Allá hubo fiesta, y como fiesta sin roscas no es buena; rosca hubo por mediación de la brusquedad de España que consiguió la expulsión de Pillado al exasperarlo. Una vez terminado el cotejo y para completar el marco de beligerancia, un micro que volvía al puerto por Lota Alto, resultó apedreado. El único gol de la tarde: obra de "pinga" Bravo.

¡Cómo es de divertido el fútbol! Lord ganó, en la primera fecha a Schwager y al final vino a resultar colista.

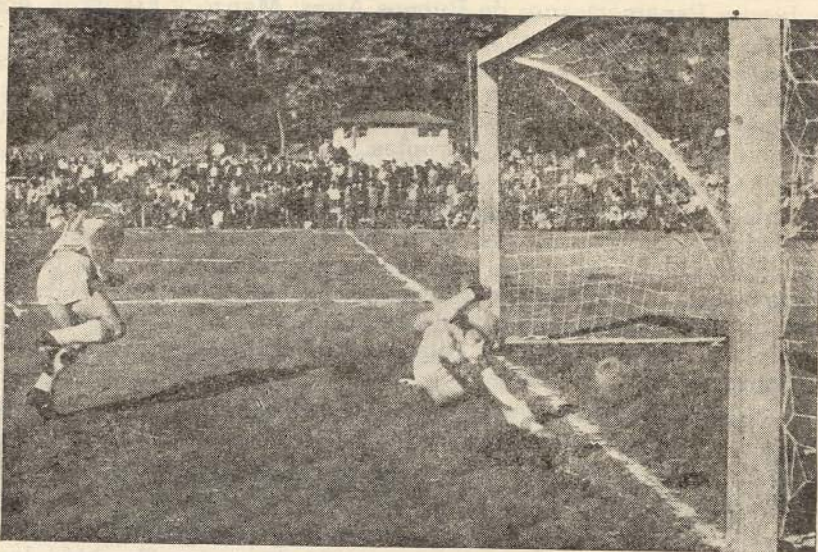
Estos cuatro partidos fueron el segundo atracón de fútbol, el primero había sido el cuadrangular jugado en el Municipal de Concepción con el Rangers de Talca, en partidos nocturnos, gran novedad en la Avenida Collao, donde nunca antes se había jugado de noche. También los serranistas con un conjunto de jóvenes valores habían alcanzado a las ciudadanas de Talca para ganar allá a los ranguerinos por tres goles contra dos.

Saltando en el tiempo me allego al mes de los gatos, fecha en la cual el campeonato bullía con la lucha cerrada de dos conjuntos: Fiap y Naval. El 2 de ese mes terminaba la primera rueda, ¡y qué manera de terminar!, sencillamente, enfrentando a los dos macucos, a los dos últimos invictos de la rosca. Hubo de viajar a Tomé "N". Y en la cita le fué mal. Dejó de ser invicto y hubo de compartir la punta de esa primera rueda con sus vencedores. Un gol de Wenger de furibundo disparo y el otro de una confusa acción frente al pórtico de Roa sellaron en los primeros cuarenta y cinco minutos, la derrota del puerto allende la bahía guardada por la Quiriquina. Exagerado el dos a cero, pero nunca injusto porque Fiap había trabajado su victoria, aún por sobre la cerrada negativa de Pillado y "lenguadito" Saavedra que, entre ambos elevaron al portero Lamme a figura del cotejo, ¡tal sería el trabajo que le dieron! Lleno en el estadio tomecano, justo eco a la importancia del encuentro.

Fanalozza, tercero en discordia era seguido por el regularísimo Serrano. En el quinto puesto se ubicaba a esas alturas el Fernández Vial. San Vicente y Schwager, juntos a continuación mostraban buen progreso.

Un mes después en Talcahuano se llegó al otro lado de la medalla, cuando jugaron los dos punteros la correspondiente revancha o "match

del año". Marco impresionante; más de trece mil personas. Inusitada concurrencia para esta clase de encuentros. Recaudación, con entradas de treinta pesos: \$ 361.665.—, record verdadero, en partidos del Regional.



Olivares se estira y no es gol, porque la pelota va al vertical y volverá a la cancha.

En el empate, Fiap escribió la hazaña. ¿Por qué? por llegar al Morro arrastrando corriente poderosísima de hinchismo, y por conseguir superar a los navales en rendimiento de juego. El cotejo había despertado interés desde la vez que se habían enfrentado en Tomé por la primera rueda. Los fiapinos luego del match quedaron viviendo la cúspide en rendimiento, y sentían a todo Tomé a sus espaldas. Todo el mundo, al hablar de campeón, pensaba en los roji-negros. Se creó por ello una especie de primacía del fútbol regional. Esa tarde Fiap llegó al Morro con banda y barra uniformada. A la vuelta, Tomé lo esperó con desfile solemne.

Siete días más tarde, los dos bravucones que habían lucido tanto, casi pierden sus compromisos. En Lota, la selección esperó a Fiap, y lo hizo avergonzarse con un dominio persistente, en el que solamente pudo empatar a duras penas. En Concepción, Lord, sacudiendo el peso moral de sentirse en la cola, logró la buena hazaña de empatar a los vecinos choro-ros, que con camas y petates habían llegado por el camino tan lleno de hoyos. Al no ganar los dos, y como Fanaloza lo hizo ante San Vicente, con buena taquilla en el Morro, se ubicó a tres puntos de Fiap y dos de Naval. Huachipato continuaba subiendo y Lord, pese a su tamaño gracia, quedaba a la cola.

Al domingo siguiente, Naval perdió... pero a mano de los buenos

paraguayos del Libertad de Asunción, Paraguay. Hubo calducho ese domingo en el Regional para que todo el mundo viera la rosca internacional y buenazo estuvo, porque mejor lección de fútbol nuevo no se había visto en el Morro, ni en la zona.

Siete días más tarde, por el solo hecho de haber perdido honrosamente ante los guaraníes, Schwager le arma la cama a Naval y lo recibe con un gran festival, ¿para qué?, pues para ganarle, y a punto estuvo, sólo que "Lenguado" se dió mañana y pudo empatar. Si alguien quiere ajustar cuentas por esta trampa, yo le doy el nombre de Astorga, el medio volante rojo, para que cargue contra él que en el partido, más pareció un monumento que un jugador de fútbol. Fiap en Penco se rindió insospechadamente ante los de la "loza" por estrecho dos a uno, y con ello dejó la tabla requetecontra linda y regionalista. Tres cuadros de distintos pueblos peleándose la punta.

El que se mirara a Fiap para campeón, ¿involucraba una baja en el cuadro náutico? No. Sencillamente los otros cuadros se habían superado. Así lo convinimos con el señor Bravo-Alviña, dirigente de la ANFA que había alcanzado a ésta para finiquitar los confrontes de Naval y la Selección de La Serena. En esa oportunidad me contó él que, en Santiago los antecedentes que sobre el Regional se tenían no se ajustaban a la realidad, dado que ubicaban a Naval en los últimos lugares de la tabla.

Cuando se llegó al borde final, hubo una palabra que pasó a ser la vedette: experiencia. Ella me decía que iba a ser factor importantísimo en la definición. Conmigo no estaban todos, ni siquiera los navalistas. Había miedo, pálpito. Quizás si otra mitad pensaba que esta experiencia sucumbiría ante el solo hecho que, tantas veces no iba a pesar en favor de la enseña náutica.

Difícilmente otro torneo logre reunir la solución de éste. Ese despedar la incógnita en la última jornada, y depender el título de los dos encuentros a jugarse. ¡Caramba!, un verdadero manjar para los aficionados a las emociones fuertes.

Terminado el campeonato, se llegó a encontrar lógico el sonoro título ¡Naval campeón!, pero antes de esa reunión doble toda idea de cetro parecía un sueño, en el cual la confianza se daba la mano con el miedo o donde experiencia en los nautas no era seguridad de triunfo.

A cada santo le llega su turno y a Fanaloza le llegó cuando Huachipato alcanzó a Penco el 15 de noviembre y se lo llevó por delante para ganarlo en dramático encuentro. El juego de equipos del puerto fué fantástico, y veamos sino, "los balleneros macayosos" de San Vicente fueron quienes bajaron a Fiap, en el propio Tomé, al empatarlo a dos goles después de estar casi cocinados. Finalmente Naval tenía que poner lo suyo y lo puso, pleno de drama sí, pero de exitoso drama.

Serrano llegó al Morro y se plantó firme, seco, terco. Tan seco que exhibía un empate hasta muy cercana la hora del pitazo final. Sólo la arqueada pierna de "Pinga" pudo desentrañar la madeja y acertar con ese tirazo alto, en el gol de ventaja que tuvo valor de gol de campeonato. Y así se libró una de las últimas grandes barreras. Si no hubiera aprovecha-

do el espléndido trabajo de sus vecinos, Naval hubiera perdido el título que buscaba. Afortunadamente lejos de fallar en circunstancias así, "N" siempre ha tendido a superarse.

No he dicho hasta aquí, lo que pasó en la reunión doble final en que se jugó poco menos que al azar, el título, porque me voy a servir de una pluma fina y atenta de la cual ya he abusado también en el capítulo Grandes IncurSIONES, para indicarles, que fué y como fué el desenlace del verdadero nudo enigmático producido en la cabeza del regional número seis: Don Quintín Quínta.

"Sí, es verdad, el Naval sacó la castaña con la mano de Huachipato.

Pero ¿Huachipato no pertenece a Talcahuano?

Los razonamientos del porteño, todavía entre alegre y emocionado, son convincentes. Los equipos del puerto jugaron "en equipo".

No entiendo mucho de fútbol, pero sí de regionalismo. El regionalismo es el patriotismo en pequeño, el amor a la localidad, a las cosas domésticas, el orgullo por lo que tenemos al alcance de la mano y vemos todos los días. Y el regionalismo es la base de muchas grandes cosas. Talcahuano es una ciudad eminentemente regionalista, como Talca, la gloriosa Talca, la de la familia de Don Quijote enterrada en la plaza, la de las tiendas con sucursales en París y Londres.

Cuando el Naval intentó en vano quebrar la defensa vialina para superar el scorer igualado, y el pitazo del árbitro marcó el término del encuentro, se produjo en el Morro un silencio pesado, denso, espeso. Podía haberse cortado con un cuchillo. El drama deportivo no lo puede entender todo el mundo. Y si se cuenta que Leal echó un lagrimón, cualquiera no comprendería lo que ésto significa. Hay que conocer a ese hombrachón que a lo que es corazón le ha regalado emociones y triunfos al puerto, para tomarle el peso a su desencanto no contenido.

Y más tarde ocurrió lo imprevisto. El Fiap sufrió un descalabro. Le faltó clase está al caballeroso equipo de Tomé, el respaldo de la confianza directiva, de su hinchada, etc. Y por eso sucumbió frente a Huachipato. Pero por otra parte, Huachipato estuvo más grande que el Alto Horno. Eran como once futbolistas de acero brindándole al puerto un campeonato. Un campeonato que no era para sus colores, sino para los de Naval.

Todo ese proceso deportivo de hondo contenido popular, con la inminencia del desastre después del empate y la seguridad del triunfo después del match de fondo llevó hasta los extremos de la resistencia las cuerdas tensas del corazón del puerto. Es difícil un símil. Tal vez el del naufragio que, con ojos cerrados estira la mano y tropieza con la borda de un bote.

Sea como fuere, el caso es que Talcahuano estuvo ayer de fiestas. Y hasta la medianoche el rumor callejero, la charla del bar, la tertulia hogareña y la plática de la esquina enderezaron por el mismo camino: el fútbol. Y las frases hechas y convencionales, el "buenas noches", el "cómo le vá", el "salud", etc. se dejaron de lado. Una sola palabra las reemplazó: "Naval".

Como decía el porteño es verdad que Naval sacó la castaña con la mano de Huachipato. Pero, ¿acaso Huachipato no es también Talcahuano?

NAVAL	22	12	9	1	41	19	33
FIAP	22	13	6	3	46	22	32
FANALOZA	22	13	4	5	56	39	30
SERRANO	22	10	8	4	46	29	28
HUACHIPATO	22	8	4	10	35	38	20
SAN VICENTE	22	8	4	10	32	29	20
SCHWAGER	22	7	5	10	28	36	19
VIAL	22	7	4	11	31	41	18
MINERALES	22	6	6	10	26	37	18
CAUPOLICAN	22	4	8	10	32	45	16
LOTA	22	4	8	10	26	46	16
LORD	22	2	10	10	28	43	14

UNA ESTRELLA MAS: LA SEXTA

Comenzando en Abril el fútbol en nuestra zona —Concepción y sus alrededores— el año 1955 tuvo un período pre-campeonato de interés a la mira navalina y regional.

Recién a nueve días de los abrazos de Año Nuevo, se jugó en Santiago el match definición del fútbol profesional entre Colo Colo y Universidad Católica, teniendo ambos conjuntos jugadores relacionados de una u otra forma con Naval. Colo Colo a Isaac Carrasco y Hernán Rodríguez, ex defensores navalinos y Universidad Católica a Litvak, Jara y Vásquez acompañantes y refuerzo en Finlandia.

Por esos mismos días, en una verdadera lotería de noticias, se decía que Naval iría a México en representación del fútbol chileno para participar en el Panamericano. Se decía esto un día para desmentirlo al otro.

Pródigo fué el mes de enero en noticias deportivas regionales porque en él, Concepción tuvo la oportunidad de presenciar por primera vez un partido femenino de fútbol. Lo jugaron dos conjuntos de la zona norte: María Elena. En la capital se realizó a estas alturas una temporada internacional brillante, con la participación del Austria de Viena, Chaux de Fonds, francés y el Malmoe de Suecia, ante los cuales Colo Colo, Universidad Católica, Wanderers, Everton, Naval y Maestranza de San Bernardo, obtuvieron sendas victorias. Hasta la Selección de Lota debutó

como internacional en esos días enfrentando a la Selección de Tucumán, Argentina, con la cual empató a un gol, en su cancha.

Confeccionados los rankings del fútbol profesional chileno, se encontró a dos ex penquistas figurando como los mejores en sus respectivos puestos: Isaac Carrasco y Luis Vera. Más, tarde, ambos integraron el seleccionado chileno en el Sudamericano realizado en Santiago, con distinta suerte, pues, mientras el "marinero" Carrasco jugó todos los encuentros, el segundo de los nombrados sólo en el match debut, ante Ecuador.

Ya encima de la fecha de iniciación del 7º Regional se alcanzó a conocer el interés de Colo Colo por Manuel Roa, el guardameta de Naval; la consagración de Carrasco como el mejor de los zagueros izquierdos participantes en el Sudamericano y la verdadera hazaña que Everton de Viña del Mar realizó en Argentina, al ganar a Gimnasia y Esgrima 1—0 y empatar con Boca Juniors 1—1, convirtiéndose así en el primer conjunto nacional que ha ganado partidos en Buenos Aires.

EL TORNEO MISMO.—

Características de sus primeras fechas fué, la pobreza del clásico tobecino entre Fíap y Serrano, verdadero suceso en temporadas anteriores; la contratación que Vial hizo de Reinaldo Rebello, ex defensor del Santiago Morning de la capital; los goles de José "Pinga" Bravo; el empate de los dos colosos porteños: Huachipato y Naval, el 29 de mayo con goles de Bravo y Deij y por último, la derrota del conjunto de la Armada sufrida en Tomé a manos del Marcos Serrano, perdiendo su calidad de invicto y dando paso a Huachipato y a la Selección de Schwager a la punta de la tabla.

Después, el 3 de junio, los metalúrgicos dejaron su invictez a manos de la selección schwagerina en el estadio de la misma, con goles de "Tongorito" Morales, aquel puntero emigrado al profesionalismo y vuelto al terruño luego de temporadas en el Audax Italiano y el Rangers de Talca. Bueno estaba a esas alturas el cuadro del mineral por muchas causas, entre ellas, la de tener en sus filas a Vergara, otro vuelto al terruño luego de haber defendido el pórtico del "millonario regional", Fanaloza y también por mostrar la figura insinuante de Vicente Astorga.

La tabla de posiciones estaba convertida en el verdadero sueño de quienes un día imaginaron los Campeonatos Regionales: Grossman, Cesari, Puentes, Sepúlveda, etc. Primero tres conjuntos de Talcahuano, probando el despertar del fútbol porteño; luego el Seleccionado de Lota: Marcos Serrano de Tomé; la Selección de Schwager y el Caupolicán de Chiguayante. El que los elencos de Concepción aparecieran recién bajos éstos en la tabla no probaba un decaimiento del balompié penquista sino una grandiosa superación de todos los pueblos adyacentes al gran Concepción.

El mes de julio, al dividir en dos el torneo vino a mostrar un fe-

nómeno demasiado repetido: Naval campeón de la primera rueda aunque en la oportunidad en empate con su interior José Bravo, scorer en la tabla de goleadores.

En el "mes de los gatos", el Regional suspiraba por un Fernández Vial de buenos tiempos, con ocasión del encuentro de éste y Naval en el Campo Municipal penquista. Esa tarde se lograba la mejor recaudación del año transcurrido, aún cuando el club aurinegro ocupaba una de las últimas posiciones de la tabla.

Y razón había para tal suspiro porque hace ya mucho tiempo que Vial hace suspirar por aquellos hombres como Obregón, "jota" Belmar, el "indio" Godoy, el "coño" Alonso, "pecho de palo" Picero y tantos otros.

Cuando cerca del término del campeonato siete, se enfrentaron los dos colosos porteños, hubo una nueva cosa digna de alabar; la conversión del Estadio de la Población Gaete en uno de los más taquilleros de la zona.

A las alturas del 2 de octubre, lo último digno de contar fué que Naval había obtenido los puntos necesarios para lograr la sexta estrella, cosa que consiguió con el siguiente puntaje y tabla:

NAVAL	22	18	3	1	67	22	39
HUACHIPATO	22	10	6	6	42	25	26
SAN VICENTE	22	10	6	6	34	36	26
LOTA	22	11	3	8	59	34	25
SERRANO	22	9	7	6	40	35	25
FANALOZA	22	9	5	8	53	37	23
LORD	22	6	7	9	34	45	19
SCHWAGER	22	6	6	10	29	35	18
CAUPOLICAN	22	5	7	10	30	43	17
FIAP	22	5	6	11	36	38	16
VIAL	22	6	3	13	35	58	15
VIPLA	22	5	5	12	23	38	15

1956. EL REEMPLAZO DE UN CAMPEON

Bien recuerdo que, iniciado los preparativos para comentar el octavo torneo regional, me fué difícil comprender cómo, a pesar de la excelente campaña cumplida por el club de la Armada, su colocación final sólo había sido el vicecampeonato. Tuve que caer en descubrir la seguidilla de derrotas sufridas en las últimas fechas para entenderlo.

En la primera rueda, como todos los años a excepción del 50, había terminado puntero aunque en la oportunidad empatando con el Fanaloza.

Al solo grito de: ¡Naval afloja! fueron muchos los clubes que se en-

treveraron, en la segunda rueda, en la disputa. Así los rojos del mineral de Schwager, el últimamente alicaído Vial, su vecino Lord Cochrane, los verdes de Lota alzaron rendimientos y multiplicaron ambiciones.

En el respiro entre rueda y rueda, Naval aprovechó para golear en Chillán 7 a 0 al Nublense, la Selección de Concepción para empatar al Magallanes a 3 goles y el Seleccionado Nacional para obtener la más sensacional de sus victorias ante el cuadro de Checoslovaquia por 3 goles contra 0, contando en sus filas, con nuestro conocido Isaac Carrasco.

Más arriba hablo de la extrañeza de saber a Naval perdiendo el campeonato y aquí lo confirmó, cuando le encuentro el 7 de octubre, encima mismo del término de la competencia, con una diferencia de 4 puntos sobre sus perseguidores y apenas con un partido perdido. Puntaje más que suficiente para campeón en cualquier otro lugar del mundo menos en la región, donde todos, durante cinco años habían estado aguardando las flaquezas del líder.

"Tónico para el Regional..." dijo "La Patria" en un titular a ancho de página, el 14 de octubre, al comentar la caída de la oncenava navalina ante Huachipato, ocurrida en su cancha "El Morro". Y dijo la verdad, porque de haber ganado aquel encuentro, nadie le habría arrebatado el título al separarse seis puntos.

Se hace necesario entonces patentizar aquel encuentro entre dos grandes del puerto brindando una verdadera fiesta.

HUACHIPATO:

VALENZUELA

FUENTES GONZALEZ

GARCIA HURTADO ASTORGA

CEBALLOS SEPULVEDA VIDAL ESPINOZA VIDELA

— :: ● :: —

WEBER BRAVO PILLADO GONZALEZ J. SAAVEDRA

AVILES LEAL AEDO

GUERRA TORRES

OLIVARES

N A V A L:

Los dos ataques más solventes frente a frente. Diez hombres avezados dispuesto a demostrarlo. Los dos goleadores de la competencia: Bravo y Vidal. Duelo de intermedias porque bien podía hablarse de las dos más capaces: Leal—Aedo y Astorga—García. Basada en el juego gran-

dilocuente de Astorga la segunda y en lo rompedora la primera. Con el mejor back—centro regional la defensa navalina y con Alejandro Torres, si duda el más parejo de los jugadores regionales en los últimos años.

Tras este partido se produjo la trizadura en el rendimiento del conjunto seis veces campeón, aunque no del todo porque siete días después con taquilla superior al medio millón de pesos y con momentos finales de cinemascope, empataba con Fanaloza en los descuentos. Match extraordinario en colorido, porque a la llegada de los 45 minutos reglamentarios empataban a un gol, luego pasaban los pencones adelante y finalmente sobre los 48 minutos, empataban los marinos.

Precisando fechas, el 10 de noviembre los acereros tomaron la punta para no soltarla más, aún cuando, al domingo siguiente hicieran consumir mares de valeriana a sus hinchas, al perder con Fiap, en El Morro. Pero Naval y Fanaloza lo ayudaron al perder con Vipla y Lord, respectivamente.

Naval dejó pasar la séptima estrella que tuvo a su mano. Decir esto es como leer el "the end" en las películas de habla inglesa. Sin embargo puede escribirse algo más del campeón despojado. Como buen actor fué tal su muerte. Llegó hasta el campo deportivo de la vecina Concepción en la última fecha, y sin complejos enfrentó al regalón del Bío Bío: el Vial. El campo repleto de espectadores parecía la expresión de un deseo colectivo: ver caer al acaparador de tanto y tanto título. Y el seis veces capaz en la zona, el chuncho de los clubes profesionales, el vencedor de linajudos equipos extranjeros; Naval, una vez más expuso digna hambre de victoria al vencer a los penquistas por 4 goles contra 2.

Tantas veces se había dado la misma solución que, ante el peligro que surgiera un principio, una regla; Huachipato ganó y se ciñó la corona codiciada de Campeón 1956.

HUACHIPATO	24	15	4	5	52	29	34
NAVAL	24	13	6	5	57	31	32
FANALOZA	24	12	6	6	43	29	30
SCHWAGER	24	13	3	8	47	45	29
VIAL	24	10	6	8	45	42	26
VIPLA	24	10	3	11	50	31	24
LOTA	24	9	6	10	35	39	24
SAN VICENTE	24	8	8	8	43	43	24
CAUPOLICAN	24	9	3	12	39	54	21
FIAP	24	8	4	12	42	44	20
SERRANO	24	6	6	12	25	40	19
LORD	24	6	6	12	35	50	19
UNIVERSITARIO	24	4	2	18	24	44	10

CAPITULO TERCERO

PUNTA ARENAS, LA PRIMERA

GRANDES INCURSIONES

Punta Arenas la primera.

La segunda: Santiago.

El suceso Angol, la tercera.

Viña del Mar, la última.

Extra Incursión navalina.

CAPITULO TERCERO

GRANDES INCURSIONES
En el verano de 1954
El nombre de los
Vista de los
Una gran...

Cua
náutica q
esta mane
a incursió
la palabra
empresas

Pun
inconfund
apelativo
la extrem
pectáculos
estupefact
seiscienta
Tratemos
1954 para
tadio Nac
los dos ca

Den
viales ruti
a las enu
con el res
portivas, f

Nav
en su casa
alturas nu
miento. P
quiere cre
nombre, y
sus ideale
sus propó
estela alb
deporte. G

Tal
no con la
sar en nav
por entre
mojarse e
pulmones

En
vierten en
rinero har
invictes a
con la par
junto prof

Cuatro han sido hasta aquí las jiras realizadas por la institución náutica que, por su envergadura y proyecciones, merecen calificarse de esta manera. Aun cuando el Diccionario enmudezca y no ayude, dejando a incursión el simple significado de correría, he tomado con cierta licencia la palabra, para ilustrar con ella la magnificencia característica de estas empresas navalinas.

Punta Arenas, Santiago, Angol y Viña del Mar han tenido un sello inconfundible de grandeza, que haría injusto encasillarles bajo el simple apelativo de jiras. Rebosantes en propósitos las cuatro, ¿si no? pidamos a la extrema ciudad sureña su opinión de quienes le fueran a brindar espectáculo de emoción en fútbol; o recordemos cómo Angol recibíendole estupefacto e incrédulo terminara agradecido y admirado de la legión de seiscientas almas que le inundaron la tarde del 13 de diciembre de 1953. Tratemos de ver la grandeza que adornara aquella de la ciudad jardín, en 1954 para ser convencidos de calificarlas así. Sepamos además cómo el Estadio Nacional guarda aún en sus paredes y galerías, grabado el eco de los dos cañonazos celebradores del empate ante los colocolinos.

Demasiada suma de valores para dejarla perdida en el casillero de viajes rutinarios. Por último, si todavía pareciese vacía llamar incursiones a las enumeradas, sabed que el solo condimento de su hinchada termina con el resto de duda que quedare, pues las justas nombradas, con ser deportivas, fueron humanas.

Naval crece hasta el cincuenta y uno dentro de los lindes propios: en su casa. Desparrama a la distancia el eco de su fama. Reclama a estas alturas nuevos horizontes que le permitan alcanzar completación y pulimiento. Pide partir en busca de otros suelos, lograr nuevos galardones; quiere crecer, ansía demostrar a otros ámbitos la fuerza inmaculada de su nombre, y tras ello le vemos partir en enero de 1952 al primer destino de sus ideales: Punta Arenas. Allí, en aquellas canchas, cumple, amplificado, sus propósitos. Sin mezquindar el espectáculo, la bravura y la lucha. Deja estela alba y pura que le dedica como auténtico y legítimo caballero del deporte. Galón nuevo que agregar a su gallarda trayectoria.

PUNTA ARENAS, LA PRIMERA

Talcahuano, de verano, con sus días luminosos, ve partir al Araucano con la gente de Naval, en viaje a pleno cielo. Puerto Montt, les ve pasar en navegación a mar abierto para perderles luego estrechando la ruta por entre canales prisioneros entre albos fiordos y bosques, que bajan a mojarse en las aguas mismas. Instantes de provisión para los generosos pulmones que en la cancha nunca mezquinarán fuele.

En suelos distantes, lejos de su sede, logra tres triunfos que se convierten en el auténtico primer fruto grande de su historia. Salido como marinero hambriento de puertos y emociones, regresa con el escudo de la invictez a la vista de sus hinchas. Campeón de un triangular que contara con la participación de los clubes Magallanes de ésa, Magallanes el conjunto profesional santiaguino y el propio "N". Torneo posterior al debut

en el que llegara a entusiasmar a la afición parenense cuando derrotó a la selección local por el expresivo guarismo de cuatro goles contra uno. De su estreno, "El Magallanes", diario de ésa dijo, en su edición de fecha 25 de enero, entre otras cosas:

"Inmejorable fué la presentación que realizó en nuestras canchas el primer equipo del Club Deportivo Naval de Talcahuano... La fama de que venía precedido por la brillante actuación que ha tenido el elenco náutico en los más importantes campeonatos de la zona penquista, se vió ayer plenamente confirmada, ya que en el transcurso de la brega dominó a voluntad..."

En el mosaico se pueden encontrar los titulares con que la prensa austral dió cuenta de las nuevas hazañas de "N". Incluso se podrá distinguir una fotografía tomada en el match estreno, y en la cual es posible notar la falta del meta Roa, hallándose en su lugar la figura de Sepúlveda. La ubicación del ese entonces feble y joven Alejandro Torres en un extremo de la línea de ataque, en contraste a su actual ubicación de back wing. Roa había quedado en el puerto con una lesión a la mandíbula, de tanto cuidado que el médico no había autorizado el viaje, ni siquiera en calidad de acompañante. También resulta importante destacar como el macizo Aedo jugara allá en el puesto extremo de la línea de ataque, y no en el lugar de hoy. En cuanto al Magallanes profesional, cabe decir que a excepción de su portero —un nuevo elemento que probaba— era la misma alineación del campeonato del cincuenta y uno: la del "guagua" López, el "loco" Méndez, Salamanca y otros que formaron uno de los más parejos cuadros de la institución albiceleste.



Mosaico de la 1ª incursión a Punta Arenas.

De los dos partidos ganados en el Torneo ya mencionado, la prensa llegó a escribir lo siguiente tomado en frases sueltas:

"El tiempo extremadamente magallánico que tuvimos ayer, con el viento y frío, malogró el desarrollo del segundo encuentro del triangular de fútbol que estuvo a cargo de los conjuntos de honor de los clubes Naval de Talcahuano y Magallanes de esta ciudad"... "Seguramente, debido a estos factores, fué que el equipo náutico, que tan espléndido debut hizo frente a la selección local..." "Se notaron otras escenas de importancia, como ser la intervención de Saavedra que sirvió matemáticamente un tiro libre que pasó a escasos centímetros de la valla magallánica; la espectacular estirada de Sepúlveda cuando salvó a su cuadro sacando al corner; el otro tiro libre a favor de los visitantes que sirvieran en el segundo tiempo y que pegó en el travesaño..." "En el primer tiempo los navalinos conquistaron el único gol del partido, por medio del puntero Aedo..."

Así escribió en la edición del 2 de febrero el cronista parenense, y terminó el 4 del mismo mes comentando el paso de "N" por esas tierras, con el partido entre albos y académicos, en los siguientes términos:

"Claro que los navales poseen recursos ilimitados para contrarrestar el juego de los adversarios, especialmente en lo que se refiere a ese magnífico estado atlético de los jugadores que les permite actuar con velocidad en los noventa minutos reglamentarios..." "Logrando el entrea Bravo batir al guardavallas Weinert con tiro cruzado y bajo, siendo éste el único tanto que se produjo en el encuentro".

Esto fué, en resumen, la pasada de los marinos por la tierra de nuestro sur lejano, consiguiendo que la afición les llegara a individualizar como bravo cuadro amateur. Ponderable actuación en números: tres encuentros; seis goles a favor y sólo uno en contra.

Vueltos a la vida del "continente" —así dicen en Punta Arenas— desembarcan en tierra firme en el puerto vecino a Angelmó, y en él enfrentando a un equipo local, logran otra victoria. Empapados de la hermosura verde de esos lares, avanza la embajada de vuelta a su "hogar", botando adversarios. Osorno les ve y admira. Faena completa, pues cuando perdían tres goles a uno, merced a la clase propia y nunca desmentida, logran ganar seis a tres. Después le toca a Valdivia rendir los honores; llegándose a salvar Temuco, pues la hinchada telegrafía que vuelvan.

Constituyó esta incursión el prólogo a la excelente campaña del cincuenta y dos y la primera oportunidad en que la hinchada mostró su constitución de cuerpo, esperando su arribo en la estación Arenal del puerto.

LA SEGUNDA: SANTIAGO

Corría presuroso el invierno del año cincuenta y dos, cuando una clarinada detuvo la marcha del engranaje deportivo regional. Sonido que indicó la posibilidad de un cambio de color en el torso de los jugadores del puerto: del albo y cuello azul al rojo y estrella al pecho. Estremecieron las notas estridentes la fibra del fútbol porteño, a tal punto que Talcahuano trastornó su ritmo de vida en una febril actividad: campaña pro Naval a Helsinki.

Mérito fundamental de esta segunda incursión fué el haber servido de trampolín al viaje finalizado en Finlandia, sin dejar de reconocer que hubo otros, como ser: primera vez que el conjunto pisaba el césped del Estadio Nacional y, también, única en la cual era acompañado por su hinchada.

Colo Colo el examinador fijado por la Federación, el 12 de junio y jueves de Corpus Christi, estuvo al frente de los once que corrieron con la insignia que los acreditaba como representantes del fútbol sureño. Hasta el momento de entrar por el túnel de acceso al estadio, Naval era todo el sur; después se puede decir que comenzó a ser Chile.

Jugaron mereciendo el empate, pero la verdad es que la excitación frenó a los porteños y así no mostraron el real valor del conjunto. Los observadores de esa tarde concluyeron que el conjunto necesitaba refuerzos. Lo lastimoso fué que no los juntaron inmediatamente al equipo. Pero si no mostraron el juego habitual, pusieron a la vista el otro revés de la medalla, la voluntad de juego, el macanudo empeño o su garra nunca desmentida. No asombraron corriendo por el césped del estadio ñuñoíno como eran capaces, más se rompieron todos e insinuaron buena madera. La prensa capitalina los recibió bien y se llegó a mostrar impresionada por muchos de los hombres, choreros.

Para no entrar en redundancia de nombres, diré que estuvieron, además de la gente del Apostadero, Jara, Albornoz y Arévalo, el primero y último de Lota, y el segundo, efectivo centro, del Serrano de Tomé. El Colo Colo de la ocasión contó con Escutti, Farias, Núñez, Osvaldo Sáez, Fernando Campos, etc.

En cuanto al toque emotivo de la incursión, corrió, sin ninguna clase de dudas, a cargo de la hinchada, que, pronto, alistó maletas y se fué a la capital a dar aliento a quienes habían de jugarse una carta tan riesgosa. Viajó la hinchada con el símbolo retumbante del cañón.

Ahora siguiendo el curso de los minutos, uno a uno, ubicamos en los siete primeros: la conquista de Albornoz o ventaja de los nuestros. Vial —que ni sabía si terminaría viajando con sus rivales de ese día—, dejó las cosas emparejadas. Fernando Campos, aquel interior llegado a los albos desde el Wanderers, puso la ventaja para los examinadores.

Comenzados los minutos de la etapa final, todo transcurría enervante para los nuestros hasta que el mismo Albornoz sirvió el tiro libre que venció la resistencia de Escutti. Así terminó la contienda. Los cronistas deportivos de la capital propalaron, con las palabras de sus artículos, la honrosa presentación de los marinos. Se pudo saber que habían cumplido. Cabía entonces activar los esfuerzos que pretendían juntar el dinero restante para el viaje. Las siete mil quinientas personas a las cuales fué presentado Naval en el recinto de cemento santiaguino no vibraron con la intensidad de Talcahuano al recibir la noticia del empate. Con el sí de la Federación se volvió al puerto a preparar las maletas. Podían irse aquietando los sobresaltos de los jugadores, pues ya faltaba poco para que fueran a jugar su fútbol a la tierra de los grandes fondistas. ¡Y qué temo-

res no sentirían estos buenos deportistas! Muy bien recuerdo que yo fui testigo de un momento así.

Una noche en que había bastante luna sobre la bahía, me fuí a estudiar bajo los faroles de la Plaza María Isabel. Cuando volvía a casa, hice una parada en una fuente de soda ubicada en el Alto del Portón, para tomar una taza de café. No era tarde. Ahí estaba, cuando la voz de Alejandro Deij —el conocido locutor de la Radio "Almirante Latorre"—, dió una noticia de última hora: desde la capital se indicaba el nombre de Naval como representante del fútbol aficionado chileno a las Olimpiadas de Finlandia. El efecto de la nueva, me hizo dejar la taza sobre la mesa y buscar, con la vista, alguien con quien comentarla. Al hacerlo mis ojos fueron a dar con una figura apoyada en el respaldo de una silla. Entre inquieta e inmóvil, entre callada o de atropellado hablar, entre exclamaciones, Manuel Roa rió nerviosamente. Desde esa noche todos los navalinos comenzaron a soñar.

EL SUCESO ANGOL, LA TERCERA

Con la llegada de las primeras luces del 13 de diciembre de 1953, Talcahuano comenzaba a vivir un día predestinado. Muchos fueron los hogares que habían apagado en altas horas de la madrugada, sus luces por alumbrar el trajinar constante y agitado de gente que se aprestaba a una expedición. Puertas discretamente cerradas ese amanecer. Tempranero taconear de bonachonas señoras, alegres muchachas y muchachos. Soñolientos cuerpos infantiles prendidos a la mano paternal sintieron sobre su faz las calles porteñas, cuando aún no eran abandonadas del todo por las sombras de la noche. Era una caravana convergente hacia imantado sitio, en donde albo vapor estridente y humo negro indicaban la partida de un convoy ferroviario. Tempranamente despertados los cerros porteños, que hacían el telón de fondo, apenas alcanzaron a ondear el pañuelo de la despedida; y luego, el tren, abandonó la costa entre rechinar de ruedas y rieles. Comenzó la ondulante trayectoria en busca de los aires mediterráneos. Falsaban tren y legión de la salinidad del aire a la brisa arrulladora de nuestro paisaje campestre. Se encontraba Angol al mediodía, surgiendo por entre verde arboleda y en la desembocadura de redondos cerros llenos de sol y amarilloso pasto seco.

Seiscientas nuevas almas inundan y arrebosan la estación del campo nuestro y salen afanosas en busca de la ciudad y la cancha. Cubren aceras; luego invaden las calles en hormigueante desfile ante las naturalmente sorprendidas caras de angolinos, formados a ambos lados en las aceras. Avanza la sombra de las cinco letras por las arterias angolinas, dejando al paso socarrones comentarios e incrédulas como indulgentes miradas. Paso a paso, girando la cabeza, casi eléctrico, filmo, con la imaginaria cámara portada en mi cabeza, el avance que esta tropa deportiva realiza. Graba el servicio técnico de mis oídos atentos, la voz cansina de más de algún empotrado espectador que, entre risa hueca se burla de tanto barullo y fe a todo campo gritada. Contenso, de tanto en tanto, la son-

risa de alguna buenamoza chiquilla, agradablemente sorprendida ante la exposición de esa cantidad de rostros masculinos a su vista. Descubro, surgiendo por entre las piernas de los hombres apostados en las aceras, atóntitas caras sucias y de pelo despeinado, que corresponde a mocosos chillones. En verdad, la observación se hace doble, pues mientras ellos, impasibles y quietos como la vida misma del pueblo cuadri-centenario, nos miran en estrujante análisis, nosotros, los portadores de los primeros aires marinos de esa mañana, gozamos al verles parados así, chaleco puesto y camisas de mangas dobladas en el codo.

Mientras los españoles descubrieron Angol hace ya cuatro siglos, los seiscientos y tantos choreros le conquistaron, deportivamente, cuatro después. La belleza y exageración que puede encerrar esta frase desaparece cuando se examina la sucesión de interesantes transformaciones que creó la embajada porteña ese día veraniego, caluroso y límpido, en el tranquilo curso de vida reinante en la capital de Malleco. A Talcahuano, a Naval y cada uno de sus hinchas agradecerá la historia deportiva de la ciudad angolina el haberle llevado la visión de una gran tarde futbolística, de inundarle su principal escenario con expectante y apasionada afición, con las imponentes figuras de fotógrafos y, en fin, con la suma de ingredientes que hacen de un partido una fiesta traspasadora de los simples límites deportivos para llegar al corazón de todos. Naval aportó la tramoya y el aparato que hicieron aparecer única la fiesta. Angol solo no hubiera impresionado a las visitas capitalinas. Fueron los porteños refuerzo invaluable con el cual se formó el marco digno de una fiesta centenaria. Casi nada faltó al espectador para creerse en el mejor y más grande de los estadios. Así, hubo expectativa nerviosa, tensión, respirar entrecortado y aire de buenos momentos antes que ingresaran los conjuntos al campo. Luego, hubo clima efervescente, al irse los rivales a las manos. Existió la admiración a toda boca para el bravío Colo Colo y, en extremo opuesto, reservada actitud para apreciar al otro contendiente.

Del deporte chileno no hay historia, pero cuando ella aparezca tendrá que decir algo de los alcances de esta épica jornada, que figuradamente significó revivir los encontrones por la conquista de La Frontera. Lucirán brillantes las páginas cuando relaten las gestas celebradas bajo el sol abrasador y en medio de tranquilo paisaje. Dirá que fué feroz lucha entre dos guerreros en busca de una verdad: Colo Colo tras amasar idolatría; y Naval en busca heroica de gloria o derrota. Albos choreros y albos capitalinos tenían, no cabe duda, número reservado en las festividades centenarias de la Ciudad de los Confines.

Pesaba el sol esa tarde cuando ingresaron a la arena y se pegaron a la vista de los espectadores. Estadio repleto de curiosa forma: cobijaba en asientos, a menos de un tercio de la concurrencia asistente; el resto rodeaba la elipse cómodamente... de pie. Había partes en que se confundían las simpáticas carretelas con los aderezados camiones. Pude ver en Angol, por única vez, las más pintorescas tribunas que haya encontrado nunca: camiones de espalda a la cancha, unidos entre sí por lonas que ha-

cían de marquesinas y libraban del sol a muchos espectadores, pero todo de tal manera que hacía creer en auténticas tribunas oficiales.

Abundaba el color blanco en medio del verde circundante. Camisas subidas de manga y vaporosas blusas femeninas se identificaban con la casaquilla gloriosa de Colo Colo. Ramitas curiosamente sostenidas por la gente de galería protegíanles del sol, a más de negros y grandotes paraguas. Como se puede ver, Angol y su estadio eran, ese 13 de diciembre, la pintoreidad elevada al máximo. Gente llegada desde puntos situados a muchas leguas, no en la ciudadana micro, sino en el polvoriento camión o la cabrita esbelta e igualmente polveada.

Pronto, tras la hojeada captadora del paisaje, los verdes árboles, formadores de altísima pared al fondo, anunciaron almacenando silencio, que el momento buscado y esperado se venía encima.

Palestino y la selección local habían dejado la cancha hacia un buen rato, tras animar un preliminar sin huella perdurable al oponer los dueños de casa inocente juego a la escuadra del ex navalino José García, ganadora del cotejo por la cuenta de cuatro goles a uno. Ni los esfuerzos de José Santos Arias, el profesor victoriense, sirvieron para conseguir algo mejor para los angolinos.

Un profundo y sostenido silencio indicó que los esperados metropolitanos ya llegaban a la cancha. Concentración inmediata de ojos sobre la figura de Jorge Robledo. Trascendencia para los espectadores, toparse a boca de jarro con quien había originado tantos cables mientras vistiera la rayada camiseta del New Castle. Todos pasaron, desde ahí en adelante, a convertirse en examinadores consumados que iban a determinar el porcentaje de verdad en el juego del celebrado centro delantero.

Los porteños, en cambio, vivían a prisa los momentos, en el ardiente deseo de ver a los suyos parados cara a cara ante aquellos elevados a inalcanzable altura por la prensa y radio capitalinas.

Enfoques y poses para todo el mundo, en medio de una nube de ojos mágicos. ¿El sol?, bueno, éste... ahí mismo haciéndose el lesa, mirando embelesado y de tan cerquita que casi quemaba. ¿El público?, tenso y listo a vivir noventa minutos de adoración a los santiaguinos.

Arbitro que consulta un cronómetro, y veintidós hombres, situados en grupos de once, que se mueven tras la pelota colocada en el centro justo del campo.

Cuando la pelota comenzó a correr, terminó en todos los porteños viajeros el afán de preguntas y finteos. Pasaron los primeros minutos de juego ocupados en formarse la inicial impresión. Luego que ésta se tuvo, Colo Colo apareció a los ojos de todos jugando casi al paso, como si pretendieran sus hombros hacer llegar la pelota de uno a otro sin moverse, justo al pie. Los angolinos en cambio ¿qué atención podían brindarle a los humildes, desconocidos porteños? Sólo Robledo les ocupaba la vista.

Por supuesto que nosotros no despistábamos ojos ni atención a los celestes. Tanta que a poco de iniciado el peleón quitamos el medio ojo con el cual seguíamos el juego del centro "made in England", para dedicarlo al agigantamiento que los celestes hacían en la cancha. Escribo celestes y

se me viene a la cabeza el simpático alcance de haber jugado los navalinos con los tradicionales colores uruguayos. Nadie pudo dudar, una vez terminada la rosca, que los "choreros" habían ofrecido una sinopsis del juego de los charrúas.

COLO COLO:

E S C U T T I

	PEÑA	FARIAS	CAMPOS	
	SAEZ	VILLARROEL		
ARANDA	CREMASCHI	ROBLEDO	VIAL	CASTRO

—:: ● ::—

WEBER	BRAVO	PILLADO	RODRIGUEZ	SAAVEDRA
		LEAL	AEDO	
	LEWIS	GONZALEZ	TORRES	
		ROA		

N A V A L :

Y bien, digamos por esta vez, los uruguayos estaban haciendo sobre la terrosa cancha angolina todo de primera intención. En mi libretita de apuntes anoté cinco o seis pases hechos hacia los punteros, a la carrera y casi sin mirarlos. Estilo de juego estratégico al máximo, pues la velocidad de Weber y Saavedra se explotaba en toda su amplitud. Más cargado el juego hacia el ala derecha, Lenguado estuvo a punto de conectar algunas de esas entregas en profundidad. Si ello no ocurrió fué por leve falta de sincronización en la carrera y chute, o por los errados fuera de juego decretados por el argentino Iglesias, árbitro del encuentro.

Encontrándonos con tan excelente disposición de juego, empezamos a gustar la macizes de las líneas porteñas. Roa, en el arco, vigilaba constantemente, pero no intervenía ante el compacto accionar de la defensa. Los delanteros contrarios apenas insinuaban disparar se veían tapados por uno o dos hombres de Amadeo Silva. Se daba entonces el caso que la pelota pasaba de un atacante albo a otro, desde una punta a la otra, sin que pudieran crearse el hueco necesario para chutear. Dos hombres había de los nuestros encargados de ahorrarle trabajo a Robledo. Aedo en el juego por alto —temible del piloto nacional— y Leal fuera del área, amén de la desinteresada y galana ayuda recibida de Rubén González, todo un patrón en las dieciocho. Cremaschi, en el bando contrario, corría y corría, pero nada más que eso; en cambio el otro interior, Vial, decía mu-

cho más con la peligrosidad de su potente disparo. Los aleros Castro y Aranda se iban a estrellar, una y otra vez, con Lewis y Torres.

Por todo esto y mucho más se empezaba a hacer justo un punto de ventaja para los navalinos. Punto que premiara el trabajo exhibido.

Afortunadamente vino en la forma de una concentración de emociones. Fueron necesarios tres disparos sucesivos, ¡y cuál de todos más potente e instantáneo! El primero de Pillado hecho de fuera del área y que picó en la base de un vertical; el rebote tomado por Lenguado y desesperadamente echado para donde fuera por los puños de Escutti, para, por último, llegar al definitivo que saliera del botín derecho del mismo Lenguado, extraordinario en puntería. Chute cruzado a la esquina desierta a donde fué a chocar con las mallas laterales y con el grito o llanto ahogado que dimos todos los porteños. ¡Naval! ¡Gooo!

El cañón acompañante y simbólico retumbó grandioso y sorprendente para los angolinos. Salsa propia en el gol, desenlace feliz de un bombardeo finalizado con salvas de victoria. Probada serenidad de Saavedra o "Lenguado". Dos veces con el balón en su atómico botín derecho había procedido con alma, pero también poniendo magín. Un par de disparos furibundos ante los cuales Escutti y José Campos nada pudieron. Potencia en el segundo, tanta que hizo correr el riesgo de desviar la pelota, así de estrecho era el ángulo que "Lenguado" tenía para acertar.

Hoy me parece curioso como celebramos el acierto. Todos saltamos con indisimulada alegría, perdimos algo la compostura; era lógico, pero luego nos contuvo la incógnita del tiempo restante. Colo Colo, vencido hasta ese momento, por un acero, no era un equipo al cual liquidar por la conversión de un gol, por más lindo que éste hubiese sido —y en verdad que así lo fué y que mereció ser el único, y del triunfo, en un partido de gigantesco estadio—. En los minutos restantes del primer tiempo, ¿qué otra cosa interesante pudo haber pasado?, cuando ojos y mentes vivían atareados en gozar del espectáculo único de nuestros hermanos porteños que corrían así tan gallardamente— frente a los astros del fútbol profesional e ídolos no sólo de esa cancha sino de todo Chile? Frenados por el miedo, gozamos —los navalinos— la demostración de los once hombres del Apostadero.

En el descanso, me dediqué a observar la actitud de los angolinos. Ellos habían llegado hasta las márgenes de esa cancha —muchos desde distantes puntos circundantes—, por una sola cosa: admirar, hasta la exageración, el juego que sabían demoledor de la escuadra campeona a título de absoluta en el torneo profesional chileno. Llegados a embelesarse con las sutilezas o las lecciones de sus héroes. Mi ojo avizor se fué sobre ellos en el descanso, sin tregua, sin consideración, en análisis estrujante.

Por las observaciones hechas vine a determinar que hasta el término de los primeros cuarenta y cinco minutos se comenzaban a convencer de una cosa: la no perfección de la maravillosa máquina imaginada por medio de los diarios y voces de locutores. No habían perdido la fe, eso sí, pues esperanzados aguardaban el desarrollo de los minutos del segundo tiempo. Además excusaban al campeón por no ser el partido uno en

disputa de puntos oficiales y por atribuirle cansancio luego de la dura temporada en Santiago. Eso fué cuanto me dijeron todas las personas del simpático Angol, en el recreo, entre los dos fenomenales tiempazos del partido. Consultados para juzgar al "conejillo de indias", caí en la cuenta de que en algo habían transformado la actitud inicial. De la ninguna atención se había pasado a una favorable. En forma gráfica, me parecieron vistos con un ojo sobre los colocolinos y el otro sobre los navalinos. ¡Qué más podíamos pedir! Ahora como hinchas no resistían comparación. Eran novicios al lado nuestro. Nos miraban temerosos y envidiaban, al mismo tiempo, nuestra madurez en el arte de alentar. De haber sabido nuestra calidad nos hubieran extendido un contrato para alentar al equipo casero en su match con los "baisanos del Palestino".

Siempre dentro de este mismo descanso, los jugadores nuestros se habían perdido recelosamente en sus camarines, en tanto los blancos lo hacían confiados en el futuro. Entremedio afloraron los paseos, la búsqueda de un refresco, las empinadas de codo, la precipitada digestión de algún "sambuche" o fría presa de ave traída listita desde el puerto, el comentario ágil, suave, diverso, elevado o alegre y aún disgustado por lo visto. No pude, como deseaba, estar en todas partes, pero enfrenté la boca de muchos y por ello vine a oír, entre otras cosas, lo siguiente:

—"Te fijas que son ilusos los navales, meter tanto boche por un gol de zapallo, cuando la fiesta comienza recién. Yo los quiero ver al final con los cinco que les hará Colo Colo". Así hablaron dos de mediana edad y vestir.

—¡Ah, ja, puf!— rabiosamente pronunciado por un joven descamisado, al ver y cirnos gritando risueñamente... Espérense no más, si no van a ser cuatro o cinco los goles que reciban ahora".

Muchas instrucciones de camarín en el descanso. En el náutico, para mantener las cosas, y, en el colocolino, para darlas vuelta.

Se nos vino encima la segunda etapa y nos mostró, de entrada, mejorado al principal actor del drama angolino; tanto que dos goles lo sellaron. Fríos en perfección, pero goles al fin. En el primero, Aranda tomando un corto rechazo de Lewis y fusilando a Roa; en el segundo, Castro, clavando la pelota en el centro y arriba del arco de Roa. Los dos producto de maniobras simples. Se iluminaron las caras angolinas: la exhibición que habían ido a mirar les llegaba. Pareció que todo iba a ocurrir como en las canchas de Santiago, donde los albos pillaban a sus rivales desde atrás.

Confieso que me desesperé, pero aun así todos seguimos formando entre los creyentes en Naval. Esa fué la salvación. Y lo más importante que los jugadores nada sintieron de malo al verse superados dos goles a uno. Por el contrario pareció como si el segundo les hubiera agujoneado. Además, salidos temprano desde el puerto habíamos cargado nuestra cabeza con la idea de alentar.

Se perdía dos a uno. Muy bien, pero con la satisfacción de jugar tanto como el rey. Ni el más imaginativo de los hinchas sabía lo que el destino tenía reservado a Naval en el resto de los minutos por jugarse.

La cuenta del partido le había dicho a Naval: señor, muchas gra-

cías, ha cumplido su papel, pero comprenda, ahora le toca al campeón, no en vano tiene él la primacía del espectáculo. ¡No, no os desaniméis, superásteis lo esperado, pero con eso basta. Es demasiado. Adiós, pues, además puede el trajín haceros mal, perjudicar vuestro organismo; es mucho esfuerzo!

Eso dijo la cuenta en su flojera por no movilizarse, por la flojera de no moverse. Y bien, si ella lo decía, ¿por qué había de hacerle caso Naval a pie juntillas? No lo hizo. Saltó las reglas, hizo a un lado los convencionalismos y, contra todos los gustos, se rebeló. Era el destino quien le empujaba a la rebelión, pues le había reservado dos vuelcos diamantísimos en valor.

¡Cómo comparar esos dos goles y asignarles valor distinto, si los dos merecieron la sala de un museo de arte! Me pareció estar ubicado en el aire, en el mismo cielo, mientras los once porteños exhibían su atrevimiento. Si hasta ese dos a uno se había hecho todo para hacernos sentir orgulloso, ¿cómo calificar los restantes?

La locura nuestra partió con el empate a dos y se había insinuado minutos antes. El empate nos calmó, pues ya nos sentíamos injustamente postergados.

Avanzaban a velocidad desafiadora, de humana resistencia, los hombres navalinos. Quitaba, burlaba y pasaba el "negro" Rodríguez; bajaba, avanzaba y déle a las puntas, Pillado; recibía "Pinga", encañado entre la defensa y partía con la pelota amarrada y del brazo de Weber hacia la zona, donde a punta de posts y cambios de juego, driblings y más driblings superaban el compacto bloque comandado por la experiencia del internacional Fariás. Si algo faltaba, si era necesario liquidar algo, pues ahí estaba "Lenguado". Pueda que el clima reinante en esos instantes lo haya dominado a uno, empañándole la mente, pero me pareció que desde el empate nadie de los albos pasó un centímetro hacia la valla de Roa.

Si dejara en la obscuridad de lo desconocido el gol de empate de Bravo, no me perdonaría nunca. Tuvo tal personalidad y fué tan perfecto, que habrá de ser ejemplo el día en que se funde la Universidad del Deporte, para mostrarlo a todos los alumnos que en ella pretendan dominar la ciencia de meter un gol.

Me atrevo a asegurar que nadie, ningún futbolista aficionado ha enfrentado la maciza figura de Fariás como lo hiciera Bravo esa tarde, debiendo dejar constancia de que el zaguero estaba en la plenitud de sus condiciones, las mismas que le habían asegurado un puesto en las selecciones chilenas de todos los torneos últimos. Se jugaba en las inmediaciones del centro de la cancha, más apegado al área, eso sí. Desde ahí partió el interior, breve trecho, en su marcha triunfal hasta la meta de su gol. Amparada la pelota bajo el cuerpo y el pie, cortita, la llevó hasta el límite de las dieciocho. Avance a pura maña, corriendo cual si silbase una canción de moda, y mirando como haciéndose el leso. Con el pensamiento y la astucia de un auténtico zorro, listo para la acción de ataque. Bajo el botín el veneno. Ya en la raya fué a chocar su vista con la presencia del

full-back enemigo: ¿y qué hizo?, ¿se puso a temblar?, ¿quiso salir luego del embrollo haciendo un pase o disparando a tontas y a locas? No. Recostó su marcha hacia el costado levemente, se fué hacia la izquierda. Desde afuera no le entendíamos. Tan grandota veíamos la figura de Arturo Farías que temíamos el momento en que el pobre "Pinga" quedaría sin el balón. El en cambio, no sentía ni frío. Lo que hacía parecía corresponder al momento cuando dos gallos se disponen a lucir sus habilidades. Inició una serie de escaramuzas y finteos ante los cuales se nos ponía la carne de gallina. ¡Si nos parecía ver el pie de Farías despejando hacia el centro! En tanto, por entretenernos, organizamos concursos para adivinar el desenlace que pronto llegó y que nos hizo asombrar, poblando de arrugas nuestras frentes.

El más bajo de los duelistas había dado súbita como desconcertante media vuelta hasta quedar de espaldas a su vigilante. Había maniobrado cual si quisiese esconder algo y no desease ser visto. Acción múltiple la suya; su cuerpo era una potencia de movimientos adivinados, pero no ciertos. Su pie se adelantaba engañoso, su cara nada decía, sus brazos giraban, y en tanto la pelota no se movía. El defensa enemigo esperaba, cual el gato al ratón. Ese esperar lo mató, pues "Pinga" no perdía el tiempo. Si todo lo que he dicho hacía, era con un fin, y éste, buscar el hueco por donde hacer pasar la bola, sin que nadie la atajase. Hubo un momento en que lo vimos como aspa, y en ese instante decretó el gol, pues de media vuelta, y antes de ofrecer blanco al zarpazo arrebatador de Farías, dijo adiós a la pelota y le fijó un rumbo: hasta dentro del arco. Tras su acción se vió tirado a Escutti, sorprendido a Farías, y asombrado al estadio entero. ¿Y "Pinga"?, se nos perdía metido entre un puñado de abrazos. ¿Y nosotros fuera de la cancha? otro puñado de abrazos. Formando una mezcla humana los suplentes, entrenador, ayudantes y el mismo Roa y los zagueros, que no podían alcanzar tan adelante, mezclados a nosotros.

Tuve la suerte de ver el gol desde la mejor zona, y es mi orgullo—, pero no lo digo por eso—, desde el costado izquierdo donde representó la función el hábil "Pinga", y puedo decir que ayudé con mis oraciones— que no fueron católicas y en cambio muy graneadas en chilenismos—, para que nadie ni nada se pusiera en la trayectoria de la pelota, que mansita se iba a la red, tras dejar una nubecilla de polvo. No hubo fuerza en el tiro sino colocación. Como se puede apreciar, un mundo de diferencia con el primero. Dije que oré por la llegada a su destino, pero, ¡si tuvo tanto suspenso antes de pasar la raya! Pareció que nunca iba ocurrir. Y tan caballero este "Pinga". Momentos antes había mandado un aviso de visita. ¡Todo un gentleman! En corrida casi al calco de la descrita y, desde ángulo más cerrado, había levantado una pelota de increíble engaño, de tanto que toda la defensa, con Escutti y demás, había salido desesperada a cortar el centro que vieron, pero que no fué, porque, y afortunadamente para ellos, luego de colgarse y acariciar casi toda la largura del horizontal, fué a caer afuera, ¡qué golazo hubiera sido! Recuerdo muy bien la sonrisa de incredulidad del portero albo al ver aquello, y el gesto de impotencia del autor de la gracia.

A esas alturas, y posteriores al empate, mis pasos me habían llevado, en ronda móvil, hasta cerca de donde los reservas y suplentes de Colo Colo, con su entrenador —Marchant— miraban y transmitían algunas medidas y jugadas olvidadas en el fragor de la lucha y en la soberbia de verse superados por los desconocidos. Por esos lados vine a toparme con un porteño conocido, quien, entre conforme y amargado, me dijera:

—“Están jugando bien los cabros, ¡cómo no va a salir un golcito!, yo con un empate me conformo”.

Al poco rato de estar a su lado ¡zás! que le veo lanzar al aire su chaqueta, y me siento apretado en un soberano abrazo. Nerviosa risa y montón de zancadas sin dirección. Más abrazos y lanzar de sombreros al aire. Tantos abrazos que me llegan a hacer dudar si me los dan o soy yo quien los reparte. Sólo al mirar hacia lo lejos, hacia las tribunas y encontrar un funeral de caras, me lo explico todo: había llegado la tercera gran emoción de la tarde. ¡Los angolinos?, ni aplausos ni risas.

¡Que no olvide la historia lo que siguió, pues valió todo el oro del mundo! Desde ahí hasta el término no fueron jugadores los náuticos, ni siquiera leones. Crearon un nuevo vocablo deportivo. Hasta ahí habían avanzado, dicho en palabras mundanas. Pasado el gol arrasaron con todo cuanto encontraron a su paso. Nuestros nervios parecían elásticos a punto de romperse al verles entregar tanto y tanto. Mojados en sudor, gestos en busca de gloria, escribían, a increíble ritmo, una verdadera hazaña. ¡Cuántos de nosotros hubiéramos entregado todas nuestras energías para engrosar las de ellos.

Tanta hazaña tuvo que conmover el recinto, porque sin darnos cuenta fuéronse uniendo a nosotros las gargantas locales. Juntos formamos un griterío tal que terminó por hacer el efecto de un silbante viento, a cuya fuerza vimos a los jugadores tirar el cansancio para donde fuera.

¡Qué lecciones puede dar el deporte! ¡Cuánto de grandiosidad podía descubrirse encerrado en aquellos momentos! Nadie de nosotros dejaba de ser hombre por sentir el llanto como escape a una felicidad inaguantable en estado normal. ¡Y era tan humano conmoverse a la vista de tanta sublimidad!

Para los porteños no había en la cancha otros hombres que no fueran los suyos: Colo Colo se había borrado; Robledo, esfumado. La religión del navalismo celebraba un congreso. Naval predicaba al son de su lema: ¡luchar, luchar!

Cuando el autor de la segunda gracia y joya de gol salió de la cancha, no fué bajo el efecto de un agotamiento extremo, sino ante la urgencia de un hombre fresco que explotase el flanco débil de la defensa colocolina, en donde José Campos y después “monito” Núñez no habían podido parar al dúo del ala derecha porteña. Y también ante la urgencia con que el destino pedía la presencia de otro jugador en la cancha, para el cual tenía reservado el más preciado regalo que se puede otorgar a una figura joven: un gol de triunfo. José Saavedra apareció haciendo el efecto de un remolino; ganoso, fresco, poniendo de inmediato todas sus energías al servicio del ancla, de la bandera blanca y las estrellas progresivas. A

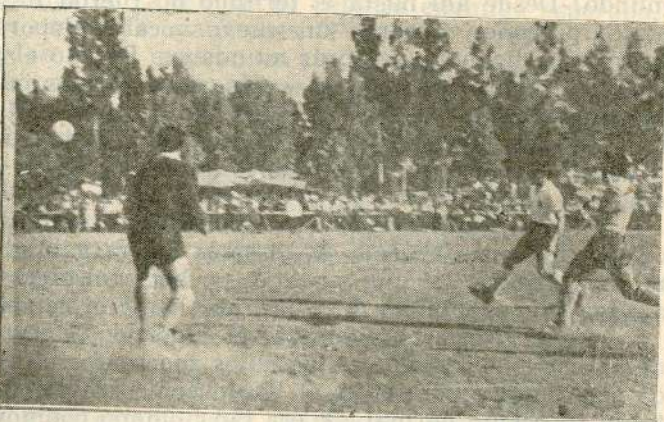
nadie dejó libre, a quien pudo marcar y trabar, pues lo marcó y lo trabó. Mantuvo el ritmo violento de juego que Naval hacía. Justificó el honor que recibió.

Todo el mundo vió venir ese centro sobre el área paralelo a la raya del área chica y todos el pie que lo empalmó. Sin embargo, lo que perdura en el recuerdo de lo que siguió es resumido en el estampido seco que luego se sintió. Tan fuerte y seco que no hubo necesidad de comprobar. Con ver la impotente pose del arquero y la mirada del "mono" Núñez frenando su carrera supimos la meta cierta del balón. ¡Qué sueño todo eso! Desde ahí no merecía mirarse el partido y se hizo por respeto al árbitro solamente. En la justeza de Ugarte —fotógrafo del fenecido diario "El Sur" de Temuco— se pinta el momento en que va camino de las mallas el balón; y cuando reposa en tierra el fusil de "Lenguadito" frenando la carrera.

La risa, mis amigos, —llegado el momento de expresar alegría—, se convierte en llanto en algunos y en otros en un quejido ahogado que por no dejar paso al llanto los estremece. Montones de gentes ví en ese estado, una vez que se escuchó —¡por fin!— el pitazo de final. Y no sólo eso; sentí también unos gritos de hombres que, en la fuerza que contenían les hacía perder la virilidad por momentos. Y yo,

¿por qué había de permanecer impassible, acaso no era de hueso y carne? ¡Claro que sí! Y no creo que nadie va a caer en la injusticia de culparme por haber salido disparado hacia el centro de la cancha de donde salían los nuestros muy parecidos a los mismísimos mineros luego de librar una batalla con el empecinado carbón. Los actores del drama, por el cual el fútbol aficionado del país todo se había ensalzado y elevado a su más inalcanzable altura, nos tuvieron junta a ellos, en el instante mismo de terminar y correrse el telón. No fué la ocasión diferente de las grandes tardes del Morro: la hinchada estuvo al pie del cañón; y con cañón y todo. En ese momento, debimos formar un bello grupo, especial para ser observado desde el aire. Una masa de abrazos en el centro de la cancha que nos envolvía con su polvo.

EL GOL DEL AÑO 53.



José Saavedra decreta la victoria sobre Colo-Colo en Angol.

Ved a "Chancharra" como sale de la espesa maraña de gente eufórica, invadido por risa tirante que le hace apretar los dientes en su desesperación; ved a Pillado solemnemente sereno, brazo en alto y dedos tan tensos como el momento que vive; ved al "Lenguado" del gol inicial puesta su mirada en dirección desconocida. Todas las caras son dignas de estudio. Por ejemplo, la de ese chiquillo morenucho, mejor dicho negro y reluciente por añadidura, que pone al servicio de la fotografía sus dientes albos para el contraste de color; ¡cómo deseo que sea porteño para así convertirlo en representante de la escolta infantil tan fiel a la enseña porteña! Emplead atención un momento todos los que entiendan de navalismo y dedicaos, a mirar con prolijidad la foto. ¿No se ve una cara risueña que a nadie mira sino a sí misma en su felicidad? ¿Quién es, no lo adivinan? Pues ese gran navalino que ha sido siempre Rissetti ¿Tan grande fué la ocasión dirán los ausentes de Angol esa tarde? Sí, Sí absoluto, digo yo. Nadie podía quedarse a vivirlo con manos embolsicadas, en cómodos bolsillos, cruzado de brazos o risa apenas insinuada. Y pensar que fuimos egoístas en esos momentos; nos olvidamos de Colo Colo y de todo. Para nada tomamos el consentimiento de los angolinos en nuestra entrada a la cancha.

Colo Colo salido a la cancha con bombo y platillo estaba perdido en el anonimato de cualquier hijo de vecino, en los momentos en que montábamos guardia ante el camarín de los nuestros. Dentro los jugadores estaban dando rienda suelta a la emoción. Parado a la entrada de los vestuarios, ví llegar a los héroes, uno a uno. Todos, uno a uno, pero los dos Saavedra —dos goles en el match— en pareja emocionada, donde el menor parece a punto de llorar. Arriba de montones de hombros solícitos. El verdadero chiquillo que era "Lenguadito" no podía apare-

3ª INCURSION



Los hermanos Saavedra pasean en hombros de la hinchada luego de ganar a Colo-Colo en Angol.

cer riendo en la fotografía, porque ¿cómo reír tranquilamente si él había sido el autor de toda la alegría? Si el había revivido la letra del tango... "faltaba un minuto y quebró el marcador".

Hay otros detalles sugestivos en la foto, por ejemplo, la edad que revelan las caras en primer plano. Mayoría de caras sorprendentes a edades en que es difícil con-

moverse. Tras eso no queda sino el fondo polvoriento, que quiere escon-
der los árboles medio perdidos.

Empolvados de pies a cabezas, vinimos a sentir el primer toque de
realidad cuando nos llegó la hora de salir en busca de la estación, desde
la cual un tren habría de devolvernos, repletos de alegría, hasta el Tal-
cahuano dejado en la madrugada de ese trece de diciembre.

Empolvados salimos, pero orgullosos. Nos fuimos en desfile hacia
la estación y en ella pusimos el punto final con los últimos cañonazos dis-
parados desde la plazoleta, ¡por supuesto que asustando a medio mundo!,
y si no, las caras de los jugadores Cöll y Pérez lo mostraron clarito, quan-
do llegaron para tomar el mismo tren con destino distinto, pues volvían
a Santiago, luego de triunfal jira por el sur.

Así se gozó en la ciudad angolina la conquista de la gran verdad,
la solución del enigma. Con la victoria se había hecho de triunfador per-
fecto: vini, vidi, vinci; vine, ví y vencí. Se volvía a ser Chile luego de
Helsinki.

Con precisión envidiable dejamos la ciudad a las siete de esa tarde
de verano. Muchas manos hubieran querido agitarse en nuestro honor,
pero éramos tan recién amigos que ello no autorizó tal confianza. Pero
por, lo menos, nos miraron partir con sus caras quitadas de extrañeza,
los amigos angolinos. Eso era bastante. También dejamos de ser "los lo-
cos" llegados al mediodía. El triunfo todo lo había explicado.

Por primera vez en toda la tarde nos veníamos a encontrar solos
los porteños; por eso en el convoy nadie pudo mantenerse quieto o ca-
llado un mísero rato. Tenía que darse paso al desahogo sin crítica para
nadie, ahí codo a codo el navalino con el navalino.

Puesto en marcha el tren inmediatamente nos pareció distinto el
ruido de la rueda y el riel al acariciarse: el traca traca o traca trac, nos
pareció nanaval, nanaval. Si hay exageración comprendan los lectores.
Volvieron las remembranzas de esta u otra jugada, el ensalzamiento de
alguno o todos los jugadores. De vez en cuando alguna de las estaciones
antes de Renaico nos cortó muestras charlas por el humano deseo de grito
la noticia: ¡"ganamos a los campeones"!, y más de algún viva. Llegados
a la estación de las tortas: el Renaico ya nombrado, todo el mundo
bajó con una sola misión: desparramar la buena nueva. Se escribió en
los carros de un convoy listo para partir al sur. Se detuvo a cuanta per-
sona tuviera la mala suerte de cruzarnos, y sin darle tiempo a escapar,
le metíamos fuertemente esta frase: "ganamos a los campeones". Nada
más, si les interesaba el score, bien, entonces que lo preguntaran, porque
si no lo hacían siempre se lo decíamos: tres goles y ellos dos. Nadie nos
daba la mano y sin embargo nosotros las buscábamos y las apretábamos
con desesperación y cierto riesgo, cuando ellas correspondían a personas
del sexo opuesto. Más de alguna rosca debe haber nacido por eso y la
reacción de los papás y los novios.

Pasado Renaico, y hasta San Rosendo, el grito de ganamos sale des-
des las ventanillas a elevado promedio por kilómetro, para inundar el
campo chileno. En el punto donde todo es humo y trenes, en el San Ro-

CAPITULO CUARTO

EL HOMBRE EN NAVAL

Lista de Honor de Dirigentes.
Elogio al Jugador.
Un isleño en Naval: Domingo Pillado.
Un predestinado: Isaac Carrasco.
El progreso de una vida: Manuel Roa.
Un hombre del novecientos dos y tanto: Amadeo Silva
Un veterano con cara de niño: Arnoldo Weber.
Lenguado, nombre de leyenda: Ernesto Saavedra.
Un chueco bueno: Ramón Quezada.
Chepe García: José García.
De la línea de acero: Guillermo Riveros.
Un soldado desconocido: José Sandoval.
Pinga: José Bravo.
Un negro sewelino corredor: Hernán Rodríguez.
Zoquete: Sergio González.
Chancharra: Luis Leal.
Caballito: Raúl Aedo.
Cara de cueca: Antonio Torres.
Condorito: Eduardo Lewis.
Sangre de horchata: Rubén González.
El niño Angol: José Saavedra.
El sucesor: Luis Guerra

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

CAPITULO CUARTO

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

est
con
y a
rigi
en
rre
el
tod
por
sa
se:
mi
gur
ner
nar
res
pec
los
ello
ver
int
sob
la p
sen
el m
el e
cion
Jef
dis
Com
me
hab
sos
en
puc
a l
per
y a
tici

Los dos elementos que se deben tomar bajo el título que encabeza este capítulo son: el dirigente y el jugador. El hincha individualmente considerado no, porque la mejor expresión de él se logra en el conjunto, y además ya ha tenido su parte importante en capítulos anteriores. Dirigentes y jugadores, en cambio, pueden ser individualizados, uno a uno, en lo que ponen al servicio de un club. Ambos defienden, en distintos terrenos lo que llamamos club. Los primeros, en teoría, y los segundos, en el campo de juego. A los dirigentes les viene la palabra abnegación en toda su amplitud; a los otros, en la misma amplitud, la hermosa gloria.

Aplico la expresión abnegación a los dirigentes, porque corresponde a la vida ignorada que llevan, porque equivale a la tarea silenciosa y sin aplausos. Y porque da lugar a una comparación de simpática frase: juegan con la cabeza; los jugadores en cambio juegan de cabeza.

Nadie del equipo directivo de un club es aclamado en tardes de domingo: ninguno electriza con estiradas elásticas o pases magistrales; ninguno viste la casaquilla o uniforme de un club, pero, en cambio, se la ponen dentro, antes que la misma piel. Juegan en las sesiones, y sus entrenamientos los hacen desde la vera de la cancha. Sus momentos solemnes resultan de la mezcla de triunfos, hinchada contenta o conquista de campeonatos.

Ahora bien, en Naval, la cadena de dirigentes ha sido forjada desde los primeros días hasta hoy., con el más noble metal. La confirmación de ello la encontramos cuando al tratar de reunir sus nombres, aparece una verdadera Lista de Honor. Lista con pergaminos que produce una doble interrogante: ¿Ha formado el navalismo o la formó el navalismo? Piense sobre ello el lector; yo me limito a mostrarla íntegramente.

Veinticinco años de dirigir, de timonear, explican a todo el mundo, la personalidad de Leonardo Reiman Galdames, ex comandante de los Arsenales y ex presidente de la entidad navalina. Iniciando la marcha en el mil novecientos cuarenta y cuatro, y guiándola hasta hace poco, evita el empleo redundante de adjetivos para su labor.

Lo que agregaré quizás si permita pintarle mejor a los ojos del aficionado, por ejemplo la impresión que me diera en su despacho en la Jefatura, el día que fuera a exhibirle la idea de convertir en libro los dispersos granos de oro del navalismo.

Esa tarde recibí la sinopsis de lo que es un verdadero dirigente. Con atropello de palabras, pero con un orden muy lógico, mostró claramente la senda recorrida por Naval en el campo futbolístico. Oyéndole hablar, aquella vez, me grabé una cosa por sobre el resto: la real batalla sostenida para lograr que el originario club Naval quedara convertido en la Asociación que es hoy. Ahí en esa causa hizo de estrategia. Sólo así pudo vencer la resistencia de la Federación, que aducía falta de méritos a los deportistas del Apostadero, para cobijarse en una Asociación independiente del puerto. Juntó en esa ocasión tal cantidad de argumentos y antecedentes que le fué imposible a la directiva nacional negar la petición.

Entre una de aquellas grandes pruebas presentadas al organismo

central chileno, adujo que mal se le podía negar al Naval el derecho pedido, si en el norte las asociaciones de Pedro de Valdivia y María Elena eran una misma cosa y, sin embargo, lucían separadas. Esto, más el apoyo de todo el sur de Chile, fué lo que permitió ganar la batalla.

Félix Aguayo es un hombre que figuró los años cuarenta y seis y cuarenta y siete como presidente del Naval. Hoy día es pretérito su nombre, pero esos dos años fueron futuro después, cuando pasaron a significar aporte al estallido del navalismo, en 1949.

Julio Cesari, en sus tres años de mandar el buque deportivo del Apostadero, fué más que un simple presidente, y, por ello, ahora que ya no está en Talcahuano, la memoria del puerto le guarda un espacio importante. Vivió dos épocas, y no extrañó la diferencia de sistemas ;aquella pre 49 y la otra post 49. Sabemos que, desde donde está ahora, vive pendiente de las luces albiazules del puerto.

Helsinki, en la Finlandia de los rubios y la nieve, selló la actuación de Harold Hyslop en la institución que nos preocupa. En su carrera directiva tuvo ascensos; de sucesivas vicepresidencias a la dirección del plantel ejecutivo. A él le correspondió dirigir la campaña económica y moral que la zona vivió para llegar a concretar el partido Chile—Egipto en la Europa boreal. Cualquier otro elogio puede parecer excesivo.

Tras los nombres ya ubicados, aparecen en escena los de otro grupo, que forman los vicepresidentes Carlos Aguillón y Hugo Tirado, con dos años cada uno. Castañón el cuarenta y ocho, Luis Delpino el par de años cincuenta y uno—cincuenta y dos; Arturo Bahamondes, desde el 53 período normal en el navalismo hasta lo superlativo que fueron las temporadas internacionales y los partidos con profesionales, de todo lo cual fuera motor verdadero el actual vicepresidente, Comandante Ricardo León Falcone.

Buceando aún más en el directorio albiazul, encontramos los nombres de Federico Barraza, Juan Burgos y José Rojas, el sonriente curicano "nacido por accidente en la tierra de las tortas", como él dice. Tres nombres para un solo puesto: el de secretario, o lo que es lo mismo, tres hombres para once años de secretariado. En este buceo ubicamos también a Humberto Campos como tesorero el cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco; a Muñoz el cuarenta y seis; a un Márquez el cuarenta y siete; y desde el cuarenta y ocho hasta el cincuenta y tres, a una señera figura en el cargo: el teniente Oscar Valdenegro, Este santiaguino nacido en Providencia, boxeador en torneos de Escuadra y un campeonato de Chile el año veinticuatro, destiló, durante su permanencia en Talcahuano; mucha sangre albiazul. Se puede decir que fué el hombre de todo y para todo. Un día el Comandante Bahamondes me dijo que si que ría saber algo acerca de Naval hablara con Valdenegro. Después de él ha quedado Oscar Alarcón Pavéz, a quien conocí en el viaje a Viña del Mar.

Carlos Quiroga, con la antigüedad de sus tres años, aparece como el director más intenso del navalismo, pues los demás, desde el Ibarra de 1944, fueron renovándose cada año, hasta llegar a Armando Bernar-

dín del 54. Por último, José Salazar y Alejandro González han dado vida al prosecretario desde los años 51 y 52.

¿Qué mejor lista de Honor?. En esta legión ha de mirarse todo futuro dirigente navalino, como el espejo donde buscar el éxito ya vivido.

La posible objeción de no haberles dado más espacio y dedicado más palabras, se explica cuando sabemos que ellos no han buscado el aplauso ni las tardes de embrujo dominguero; además el desmedido halago a un dirigente aparece, si se quiere, fuera de tono. Es un papel honrosamente anónimo dentro del engranaje futbolístico, y para desempeñarlo, quizás, quizás si se nazca marcado por el destino.

Después de esto no queda sino hablar de lo segundo: El jugador en Naval, para completar el conocimiento del papel que el individuo ha tenido en su senda.

ELOGIO AL JUGADOR

En él se puede ver al pilar de cuanto logra un deporte. Sus desvelos producen los triunfos. Es una materia prima indispensable en la fábrica de emociones que es el fútbol.

Las máquinas son un todo de piezas. Forman en un todo que llamamos industrias. Aparecen potentes y grandiosas, y son concentración de energía y fuerza. Son implementos economizadores al hombre de sudores y preocupaciones. Pero, ¿qué hacen si en su tremenda estructura sufren la falta de una pieza, una minúscula pieza, imperceptible a la vista, e insignificante en tamaño? ¿Se mueven acaso estos orgullos de perfección? Absolutamente no.

Existe una máquina compuesta de piezas llamadas canchas, petas, público, dirigentes y un sin fin de denominaciones valiosas destinadas a lograr un todo: el fútbol. De entre todas las piezas nombradas, una hay que salta a la vista y al oído. Se me ocurre que es el jugador. De él parten las pasiones retratadas en multitudes, domingo tras domingo.

¿Cuál podría ser la definición, si pretendemos hacerla? Un hombre que toma por un período de su vida una preocupación más, o aquel que hace del fútbol una actividad física constante. Sin duda que la primera es más completa.

Cuando decimos una inquietud más, estamos tratando de definirlo. En preocupación estamos encasillando sus desvelos semanales, el afán de los sábados, la preparación de las jornadas dominicales. Ciertamente que es un cuidado más, pues algún día este jugador, se sentirá enfermo, otro sin deseos de jugar. Un domingo tendrá tardes brillantes y al otro, una francamente ingrata. En uno recibirá lindos aplausos; en otro, alguna pifia desalentadora, pero, igual habrá de salir a jugar contra todo eso.

Ahora, ¿cómo es de bonito el ambiente del fútbol? Debe serlo, porque día a día crece la legión de quienes sueñan con llegar a sufrir-

lo. Siempre existe una porción de chiquitines trotando por los terrenos baldíos, y siempre gente ansiosa devorando los diarios en busca del algo que lo contenga. ¡Y para qué decir nada de cómo en determinados momentos, poblaciones enteras observan los trotes de once hombres sobre una cancha de fútbol, ya con los colores de una ciudad, o con los de una nación por escudo!

Podría decirse que tiene el jugador un arma con la cual defenderse de cualquiera imperfección que le ofrezca su actividad, y esa arma es: los aplausos. La magia que aquellos irradian llega al alma de cada uno. Hablo del fútbol como espectáculo, tal como se le considera en este libro. Lo digo porque existe otro, aquél jugado por pasatiempo, por desahogo. Lo mismo que al hablar de jugadores lo hago con la mente puesta en los de torneos de honor, en un campeonato como el Regional, de estadios con públicos vibrantes, constantes y grandiosos.

¡Cuánto tema dan estos hombres asociados en sus voluntades para brindar espectáculo!

¿Qué precisa un jugador para llamarse tal en un torneo grande? Es muy difícil que se pueda formar, en un abrir y cerrar de ojos, en consecuencia salta a la vista que habrá de haber una etapa de preparación, de años y en algunos de toda la niñez y la juventud juntas. Ahora, llegado al sitio de honor, ¿qué se hace indispensable para mantenerse? Constancia, para entrenar y aprender. Resistencia para noventa minutos dominicales y para innumerables sesiones semanales. Deseos de superación para vencer obstáculos que, a veces, pugnan por hacerse insalvables, y, por último, suerte para aprovechar, justamente, la oportunidad que se tenga.

Como se ve, los detalles en la formación de un futbolista ocupan parte larguísima en su vida, pero casi todo termina compensado con la conquista del premio: la admiración que la afición le da.

En Naval, el concepto jugador es superior al cincuenta por ciento, porque, viviendo con la capa del aficionado, tiene deberes y responsabilidades superiores, en mucho, a las de un profesional. Y encariñamiento entre jugador e hincha les ha creado responsabilidad.

Aquí, en este espacio homenaje a los hombres-trabajo de la entidad albiazul, no he procedido con injusticia; he elegido los hombres vivos en la masa presencial de los domingo y contando con los destellos que ellos mismos han dado para ser tomados en cuenta. En otras palabras, me he limitado a considerar a los primeros sostenedores del portenismo o navalismo, y luego, a quienes están haciendo vivir el presente de todo el puerto sentimental y regionalista que es Talcahuano. Debo decir, no obstante, que todos los que, una u otra vez han vestido la casaquilla blanca y cuello azul valen lo mismo ante la pluma que hoy escribe la historia de Naval aunque no mencione sus nombres.

Tras esta última salvedad, no me queda sino invitar al lector a que pase a leer cada una de las trayectorias hermosísimas de los sanos ejemplares de cultura física que son los jugadores del Naval.

UN ISLEÑO EN NAVAL

Hablando se conoce a la gente. Esto es indiscutible hoy, cuando encuentro el rico historial deportivo de un hombre y la superior constitución de su espíritu. Sólo cara a cara, o palabra a palabra, es posible lograr el retrato de una personalidad.

Domingo Pillado, actualmente completo interior nexa del equipo porteño, superó, en la charla, el bosquejo hecho a la distancia, antes de conocerle. El espectador que jamás le enfrente en son de reportaje, nunca tampoco recibirá y guardará la imagen interior de este hombre de batalla en los ocho años completos del conjunto navalino.

Una charla así como ésta no parte instantánea. Necesita un combustible que le dé el toque. En este caso, luego del calentamiento de las ideas a girar, debí advertir las condiciones iniciales en que nos enfrentábamos. En esta observación llegué a entrever una parquedad afortunadamente inexistente y explicable después, cuando descubrí que era la lucha por entregarme su interior pleno de sinceridad.

Comenzando en seguida —voz confidente— la citación de fechas y el paso de los recuerdos, con emoción superior a las palabras sufrí la extraña sensación de tener enfrente una pantalla con mi entrevistado en escena. Escena coronada por los cerros de la Isla Santa María; isla no lejana al continente, y situada en el golfo de Arauco. Le veía en medio de un tranquilo ambiente, creciendo al lado de hombres que siempre han sido símbolo de trabajo, y dedicados enteros a las rudas afenas de la pesca! La cina, el campo, la pampa, dan origen a tipos humanos, pero el mar, con lo infinito de sus panoramas, el constante agitar de sus aguas, el azul reflejado o el misterio de sus profundidades, moldea tipos de facetas múltiples y valiosas. Es la ventaja de sentir esta gente una brisilla venida de lejanías indeterminadas o el azote de vientos implacables. De un ambiente tal, surgió, al fútbol, Domingo Pillado. En él aspiró el aire eterno. Del suelo duro, de las lomas y los cerros isleños, tomaron sus músculos el vigor que luce en la cancha. La salinidad de las aguas profundas templó su cuerpo y alma para las duras batallas libradas en los teatros deportivos donde ha representado con el uniforme de Naval.

“Flor del Mar”, romántico y evocador, fué el nombre de su primer club, aquel fundado en la isla. Como alero, y no centro delantero, fueron sus primeras carreras, debido a que, en el equipo de la isla el puesto de centro estaba ocupado por un tío suyo buenazo para el fútbol. Aún debe recordar el lector la incursión que hiciera un equipo de la is-



DOMINGO PILLADO

La cercana isla Santa María vió nacer al interior náutico.

la al continente, con la familia Pillado en tres o cuatro puestos. La potencia, el fuelle y la velocidad del conjunto gustaron mucho.

Con su incorporación como conscripto al Regimiento de Defensa de Costa de Talcahuano, vira su vida en ciento ochenta grados. Deja tras sí una vida plena y animada por límpidas noches de luna reflejada en las aguas del Golfo, o las historias del faro con un caballo galopando en noches claras. Troca sus sueños de tranquilidad por otros de gloria deportiva. Pillado hombre, deja paso al deportista. Llega dueño de un capital valioso a un mundo no distante, pero diferente. Comienza su hoja de servicios bajo la insignia del ancla y las progresivas estrellas. Nace al fútbol, el año mismo aquel en que las cinco letras crecen ambiciosas por nuestra costa. Pasa a ser una de las once voluntades de oro en el conjunto del cuarenta y nueve.

“Debuté contra Santiago Wanderers, de Valparaíso, en El Morro, cuando los caturros contaban con Osvaldo Sáez, Fernando Campos, Guillermo Díaz y el uruguayo Rodríguez, entre otros. Uno de los mejores cuadros que ha tenido Wanderers, el mismo que terminó vicecampeón el cuarenta y nueve tras la U. Católica. Se puede decir que entré con el pie derecho en el fútbol, pues marqué dos goles a Montenegro, el mismo arquero que jugó en el Serrano, después. Luego, le puedo hablar de ese primer campeonato regional, el cual recuerdo en forma especial, por ser en él cuando jugamos con el mayor espíritu de camiseta. ¡Claro! que todo el mundo decía de nosotros: no convencen, no son técnicos. Y nosotros respondíamos, haciendo goles y ganando. Y, aún, las dos veces que jugamos con los macanudos en ese tipo de fútbol, el Serrano, lo ganamos en buena lid. Hablando de mí, le puedo decir que en cada partido entregaba todo lo que tenía; pues nuevito como era no podía hacer el cómodo. Por ello recibí duro de las defensas. Menos mal que para compensar estaban los goles. Nunca me han salido esos tres marcados al Fiap de Tomé, en un partido jugado en El Morro. Lo mismo que salir en brazos de la hinchada en el primer Regional de mi vida y con la juventud que tenía, fueron cosas como para hacerme superar”.

Necesariamente, en todos aquellos del equipo del cuarenta y nueve tuvo que quedar una impresión grande, ya que ellos levantaron, con buenas manos al agónico fútbol porteño.

Al seguir la charla salta por sobre fechas y detalles, salpicándola de cosas complementarias, útiles para contribuir a una mejor impresión general, hasta que llega a la campaña del cincuenta y uno.

—“El año cincuenta y uno es, para mí, el del mejor equipo navalino. La cosa anduvo bien en ese cuadro. Tenía que pulirme actuando al lado de esos compañeros que llegaron jugando mucho, hablo de “Pinga” y “Zoquete”. Equipo completo de arquero a wing, teníamos que ganar ese título y lo que nos costó hizo más grande la alegría del triunfo sobre Caupolicán en el partido final”.

De esa misma temporada tengo como recuerdo feliz un gol marcado a la selección de Schwager, en su cancha, en aquellos momentos en que íbamos a la caza de los azules textiles y necesitábamos ganar

todos nuestros partidos. Luego de ser superados por tres goles a uno, logramos empatar a tres, para que, finalmente, la suerte me diera la mano, y el gol con el cual logramos el triunfo.

Siguen el resumen del cincuenta y uno, nuevas escaramuzas e ir y venir de palabras que se anotan o no, hasta que sale de él una exclamación profunda y sostenida, tras la cual se sume en hondas reflexiones, ¡Helsinki, Helsinki!, tal sonoridad escuchada de él me indicó la significación del viaje en su trayectoria de verdadero deportista. Premio valioso que Pillado deportista, ofrendó a Pillado hombre. Germinación de sueños nacidos al pie de los alcantilados de su isla, en tardes que sólo cortaba el sol al perderse en el horizonte oceánico del Pacífico. Concretación de visiones de su juventud. Resumen de todas las emociones del viaje salen de su memoria cual carrete se desenrolla presuroso. Río de Janeiro en visión nocturna desde el aire. Dakar caluroso. París tremendo desde la Torre de Eiffel. Londres y su bruma. Madrid pulseado en diez días de estancia y con la desilusión de los toros. Todos estos eslabones forman la vida deportiva de Domingo Pillado, isleño, navalino, porteño y chileno.

Finlandia, Kotka, dieciséis de julio de 1952, su más angustioso día de vida en el deporte. Vestido con la camiseta roja y estrella al pecho, experimentó en carne propia la amargura de la derrota.

“Triste, el día más negro de mi vida. Ganar dos a cero el primer cuarto de hora y terminar lamentando el quinto gol en contra. Yo había sido entrenado de half y el mismo día del cotejo fui adelantado a mi puesto habitual. Pena la nuestra comparable a la de nuestros colegas americanos; los brasileños, cuando en su partido con los alemanes, luego de linda exhibición y un dos a uno, vieron la cabeza de un delantero germano empatarles a dos. Jugaron los minutos adicionales, pero ya la moral había caído en forma absoluta al saberse tan abandonados de la fortuna e injusticia en su juego. Terminaron perdiendo cuatro a dos. Buenos eran los cabros brasileños, todos jovencitos. Recuerdo a uno, el half, un macanudo, nos entusiasmó a todos, ahí jugaba también el hoy internacional Humberto. “Cosas del fútbol, que no fueron sólo éstas, porque en la final entre húngaros y rusos, Puskas —a decir de todos— el mejor jugador del mundo, perdió un penal, pese a toda su experiencia internacional”.

A estas alturas le interrumpí para evitarle la amargura de traer a su memoria aquel ingrato momento de la salida del estadio finlandés, donde jugaron el partido del gol agorero. Hablamos luego de la seguidilla agotadora a que se vieron sometidos por el match extraordinario con Colo Colo el cincuenta y tres.

—“Se jugaba mucho con el “negro” Rodríguez. Corría y nos hacía correr a todos. Ahora para qué le digo nada de la alegría de haber ganado a los campeones profesionales. “Jugamos mejor que nunca”.

Yo recuerdo haberle visto, con seriedad pálida, asomado a una ventana de los camarines angolinos, observar como Ted Robledo se convertía en máquina firmadora de autógrafos. Ahora, después de conversar,

he venido a comprender que ello era la traición de sus nervios, no domados aún, a pesar de sus campañas y su experiencia paralela.

—“Antes de un partido importante me llego a poner tan nervioso que, incluso, tengo vómitos y empalidezco. Puede parecer increíble, pero jugando con pelota nueva también me pasa algo curioso. Me parece que no la voy a poder manejar, y que al tocarla me voy a caer”. Para que le digo como se rien los cabros y las bromas que me hacen”.

Hoy, en pleno cincuenta y siete, su noveno año regional, la estrella de Pillado aún luce brillante en el firmamento de las glorias deportivas. Elogio mudo a la trayectoria suya, ilimitada por ahora.

UN PREDESTINADO.



Mosaico resumen de sus actuaciones. Aparece al lado de Ted Robledo en la Selección, junto a Manuel Muñoz, posterior compañero de club, y por último disputando una pelota en el Estadio Nacional con José García, otro navalino en el profesionalismo, de Palestino.

Enredada entre los vientos que azotan Talcahuano y silban por la costa del Pacífico, arribó a la bahía de la Quiriquina, una brisilla misteriosa que no fué a chocar contra los cerros, calles ni casas, sino que se paseó por la avenida central del Apostadero, se metió en los Arsenales y

terminó por filtrarse en las oficinas de los dirigentes náuticos. Desafiante, insolente casi, atropelló el protocolo que, en las filas, se llama "conducto regular", y, aduciendo que la razón era demasiado importante para seguir el proceso lógico, estalló repentina y explosiva:

"Tienen que traerse a un don half que acabo de ver jugar en "pancho". Yo se que Uds. necesitan gente buena y me he venido rápido con el dato. Serán campeones con él. Hasta luego, debo irme pronto para alcanzar a verle de nuevo".

Se movieron los palillos, se dieron presurosos pasos y a fines de noviembre anclaba en la poza de la base de Submarinos, el recomendado elemento. De ahí en adelante Talcahuano no le perdió de vista.

Hombre hecho a todos los fueles, pronto, pasó a desempeñar en la máquina navalina, el papel de medio motor. Dotado de los ingredientes y de los condimentos propios de un centro medio, mostró además, —corriendo por las canchas regionales— una personalidad rebosante que, en el corto período comprendido entre fines del año cincuenta y fines del cincuenta y uno, le encumbró por sobre nombres de mayor prestigio futbolístico; a tal punto que a la hora del balance del tercer torneo, se le señaló, no sólo como el mejor en su puesto, sino como el más completo de cuantos participaban en el campeonato. Auténtica gracia, pues solamente exhibía dos años en un club de la Asociación Valparaíso y el año y tanto en Naval.

Fué con el cuadro campeón a Punta Arenas y juntos ratificaron méritos ya conocidos. Vuelto, se le llamó a integrar un combinado regional para enfrentar a la selección de la Zona Central que trajo don Lucho Tirado a Concepción, y para probar elementos provincianos con que formar la selección a los Juegos Panamericanos de Buenos Aires. Lo que hizo esa tarde no pasó inadvertido a los ojos avizores del preparador nacional. Por eso, junto con otros tres compañeros de club puso proa a Santiago. Entrenó, convenció y finalmente, en la competencia, pasó a convertirse en figura dentro del conjunto amateur nacional, desde su puesto de interior. Regresado al terruño comenzaron las grúas del fútbol profesional, interesada persecución, estrelladas a su debido turno contra su condición de contratado en la Armada. Podemos decir que, hasta ahí, el hombre había aceptado el curso regular de su vida; pero esto no pudo durar ante las insistencias. Prometieron demasiado los sueños forjados junto a la cabecera, cuando le mostraron un mundo fácil de alcanzar, a su mano. Repentinamente se supo capaz de enfrentar la búsqueda de mejores días, nuevas emociones, compensaciones de más peso a sus desvelos físicos.

Colo Colo y Audax Italiano insistieron en este rondar por conseguirlo, sabedores ambos de lo que tenían entre manos. Porfiada la institución de la calle Lira, la misma que había vencido los temores provincianos de Bello y Vera, consiguió la transferencia.

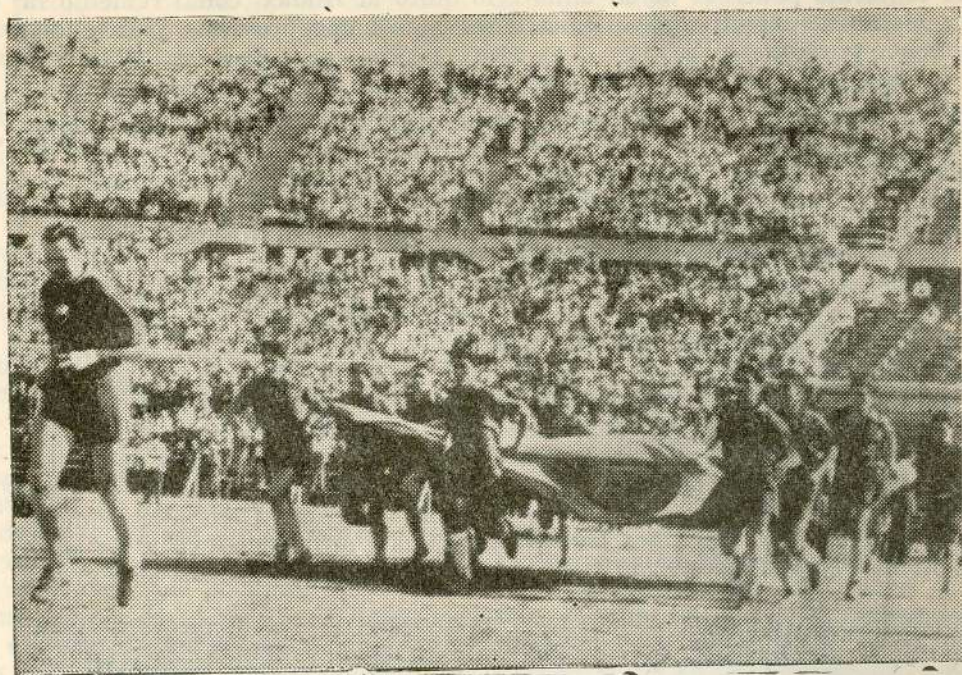
Llegado a Santiago, ni siquiera notó la diferencia de un ambiente a otro. No se sintió extraño ni invadido por los temores propios de un aficionado. Saltó la etapa del aprendizaje. No necesitó que le maduraran,

como es natural en todos los llegados del sur o norte. Primera satisfacción para los dirigentes de Audax. Llevado de Naval, se le incluyó en un encuentro con Green Cross y no se le sacó más en toda la temporada. Su estilo gustó desde el primer instante, porque era la clase de fútbol apetecido, la aceptada por el exigente hincha del balompié profesional. Sin negación de nada, obediente a las instrucciones del entrenador, superándolas en la cancha, escribiendo lecciones de resistencia humana, no declarándose jamás vencido, tenía que gustar "aquí como en la quebrada del ají". Dos temporadas se llevó haciendo esto con la camiseta verde de los itálicos, en los puestos en que le pusieran. Según él no ha venido al fútbol con una etiqueta en la espalda o en el pecho que diga: este hombre es back o centro delantero. Para él en todos los puestos se puede chutear la pelota igual de redonda. Así, donde le mandaron fué, con su calma paso y su sonrisa estoica. Primero ante lesión de Adelmo Yori hubo de cuidar al wing contrario. Luego, faltando Ramiro Cortés, hubo de acompañar a Lucho Vera en el centro del rectángulo. Desde ahí empezó su carrera de brillantes relevos para quien le necesitara dentro del equipo. Quedó en el cincuenta y tres como back al wing, luego de haber corrido también como interior. Hoy nadie le podrá acusar de haber fallado en las misiones confiadas.

Cronológicamente, el cincuenta y tres, con el título de vicecampeón, tras el absoluto club albo, la directiva itálica ofreció entonces a sus players un viaje deportivo-turístico a Centro América. Trabajarían y pasearían, ampliarían mundo, al mismo tiempo que triunfos. Carrasco, por este intermedio, enriqueció su valiosa médula espiritual, pues en todo orden de cosas los viajes dejan en el hombre una huella. Jira provechosa. Jugaron, ganaron, perdieron poco y conocieron mucho. Isaac, anclado casi dos años en la bahía de Talcahuano, vagó así por todo el costado del Pacífico americano, vió a hombres diferentes en costumbres, aspiró aires nuevos.

Chile debió formar un combinado para participar en las eliminatorias de la Copa del Mundo para competir en una serie con Brasil y Paraguay, y aún cuando no podía extrañar su inclusión entre los preseleccionados, pudo aparecer aventurado dejarlo entre los elegidos, ya que se pasaba por encima de hombres aparentemente más brillantes, pero menos útiles y reveladores a los ojos de don Lucho Tirado, que bien sabía como utilizarlo. Con Carrasco en la banca de las reservas, podían fallar uno a uno los integrantes del equipo entero en la seguridad de que para cada plaza se podía contar con él. Viéndole vestido con la casaquilla roja, formado en medio de la cancha del estadio de Asunción, en el Maracanã o en el mismo Estadio Nacional nuestro, mecánicamente, pasa a la cúspide de todos cuantos han defendido o defienden a Naval. Ubicándosele como integrante en un bloque defensivo en donde los nombres de Livingstone, Alvarez, Cortés, Ted Robledo y otros sobresalían con la sonoridad propia de su fama, podemos decir: Carrasco pasó ahí a dar luminosidad a su vida futbolística.

Se puede decir que el fútbol tiene clases sociales, una aristocracia



El equipo chileno sube al Estadio Nacional, con el ex-navalino tomando por uno de los lados la bandera chilena

y el resto. La primera compuesta por los predestinados; la segunda, por este resto. El grupo que siempre logra mantenerse en la memoria y en la boca inquieta del aficionado sirve de base al primer grupo, o élite. Para llegar a él no basta con jugar sino también es necesaria la adición de una personalidad robusta. Aceptando y soportando la responsabilidad del roce internacional, formando con las estrellas de nuestro fútbol, Carrasco integra hoy, con seguridad absoluta, el citado y honorario grupo de las élites.

Cuando en su vida las fotos pasen a jugar el papel de vehículos recordatorios, podrá brindarse a sí mismo la satisfacción de tomar, por ejemplo ésta que le muestra saltando impotente por detener las ansias de gol del delantero paraguayo Romerito, con las cuales venció las resistencias de Livingstone en el partido que nacionales y guaraníes jugaron en el pasto del Estadio Nacional, el cincuenta y cuatro.

Mirará la foto y podrá decir quedo: "no desmerecí la ocasión".

Para mi entrevistado, el mundo nunca ha sido suficientemente grande. El año cincuenta y uno se enfrentaron, en una reunión matinal, en la cancha El Morro, Colo Colo y Naval. ¿Misión de Carrasco?: vigilar la movediza figura de la "saeta morena" Manuel Muñoz, sin pensar que, con el tiempo, sería su compañero de club, pues la institución alba, con

el tentáculo poderoso de su dinero, lo quitó al Audax, como remedio infalible para muchos males de su defensa, o como provisión para cubrir muchos puestos.

Como ven, el ritmo de su vida por los caminos del fútbol no le ha dejado tiempo para llorar la emoción de pararse en los pastos profesionales primero o de vestir los colores chilenos, después. Muchos podrán decir que esto habrá sido alcanzado a pasos afiebrados, pero también podemos reconocer que todo lo suyo ha llevado la marca de la parsimonia, la misma que ha presidido todos los actos de su vida. Nuestro primer encuentro, cara a cara, vino a producirse en el cincuenta y cuatro. Antes de esto, cuanto conocía de él era producto de mi observación desde los costados de la cancha, como uno más de los espectadores. Viajando con él hasta San Rosendo, cuando, en abril del cincuenta y cuatro, Audax llegó a disputar dos encuentros a la zona, vine a descubrir ya, no sólo a la figura que yo había visto corriendo y corriendo tras un pelota, sino su interior. Mi idea esa vez fué acompañarle hasta Chiguayante o Hualqui cuando volvían en el nocturno, pero la verdad es que el ritmo de su hablar calmo y seguro me tomó para ir a desligarme solamente en la estación de las "tortas y las presas de ave con sorpresa". Completé primero su cuestionario y luego nos trabamos en una charla inconexa y sin plan alguno, por saberle cansado tras el partido recién librado en el Municipi-



Nada puede ya, ni el mismo Livingstone, para impedir el gol, pero no negó su esfuerzo.

pal penquista, donde habían derrotado a la selección local por elevado guarismo, y tras cómoda faena. Total, deseaba conocer su grado de empapamiento mientras estuviera bajo el alero de la tienda navalina.

Dejaba Concepción, esa tarde, realmente molesto por las pifias recibidas del público penquista que le había acusado de maltratar al endeble "firpito" Rodríguez.

—"Yo no le hacía nada, chocábamos y él se iba al suelo, con bastante dosis de teatro, y por eso todo el mundo cargaba conmigo.

Sentado al frente nuestro, en el vagón, Chirinos, el meta de los verdes, se extrañaba al sentirlo rezongar. Al saber la causa, luego, terminaba dándole la razón. Desde el extremo del coche se tocaba una guitarra y unas alegres voces acompañaban.

Hombre poco amigo de las remembranzas, sólo me insinuó los capítulos de su vida. A grandes rasgos; el resto había de ser cosa mía. Gran parte nos ocupó la hinchada, a la cual reconoció gran participación en las actuaciones del club. Fijó para Naval el punto de partida, le asignó ser la piedra fundamental en su trayectoria futbolística. Claro que ni se juzgó ni analizó. Su mente, sus ideas, su objetivo, parecieron estar concentrados en una sola cosa: el futuro. Un futuro paralelo al sostenimiento de su fe, de esa fe que le ha permitido avanzar el trecho desde la obscuridad a la luz, y el mismo que no es mencionado en forma latente en su vida, pero que podemos encontrar expresado en frases y palabras del comentarista de la revista "Estadio", cuando se refiere a su actuación en un encuentro jugado contra la selección brasileña en el Estadio Nacional: "Es frecuente que cuando un back juega bien y anula al puntero, se diga que éste jugó mal o vice versa. Pero puede ocurrir también que los dos luzcan mucho, que los dos estén verdaderamente bien. Fué lo que sucedió el domingo; Carrasco y Julinho tuvieron un duelo de habilidad extraordinario, que no destacó supremacía de ninguno de los dos. El notable puntero dejó atrás varias veces al excelente zaguero nacional, pero para eso tuvo que asombrar con jugadas de consumada maestría, tuvo que sacar del baúl lo mejor que trajo. Por su parte, Carrasco tuvo a raya al rival y lo paró muchísimas veces, pero también tuvo que rendir para eso una performance realmente consagratoria. ¿Cuál es la conclusión? Que, anulándose o superándose, alternadamente, tanto Julinho como Carrasco, fueron dos grandes figuras del partido". Pudiendo encontrarse, además de lo dicho, en el artículo-comentario, la siguiente reveladora frase en la forma de un subtítulo: "El duelo Julinho-Carrasco fué una de las notas sobresalientes del match Chile-Brasil".

EL PROGRESO DE UNA VIDA

En una tarde de sol, una figura destila mucha sombra sobre el duro suelo de una cancha de fútbol. Nadie resalta más que el arquero por sobre el fondo de mallas blancas y graderías repletas de espectadores.

Por siete años consecutivos, y un octavo con el actual, Manuel Roa Sánchez, guardapalos del conjunto navalino, ha venido repitiendo la es-



Manuel Roa Sánchez

cena descrita. En un puesto veleidoso, y un equipo cada vez mejor, el delgadocho joven, surgido al fútbol el año cuarenta y ocho, ha logrado inscribir su nombre en la galería de triunfadores de este superior ambiente regional. Ha marchado sin tropiezos por un camino que ha sido fácil y difícil, pero ante el cual ha antepuesto siempre un cariño grande por el deporte y puesto elegidos.

Tras su pasado queda una huella de superación, de aprendizaje semana a semana. Limitando ese pasado, aparecen el novicio suicida del cuarenta y nueve y el casi perfecto arquero de hoy. Sólo el recuerdo le trae la visión de los días transcurridos, de esos días de futbolista amateur, que luego del trabajo ha de irse a la cancha. Por medio de ese recuerdo vive algunos goles que significaron un mundo y se ubica en anónima tarde cuando el pícaro viento porteño, al dar al balón un raro efecto, tornó difícil su faena. Vuelve por la vía de este recuerdo a sentirse llevado en hombros de gente emocionada aquella tarde diciembrera del Regional del año cuarenta y nueve. Su baúl de añoranzas guarda los detalles íntimos que le han venido formando, hasta el punto de barnizarlo en físico y alma.

Jugaba un combinado Puerto-Naval en el Morro frente al Santiago Wanderers de Valparaíso, el cuarenta y ocho. ¿Guardavallas?: Rodríguez y Sepúlveda. El segundo no llega a la cancha y el primero juega tan mal que se ordena a Roa, —con equipo solamente para no pagar entrada—, ingrese al campo. Le hacen jugar casi contra su voluntad y sin experiencia ninguna, y ya en la puerta del tal combinado pone término a la seguidilla que se veía venir. Auspicioso debut, pues luego de ir perdiendo tres goles a cero se termina empatando a tres. Así comenzó su relación con el fútbol de grandes públicos, estadios y emociones.

Al año siguiente rompió las huinchas un torneo nuevo, de grandes proyecciones en nuestro mundo provinciano, y cuando, en el Morro, por su primera fecha, se pusieron al frente Vipla y Naval, le encontramos ubicado en el arco del equipo porteño. Transcurrió el año de la gran experiencia y al final, llegado el verano y sus días de sol, la misma cancha le vió salir arquero del conjunto campeón. Hecho el ranking del torneo se le ubica en el quinto puesto, y él no dió rienda suelta a emoción desmedida, pues estaba en pleno proceso de perfeccionamiento.

“Aun cuando no lo crea, no me consideré arquero de Naval sino en el cincuenta y uno. Ahí solamente me noté conocedor de mi defensa y dominador de los defectos y las vacilaciones de un principiante. Después, en los años posteriores, he venido, apreciando, aún más, lo ganado en pericia. Había que verme cómo terminaba los partidos en ese primer Regional; pelados los codos, lleno de rasmilladuras, molido y costaleado to-

dos los santos domingo del año. ¡Cómo salía de la cancha! Y todo por novato, no más. Salía, me adelantaba a todas las jugadas en el área, sin pensar que un delantero puede hacer muchas cosas con la pelota antes de decidirse a tirar. Por eso quedaba tan terremoteado, porque para recoger una pelota en el área hay que quitarla de los mismos pies al contrario y a punta de costalazos”.

En su auto-examen se analiza bien, porque nadie como él puede apreciar mejor su transformación. El deporte y, más que ello, el puesto en que juega han terminado por completar la rica materia prima, el molde de este correcto deportista. Jugando en un sector visitado —en proporción— menos que los demás de la cancha, ha podido, en los ratos sin juego, darse tiempo para pensar y observar, templando, con ello, el completo carácter deportivo que luce hoy. En lo deportivo, sus observaciones llegan a mostrarle todo lo que arriesgaba en sus temerarias salidas. Como fruto de ellas pudo reemplazarlas por una mejor ordenación de defensa y una mejor colocación suya bajo los tres palos. Pudo entonces abandonar su juego suspenso puro, terreno en el cual su mandíbula sufrió las consecuencias la víspera de la jira a Punta Arenas.

Algo he dicho de su colocación; ahora voy a insistir en el tema analizado, pues por esta cualidad llegué a individualizarle en las canchas. No inmutable, pero sí atinado, Roa constituye un espectáculo para el espectador de los detalles. Nunca excedido en sus tendidas, es capaz, sin embargo, de ofrecer la elasticidad del más extraordinario cuando las condiciones del juego así lo exigen. Eso de ser justo o de hacer solamente lo justo, constituye su mejor cualidad, y le ha transformado en hombre de confianza para la suerte que han de sufrir los once leoncitos por teños una vez en la cancha. Podría decir que su tipo, como arquero, corresponde al más difícil de encontrar. Aquellos que salvan partidos o ventajas heroicas. Me voy a servir de una comparación para demostrarlo: “Porongo” Inostroza, el elástico meta ferroviario, lucía como hombre es espectáculo retorciéndose en las más increíbles atajadas; pero ¿cuánto atajaba?. En muchos partidos, Vial vió perder, con él en su portería, partidos en los que había hecho todo el gasto, precisamente por faltarle a su guardavalles la cualidad de Roa: hacer lo justo. Inostroza, extremo de lucimiento; Roa, mínimo de esto, pero enormemente más completo. Nunca el meta vialino hizo lo que el “candado porteño”: salvarle partidos a su equipo.

Verdadero enamorado del fútbol, le ha dolido verse juzgado por la fría pasión de la gente que ha puesto a los navalinos en la pared del pelambre, negándoles virtudes como jugadores y sentimientos como deportistas.

“Yo puedo decir cosas importantes de eso que la gente llama “disciplina militar” y que creen es la única base de nuestros triunfos. Por mi condición de jugador, me ha dolido siempre tal cosa. Al ver en nuestros triunfos el efecto de “milicia”, toda la gente desconoce los sacrificios, el cariño al club y nos niega calidad. Cierto es que Naval ha salido de gente perteneciente a la Armada, pero cierto es también que ésta no

nos sigue hasta la cancha, ni nos cuida fuera de ella. ¡Cuántas veces habré sentido yo ganas de tirarlo todo!: entrenamientos diarios, cuidados especiales de los sábados y la semana entera, cansancio lógico luego de los partidos. En fin, tantas cosas que hemos de soportar, no por estar obligados, sino también porque como a todos los jugadores de los demás equipos regionales, a nosotros eso nos gusta. Mucha gente imagina concentraciones y castigos y esa gente no sabe que los jugadores nos hemos llegado a imponer una disciplina propia; que hemos aprendido a cuidarnos solos, unos a otros. Por todo lo que expreso, sería mejor que se dijera que los triunfos logrados son producto de una camaradería y un sentido de responsabilidad propios. Además mire si no existe otra razón de peso, en el conjunto, quien no ha sido seleccionado para Buenos Aires, lo fué para las Olimpiadas, de manera que esto ha hecho nacer un natural cuidado por el prestigio adquirido. En mi caso, demasiado sé cuánto me ha costado llegar a ser, en la consideración del público, uno de los buenos arqueros regionales. No voy a tirarlo todo por falta de cuidado o ligereza en los entrenamientos, y aparecer así disminuído a la vista de los hinchas, que tanto nos alientan”.

Jugador convencido de sus palabras, vacía sus ideas antes de un santiamén, en forma tal que no recuerdo haberle visto así en ninguna cancha. De rápida visión, cual buen meta, me lleva, sin yo presionarlo, al mismo tema y asunto que era en mi plan, cosa puesta: su viaje a las Olimpiadas. Brillan aquí sus ojos, puestos al servicio del recuerdo. Deja aflorar en su mirada, “su hombre bueno”, agradecido del deporte y enamorado de él.

“Jugando domingo tras domingo, una actuación debe ser muy extraordinaria para que pueda ser guardada por la memoria, pues en el curso de los años se amontonan las semanas y nadie podría recordar ni la fecha ni el rival. Por eso, aunque parezca raro sólo tengo en forma instantánea en mi memoria dos actuaciones: una cumplida frente a Fiap, en el Morro, el año 52 y la otra en la misma temporada, pero de alcance mucho mayor, como que determinó mi inclusión en el equipo chileno que fué a Helsinki. Me refiero al partido con Colo Colo, en Santiago. La verdad, yo fuí a la capital sin tener seguridad de viaje. Más que eso, pensando que en todos los puestos habrían de fijarse los seleccionadores, me nos en el arco, y que de hacerlo irían a tomar a cualquier otro. Imagine-se entonces si el partido contra los metropolitanos, esa tarde de la prueba, no hubo de quedar como sueño para mí. ¡Claro que, por ser San Manuel, ese día estuve con la santa!, pero eso no iba a ser todo. ¡Me mandé la parte!, dicho en buen chileno. Y esa fué la revisión de boletos para que me fuera con el escudo al pecho al lejano, pero lindo Helsinki. ¡Qué lindo viaje! Para uno capaz de asimilar todo, de mirar y agradecer lo aprendido. Quizás si le vaya a resultar curioso, pero en el tiempo que duró, no lo pude gozar plenamente. Me sentía parado por única vez en mi vida arriba de la Torre Eiffel, mirando el París de las películas, andando por las calles de Madrid, luego en Londres, volando sobre Río de Janeiro de noche, y por más esfuerzos que hacía no llegaba a darle la grande.

za merecida. Era como sentir una sensación de aturdimiento. Hube de pisar tierra chilena, en Los Cerrillo, para comprender, por primera vez, la grandiosidad de todo lo visto y andado, e inmediatamente sentir deseos de volver, no sólo para repetirlo, sino para quedarme metido junto a aquella inimitable gente finlandesa. De nuevo en Talcahuano, vine a pensar más que nunca, los momentos vividos como representante futbolístico de mi país en una competencia de los alcances de una Olimpiada. Lo aprendido, solamente, me ocupa gran espacio entre las lecciones del viaje. Encontrarse compitiendo bajo banderas, lo hace a uno saltar todas las diferencias de costumbres, idiomas, posiciones o cultura. El deporte, se ve puro, como nunca antes. Allá recibí lecciones valiosísimas. Una de ellas, por ejemplo, de cómo el coloso deportivo, más lo será si permanece igual siempre; si no cambia”.

El decatleta Bob Mathías fué amo en la pista y fuera de ella. Sencillo como ninguno. ¡Cómo nos hizo falta ganar aquel encuentro negro con los egipcios!, para que la visión olímpica nos hubiera quedado perfecta toda la vida. Siempre que nos acordamos terminamos empañando el recuerdo con el cinco a cuatro de aquella tarde de julio, en la cual abandonamos la cancha llorando. ¡No me diga!, que yo sentí esa tarde cinco puñaladas dolorosísimas, pues me consideré el último capaz de evitarles y por tanto, como el culpable casi, en especial del último gol”.

La sinceridad de su alma de superior deportista termina derrotando la mala jugada del destino, y me da, con ello, ocasión para descubrir la primera lección, resultado del viaje: saber aceptar las cosas cual llegan, sin la más mínima excusa o atenuante. Recordemos si alguna vez le hemos visto en la cancha protestando por una decisión del árbitro un gol brujo o algún autogol. Sabe muy bien que un verdadero deportista no debe hacerlo, pues se engaña a sí mismo y acarrea descontrol a sus compañeros.

En la continuación de esta charla o diálogo le hablo y recuerdo el suceso Angol, y en seguida le tengo lleno de entusiasmo remontándose a esa fecha, según muchos, de capital importancia dentro de la vida náutico-deportiva.

“Nunca habíamos jugado tan bien como allá, esto visto con los ojos puestos exclusivamente en mi equipo, ante la diferencia de ánimo en los integrantes del conjunto colocolino. Para ellos podía ser un encuentro más, aunque tampoco significaba que se fueran a parar en la cancha. Para nosotros, en cambio, era enfrentar al campeón profesional chileno y ganarles, como ocurrió, tuvo que ser lo más grande que como jugadores navalinos hayamos podido gozar, y Naval lograr”.

Ya rememoradas las dos más altas cumbres emocionales de Finlandia y Angol, comienza a dar muestras de agotamiento. Le veo estrujado por el recuerdo de estos dos hechos notables. Me llego a reconocer un cruel verdugo, pues ensimismado, recibiendo sus impresiones, no llegué a reparar en la melancolía que lo iba invadiendo poco a poco. Hube de mirar el reloj para notar, —cuando le volví la vista—, su cara iluminada y su pensamiento lejos, muy lejos, volando hacia el imborrable

¡Helsinki!. Por eso lo dejé entregado al agradable placer de vivir los recuerdos. Hice mutis por el foro dejándole cerrar el baúl de sus tesoros deportivos.

UN HOMBRE DEL NOVECIENTOS DOS Y TANTO

En la Pascua del año cuarenta y nueve, mientras una inmensa mancha de gente coloreaba las aposentaduras del pintoresco recinto del Morro, y en la cancha los preliminaristas apuraban sus últimos minutos, unas caras asomadas tímidamente a las ventanillas de los camarines navalinos, miraban, sobrecogidos de preocupación el imponente aspecto ofrecido por Talcahuano íntegramente vaciado en un estadio. Observaban los rostros perdidos en la altura del cerro, los chiquillos revoloteando por los costados de la cancha o, por último, iban a chocar sus miradas en las tribunas sombreadas. Miraban todo y se calentaban la cabeza pensando en que toda esa gente había llegado, a tempranas horas de ese día, para verles entrar, jugar y ganar un campeonato. Sentían la cabeza llena de negras ideas ante los momentos listos a caerles encima como guillotinas implacables. Quienes miraban así, sufrían y tratando de pensar no pensaban, eran los jugadores navalinos aspirantes al título regional de fútbol por ese año; los mismos que noventa minutos después eran paseados en hombros, llevados por las mismas caras atterradoramente vistas desde las casetas, minutos antes de empezar la contienda.

¿Qué o quién les había tonificado, sacado las dudas quemantes de sus cabezas, devuelto la fé perdida?, ¿cómo pudieron ganar si encima mismo del partido se sabían incapaces de hacer nada?

Pues ganaron, se sobrepusieron al peso emocional del ambiente y trascendencia de la ocasión, por obra de una voz, bajo el efecto de palabras suaves, breves pero justas; medidas y pensadas. Palabras dichas por alguien colocado tan en las circunstancias como ellos. Lanzadas por Ama-



Amadeo Silva Constanzo. Así lo ví observar el juego de sus muchachos en la cancha del estadio lotino.

de Silva Constanzo, entrenador, amigo de cada uno, conocedor profundo de sus leales dirigidos. El fué quien supo palpar la situación hasta en las pausas y quien demoró su mensaje para someterlo primero a su justo criterio y no dejar palabras tóxicas que fueran a disponer mal a sus dirigidos, listos a correr honrosamente, libres de todo peso. Palabras dichas por quien tiñó de gravedad su voz comprendiendo que grave la necesitaban, y de quien habló directo al corazón de sus amigos.

“Escuchen un poquito lo que les voy a decir. Esa gente que se ve desde aquí ha venido, en este día de Pascua, a mirar un partido. No a verles ganar. Muchos son amigos vuestros; otros, compañeros de trabajo de todos. ¿Qué otra cosa les podemos brindar sino el título para agradecer los aplausos, el aliento y el cariño de todo un año, en todas las canchas en donde hemos jugado? ¿Y a los chiquillos que están esperando que salgamos para acompañarnos hasta el centro de la cancha, no les vamos a dar nuestro regalo?”

El ver como se animaron esas caras estiradas de miedo al porvenir, fué una satisfacción silenciosamente gozada por el parco, pero sabio entrenador de fútbol que las había lanzado. Por eso, mientras ellos se fueron trotando hacia el encuentro de los aplausos, el retumbar del cañón y el embrijo innegable de las multitudes, él, por la orilla de la cancha, se fué lentamente, feliz hacia la banca lateral desde donde, con cara impasible, sigue el evolucionar de sus muchachos. Luego, cuando el público delirante de entusiasmo en la victoria a todos envolvió con elogios y abrazos, él, metido en medio de la maraña espesa de gente que pobló la superficie de la cancha, se agradeció a sí mismo el descubrimiento que había hecho de las palabras justas para cubrir de confianza a los once regalones del puerto.

En ese inolvidable trece de diciembre del año mil novecientos cincuenta y tres, día de la victoria de los marinos sobre los colocolinos en Angol, las autoridades de esa ciudad ofrecieron una recepción a vencedores y vencidos, como una manera de retribuir el brillo que ambos conjuntos habían sabido darle al número deportivo en celebración del centenario angolino. En ella —Silva—, como siempre rodeado de sus pupilos, se vió enfrentado por una figura de disimulado enojo, la que enfrente, y sin dar a nadie tiempo, comenzó, grave una recriminación:

“Ha hecho usted algo que no le podré perdonar jamás: ganar a Colo Colo superándolo en el físico, en el superior estado físico de su gente. Debió usted recordar que, en Santiago, nuestros mejores triunfos los conseguimos en el segundo tiempo, cuando los adversarios se rendían al cansancio. Hoy, nosotros, hemos conseguido una ventaja de dos a uno, y su gente, lejos de rendirse, mejoró el rendimiento; dígame, para callado, ¿cómo consigue todo eso Silva?”

Quien le habló así fué el señor Errázuriz, presidente de la delegación alba.

En una boite viñamarina, unas cuantas mesas a la derecha de la mía, enfrente y saltando por sobre el escenario —en donde una pareja interpretaba un típico baile ucraniano—, pude distinguir una figura paternal rodeada de crecidos y risueños mocetones resaltando a la distancia como un perfecto cuadro familiar. Nosotros, el meta Olivares, “lenguado” Saavedra, Arnulfo Urquiza y yo, convinimos en ello al reconocer como integrantes del grupo a los navalinos Weber, José Saavedra, Roa y Nourdín rodeando solícitos al entrenador Silva, el de la figura paternal. Todos reían en la mesa, miraban el baile, pero, a ratos y por turno, tornaban la vista hacia quien presidía la mesa. Era en la noche inmediata al empate con los evertonianos, y en los momentos en que se hacía descanso a puerta franca por la semana de disciplinada estadía en el Hotel Español.

La Banda del Apostadero, con una breve tocata, pidió atención a la concurrencia, de fijos ojos en la cancha, ávida de presenciar los cuarenta y cinco minutos finales del match internacional entre porteños y paraguayos del Libertad de Asunción. En frente a las tribunas, un personaje deportivo, en representación del Departamento de Deportes del Estado, hizo entrega del título que acreditó a Amadeo Silva, entrenador oficial. Los aplausos siguientes a la ceremonia sellaron el reconocimiento gubernamental hacia un hombre, y fueron premio al examen brillante que los pupilos de este maestro dieron ante los famosos paraguayos.

Cuatro viñetas humanas por donde desfila una vida dedicada al oficio de entrenar, una vocación sentida desde el banco de la escuelita primaria schwagerina.

El niño nacido en Arauco, allá por el novecientos dos y tanto, traído a la tierra de los Rojas, de Puchoco, por el padre urgido de trabajo, algo debió tener que impresionara a los mocosos mineros que le hicieron capitán del equipo del primer curso. El mozalbeta araucano les sirvió de compañero en las pichangas hasta la infantil edad de los catorce, pues, ante la bajada eterna del padre a la tierra, hubo de girar el normal curso de su vida y pasar, de los recreos bien jugados, a desempeñar el papel de hombre, por el cual conservar la casa dada al padre. Siendo chiquillo hubo de pasar a vivir aquel momento trascendental en el cual un hijo da la suya por la preciosa de la madre. Y hoy al relatarlo, descubro en sus palabras el orgullo —para mí noble— que sintiera.

Si en la escuelita había jugado al fútbol, trabajando, su cuerpo vigoroso le comenzó a pedir la afición sentida desde niño y por eso volvió al fútbol. A jugarlo distinto de aquél de las pichangas de mocosos. Volvió a jugarlo concentrado, serio, dispuesto a controlar cada reacción y cada esfuerzo, como el estudiante dispuesto a recibir enseñanzas. Su madre comprendió los desvelos físicos del hijo sacrificado por la marcha del hogar; y se convirtió en su maternal compañera deportiva. Juntos ennoble-

cieron el deporte. En el barrio "El Faro", del vecino mineral, nació un club, obra de ambos. Amadeo lo fundó; la casa fué secretaría; él su presidente, encargado, capitán y jugador. Ella, de mano propia, hizo las primeras camisetas y fué socia incorruptible. Después el muchacho, respaldado por los cuidados de su madre, fué mejorando en el puesto de zaguero, al cual le entregaba toda la concentración necesaria.

Antes del año veinte, la palabra entrenar era tabú. Después tampoco varió gran cosa en significado, pero ya se podía encontrar alguien de buena voluntad que enseñara tres o cuatro cosas, cuando más. Silva, como toda la gente de su época, se hizo crack, sólo por el proceso de la propia observación. Como se ve, proceso harto distinto al seguido por nuestros hoy futbolistas infantiles o juveniles. En Schwager estuvo hasta el veintiséis, repartiendo sus partidos entre club y selección y, por sobre todo, empleando su tiempo en aprender una profesión que diera mejores horizontes. Un día, cual su padre lo hiciera allá en Arauco, sintió llegado el momento y con sus chutadores como escudo y su trabajo de reserva, salió de la órbita del golfo en dirección al puerto mimado de todos los jóvenes con ideas de futuro: Talcahuano, el de los Arsenales de Marina, como fuente de trabajo y porvenir. Un año estuvo en el Bellavista, club al cual llegó mientras se contrataba en el Apostadero. El veintiocho cambió de tienda al irse al Gold Cross. Ese año se fundaba también la Asociación Naval. En la "Academia" pasó tres años hasta la aparición del decreto obligatorio a quienes trabajaban "adentro", de jugar por la competencia interna del Arsenal. Al lado de su trabajo, jugó hasta el año cuarenta y dos. Cuando sintió finalizada su carrera activa, tomó su equipo y se lo puso para defender a los Viejos Cracks porteños que, durante mucho tiempo, estuvieron brindando agradables recuerdos a la afición chorera.

En el resumen de sus pasos futboleros me ha faltado los detalles, aquellos que pueden decir de las alturas alcanzadas por el jugador. Por ejemplo, que el año treinta, Talcahuano le tuvo vistiendo la alba camiseta de la selección, junto a Elgueta, los Tolrá, el "chorero" Avendaño, José Sandoval y también junto al "zorro" Vidal, en las ocasiones de formar combinados con sus vecinos penquistas. Su memoria, trajinando por tanto detalle, se resiste a dejar paso a los recuerdos y sólo consiente colar un cuatro a tres conseguido en Temuco contra la selección local, triunfo al cual contribuyera actuando de back. La Escuela N° 1 de Coronel le había tenido trotando junto a Carmen Arias, seleccionado olímpico chileno a Amsterdam, y por los lindes del cuarenta trotaba junto al "negro" Riveros, entrenador en esos tiempos de Naval. En el novecientos cinco había disputado sus pichangas en los recreos. El cuarenta y siete todavía estaba en una cancha de fútbol, como jugador en el equipo de los famosos veteranos porteños.

"Muy bien lo hacíamos, ahí se jugaba con gusto y la gente nos seguía para recordar, en nosotros, los buenos tiempos del fútbol chorero, hasta que de pronto se pensó mal en nuestras filas y se fueron incluyendo elementos jóvenes en la falsa creencia de que el público nos iba a ver

ganar, cuando le interesaba vernos y estimularnos. Fueron esos mis últimos años de jugador”

Yo se que no ha dejado de hacerlo, pues le he visto en los entrenamientos sacar chispas en una trancada con cualquiera de sus muchachos y someterse a los mismos trajines físicos que recomienda a su gente.

De pronto, tras pasar veloz los preliminares de su vida, me encuentro en el tema de fondo en su existencia: su actuación como entrenador, realizada entre sus compañeros de trabajo, de taller, en los arsenales vecinos al Pacífico; en el Apostadero arrinconado. En el mil novecientos cuarenta y siete tomó a su cargo la Segunda Sección y la dejó séptima en la clasificación final. Al año siguiente ganaba el título en forma invicta del torneo inter secciones. Interesante competencia, como lo fueran en Concepción, en los buenos tiempos del Fernández Vial, los torneos de talleres de la Maestranza penquista. Como ahora son los celebrados en cada industria de la zona, al mezclar la faena diaria y el deporte. De ese cuadro invicto salieron, para el Naval del cuarenta y nueve, Weber, Medina, Alvarado, el “chueco” Quezada, Saavedra y Aburto, y con ellos y otros ilustres desconocidos en esos tiempos, enfrentó un día al Fiap tovecino —cuco del torneo penquista— y le encajó siete goles.

Al año siguiente pasó a sus manos, no una sección sino una selección de secciones y, tras colar elementos, la puso una tarde de abril frente a los vidrieros del Vipla, por la fecha inaugural del Regional primero.

Tarde de incertidumbre y de temores cuando, para hacer más angustioso el estreno, vino un autogol en contra, afortunadamente borrado con los dos goles posteriores. Para este atrevimiento de entrenar contaba con las breves enseñanzas de un curso dictado por el húngaro Máximo Garay, pero más que nada con su afición innata hacia el oficio.

Enormemente innata como para entrenar en medio de amigos y compañeros de labores, y que por eso mismo hacían más difícil dirigir. Quien lo dude puede probarlo, pensando un momento en cuantas cosas engañosas crea la amistad, cuantas barreras salta o cuantos falsos compromisos crea. Silva, como “Tarzan”, saltó por sobre todo eso. Así venció a los miles de ocasionales críticos que pudieron darle grandes dolores de cabeza. Al año siguiente, alejado del plantel, permitió que su obra se notara, pues, ya por casualidad o que se ya, el plantel sin él llegó a resentirse en eficacia. Ante eso se le llamó sin nuevas ausencias hasta hoy. Vuelto al mando no encontró o no pudo contar con Quezada lesionado en la final del cuarenta y nueve; el “chueco” Vásquez rendido a los años y otros que fueron actuando en alternadas tardes, como Ramón Saavedra, Apablaza, Contreras, Trompito Leal, etc. Por esta causa hubo de pasarse el resto del año tratando de caer no muy abajo en la tabla y componiendo una espina dorsal, hasta que, por obra de la Olimpiada de las FF. AA., dió con la clave y supo de varios hombres hechos a la medida para el plan de equipo: los dos González, Carrasco y Bravo, más la adición de Luis Leal. Para los años siguientes la cosa se simplificó enormemente.

“Bajo mi dirección, Naval jugó completo el año cincuenta y uno. Llegó a ser en esa temporada la esencia del fútbol moderno, nuevo, in-

dividual y colectivamente. El cuarenta y nueve fué un equipo veloz, corajudo, que no daba cuartel ni se lo pedía a nadie. El siguiente, se pasó íntegro buscando una nueva base, que llegó a producir la joya del cincuenta y uno. Luego, aprovechando la leve bajada de guardia de los conjuntos, obtuvimos el título más fácil de todos. Un solo partido perdido, y cuando ya se terminaba el campeonato. La temporada del cincuenta y tres fué salvada reñidamente con dos armas: estado físico y experiencia. Los fundamentos estaban aprendidos y las modificaciones hechas fueron muy pocas, y los nuevos se pusieron a tono muy pronto. Helsinki, Buenos Aires, y los nuevos encuentros con profesionales comenzaron a dar sus dividendos y permitieron ganar, en la raya, al Fanaloza, pese a haber punteado todo el largo campeonato y aún cuando esta resistencia de los pencones fuera hecha a duras penas, ya que llegaron completamente desarmados a los tramos finales, o sea cuando más necesitaban armazón. Nosotros, en cambio, pese a perder seguidamente con San Vicente, empatar a Lord y Serrano, nos repusimos ganando los dos encuentros finales. Fuimos a Angol a ganar a Colo Colo y le dimos la revancha en el Morro, sin contar el match con Palestino, donde, para no herir a nadie, Naval solicitó refuerzos. Todo el mundo se superó en los tramos decisivos. Los jugadores más que nadie. Mi teoría de ganar en los últimos quince minutos; se confirmó muchas veces, cuando algunos conjuntos nos fueran aventajando y dominando. Mientras ellos bajaban el rendimiento por agotamiento, los navalinos —preparados para iniciar un último cuarto de hora— se los llevaban por delante y los pasaban. Por último, cuando experiencia y estado físico no bastaban, entró a jugar una tercera arma, propia de los jugadores. Esta no la daba yo ni los dirigentes: el amor propio de cada uno. Esto es una especie de gratitud a los aplausos o al cariño del puerto. Es la negación a dejarse ganar, y es un fenómeno creado por la hinchada a través de cinco años ininterrumpidos de aliento. Con esta arma no puede nadie, ni es fácil de encontrarla. Como se ve es el recurso extremo de los once leones, donde ellos entregan todas sus reservas de energía”.

Tras la breve pausa de Silva, me doy cuenta de que me ha llevado por delante en el hablar, que me ha superado pese a mi estado físico, especialmente apto para llevar el control de las palabras. Ello ha de convencerme de que también el adiestrador posee garra, y que me pilló desde atrás —como quien dice— en el último cuarto de hora. Mi dominio de campo sólo duró mientras efectué juego de preguntas y exposición de mis ideas sobre el libro, pues cuando advirtió el ardid, pasada la zona de su vida, levantó, de contragolpe, su juego, arreció su ataque y ahora mismo driblando se va hacia el sector Angol, donde, haciendo rápidos cambios de juego con su memoria, burla la acción defensiva de mi lápiz.

“Para todos ha sido esa la ocasión en que más ha jugado Naval; para mí constituyó una de las satisfacciones profesionales más halagadoras. Primero que nada, por ganar a Colo Colo en su clima, en el intenso desgaste físico de esa tarde; y luego, por la simple disposición que fué, en resumen, jugarles por las alas donde sabíamos estaba la debilidad defen-

siva de ellos. Lo demás, realizado por la gente, fué hacer sencillamente lo de siempre. Nadie descansó un instante, eso sí, porque un rato de descanso era gol en contra. El trajín fué tremendo, por eso. El uno a cero del primer tiempo, significó mantener el ritmo y no defender la ventaja, ya que ello hubiera sido descabellado plan. El dos a uno, a poco de empezado el segundo tiempo, forzó las acciones y trajo el empate, para dar luego el tanto del triunfo. Justo con el tercer gol comenzó lo interesante en esa brega. Ellos, en Santiago, habían barrido con la mayoría de los cuadros profesionales, en el segundo tiempo, en base al extraordinario estado físico de sus hombres. Fué curioso como los angolinos reaccionaron al ver que los nuestros incrementaron el ritmo de juego. Cuando "Pinga" fué reemplazado por el hombre de refresco, éste cumplió las instrucciones como si las hubiese llevado escritas en un papel. El que salió había dado todo cuanto tenía. El cambio se justificaba porque se necesitaba martillar al back wing contrario del ala derecha, tanto así, que en la tienda alba se hubo de disponer el cambio de José Campos por "monito" Núñez."

¡Qué juego consistente el de Silva!, en el terreno de las palabras. Sistema de embudo. Me tiene acorralado, no me deja hilvanar nada. Se recuesta sobre el área Helsinki y juega en diagonal hacia Buenos Aires.

"Los dos viajes tuvieron un significado superior para mí, pues, prácticamente, no fuí sino que me mandaron. Desde el muchacho que entregó su alcancía duraznera hasta quienes dieron billetes y hasta mis compañeros de trabajo, todos dispusieron enviarme para que no me perdiera esas grandes reuniones de equipos, para que no dejara de mirar a los húngaros, alemanes, nórdicos o yugoeslavos. Talcahuano lo dispuso y fuí en busca de mi gente, hasta encontrarla en la capital de Finlandia, el mismo día del partido con los egipcios. Juntos fuimos después a las ciudades en que se ganó, pero no volvimos porque hube de hacer de héroe, al quedarme en España diez días esperando avión. Allá no estuve en la concentración de la Villa Olímpica, pues llegué tarde. Inolvidables las dos oportunidades, y ellas me hacen guardar una deuda de gratitud con la gente del puerto, deuda que no he dejado de pagar con triunfos. Sepan que Angol, el empate de Miña, los campeonatos ganados, el partido ante los paraguayos y la temporada con Defensor y el Austria son los dividendos"

En su cara, siempre impasible a las emociones, no hace falta un gesto para entender la estocada a fondo que la emoción le hace al entrenador vocacional, a quien pudo conocer Europa, tierra de fantasía en Schwager cuando fuera niño. Pasó la Cordillera volando en busca de ver el mejor fútbol del mundo. Los equipos, húngaro, ruso, alemán, brasileño y otros le sirvieron de tablero donde mirar jugadas, componer tácticas y apreciar la importancia de los fundamentos esenciales en un fútbol completo. Lo mejor del premio que le fuera dado fué eso. Hoy silencioso ha desenvuelto sus archivos y los ha ido aplicando según su interpretación o amoldado a las necesidades del conjunto.

"Los jugadores, tema que me queda por abordar, se cuidan solos, conocen sus responsabilidades y eso debe ser reconocido, porque ha faci-

litado todo lo hecho. Es más, la confianza entre ellos y yo autoriza a ambas partes a exponer la diferencias y proponer las soluciones. El caso es que, siendo aficionados, parecen profesionales en el cumplimiento de sus obligaciones. En los años junto a ellos he podido seguir la trayectoria de muchos, como Weber, con el cual nos conocemos, futbolísticamente, desde el cuarenta y siete, o sea, cuando era un montón de posibilidades. De él me siento autorizado para decir, sin que pretenda herir a ninguno de los otros jugadores, cuanto ha sido su afán de progreso y la disciplina suya, que le han llevado a figurar, por años seguidos, como el wing más completo de la zona. Lo mismo, los casos de Pillado, Roa y Saavedra, sobrevivientes del primer Regional. Ejemplos verdaderos, porque no todo ha sido condiciones sino que ha debido existir, además, horas de entrenamiento y sesiones de gimnasia, a más de los cuidados que deben guardar en sus vidas”.

Pese al fiero entrevero sostenido, logro quitarle el control del campo hablado. Quiero decir, en palabras, que si él le reconoce valor a sus pupilos yo le valoro desde aquí por todo cuanto ha hecho, y aún más, por su obra de cincuenta y tantos años de vida. La satisfacción de haber desarrollado su afición de entrenar, habrá de bastarle con el tiempo, cuando, llegada la hora del retiro, se dedique a pensar en los detalles de su paso por el mundo. Con sus siete años de entrenar ha logrado un lugar en la memoria de la hinchada no solo del puerto, pues donde se nombre a Naval, se le estará recordando a él.

Posteriormente al conocimiento de su vida, al análisis de sus actos y grandezas, nos abandonamos al detalleo, sin disciplina, en el mutuo deseo de enseñarnos algo de cada uno, sin egoísmos. Pude vislumbrar los sacrificios, lo especial de su personalidad para vencer las dificultades del oficio. Algunos recuerdos sueltos desfilaron. Recordamos a su jugador más completo: el “chueco” Quezada. Recordamos la jira a Punta Arenas. Nos reímos de la historia curiosa que originara un actual jugador de la plana mayor, cuando fuera ofrecido por una legión de sus fervorosos admiradores. Lo llevaron a su presencia, pero resulta que cuando lo vió hubo de poner cara sorprendida, era un guatoncito de marca mayor. Con la mejor de sus sonrisas hubo de decirle: “mi amigo, usted debe bajar por lo menos unos diez kilos. Luego de eso conversaremos”. Se fueron, pues, el recomendado y sus admiradores a cumplir la condición, no sin antes haber intentado presentarse sin cumplir el requisito. Finalmente pudo llegar el embrión de crack con los kilos de menos e iniciar el camino del éxito, pues hoy es uno de los regalones del puerto.

De entre este revoltijo final, recuerdo también el asunto “del detalle” que le pasara con un empleado de una agencia aérea de Santiago, mientras gestionaba pasaje para Helsinki. Había quedado éste en llamarle y avisar cuando estuviera listo el pasaje, le llamó, pero en lugar de decirle cuando viajaría, le habló así: “señor, está listo su pasaje, pero falta un “detalle”. Rápido, como el más veloz de los contraataques, hubo de comprender y volar como desesperado hasta la oficina, hablar con el diligente hombre y al darle el apretón de manos, pasar la suma de dinero



Esta es su foto de honor tomada en la concentración del plantel nacional para el Panamericano realizado en Santiago el año 1950. En dicha concentración estuvo haciendo la práctica del curso dictado por don Luis Tirado, preparador del Seleccionado.

que solucionaba el detalle. ¡Cosas del deporte!, dijimos los dos al mismo tiempo.

Quando, desde ahora en adelante, le mire sus espaldas desde el cerro o desde las tribunas, podré saber cuánto guarda en su cabeza durante los noventa minutos en que debe pasarse observando a los suyos.

Nadie sabe cuánto tiempo le queda pegado junto a las canchas donde juega su Naval, pero, ¿por qué preocuparse? ¿Acaso no nació para eso?

UN VETERANO CON CARA DE NIÑO



Arnaldo Weber, wing de 1949 y también de antes, nada dice en su cara de la veteranía suya en las filas de Naval.

Aunque pueda parecer curioso, Naval ha tenido sólo dos wings auténticos. Uno de ellos es este muchacho de treinta años que, después de diez en la tienda porteña, corre aún en busca de perfeccionamiento. Quien le ve en la cancha se engaña. Sus trotes no corresponden a la edad. Según ella debiera ser el alero de colocación por sobre todo, y sin embargo nadie se afana más que él en el rectángulo. No es un simple puntero en el equipo. Corre además por su condición de capitán y también por su condición de hombre honesto. Su idea del fútbol, le impide quedarse mirando al llegar a una cancha. Vestido de corto, se le ocurre que se vería mal que la pelota llegara a él. Por eso sale a su encuentro. Quizás en ello debamos encontrar la causa del constante progreso en su carrera deportiva. Junto con buscar juego, con no rendirse jamás en los innumerables minutos jugados en sus temporadas de fútbol, ha ido en busca de la perfec-

ción. De esa completación que le hace lucir hoy entre los selectos jugadores regionales y le hará pasar a la historia del Naval como uno de los más prominentes. Ahora ¿cómo se las ha arreglado para cumplir con una misión tan sobrehumana?; ¿cómo ha logrado derrotar el cansancio con la sonrisa a flor de labios?

Bueno, no lo dice directamente, lo expresa con rodeos. La causa de su supervivencia tiene como única explicación su disciplina de vida. Verdadero orgullo para quien, además de nacer en el recinto mismo del Apostadero, temprano supo de buenos moldes de vida, metido como estuvo en medio de la disciplina de la "marina".

La alta y encaramada población porteña que todo chorero conoce como "Las Canchas", supo, el 12 de junio de 1925, que en una de sus casas había nacido el hoy "guitarra mía". En los posteriores años lo vio crecer junto a los demás proyectos de futbolistas, tras una pelotilla de trapo, queriendo como todos, parecerse en algo a los grandes padres del porteñismo. Sus trajines futboleros fueron tempraneros. Ya en la escuela primaria se dieron por iniciados. Después su destino lo condujo sabiamente, premeditadamente, hacia la insignia que iba a ser todo en su vida: El ancla con fondo albo, símbolo del club mariner. Digamos que ahí ancló el horizonte deportivo de este buen jugador. Nadie ni nada ha logrado sacarle los colores depositados en su corazón. En los comienzos ignorados y en los finales de gloria actuales, ha podido vivir igual, como nadie quizás la alegría de estar sirviendo a su club. Su cara, sus gestos lo dicen todo.

Weber es porteño de cepa y uno de los cuatro mosqueteros sobrevivientes del primer Regional. Como ninguno de ellos fué desarrollando su vida en el tranquilo rincón del Apostadero. Ahí nació, creció y hasta formó su hogar. El niño que corrió por la explanada de Las Canchas, ha logrado traducir a realidades todos los sueños que forjara, al ir aprendiendo el manejo de la de trapo y llena media, y luego, la número cinco. Cuando pasadas las tardes de pichanga, y el deseo de correr era reemplazado por el cansancio, siempre terminaba sentándose en la falda del cerro y daba paso a la fantasía. Pensaba y pensaba en otras tierras. Sentado ahí, durante largos ratos, soñaba con pasar la muralla de La Quiriquina. Se imaginaba el camino por el cual los barcos se perdían tras ésta. Trataba de traducir el mundo en las banderas lucidas al viento en los mástiles de barcos. Miraba al cielo y deseaba volar, por sobre todos los obstáculos.

Sus sueños de niño, tuvieron escape, transformación en cosa patente en los años que han seguido al mil novecientos cuarenta y cuatro. Viajes que han ampliado la frontera local, gente que le ha mostrado cosas nuevas, costumbres de otras tierras que, asimiladas, han contribuído a hacerle más hombre. El deporte, el fútbol, le ha parecido una fuente de perfeccionamiento en su camino por la vida.

El país primero, cuando aún muy joven integrara los seleccionados penquistas o porteños en los campeonatos nacionales; el extranjero, después; Buenos Aires, al vestir la casaca rojiza de la selección nacional en el Panamericano de 1952. Viajes que unieron al deporte con el hombre.

"Para mí, lo primero fué jugar sin distinción de colores en las pi-

changas, allá en el cerro o en la escuela, donde los recreos se empleaban enteritos en atracarle a la de trapo. Después, y para no perder el tiempo y hacernos los grandes, hicimos crecer el club. A todos los clubes que he defendido les he demostrado mi honradez, pero al primero —Las Canchas— y al último —Naval— les entregué mi cariño. Si es necesario decir que ha sido orgullo formar en Naval desde sus comienzos en el fútbol regional, pongámoslo así. Mejor todavía, pues ha sido satisfacción vestir la camiseta alba y el ancla como insignia. Nunca sentí ni el más mínimo deseo de moverme del puerto, no obstante las proposiciones que recibí del profesionalismo. He formado aquí mi vida y eso lo comprendí temprano, por eso no pasé el tiempo esperando contratos. Soy un convencido de ser porteño, y si lo quiere, es una de mis cualidades. Es curioso como uno llega a justificar sus carreras, sus entrenamientos, los sacrificios ante el cariño que la gente siente por Naval y curioso también como después le dedica todo a esa gente, que vive tan cerca de nosotros alentándonos. Solito viene a entender que ha de cuidarse, porque así podrá corresponder a todos. Yo, es mi caso personal, no voy a botar la fe de la hinchada descuidando la preparación que me haga merecedor de los aplausos”.

Son sus sentimientos a la sombra de las cinco letras, son la expresión de una personalidad agradecida al deporte, de una personalidad revelada en una charla informal mientras caminábamos por la avenida central del Apostadero, luego de una sesión en el Gimnasio del recinto militar. Esa terminada frente al álbum que abrió en su casa acogedora, en donde su compañera también ha sabido del simbolismo del ancla, pues practicó básquetbol en la rama femenina de Naval.

¿Y quién sabe si el niño que juguetea al lado del grupo que formamos los tres, habrá de continuar los senderos de sus padres?. Nada mejor que esperar.

LENGUADO HOMBRE DE LEYENDA

Cuento de un abuelo a un peneca.

“Tú sabes que por ser Talcahuano el primer puerto militar de Chile desenvuelve su vida entre cañonazos más o menos frecuentes. Salvas por fiestas patrias en honor de visitas distinguidas, ante el cambio de insignias de los almirantes o, por último, cuando efectúan sus ejercicios anuales los fuertes locales o los vecinos situados en frente de la bahía. Esto ha sido cosa de siempre y ya no extraña. El pueblo come y duerme al compás de esta sinfonía cañoneada. Lo extraño y anormal ocurre si resuena algún cañonazo de más o si, pasado un plazo, no se oye ninguno”.

—“Si has escuchado atento, hijo, —continuó el abuelo—, tendrás que darte cuenta de la intención que me guía al hacerte esta introducción, Quiero que entiendas que esa cosa anormal ocurrió, y veamos cómo.

—“Hace cosa de unos seis años, el puerto cayó en superabundancia

de ruido. Sin necesidad de fiestas, visitas distinguidas, ni cambios de almirante, comenzaron a sentirse terribles ruidos estremecedores de todo el puerto. Verdaderas explosiones que amenazaban hundir o enchuecar las calles. Consultado el programa de salvas nada se encontró. Como es lógico, se levantó una aterradora expectación. La población se puso saltona. Se hablo de invasión, enemigos y otros adjetivos guerreros. No fué fenómeno momentáneo, pues cada siete días, ¡zas!, profusión de los ensordecedores ruidos; a veces débiles en la bahía, pero tremendos en los puntos cercanos: Tomé, Lota, Concepción, Penco o Chiguayante. De entre la confusión nadie lograba saber nada. Intriga total. El puerto parecía una hoguera de comentarios y temores. Hoy se ha sabido que se llegó a pensar en iniciar la construcción de refugios.

“La situación era grave y no había de terminarse si no se daba con el motivo de todo. Estado de sitio, acuartelamiento y otra serie de medidas militares para defenderse en casos de agresión, hubo de vivir Talcahuano. Un día la prensa lanzó la bomba. En un comienzo nadie creyó, pero, luego nadie pudo dudar ante tanta evidencia. Tenía que ser verdad. He aquí lo que dijeron los diarios penquistas: ¡Ernesto Saavedra, wing derecho del equipo de fútbol de Naval de Talcahuano, autor de todos los cañonazos escuchados en el puerto y la zona!. Pánico en la población.



ERNESTO SAAVEDRA

—“Todo el mundo se tocó la cabeza en el puerto, para así convencerse de que no estaban locos. ¡Pero si ellos habían ido a la cancha los domingo y nada habían notado! ¿Cómo podía haber pasado aquello ante sus propios ojos y oídos? Pues, sencillamente, porque estando a la orilla de la cancha habían quedado sordos con el estruendo de los disparos.

—Imáginate, hijo, cómo sería de divertido eso.

“Sí, abuelito, divertido, pero cuenta, cuenta que de lo contrario sigo despierto.

—“¡Ah!, pilluelo explotas a tu viejo. Muy bien, para qué te cuento todo lo que siguió a la verdad descubierta. Algunos pretendieron linchar a “Lenguado” por atentar contra la tranquilidad pública, y lo intentaron la tarde cuando jugando Naval contra los lorenses penquistas, en el cuarenta y nueve, Lenguado marcó un gol, y un segundo y ya al tercero tenía al puerto yéndose de campana hacia el fondo del Pacífico, para rematar la obra con un cuarto. Si no es por la grúa gigante del Apostadero no estaría yo relatando este cuento.

—“Por esos cuatro goles y la montonera que marcó en todo el campeonato del año cuarenta y nueve, el hijo del buen “Lenguado año 20”, estuvo a punto de ser objeto de la vindicta pública. Pero, ¿quién se iba a atrever a liquidarlo, si todos temían sus cañonazos? He aquí que surgió

el problema de darle el bajo. Hubo de celebrarse una reunión en el mismísimo municipio porteño, en la que se acordó celebrar un convenio con este verdadero polvorín ambulante. Se organizó un homenaje grandioso y en acto trascendental, le hicieron firmar un documento —tras mucha sobada de payasa— para que no se diera cuenta, en el cual lo comprometían a marcar cierta cantidad de goles por partido y no más de una cantidad fija por año, ya que según estudios practicados por peritos, se había apreciado un hundimiento de la costa que, al paso de corto tiempo llevaría a todo el Valle de la Mocha a la sepultación.

—“Después de ésto, medio Talcahuano comenzó a tratarlo con cuidado extremo: el asiento del micro era para él. Nadie le cobraba una sola cuenta. Los regalos llovían y, según se ha sabido hoy, existió una comisión encargada de protegerle hasta en sus sueños. No fuera cosa que le fuera a dar rabia de pronto y se le fuera a ocurrir terminar con el puerto”.

“Esto, que parece un cuento futurista, sucedió con el famoso alero derecho navalino durante sus años de apogeo”— dirán los abuelos cuando, en el año dos mil, sus nietos escuchen las narraciones pedidas para quedarse dormidos. Los chiquillos se asustarán. Los viejecitos sonreirán ante la inocencia de éstos, y en secreto volverán con su memoria hasta los años en que Chile entero había sabido de las leyendas que tejiera “Lenguado” en las canchas de fútbol del país. Los mocosos del año dos mil se quedarán dormidos y, con la misión cumplida por los de cabello cano, caminarán hacia un lugar en donde juntos comentarán al hombre imposible de olvidar. Sentirán el imperioso deseo de recordar los pasos del mocetón porteño, no sólo por las canchas regionales, sino también por las extranjeras, cuando en Helsinki y Buenos Aires se habían escuchado sus cañonazos de sonoro eco en el puerto.

Y aún más, sin duda alguna, los niños del lejano dos mil harán de la leyenda Lenguado, la canción de cuna. Irán a sus clases en los vehículos que el futuro les tenga para ellos, volverán rápidos en los mismos, sin perderse en los juegos callejeros, ¿para qué?, pues para volver a gozar de los nuevos capítulos, de la historia de ese hombre que tantos años atrás, había tenido en el suspenso, misteriosamente resuelto, a todo un buen puerto militar. Y después de la comida, al llegar la hora del beso del adiós para dirigirse a la cama terminarán por poner cara de circunstancia a los pobres abuelos, ¿con qué fin?, pues para lograr que éstos les acompañen hasta la cabecera y les narren otra historia ¡Y guay que estos no los vayan a entender!, porque caerán en la abierta indiscreción, diciendo:

—“Abuelo, me voy a acostar.

—Buenas noches, hijo, que duermas bien.

—Pero abuelo...

—Dije que duermas bien.

—Usted ha olvidado algo, abuelito.

¡Ah, pillastre, qué le vamos a hacer!

Vuelta a comenzar otra vez, a explicar cómo en la vida de aquel hombre del año mil novecientos cincuenta, la palabra gol había sido

música. Y qué decir de sus ratos libres; se irán a las historias deportivas en busca de más detalles que les permitan descubrir el secreto de sus disparos sonoros y propios de tormenta. Quien sabe si hasta nacerá en ellos la ambición de imitarles para así tener la llave de sus ciudades, tal como el Lenguado, cincuenta años atrás, las había conseguido de auténtico puerto militar.

Esta historia es imaginaria, y, cualquier parecido con personas de la vida real, es pura coincidencia.

UN CHUECO BUENO

Ramón Quezada Suazo, ha sido quizás, uno de los más completos jugadores navalinos.

El que escribe sintió llegar a sus oídos un nombre de jugador, por conductos indirectos y diferentes a la propia impresión visual, en época posterior a sus hazañas y triunfos.

Naval arrasaba con sus adversarios al compás del trabajo de hormiga de Quezada, interior, peón y alma de esa delantera goleadora ciento por ciento, que luciera en el año 1949. Fué defecto mío impresionarme por el ritmo avasallador que imprimían a su accionar las once voluntades de albo torso, sin reparar en quien, con igual pana, sangre y corazón, ponía, además, el compás de espera necesario, la regla de cálculo y las medidas exactas para la construcción de un gol.

En los domingueros conciertos de la cancha porteña o algún otro escenario deportivo regional, veíamos al equipo irse a velocidad de fantasía sobre las extremas posiciones enemigas en crescendos magníficos Pases largos, bombeantes en trayectoria por la intervención gratuita del viento porteño. Volaba el balón siempre hacia adelante, hasta llegar al sector derecho cercano al área contraria. Llegando ahí el juego, la partitura, por la cual ejecutaban, indicaba silencio. Era que llegaba el momento de entrar el solista. Cesaba, por eso, la música tronante de botines y el público, en tanto, cambiaba su tenida callejera por el grave smoking, contenía la respiración y aguardaba anhelante.

En la cancha un solo hombre quedaba en trance; la veintena restante quedaba como fondo, nada más. El gran Ramón, con el marco mu-



Ernesto Saavedra sobre el fondo de banderas en Helsinki.

sical del viento porteño y la respiración acompasada de la gente, trazaba ángulos, rectas y curvas. Todo en fracciones de segundo. Nadie, en la concurrencia, estaba autorizado para decir esta boca es mía. De pronto un ¡oh! profundo y sostenido inundaba el campo. Luego el contacto embriagador de albas mallas y balón... ¡ilusionismo!, ¡magia!, gritaba la gente, ¡y cómo no!, si nadie había visto salir éste de los pies del ejecutante. Lo único perceptible de la mágica operación, el cañonazo fulminante de "Lenguado" o la entrada goleadora de Pillado, sus dos partenaires favoritos. La indignación de los presentes nacía aparejada a la alegría de celebrarse un gol. Virtud inimitable la de Quezada, exigir atención y luego burlar a todos con sus maniobras.

Así era el hombre en el cual nunca reparé viendo los partidos del Naval del cuarenta y nueve. ¿Por qué?, sencillamente por engolosinarme con el tronante espectáculo de conjunto y no con su figura poniendo la chispa, el fósforo y la fitina en la terminación de cada jugada.

Luego de asegurarle que tal cosa no pasará si su retoño llega, en fútbol, a las alturas tuyas, nos enfrascamos en la charla que tiene, para mí, el sello de la reivindicación que de él hago. Asoma ante mí su característica risa; por ella deja entrever cuánto correría en sus años mozos tras una pelota, que no fué mucho tiempo de trapo, pues a los tempranos quince años ya vestía la casaca de los seleccionados, en el semillero futbolístico de Schwager, justo una semana después de haber debutado en el "Lautaro", club oficial de ésa. La foto que me pasa, lo comprueba; me cuesta encontrarle en medio de un grupo de hombres ya hechos y de compuesto aspecto metidos en sus boinas y largos pantalones. Epoca: año 1928.

—“Se jugaba igual con todos, sin distinguir edad a nadie, de manera que, en la cancha, todo jugar y nada más que jugar. Adentro todo era correr y correr y meter goles. Si uno no hacía eso, no lo tomaban en cuenta. Y dura podía ser la cosa, pero nunca mal intencionada, así es que uno sabía que todos arriesgábamos igual, por eso, nada de poses, nadie chistaba”.

A fuerza de jugar, entre club y selección, pronto sintió la rutina de ello; por eso, agregando las posibilidades que Talcahuano significaba, formó en una legión de jóvenes que enfiló proa hacia el primer puerto militar de la República. ¿Cuánto sintió la Asociación minera esta emigración?. Podremos comprobarlo años más tarde cuando los mismos llegaron a la tierra natal integrando una selección porteña para disputarle el derecho de ser finalistas zonales al Campeonato de Chile. Diez de esa selección habían nacido en la tierra de los Rojas.

—“Asunto espinoso ése. En Schwager contaban con un equipazo; además nosotros hubiéramos preferido, de buenas ganas, no enfrentarlo a los colores criollos. El “zorro” Vidal, en Schwager, tenía concentrada a su gente desde hacía tiempo; en cambio nosotros a pesar de los partidos que habíamos jugado en las eliminatorias, no lográbamos armonizar. Hubo sí una cosa que nos impulsó a superarnos. Mirándonos jugar un partido en Tomé, el “Zorro” se comprometió a ganarnos y dijo que no sería-

mos adversarios para su gente. Esa fué su perdición, porque tanta pica nos sacó que nos largamos a entrenar como condenados y no paramos hasta llegar a la cancha, donde ganamos tres a uno. Dije primero que había sido espinoso problema, y lo fué, porque, antes y después, se habló mucho diciendo que era probable que nos fuéramos a dejar vencer, primero y después que habíamos ganado con pica. Bastante sufrimos por eso. Poco antes del encuentro, mientras almorzábamos en el mineral y estando los contrarios presentes, un dirigente explicó nuestra situación, nos dimos la mano y no se habló de ello hasta el partido. Para que les digo que el encuentro mismo tuvo algunas historias también. Listos para empezar nuestro centro delantero —el recordado “gato” Osbén— se lesionó, no sabemos todavía si por algo cierto o por temor a la defensa contraria, el caso es que hubo de recurrirse al suplente —otro conocido, Pancho Aravena, muchos años delegado de Naval ante el Regional— quien se encargó de dar, por sí solo, guerra a toda la defensa minera, que hartó brava estuvo. Así eliminamos a nuestro terruño del Campeonato de Chile. Fuimos después a Santiago: allá Talca y Temuco perdieron con nosotros, pero Iquique terminó arrebatándonos el título ¡Palabra que lloramos! En la capital habíamos encontrado a dos porteños consagrados: el “chorero” Avendaño y “carecacho” Torres, este último pasó a ser nuestro entrenador. Con su experiencia, y habiendo visto jugar a nuestros rivales, nos planeó los partidos. Fatalmente el día de la final, Magallanes, su club, salió a jugar afuera. Intentó pedir permiso, pero le fué negado. Ante eso nos dejó planeado el partido, pero ausente él, desde los costados corrigiendo, perdimos la calma, y con ello, el campeonato”.

A estas alturas interviene un cuñado, hincha incondicional y me dice que, en este torneo, Quezada llegó a ser considerado el mejor interior derecho del país, y que de haber prosperado una iniciativa de la Federación, habría llegado a salir del país integrando una selección amateur con destino a Buenos Aires.

Sigue a esto su actuación en el Gold Cross, donde vivió su época más intensa del fútbol. En Naval estuvo solamente un año, el buen cuarenta y nueve. Con la camiseta de la “Academia porteña” corrió por casi todo Chile. En base al renombre alcanzado, estuvieron en la inauguración del Estadio Nacional, el año treinta y nueve. Habla con entusiasmo de un torneo ganado en forma invicta, el año treinta y ocho, que marca el primer intento por llegar a un fútbol regional.

—“No me lo va a creer, pero cuando entrábamos a la cancha, los once de ese año, lo hacíamos con la sola idea de ganar. Nos llegamos a acostumar. No es fanfarronería. Imagínese cómo sería el equipito, ahí nació el llamar al Gold Cross “Academia”. Por eso nos llovían invitaciones de todas partes de Chile, y en especial de Temuco, donde mucho nos quisieron”.

A esas alturas, su historial exhibe un capítulo que pudo ser el más grande, pero que quedó trunco: su contratación en el Colo Colo, el año treinta y nueve. Por él no hubiera dado ese paso, pero tanto insistieron los albos, que lo dió.

—“Yo le tenía miedo a los dirigentes, pues sabía lo envolvedores que eran, ¡y no les digo! Tenía razón de temer. Ellos quisieron llevarme inmediatamente de jugado un encuentro que figuró como parte de la transferencia. Yo no quise —bajo el pretexto de arreglar unos asuntos—, pero en verdad por el temor de que en el viaje, entre todos me hicieran firmar un contrato al completo interés de ellos. Cuando me fuí días más tarde, lo intentaron. En Linares, don Robinson Alvarez, presidente



Un equipo de Gold Cross donde encontramos a Quezada, interior náutico del año 49, en el extremo izquierdo de la fila de pié.

en ese entonces, apareció en el coche en que íbamos con el dirigente que me acompañaba. Dijo que viajaba ese día por una gran casualidad. Yo no lo pensé así, pues entre los dos comenzaron el trabajo de conseguirme una rebajita. Yo iba con un cabro joven, que más ilusionado que yo no le daba importancia a esto. Aguanté el chaparrón. En Santiago estuvimos entrenando junto a Sorrel, “rata” Rojas, Domínguez, y todos los otros de ese tiempo. Nada malo pasó porque convencimos, pero después de unos días empecé la pelea por la firma del contrato rebajado y no como me lo pintaran en un comienzo. Si aceptaba me iba a ver obligado a vivir peor que en Talcahuano, así es que no podía soportar y no lo soporté. Un día les anuncié mi propósito de volver al puerto. Entonces me mostraron el contrato firmado en blanco; lo que había ocurrido es que lo había firmado, para después arreglar, de buena fe. En ese momento ellos me dijeron: mi amigo usted no se va porque nos pertenece. Quien me salvó de haberme quedado jugando a disgusto fué el hoy abogado don Alberto Colvin, quien, con mucho movimiento de amistades, logró zafarme de la situación.

Por último llega la hora de Naval en sus recuerdos. Todos sabemos que tocó uno solo de los buenos años que éste a vivido desde el cuarenta y nueve, pero ¡qué manera de vivirlo!, y mejor aún, ¡qué manera de terminarlo!. Esa final, primera muestra que los navalinos daban de emoción, le vió saliendo en brazos, tras haberlo dejado todo en la arena. Su tobillo luxado por una feroz trancada lo aniquiló. Y todos guardamos silencio para quien había iniciado y mostrado el camino de la victoria esa tarde, marcando el primer tanto. El hecho de que posteriormente, en el cincuenta y cincuenta y uno, figurara en la plana mayor no fué sino un sedante para hacer menos doloroso su alejamiento del futbol de grandes tardes y satisfacciones. Su último gran día había sido inolvidable en diciembre del cuarenta y nueve.

Desde luego que para alguien como él la pasión de una vida no va a desaparecer de la noche a la mañana, por eso es que aún sigue sin desmerecer compitiendo en el torneo interno del Apostadero. Y seguirá jugando hasta cuando su físico lo ate al suelo. Es el destino de todo enamorado del fútbol. Lo digo de él porque ha sido y es señalado, por muchos, como el jugador más completo que ha tenido la institución de la Armada.

A mi, como lo he dicho al comienzo de este reportaje, no me fué posible conocerle en función de jugador, por eso he debido conformarme con dibujarlo como tal, únicamente a través de su sonrisa jovial y sus palabras escasamente afloradas para pregonar la verdad de su vida de futbolista.

Un diploma en que el club de la "Cruz de Oro" le reconoce sus trotes valiosos, su cuñado y su señora, fueron los complementos restantes por los cuales vine a reconstituir su pasado. Ese pasado que el barnizó con el lema de "buen jugador", de inteligente y ladino jugador, de jugador cebo que atraía a las defensas contrarias para que el "Lenguado" feroz del primer Regional fusilara y fusilara. Muchos lunes el aficionado tuvo que leer el comentario uniforme: pase de Quezada, gol de "Lenguado". Se lo digo y sonrío. Me imagino que jugando, al engañar a todos con la inteligencia de sus maniobras, su gesto, su reacción, era reír, con su sonrisa de siempre.

CHEPE GARCIA

Valparaíso, Talcahuano y Santiago, trilogía de su carrera de jugador.

Con la noticia de que Isaac Carrasco se alejaba hacia el profesionalismo, surgió un problema en las filas de Naval: cómo llenar el hueco de jado en el centro del cuadro. Leal y Aedo dijeron presente pero aún así se necesitaba un hombre en la máquina. José García fué la solución. Llegado desde "Pancho", no tardó en caer como "anillo al dedo" en el armazón del plantel del año cincuenta y dos.

Nadie tenía por que saber de dónde había llegado el refuerzo, por eso fué que una sola interrogante se levantó sobre el puerto. ¿De dónde nos ha llegado la salvación? La mayoría creyó, en los primeros instantes, que había surgido de entre los suplentes. Lo sintieron tan natural en su papel. ¿De dónde había sacado lo indispensable para encajar tan justamente en el team? Todavía es un misterio.

Ahora la verdad sobre su origen: había arribado desde otro puerto: Valparaíso. Allá había nacido el treinta y dos, y tenido la misma trayectoria de todo futbolista prodigio: jugar en los equipos de barrio, sin distinguir puestos hasta llegar a ubicar el definitivo. En "Pancho", el "Caupolicán", fué su primera casaca. La segunda, el Naval, sucursal del chorero. Esta es historia hasta antes de llegar a Talcahuano. La había es crito jugando al servicio de esas dos instituciones. Vestido con los colores del Naval de Talcahuano, escribió el siguiente capítulo: "Chepe García, auténtico valor regional". Lindo su año de navalismo, con un premio formidable: el viaje a Finlandia. Claro lo estampó en su cuestionario, donde a la pregunta ¿alguna emoción especial sirviendo al Naval?, respondió: "el ser olímpico en Helsinki".

Apenas trescientos sesenta y cinco días, apretados días de vida en Talcahuano y, sin embargo, conversando en Viña del Mar —la tarde que se empató a Everton—, me reveló haberse compenetrado de la tradición y los mitos choreros. Esta tarde una de sus piernas mostraba la cubierta blanca y ancha del yeso. Acababa de llegar en ese estado, desde Colombia, tierra hasta donde había llegado formando en Palestino, el club profesional que, después del cincuenta y dos, pidió y pagó sus servicios.

Luis Tirado le había conocido profesionalmente en Europa, sobre la tierra finlandesa, y no se había olvidado de su juego, por eso, cuando los "baisanos" pusieron sobre la mesa el dinero necesario para comprar un equipos de figuras, el preparador sacó de su memoria el nombre recordado y lo pidió a su lado. Antes los evertonianos y el Magallanes, lo habían perseguido también.

Con el uniforme tricolor del club de colonia, escribió, el cincuenta y tres, su mejor capítulo, acompañando a Carlos Rodolfo Rojas desde la media línea. Entre los dos creaban con sus entregas el juego de joyería que lució todo ese año el ataque millonario. Desde el cincuenta y cuatro no ha tenido el papel de primer actor, pero basta para los propósitos de este libro, ese buen primer año de profesionalismo. Con esc ya merece espacio en estas páginas porque ha sido uno de los buenos productos del navalismo. Un propagandista más de la cuna que el club chorero ha sido de valores para el fútbol nacional. Eslabón del proceso del éxito: puerto y Naval.

DE LA LINEA DE ACERO

Guillermo Riveros fué bueno en una época posterior a la de "oro".

Separar el carácter del hombre en el campo de su trabajo o sus

aficiones, es una lucha que no se ha ganado todavía. Todo profesional lleva, paralela a sus actuaciones, la marca de su personalidad aun por sobre principios aprendidos y técnicas estudiadas.

Muchos objetan, en la actualidad, el valor del gran "rucio", que fuera centro de muchos equipos de Audax, de los buenos tiempos, de esos tiempos de la jira de los diez meses por toda América, hasta el mismo Canadá. Lo objetan, pero no podrán borrar la parte que escribió, este chorero, en la historia deportiva de Talcahuano.

Ahora si el hombre se desvió en el futuro ajeno al fútbol, ello no ha de significar que le vayamos a quitar lo bailao. Sería una injusticia, porque este hombre fué una demostración de la generación que siguió a las otras de los grandes nombres y las grandes campañas. Una buena comprobación además. Porteño sufrido y aguantador, de fuelle como para pasarse desde el año 21 hasta el 45 aplanando canchas de fútbol. Desde Gente de Mar hasta el Naval. Miren si no será curioso que, después de 24 años, todo haya venido a limitarse a un cambio de equipos en su puerto. En efecto, lanzado al fútbol de primera división en el Gente de Mar, vino a pegar sus últimos chutes en el Naval. Veinticuatro años de ponerse las camisetas de La Cruz de Valparaíso, del Everton de Viña del Mar, el 27 hasta el 30 y, por último, la verde del Audax, sin contar que, de premio a su calidad, también vistió la roja de los seleccionados nacionales en muchas citas sudamericanas, una olímpica y otra mundial. ¡Qué más podríamos pedirle! El año 1928 estuvo en Amsterdam, y el 30 en Montevideo, junto al "zorro" Vidal, otro de la zona, participando en el mundial.

Parece casi imposible imaginarse el mundo recorrido por este curiosamente llamado "rucio" en el fútbol santiaguino. Así es el hincha, la dino para bautizar a sus favoritos; Riveros es y ha sido moreno toda su vida.

La escuela primaria cumplida en el fútbol, aquí en Talcahuano, fué continuada en las humanidades de otro puerto: Valparaíso. Entre los años 27 y 30, Riveros actuó por Everton y La Cruz. También fué seleccionado del puerto. Tan bueno era que lo llevaron a conocer la hazaña de Manuel Plaza, en Holanda, el 28, y la calidad de los uruguayos, el 30, en el Uruguay.

—“Nunca he visto en mi vida hombre más porfiado que Plaza para entrenar. Los gringos allá se dieron cuenta, inmediatamente, de su calidad, y lo seguían a todas partes, sin dejarlo tranquilo ni un rato. Y chitas la alegría grande que tuvimos cuando lo vimos entrar fresco al estadio”.

Fué titular en la tierra de Van Loon, jugó en unos partidos extraoficiales jugados en Alemania ganando en Colonia, Leipzig, Hamburgo, perdiendo en Berlín, con el Red Star de Francia, 2-1. ¡Qué vueltecita para un hombre de esos tiempos! en que las distancias aparecían más grandes por los escasos medios de locomoción y el desconocimiento. Por un lío de pasaportes hubo de quedarse en París, y ello le permitió conocer todavía más porque hubo de salir al encuentro de la delegación, en Portugal. Atravesando España, para ello, tuvo la oportunidad de llorar ante la tumba del

gran David Arellano, héroe del fútbol chileno, caído en el deber, mientras viajaba con Colo Colo. Lo bailao por Riveros ha sido al compás de melodía valiosa, si no miremos la lista de quienes le acompañaron en este viaje: Ibacache, arquero de mucho lustre, Chaparro, Lindfor, Morales, el "monumento" Saavedra —como lo llamaron en Montevideo—, Carlos Schneberger, Olgúin, Alfaro y el "chato" Subiabre; el hermano del gran David Arellano, Francisco, sin contar a los amigos, compañeros de terruño, Carmen Arias y "carecacho" Torres.

Estuvo en Montevideo donde se ganó a México y a Francia, para ser eliminados por los argentinos, en partido de estrecho 3—2 y en medio de un apoyo entusiasta para los nuestros, como se puede comprender. Todavía le concede recuerdo a la gente uruguaya que los quiso muchísimo, comparativamente tanto, como los peruanos le quisieron con ocasión de las muchas visitas, ya como seleccionado nacional o como jugador de Audax.

He tocado su Audax y sus ojos brillan saltones. Y cómo no explicar esta reacción, si con él se encariñó, si allá lo quisieron como en ninguna otra parte, si ahí todo el mundo lo identificó, por años, como el alma de la línea de acero, esa famosa de Araneda, él y el chillanejo Gornall. En la tienda verde hizo muchas gracias, y con él salió a hacerlas al extranjero, también. Vagaron ambos por la costa del Pacífico y, a punta de triunfos, llegaron a donde los cuadros actuales no alcanzan: Estados Unidos y el Canadá. Si por casualidad le quedó algún punto sudamericano por conocer, eso lo consiguió con la camiseta chilena, de la que terminó haciéndose amigo.

Así corrió este porteño de cepa, tras haber aprendido el abecé a la sombra de Unzaga y los otros, tras haber aprendido a cabecear con Ulises Poirier en la selección de Valparaíso, mientras celebraran los porteños esos famosos clásicos con los santiaguinos. ¡Que de nombres guarda su memoria! si en fotos lo podemos encontrar posando junto a Toro, "guagua" Carvajal, Roa, el "cocoa", "tigre" Sorrel, sobre su recordada cancha de Lima del año 1939, ocasión en que los sorprendió allá la dolorosa tragedia del terremoto. Y todavía más cuando los cronistas consideran esa época como la más rica en valores de nuestro fútbol, y le ubican al lado de hombres como "Cotorro" Córdoba, Ascanio Cortés, Ponce, Ojeda y otros.

¡Qué cadena de estadios la que le vió jugar en su vida!: El Morro, Playa Ancha, Estadio Ferroviario, el Tranque, Santa Laura, Campos Sport de Ñuñoa, Estadio de Carabineros, Lima, Buenos Aires, la costa del Pacífico, Europa, Norteamérica. Vaya qué numerito.

No le podíamos quitar lo bailao. Cómo íbamos a pasar por alto en esta revista del porteñismo, a quien jugando en México hiciera escribir a un cronista... "que este no se olvide que lo abrazó un olímpico", comentando el gesto que "el negro" tuviera, de abrazar a Mollinedo, arquero local cuando realizó una buena jugada por su equipo el Alianza de Valdivieso, y cuando faltaba un escaso minuto, el 22 de junio de 1934. A quien formó en el equipo chileno ganador de los uruguayos por 3 a 0 en el

Sudamericano de Buenos Aires, el año 36 y también perdedor a última hora, con gol de agonía, ante los argentinos en ese mismo torneo. A quien junto con otro chorero, Fischer, lucía en Santiago. A quien, junto a su club verde ganaba en Guatemala tres partidos en un día en la jira de los diez meses. A quien daba vuelta un marcador de 3 a 0, cuando faltaban 10 minutos para terminar un encuentro, ante la Unión Española en Santa Laura y lo dejaba en un increíble 4 a 3; trastornado el marcador de un partido ante Magallanes de 4 a 0 del primer tiempo a un 6 a 4 final.

Cada cosa recordada me la dice con su correspondiente sonrisa. Con esa risa lo deben haber visto muchas veces en las canchas donde jugó en su vida, porque a cada rato me expresa que siempre tomó al fútbol así, sin ponerse serio, ¿para qué, acaso podía ser mejor poniéndose feo?

“Me acuerdo de una vez en que jugando por Audax contra Magallanes, se armó una rosca de los mil demonios en la cancha entre toda la gallá. Todos se habían amarrado, los puñetes se repartían a domicilio. Yo estaba mirando la rosca desde un costado del arco, cuando de repente veo al “chorero” Avendaño listo a tramarse con el primero a su alcance, lo tomé de una mano y juntos miramos la rosca de risa que nos moríamos y el “chorero” era del equipo contrario, pero como éramos porteños los dos, más nos reímos al final cuando lo descubrimos”.

Hoy, cuando el fútbol es nada más que un recuerdo en su vida, sus días los pasa entre el trabajo portuario y la sede social del Gente de Mar, el club que lo lanzara hacia otros mundos. Ahí jugando una buena brisca pasa sus años; creo que hasta sin recordar los años transcurridos. Eso fué una vez, cuando era joven. Eso fué y, por tanto es pasado. Así toma la vida. ¿Lo aporreó la vida o él ha aporreado la vida? Tampoco le importa. Y lo que a mí y a todos los que lean esto nos interesa lo bailao, que ha sido mucho, como se ha visto, porque todavía queda decir que en el cuarenta y cinco, Naval, el grande del puerto, le tuvo como entrenador y jugador, junto a nombres como Chano Gutiérrez, Apablaza, Constanzo, Meneses, Pino, Quezada, y Amadeo Silva. Si claro que sí el mismo de hoy, el actual entrenador. Así es el fútbol, un nombre y épocas, sin distingos y quien más enlaces logra, más cartel exhibe. Imagínense cuánto tuvo el gran Rivero, desde Poirier hasta los choreros del cuarenta y cinco.

UN SOLDADO DESCONOCIDO

José Sandoval, primero kinesiólogo y luego entrenador, fué un soldado desconocido.

Dentro de la profusión de oficios y puestos que podemos encontrar en la vida, existen algunos perdidos en el anonimato de cantidad y espacio.

En fútbol casi todo es aplauso y gloria; tardes de grandes jornadas, idolatría de públicos, ovaciones envanecedoras. Por ello ha de resultar casi increíble encontrar alguna función que no cuente con estas características. Sin embargo la hay. Muchos podrán decir que el puesto de entrenador las reúne. A ello digo no, porque tarde o temprano este hombre logra el reconocimiento de la masa. La función negada a todo lo dicho anteriormente, es una en que nadie podría pensar, y ahí está mejor explicado su olvido. Entre el gallardo flamear de banderines y sedas brillantes de uniformes; entre el concierto alegre de voces que vitorean, una figura, portando dos símbolos de su trabajo, nada toca de la magia general del ambiente del fútbol. Hablo del antiguo "encargado", del posterior masajista, hablo del actual kinesiólogo.

Un guatero colorado, y una maleta de roja cruz, son las armas con las cuales ha de atravesar veloz toda la cancha, si uno de los suyos ha caído en la lucha. El vive los noventa minutos desde los costados del campo. Siempre a tiro, atento a las incidencias, preparado para no fallar en el momento oportuno, en el cual a toda costa habrá de revivir al crack rendido. Nadie tras su trabajo se va a fijar si su cara es de amargura en la derrota, o si vive los triunfos conseguidos. Para ello tendría el hincha que reparar primero en él, y luego llegar a valorar cada carrera suya. En su ma no es sino un resorte en el todo.

Antes, cuando la pelota se tiraba más para arriba que para adelante, ya dije que los llamados encargados, generalmente eran unos señores barrigones, de camisa remangada. Hoy muchos, no todos, lucen una gigantesca K en sus camisas o chombas, visten zapatillas y su labor, en general, se ha estilizado más que nunca. Pero antes y después, la labor, ha sido siempre la misma: componer a la carrera huesos rotos, dar palmaditas en la espalda, e invariablemente curar todo a punta de sorbos de agua. El doctor de turno —en los grandes campeonatos— lo ha venido a auxiliar y por otro lado los conocimientos.

José Sandoval, por algunos años en la tarea descrita, pertenece a estos últimos, y todavía más, podemos decir que de tránsito, por la obtención de su título de entrenador oficial del Estado que logró tras mucho perseguirlo. Pero lo importante en él, no es la introducción que he hecho, sino lo desconocido para el aficionado del fútbol. Aquello que en un tiempo pasado del porteñismo le mostró en otro campo del deporte. Aquello que lo hace un soldado desconocido en la causa del porteñismo.

Este hombre, jugó a la sombra de los grandes en la época de oro porteña, hizo ala, en muchas oportunidades, con uno de los France, en base a su condición de puntero veloz. Velocidad y agilidad que en él sirvieron para otra cosa aún; hacerlo allegarse al box, campo donde brilló con luz exclusiva. De todo esto, y lo hasta aquí dicho, supo este hombre de pelea. Y por eso no se pudo quitar de encima la actividad del deporte. ¿Que fuera en el puesto de kinesiólogo?, perfectamente bien, donde fuera, había de continuar en la brecha.

Aprovechado alumnos del mejor de los hermanos France, tuvo apariciones fugaces en el glorioso equipo de esos tiempos.

—“Pensar que muchas veces hicimos en los entrenamientos lo que hoy llaman creación del nuevo wing. Como yo era livianito, entonces, el gran interior me hacía moverme desde las puntas hasta el centro, mientras él se mantenía en su línea, pero quedando alternativamente ya de wing o de interior. Si me pide la opinión por la gente de esa época, tengo que decirle que eran unos hombronazos, macanudos, aguantadores, como nadie puede imaginarlo. Y uno, Unzaga, ése valía por un puñado de la gente de hoy. Bueno dentro y fuera de la cancha”.

Encontrando en él a un hombre enamorado de su puerto nos atuvimos a conversar sobre el valor general de esta tierra. Entonces he de tener cuidado para no sufrir la influencia suya acerca de lo inigualable del pasado. Debo serenarme y conducir la conversación hacia lugares apartados, donde no sienta la influencia de sus juicios. A todo esto, sin poder pararlo, debo escucharle ensalzar aquellos tiempos, y un detalle de cuánto sería de fuerte el ambiente futbolero de los buenos tiempos, lo dice aquí en las líneas siguientes:

—“Usted sabe el asunto del partido que hubo de ir a jugarse a Los Angeles, pues bien, sepa que un día al ir al cuartel donde la brigada de Boy Scouts, “Samuel Bambach” celebraba instrucción, me encuentro con el siguiente aviso u orden del día: “Cítase a toda la brigada, con uniforme de parada, para el domingo, en la mañana, con el objeto de tomar el primer tren al sur, para asistir a alentar a los porteños en su partido con los penquistas”. Imagínese cómo sería el puerto en esos años”.

Pero, no todo fué correr a la siga de una pelota en su vida deportiva. El balompié dejó paso al arte de la defensa propia, y entonces cuanto no había alcanzado en lo primero, lo logró en lo segundo.

El “Cultura Física”, uno de los dos clubes locales, lo lanzó al campo nacional y al internacional de esos tiempos. En Talcahuano, dedicado íntegramente al fútbol no pudo desviar aquel favoritismo, no así en Santiago, donde todo el mundo bullía con el arte del Marqués de Queensberry, allá por el año 23 gana una de las eliminatorias zonales y se va en seguida hacia la capital para caer ante el terrible “gorila” Salazar. Al año siguiente deja el peso gallo, y, como pluma, gana el primer campeonato de Chile de su vida; Dos años de aficionado y ya todo un campeón. Eso fué como si lo hubieran tenido atado, ya que al título de mandamás en el territorio nuestro, agrega el de taita sudamericano. ¡Qué manera de ascender! Al siguiente, Montevideo le ve ratificar el título continental, tras ganar nuevamente, en el ring, el cinturón nacional, pues así se estila en el boxeo.

Total, nunca fué un santo y menos favorito de milagros, porque también hubo de ser, a su turno, víctima de la parcialidad de los jueces transandinos. ¿Todo por qué? Por el atrevimiento de plantarse frente al famoso “Torito de Mataderos”: Justo Suárez. Arriba en la lona venció inapelablemente al después ídolo argentino; pero, abajo, los jueces lo derrotaron a él.

—“Para que los árbitros me hubieran dado ganador yo hubiera tenido que matar a mi rival. Y vea lo que me pasó al año siguiente, el 27,

en el campeonato nacional me vine a ver postergado por Antonio Fernández, Fernandito. Claro que nacía como una promesa, pero no era como para ganarme a mí con los años de experiencia que llevaba encima. El "muy zorro" me arrancó toda la pelea, por eso no me dejaba tiempo para acertarle; él, en tanto, me punteaba y acumulaba puntos. No le di todo lo picado que quedé con el resultado de esa pelea, y todo el empeño que puse en conseguir una revancha. Lo seguí a todas partes, ofreciendo el producto de la pelea a cuanta institución de beneficencia existía. Mi solo interés era cazarlo, por cuanto me consideraba seguro de pararlo a la segunda. Inútil, me rehuyó hasta el final. Fuimos muy amigos, y cuando visitaba Talcahuano, se venía a mi casa; pues bien en cada una de las ocasiones que esto ocurría, caía en la traición de recordarle la persecución de que le hiciera objeto, y casi siempre me respondía, sacándome pica: "Eso no más quería el perla". Ciertamente que lo admiré después, pero no era para que me hubiera ganado esa vez, por mucha fama que adquiriera posteriormente. En los años siguientes, 28 y 29, en los que volví a ganar el título nacional, no lo encontré tampoco, porque había pasado al profesionalismo. No le miento, si hasta me dieron ganas de seguirlo hasta allá. Cuando el 30 me pegó Carabantes, entonces comprendí, finalmente, que el boxeo activo había terminado para mí. Por eso, luego de ganar el campeonato del Apostadero, no volví a Santiago y colgué los guantes".

Dejó las zapatillas altas, la bata, la toalla al cuello, los rincones neutrales y las untadas en "pe castilla". Terminar con gloria es mejor que perderla. Sin embargo, sus desvelos deportivos no terminan ahí; el año 38 le encontramos dirigiendo a los once peloteros del Gold Cross y, con ellos, logró el primer título regional que se haya disputado por esta zona, más aún, en calidad de invictos. Luego, con salto de algunos años, acordándose de sus experiencias en el boxeo, tomó a su cargo a los púgiles de la Armada y por dos años consecutivos, 46 y 47, los sacó campeones de Chile. Entre sus dirigidos se encontraban el después olímpico, en Londres, Manuel Videla. Como Amadeo Silva, su trayectoria al servicio del deporte ha venido a terminar en el puerto escondido tras la Quiriquina. El año 1947 tomó a su cargo la ayudantía de Silva en la dirección del cuadro de la Tercera Sección en el Apostadero.

Algo hubo en su vida que lo llevó a entrenar y por eso, no fué sordo a ello. Y un buen día tomó sus maletas y se fué a seguir un curso del prestigiado Luis Tirado. Obtuvo el título de entrenador oficial, reconocido por el Estado. Allá en Santiago estaba el verano del cincuenta y tres cuando sus muchachos, a los que desde su puesto había aliviado de tantos males peleaban con el cuco del Fiap, el título regional. Y allá sufrió una broma de peso, hecha por un fiapino de cepa y que se iba a convertir, al año siguiente, en el entrenador del team rojinegro: Tulio Mosso. En efecto, éste le contó, como gran novedad, que los suyos le habían dado una paliza a los marinos. Desaliento grande, que sólo terminó cuando, diario en mano, fué con Madariaga entrenador a la fecha del equipo de Huachipato, a mostrarle la falsedad de la copucha.

PINGA.

Son muchos los recursos de que uno se puede valer para abordar la vida y obra de un hombre; digo recursos porque no es fácil lanzarse a descubrir una personalidad.

Para el presente caso, no ha sido necesario valerse de medio alguno, pues la figura a que me refiero ha venido ofreciendo, domingo a domingo, una y otra vez, demostraciones de fuerza y poder suficientes como para brillar en base a sus propios arbitrios.

José Bravo, llegado a Talcahuano desde la caleta el Membrillo, cerca del gran Valparaíso, no requiere de complementos para una entrevista. Es un hombre sorprendentemente rico en arista emocionales, de las que tanto gusta empaparse todo aficionado al arte de los puntapiés. Todo lo que emana de sí es un regocijo para todo el que llega a una cancha en busca de algo diferente a la uniforme vida de la semana. Esto mismo de llamarlo Pinga, no es un sobrenombre, ni un apodo, sino verdaderamente un nombre propio. Vale tanto como el José civil que le pusieron. Aún más, uno puede decir Pinga y la gente entiende.

Después fijémonos en su cuerpo, verdadero tratado donde estudiar reacciones vivaces. Observemos sus pasos contorsionistas y ese cimbrar como una caja de sorpresas. Hay momentos en que medio mundo cree que se va a caer, y en otros, que va a volar. Parece a ratos dueño de todas las energías del orbe, o lo necesario para lucir con propiedad el nombre de futbolista. Un preocupado del asunto podría escribir y escribir. Yo, por mi parte, he gozado las veces en que he puesto la vista atenta a sus movimientos y maniobras sobre el rectángulo. Y además, he tenido el privilegio de conocer cada uno de sus goles, conservados todos en la caja de fondos en que guardo las emociones fuertes. Así he podido descubrir que a mi frente ha estado un auténtico creador.

Si me permiten dar una idea del concepto de goleador que tengo de José "Pinga" Bravo, puedo decirles que "Lenguado" Saavedra, por ejemplo, fué y ha sido un artillero terrible. Bien, pero bajo el sólo imperio de la fuerza. Todos sus goles estuvieron barnizados por ella. Bravo, en cambio, ha sido múltiple y variado. Las diferentes reacciones de su cuerpo elástico no podrían haber dado un tipo uniforme de goleador. Más que de goleador debo hablar de un artista. Y ya en el plano de llamarlo artista, clasificarlo entre los creadores. En otro plano ha sido consumado actor, hombre capaz de dramatizar la función de hacer traspasar la raya blanca a la caprichosa pelota. En sus obras podemos encontrar la amalgama del técnico y el inspirado. Cada uno de sus tantos corresponde al argumento



José Bravo, un actor consumado en la función de marcar goles.

suyo para la obra "Gol". La suprema emoción que nos da el fútbol ha encontrado en él su más alto creador. Lo comparo a Manuel Muñoz cuando se le llegó a llamar "la saeta morena". También al siempre igual Jorge Robledo. Bravo es el Robledo amateur.

Se hace necesario, a estas alturas, explicar los procesos seguidos en sus creaciones. El primero estaría compuesto por la serie de precauciones innatas por las cuales llega a determinar su exacto lugar en la cancha, lugar que le ofrezca una posibilidad de gol. El segundo proceso, la anotación del gol mismo, de esos que nunca van a ser copiados por nadie y que difieren uno de otro, como un mundo a un satélite. Si alguna vez algún remate suyo se ha ido a estrellar a un poste o ha pasado levemente afuera, se habrá debido a un exceso de ciencia. Ya más adelante ofreceré algunas muestras. Por último, el tercer proceso es la parte humanizada, aquélla que le muestra cual el toque de vida en el sabio. ¿Han visto, se han fijado los que le conocen, las explosiones inmediatas al producto de sus tiros dirigidos con radar? Pues, son un desahogo total, un sentir aliviarse su cuerpo de la concentración de crear. Han leído tres procesos en un solo hombre.

Del primero, habrá de decirse, con el tiempo, que fué la característica suya, la de ser un perfecto punta de lanza, el mejor del navalismo y, también, por qué no, del fútbol regional. Del segundo, sus goles, muchos podríamos exhibir. Veremos algunos que no sean los ya mencionados en otras partes de la obra:

En la Olimpiada de las FF. AA., realizada en la zona a fines del año cincuenta, jugando en El Morro, el conjunto de la Armada contra los "terribles cucos", los aviadores de la Base Los Cóndores de Iquique, hubo un avance automático de toda la gente marinera. Sucesión de pases al centímetro y el balón sin tocar el suelo. Así hasta llegar al terreno entre el área grande y el centro de la cancha, sector desde el cual, Pinga em palmó un tiro de voleo a una esquina de la valla del famoso Peirano. Este gol mostró lo acabado de su técnica; no falló en remate tan apresurado.

Un segundo motivo de muestra lo encontramos en un partido contra el bravo y tieso Minerale de Lirquén. Los sucesores del "pelao" Grossman, con una defensa que no era tal sino muralla de acero, cortaban esa tarde en el Morro, todo intento de gol que les mostraran los dueños de casa. Con costalazos, fieros gestos y esfuerzos se las arreglaban en sus propósitos y así mantenían un empate que los honraba y alegraba. Dos tiempos de ver atacar y atacar a los suyos, había convencido a la hinchada de que lo mejor era irse a casa, promediando el segundo tiempo. ¡Total si ya no habría variación! Equivocación profunda. Lo dijo Bravo, ¡pero de qué manera, hombre! Ya que había sido imposible convertir encima de la defensa, calladamente optó por probar desde lejos, y no demoró en lograrlo.

Se jugaba fuera del área grande, recostado hacia el lado del cerro y dando al arco de los camarines. He dicho fuera del área. Ruego tomarlo en cuenta. Bien, de pronto se eleva y corta un centro del punte-

ro, ¿cómo?, de chilena y así acierta, a pesar de la distancia y de todo lo imaginable. Como para no creerlo, porque está bien que de una chilena se logren lindos goles en la boca del arco, dentro del área chica, en último caso en la grande, pero nunca, nunca desde afuera. Pinga lo hizo, y no lo hará nadie más.

Podría referirme al tercero contra el Austria de Viena, pero no, dado que ya figura en la relación de ese partido; en cambio hay dos su-
yos marcados en la cancha de Lota, con diferencia de meses. El primero en el último mes del 53, y el otro a comienzos de la temporada del 54.

Una media vuelta increíble que termina con un tiro alto a una esquina, sacado por entre una barrera impenetrable de jugadores, uno; el otro de más historia. Una pelota larga hacia el arco de Zacarías Fernández ofrecía la posibilidad de gol, y ante eso, para poder tocar esa pelota antes de que ella llegara a las manos del guardapalos, corrió veloz. También lo entendió así el "monito" Arévalo, y partió apresurado a impedirlo. Por levísimo espacio ganó la carrera mi héroe, y antes de caer bajo el peso de los dos cuerpos que se le fueron encima, pudo puntear esa pelota hacia la raya blanca. Lentamente se fué hacia el arco la pelota, pero la mejor parte del gol estaba por venir. Enterrado, como quedó, bajo el peso de los dos cuerpos, tuvo, sin embargo, la habilidad suficiente para levantar la cabeza y seguir el curso que ella llevaba. No bien supo la meta cierta del balón, hundido como estaba, se dió maña para surgir como por impulso de resorte y salir a grandes saltos en busca de quienes abrazar o que lo abrazaran. Este último gol que cito lo pinta explosivo y capaz. ¿Cuántas veces, en un cabezazo de espaldas al arco, y en pleno aire, se dió vuelta en forma increíble para mirar cómo la pelota entraba hasta las mallas?. Muchas.

Así ha sido y es, y será quizás por cuanto tiempo más, el fabricante de hermosa variedad de goles o mostrario vivo de dinamismo y chispa, quien nunca da a entender lo que ha de hacer una vez con la pelota en sus pies.

UN NEGRO SEWELINO CORREDOR

Un solo año en Naval lo lanzó al profesionalismo.

Cuando finalizada la temporada del año mil novecientos cincuenta y tres, se anunció la contratación del interior navalino por parte de Colo Colo en la suma de ciento treinta mil pesos, Talcahuano entero movió la cabeza dubitativamente, no por creer incapaz a este elemento de valer dicha suma —mucho más merecía, verdaderamente—, sino por considerar demasiado prematura su incorporación a las filas del balompié rentado. Todos los aficionados hubieran preferido verlo una temporada más en nuestros pastos.

La reacción del hincha era lógica, ya que acostumbrado estaba a ver como todos aquellos elementos consagrados en la competencia regio-

nal, esperaban por lo menos unos dos años antes de marchar a Santiago. Tenía así que extrañarles que Rodríguez, traído desde Sewell, no hacía aún un año, se decidiera a marchar así casi sin despedirse.

Nadie vió, sin embargo, más allá del notición que la contratación significaba. Los albos habían medido bien lo que se llevaban. Sabían que el négrito lucía prometedores veinte años, nada más. En consecuencia, podían madurarlo a regalado gusto. Nadie pudo ver la grandeza del cumplidor moreno, al firmar en la forma en que lo hacía, demostrando no tener miedo al terrible ambiente del profesionalismo. Y eso fué algo digno. Mucha confianza hubo de tenerse para hacerlo.

Un año estuvo perdido en el anonimato de las reservas. Un año viendo cómo se daban oportunidades a otros menos que él. Un año tras las cinco estrellas albas. A la espera de su chance, hablemos algo de su llegada a Naval, desde Rancagua.

Me contaba Weber que, en el primer entrenamiento que tuviera Rodríguez en Naval, le llegaron contando al taller: "Anda a ver a un negro que es mejor que Carrasco". Y me contaba también el secretario navalino, el sonriente José Rojas, el venturoso capítulo que fué para él ir



HERNAN RODRIGUEZ

a buscarlo a la ciudad de la Braden. Algo así como el mensaje a García. Debía traerlo al puerto o sencillamente no volver. Pues bien, nada del otro mundo hubiera sido esa misión si no se hubiera encontrado con que el muchachito encargado estaba listo para pasar a cumplir con la Ley de Servicio Militar Obligatorio en un regimiento de la localidad. ¿Y entonces cómo volver al puerto con él? Gran dilema que le tomó no poco tiempo. Por último, con Rodríguez a cuesta, se fué a Santiago y tras intensos palabreos, pudo conseguir el cambio de rama. De tierra firme al mar. Bonito contrato como se vé; para el novato, en lugar de prima le ofrecen las delicias del servicio naval.

Habíamos quedado en que se pasó todo el año 1954 jugando en las reservas albas. Casi todo, porque cuando faltaban escasos partidos para el término de dicha temporada, lo pudimos

ver aflorar al primer equipo en una punta del ataque. Los discípulos de David Arellano peleaban a esas alturas, con dientes y muelas, el título a los católicos, de tal manera que la esperada oportunidad bien podía, en su caso, ser un arma de doble filo. Si fracasaba el equipo en esos tramos finales, ya nunca más iban a reparar en él.

Nada malo le pasó porque desde las bambalinas había logrado hacerse la idea de cómo vencer cuando la chance le llegara. En uno de aquellos partidos postreros, se dió, incluso, el lujo de marcar el tanto del triunfo. Así le llegó la gran final de ese año. Su club disputaba frente a la Universidad Católica el cetro profesional, y aún con su noviciado a

cuentas le dejan en la delantera blanca, en reemplazo del chiquitín Cremaschi, ¡vaya tareíta! Todos sabemos que se empató a cero gol, y que en los últimos instantes tuvo, en sus pies el triunfo que hubiera dado el campeonato. Si no fué así por lo menos supo aprovechar la ocasión brindada por su destino. Lo que pudo temer no ocurrió: no le olvidaron. Y lo digo porque lo que sigue en su trayectoria deportiva vale todo un Perú.

Con cuatro escasos partidos en la temporada, un día, publicada la lista de los preseleccionados para el sudamericano de comienzos de 1955, aparece su nombre entre aquellos necesarios a Tirado en sus planes de equipo. ¿Será el mismo nos preguntamos en Talcahuano? Era él, ¿y por qué? El adiestrado nacional lo explica diciendo a los cronistas santiaguinos que se le puede usar y aprovechar como perfecto wing retrasado. Tras eso, ni una palabra más, todos comprenden, nadie protesta. Todo el mundo se había dado cuenta de ello, aún con los escasos partidos que le habían visto.

Suena como refrán si digo "negro porfiado tenías que ganársela a todo un puerto que creyó que te habías ido a enterrar en el reino de Robledo o el chiquito Cremaschi". Así fué. Y ha sido un triunfo amplio, porque pasado el Sudamericano, donde estuvo en las reservas, pero con el honor de haber merecido la selección, no cayó en el olvido, sino que ha continuado firme en la brecha. Primero en la punta, donde además de wing mostró sus condiciones de half incansable, y luego, a un flanco de Jorge Robledo, el mismo a quien tuviera por enemigo en la gran ocasión, aquélla del peleón en Angol. Lo que son las cosas. ¿Conocía acaso a Carrasco el otro navalino llegado a Colo Colo? Nada más que por las fotos; sin embargo, hoy son dos buenos compañeros.

Que no sea desagradecida la institución alba con este puerto sureño, que le ha dado dos auténticos valores, figuras, a su turno, de dos diferentes torneos regionales: Carrasco, el 51 y Hernán Rodríguez, el 53.

ZOQUETE

Nació en una caleta cercana a un puerto, llegó a otro, quiso escapar, pero hubo de volver para no salir más.

A Sergio González Guajardo, scorer y figura en el Regional número tres, oriundo de la Caleta el Membrillo, vecina a "Pancho", llegado al mundo allá por el año treinta y uno, lo recuerdo bien en dos oportunidades especiales.

La primera, la tarde en que integró el equipo de la Armada contra el de la Aviación por la final futbolística de la Olimpiada de las FF. AA. La segunda, en abril del cincuenta y cuatro, para ser más preciso, fecha en que se ganara al Santiago Morning. Una como otra vez en la cancha El Morro. Las dos veces por la misma causa: estar desesperando a las defensas contrarias. Hay cuatro años de salto entre una y otra

tarde y, sin embargo, su actitud es la misma, exhibiendo habilidad rayana en vanidad, pero habilidad de todas maneras.

Entre estas dos ocasiones, Sergio, el "zoquete", se fué a Santiago, en busca de una huella que le mostrara el camino del éxito soñado por todo muchacho ambicioso. Audax le ofreció un atajo por donde llegar a ello. ¿Qué si tuvo suerte o no la tuvo?. No lo diré yo. Los italianos tenían a su llegada, el mismo celebrado conjunto vicecampeón tras los rojos de la Unión Española en la temporada del año cincuenta y uno. Por consiguiente, todo el mundo, en las filas verdes, esperaba que con el mismo plantel se iban a lograr grandes cosas, por lo menos el título escapado anteriormente. Tello, Espinoza, Valenzuela, como médula del trío central, no le dejaron hueco donde demostrar que no en vano había sido centro goleador de un torneo, como el nuestro, segundo en importancia dentro del ambiente nacional. Por lo que digo hubo de vivir jugando ese cincuenta y dos y el siguiente cincuenta y tres en la buena y prometedora reserva audacina, pero nada más. Algunas contadas ocasiones en el cuadro de honor y luego a tomar el puesto de la banca, desde donde se mira solamente.

Situación como para no soportarla dos años. Por eso cuando emisarios del Universitario penquista le ofrecieron la posibilidad de tramitarlo en préstamo para que se viniera a jugar por la institución auriazul, no lo pensó dos veces. Concepción le tuvo desde promediando el año cincuenta y tres en el centro del ataque estudiantil, a un costado de Juanito Salvadores; los dos, más el argentino Novoa y el tesón inacabable de Jaime Torres, hicieron bastante por la enseña de los letrados universitarios en ese campeonato.

Hoy, cuando le vemos de nuevo vistiendo la casaquilla marinera, debemos pensar que su estada de medio año en la ciudad vecina, no fué sino la forma adoptada para no llegar de sopetón al puerto dejado, pero nunca terminado de añorar. Se dió el caso de que defendiendo los colores de la "U", la mayor parte de su tiempo la pasaba en el vecino puerto; y sus entrenamientos los realizara en la cancha de El Morro.

Cuando el Campeonato referido terminó, entonces la situación se le hizo insoportable, tanto que no tardó en reventar de golpe y ofrecer de nuevo sus servicios a la institución de su buen año cincuenta y uno.

La realización de esa brillante temporada extraoficial que Naval tuviera con los conjuntos santiaguinos le dió oportunidad de vestir su casaquilla, sin impedimentos reglamentarios, hasta que se acordó en las filas náuticas pedir a la entidad santiaguina la devolución de este nostálgico jovenzuelo. Con el partido celebrado el 4 de abril del mencionado cincuenta y cuatro entre Naval y Audax y empatado por Pillado, los verdes de Chirinos dejaron en libertad de acción al centro que un día les había llegado convertido en sensación de un campeonato, pero que no habían podido utilizar.

Antes, de comenzar, dije que le recordaba bien en las oportunidades tuyas sobre la cancha de fútbol. Sí, porque en las dos le ví —no menos de dos minutos— esclavizando a la pelota ya con sus pies, sus to-

ques de taquito, leves golpes de rodilla y sucesivas cabezadas, mientras a su lado bailaban los defensores contrarios impotentes por terminar con la vergonzosa exhibición que les hacía muy de la mano con su "compadre" Pinga.

¿Dije compadre? ¡Y es claro!, si los dos vinieron desde la misma prodigiosa cuna: la caleta El Membrillo. Si ambos habían cursado la primaria futbolística en las playas vecinas a Valparaíso y con la esquivada pelota de cochayuyo. Los dos saldos de la Caleta al buen club "Caupolicán", de "Pancho", y luego a la sucursal que el Naval chorero tiene allá.

Se habían separado, es claro, pero no para siempre. Mientras uno se fué cerquita, a Santiago, el otro, "Pinga", viajó lejos en el afán de olvidarlo. Inútil, después de Helsinki pudieron tanto sus ruegos que poco más de un año el compadre estaba jugando a su lado como siempre.

Parece que ya no se apartarán más. Cada uno ha salido en su oportunidad y cada uno ha sentido la falta del otro: "zoquete" también ha estado en el extranjero, aquella vez del Panamericano de Buenos Aires en que, preseleccionado para la concentración, terminó invitado por la Federación a presenciarlo, ya que no se le incluyó en el equipo titular y el 57 en Lima.

UN GIGANTE EN NAVAL

La lectura de la foto no la he escrito yo ni proviene de una pluma fría. Ha sido obra de un periodista —Alfredo Pacheco Barrera— que sabe cuando un hombre se emociona. "Quintín Quintas", dueño de una columna en el diario "La Patria" de Concepción, es el representante del hombre medio, de aquel capaz de exaltar lo digno y criticar lo indigno. Luis Leal Placencia, half de apoyo del Naval, conmovió la fibra observadora de Pacheco, la tarde de diciembre de 1954 en que su club, al empatar con el Arturo Fernández Vial, entregó el campeonato de ese año al Fiap de Tomé.

Yo, preparador por largo tiempo de estos escritos, he tenido por cientos de veces la figura de Leal a mi frente. Puedo entonces ampliar todo lo que ofrece de sí a la pluma de un observador.

Es Leal un tipo de hombre que vive el hermoso entusiasmo de hacer las cosas entregándose entero a ellas, pero al mismo tiempo esperando obtener el fruto merecido. En las cosas de orden deportivo: la victoria. Tengo para aseverar lo escrito, varios argumentos. La final de 1955, el ya legendario encuentro con Colo-Colo en Angol. Sin embargo, esperando



...“Y si se cuenta que Leal echó un lagrimón, cualquiera no comprenderá lo que esto significa. Hay que conocer a ese hombrachón que a lo que es corazón le ha regalado emociones y triunfos al puerto”...

fruto por los esfuerzos entregados, Leal es justo porque pone límites a la compensación esperada. Algunos días después de aquel extraordinario match de Naval con el Libertad, de Paraguay, al encontrarnos en el centro de Concepción, me dijo con un profundo suspiro:

—Ah, ¡qué partido ése! En mi vida jugaré otro igual. Muy buenos los paraguayos. Les hicimos mucho pelea.

Al saberle honradamente soberbio en la derrota, me sorprendí, porque no hizo alusión a disconformidad alguna por el resultado estrecho, 3—4, en contra de su club. Lo completa un sentido de justicia, por el mismo que no se refirió a todos los gigantescos esfuerzos que gastó, sobretodo en los instantes finales, en los cuales, sin exagerar, fué medio equipo buscando el empate. Si le hubiera sido permitido crecer por todo lo que jugó aquella tarde, Leal sería hoy el jugador más alto del mundo.

Aun cuando en cien y más veces habré tenido oportunidad de conocerle, debo decir, sin embargo, que su clasificación como futbolista me ha resultado difícil. El muchacho que aparece entregando sus energías sin medirlas, me desconcierta cuando se transforma en un hombro-nazo que se apodera del centro de la cancha sobre la que juega. Por lo mismo no sé si definirlo como un sentimental empedernido o un nervioso sin remedio. Solamente sé que no podré decir de él, que es un jugador apático ni frío. Nadie me lo creería. Ningún gesto de su cara, ningún movimiento de su cuerpo obedece al llamado de la quietud.

Las hormigas son terribles por lo constante. Quizás si dándole las características de una de ellas logre la mejor clasificación suya. Si reparamos que todos los navalinos son "leones" en los momentos malos de un encuentro, en aquellos que las cosas salen al revés, decir que Leal es un constante, constituye elogios sin reservas.

Un gol en contra, un título perdido es un dolor físico para él. Mientras está a su mano cambiar el resultado de las cosas, busca el remedio hasta encontrarlo. ¡Y ay si no lo encuentra!, porque entonces el estanque de sus emociones se rebosa dejando paso a las lágrimas a despecho de su condición de hombre. Su reacciones tienen dos versiones: las angustiosas, de llanto sin control y las felices; de cara sonriente. De las dos sé bastante. Aquel peleón de diciembre de 1953, en Angol me mostró juntas las dos. Agitándose como un desesperado en la lucha, sufriendo el aguijón de los goles en contra y dique sin compuerta a la alegría con el estímulo en las manos.

Es por esta introducción que podemos explicarnos el por qué el público porteño le ha hecho su favorito. Cuando Talcahuano lo vé luchar amplifica por dos sus esfuerzos, compensa así el handicap que dá con sus centímetros de menos. Así es el público de los estadios en domingos, feroz y bullanguero, pero con alma de niño. Presta su apoyo al más chico y débil de los contendientes, sin distinguir colores, con mayor razón si éste reúne condiciones que lo hagan distinguirse del resto. Rufino Bernedo, el cestero temuquense, por sus centímetros menos de lo normal se convirtió en el más celebrado de los jugadores del Mundial de

Básquetbol, celebrado en Buenos Aires en 1951. Los argentinos viéndolo enfrentrar rivales de mayor estatura y peso, multiplicaban su habilidad. Sin embargo, también es cierto que, por el sólo hecho de escasear en altura, el camino se les hace más largo y difícil. Lo piensan mucho antes de darles una oportunidad. El mismo Bernedo hubo de esperar años, para que se le diera una oportunidad en los seleccionados nacionales.

Luis Leal Placencia, nacido en un 21 de junio de 1929, en Talcahuano, tuvo una infancia con escaso crecimiento. Naval, llegado el momento de hacerlo debutar, tuvo sus problemas porque todo el mundo creyó que recurría a un jugador de las divisiones infantiles. Hubo de transcurrir un buen lapso del partido para que los dirigentes del Regional viendo sus gestos de hombronazo al luchar, se convencieran de su edad. Desde sus 8 años en los especiales del "Bellavista", hasta hoy, su porte no ha variado.

Su aparición al fútbol de los grandes escenarios la hizo con los colores rojos del "Gente de Mar", el año 49, aquel primero de fútbol regional y de un Naval hecho a su medida. Con su cuerpo sin cintura, la camiseta fuera del pantalón, una boina, Leal tuvo a todos pendientes de sus carreras y su aspecto, primero; luego los preocupó de verdad con su juego cundidor a fuerza de tanto y tanto apoyo a los delanteros.

Un día del año 1950, se fué a los Arsenales y ofreció sus servicios al Naval que por ese entonces entrenaba el "Gato" Osbén. Su año en el club de los estibadores le había bastado para comprender que Naval sería capaz de entregarle en triunfos cuanto él, a su vez, entregara en esfuerzo. Al siguiente año, 1951, la vecindad de Isaac Carrasco lo detuvo en su carrera por lograr las miradas del público. Su cuarta temporada le puso a José García a su lado, y aun cuando creció, deportivamente, hasta merecer la honra de internacional, no le permitió tampoco gozar la exclusiva atención del público que quería cautivar. Hernán Rodríguez que pudo haberlo eclipsado al siguiente no lo logró porque ambos en su papel lograron acaparar las miradas del aficionado.

C A B A L L I T O

Es un placer encontrar la estampa fiel de un marinero, o lo que es igual, la suma de reciedumbre, vigor, cara tostada y sonrisa casi inocente de tanto hombría irradiada. Por lo mismo debe gustar encontrar a Raúl Aedo, half en el plantel futbolístico de Naval desde hace varias temporadas y por mucho tiempo un futbolista en busca de su verdadero puesto sobre una cancha, un lugar en ella donde desahogar su privilegiado físico.

Desde aquella campaña de 1950 en que Naval bajó al sexto lugar en la tabla de posiciones del Regional, Aedo, nuestro prototipo de marino fué hasta hace tres temporadas, un hombre empeñado en lograr un papel definitivo en un conjunto de fútbol. Primero fué un puntero derecho que en cada entrevero se cerraba como un remolino de viento,

arrollando todo en busca de gol; después fué un centro delantero guerrillero, un hombre de lucha y hambre por conquistar victorias, no para él sino para la institución que se metió bien adentro de su corazón. Por todo el tiempo que pasó buscando, fué en la delantera navalina un precursor de la era atómica, un modelo de impetuosidad. Buscaba su puesto al impulso de su físico apto y la total entrega de sí mismo. Pero en fútbol, al espectador como al entrenador no le bastan sudores y carreras. Pide realidades y Aedo luchaba, tiraba una y otra vez al arco; pero daba la sensación de ser un hombre con gran físico, nada más. Sus tiros tenían suspenso; él sólo elevó a figuras del campeonato a muchos arqueros con el trabajo que les dió, pero goles le pedía la hinchada, y cuando no eran los metas, pues los maderos no lo permitían. Quizás si el hincha quería verle entregar menos, pero con más orden. La delantera no era su puesto.



RAUL AEDO
Un hombre de nuestro campo,
prototipo de nuestro hombre de
mar.

El espectáculo de un hombre que encuentra su vocación es digno de un argumento de película o novela, más si para ello ha debido emplear todo cuanto tenía. Raúl Aedo, "Caballito", como muy bien le bautizaron la chispa chilena de todos sus compañeros e hinchas, resulta digno espectáculo para esta pluma. Y veamos si su triunfo no tiene la patente de un valioso esfuerzo. Para lograr el puesto de half que hoy posee con propiedad irremplazable dentro del buen conjunto porteño, no necesitó variar ni un átomo sus características de hombre hecho a puro físico. Ese mismo vigoroso accionar que en la delantera resultaba molesto, en su lugar de hoy aparece como su mejor arma. En suma no varió nada de lo que era al comenzar. Un triunfo para hombres de su clase, que siempre enfrentan la disyuntiva de renovarse o morir.

Sus soberbios cabezazos de hoy, sus pases hechos con una fuerza que le estremecen todo le han venido a dar una estela de jovencito de película, de aquel hombre que todo lo puede. Por ello difícil será encontrar alguien capaz de decir que Aedo, "queda tirado" o "se ve burlado". Jamás le pasa, porque si un contrario logra burlarle, porque si en una disputa topa el suelo, arriba, media vuelta y adelante de nuevo. Siempre triunfante en los saltos. Jorge Robledo en Angol y en El Morro el año 53, lo supo cuantas veces pretendió cabecear de alto. Aedo no entiende la inmovilidad. Con su accionar estremecedor ha pasado a reemplazar la contundencia de "Lenguado".

Tenemos la idea que el marino ante la muerte lanza un ¡bah! despectivo. Lo pensamos porque hasta en el más insignificante de sus viajes la enfrenta mil veces. Viendo a Aedo en acción seguimos pensando igual ante su desprecio a la fatiga y el imposible. Se justifica entonces el que le vea como prototipo del hombre de mar. Y todo ese esfuerzo que

es gigantesco lo subraya con esa suntuosa contagiosa de quien ve en la vida una cosa fácil de llevar. Sus trancadas como jugador han conmovido la cancha El Morro, sus pisadas y sus palabras como civil han conmovido mi grabadora de impresiones humanas.

San Ignacio, es un pueblecito del campo chileno, alto, cerca de la cordillera, encerrado, casi a sus pies. De allí bajó al mar nuestro marinerero. Su bajada fué para alcanzar lejos, ya dije que es un marinerero de pintura, de un cuadro famoso. Pues bien, como todo marinerero que se precie de tal, ha sido hombre de mundo. Estados Unidos, meta de muchos sueños lo vió caminar. Aun jugar. Pasada la segunda guerra, muchos países sudamericanos aprovecharon las facilidades que la tierra del Tío Sam dió para reparaciones y transformaciones de buques, ya en sus astilleros o en sus bases navales. Chile aprovechó la ocasión y envió el "Magallanes", transporte, a modernizar sus instalaciones. En él partió Aedo. Allá se juntaron, por este mismo motivo hombres de toda América del Sur, brasileños, argentinos, peruanos. Amantes todos del fútbol. Sin pensarlo y luego de haber conocido todo cuanto la tierra del dólar les podía mostrar, se dedicaron a jugar. Organizaron un torneo que se hizo simpático y que dió que hablar. La prensa de esos tiempos nos daba cuenta de las actuaciones de cada conjunto. Aedo, nuestro hombre figuró en muchas noticias por haber comandado en el referido torneo la tabla de los scorers y haberse constituido, además, en una figura sobresaliente del mencionado campeonato.

San Ignacio, que muchas veces mandó a El Morro gente suya a alentar a su hijo, sabe que vió nacer a alguien capaz de representar dignamente al hombre del campo nuestro, franco, chispeante. Debe saber, además que él logró hacerse un lugar en la mente de los hinchas regionales como un marino típico. Eso es mucho.

CARA DE CUECA

En todos los equipos que ha lucido Naval hasta la fecha nadie más regular que él.

Escribir que existen hombres-reloj es firmar el comprobante de ingreso al manicomio. Sin embargo en el fútbol existe esta clase de hombres. Corresponde su tipo a aquel que en la vida civil siempre vemos caminando a un mismo paso, haciéndolo todo con una regularidad asombrosa.

Tanto en la vida civil como en el deporte es difícil encontrarlos, en la primera porque las exigencias del progreso han llegado a hacer imposible existencias así tan regulares, y en el fútbol, porque la vista del hincha o los dirigentes siempre está dirigida a los cracks. Además porque los requisitos para serlo son muchos y difíciles de cumplir.

Ha de jugarse 90 minutos sin fallar. No es necesario deslumbrar es claro, pero ya sería demasiado pedir más; ha de completarse una temporada sin un respiro en el rendimiento. No olvidemos que las tempo-

radas en todas partes del mundo tienen como mínimo 30 partidos. Ahora casos hay en que nuestro hombre debe pasarse temporadas tras temporadas para que en la última de ellas se le ubique.

Por todo ésto, se puede llegar a pensar que no es el crack la perfección de jugador, sino el tipo que describimos. Vemos bien el crack nos deslumbra con sus destellos, pero pensemos al mismo tiempo que ellos son fugaces: que nos mantiene con la grandeza de chispazos, pero estos son intermitentes. Nuestro hombre ha de ser, en cambio, el mismo, siempre el mismo. No se le permiten mermas en su rendimiento. Por ésto resulta lógico que ubicando un hombre—reloj ubicamos un tipo interesante.

Alejandro Torres, el mejor back wing de hace ya muchas temporadas en el Regional, resulta ser un tipo interesante. Es fácil escribir de un crack porque un destello inspira a la pluma reportera, no así referirse a un hombre-reloj porque una trayectoria completa de años y más años ha de depositarse en la retina en un esfuerzo tardío y agobiante. Sin embargo es esto mismo lo que hace interesante el trabajo. Aquí la suma de años y actuaciones producen el saldo que un crack es capaz de producir con uno solo de sus destellos. El deleite que estas entrevistas producen está en el descubrimiento de las cosas de fondo, de las cualidades del hombre al frente.



ALEJANDRO TORRES

Tras, "Cara de Cueca" o "Picaflor", que así le llaman sus compañeros se esconden; una voluntad de oro y una constancia superior. En deporte, conociendo las grandezas y debilidades de los jugadores, se sabe el valor de quien permanece por años inmune a los aplausos y las loas, cuando se ve a otros poco menos que hambrientos de ellas. Torres viviendo al sólo premio de su rendimiento nos prueba la mejor de sus virtudes; saber vivir deportivamente, sin más premio que su satisfacción de cumplir.

Su hoja de servicios en el navalismo lo puso a la vista de la gente en Punta Arenas, en el verano 51—52, en donde jugó como puntero derecho, a casi cien metros de su actual ubicación en la cancha. Curioso porque en aquella oportunidad Raúl Aedo, otro hombre de defensa era el otro puntero. No sabemos que un entrenador haya exigido nunca a los defensores, jugar como punteros antes de llegar a las líneas posteriores. En su caso ventajoso, sin duda, porque pudo aprender los secretos de sus hoy vigilados. En la continuación de su trayectoria deportiva sigue la temporada 1952. Naval, el segundo club de su vida fué mandado a Finlandia a sacar la cara por Chile. Como por ello quedaran cada domingo bye sin jugar, los clubes que debían enfrentarle, los dirigentes porteños formaron un conjunto de reservas y los hicieron jugar en par-

tidos amistosos con cada uno de estos clubes. La sorpresa se la llevó todo el mundo, porque vió a estos reservas ganar a casi todos los cucos de la zona. En aquel conjunto Alejandro Torres inició su camino, igual que Olivares, Lewis, hoy en Wanderers y otros.

Porteño con 32 años, no ha tenido más que dos clubes en su vida. El otro fué el "Roberto Díaz", semillero para Naval, pues de ahí salió también Manuel Roa, el meta eterno. La Escuela de Artesanos Navales su cuna en el deber y la responsabilidad deportiva como Roa mismo y Weber. Naval B fué lo último que pasó en su camino al cuadro de honor al que llegó para no salir el año 53.

TODO UN HOMBRE

¿Todo un hombre? Y claro que sí, a quien lo dude, le recomiendo ir un domingo hasta la cancha donde se está representando el drama "Noventa minutos de juego". Le invito a observar su figura prodigiosa en vigor. No saldrá defraudado, lo aseguro, y comprobará el título dado a su película deportiva.

Hombre que fué infantil y juvenil en la Unión Deportiva Española de Valparaíso, hombre que llegó a Talcahuano para sentirse a su gusto en medio de la magia de un ambiente que ha hecho época dentro del amateurismo chileno del fútbol.

Conversando con él he sentido la interesante sensación de hablar a un valiente, a uno de aquellos que en la cancha no saben de risa ni paz, porque su juego es de angustia permanente, porque es un derroche de vigor constante.

Quizás si con la sola mención del apodo navalino "Condorito", hubiera bastado para identificar al lector con Eduardo Lewis Young, nacido en el hermoso Valparaíso el año treinta, en un 29 de septiembre, y back wing desde el mes de la canción en Portugal: Abril, del año cincuenta y uno en el plantel del club con ancla en su bandera. Digo quizás, porque revela sólo a medias el propósito de su papel en el drama ya citado.

Situémonos a la vera de la cancha donde Naval con él corrió en procura de triunfos. La vista sin pestañear, noventa buenos minutos sobre su inquieta figura. Hacerlo era tomar asiento en palco para ver una mono—función de alto dramatismo. Si digo mono—función, no caiga el lector en la malicia, porque la dicción expresa que, a pesar de ver un elenco completo de primeras figuras, él pasaba a ser el personaje clave en las citadas ocasiones. El movía los hilos del drama, el ponía el toque de humana reciedumbre en la obra "Noventa Minutos de Juego".



Eduardo Lewis. "Condorito", personaje central del recio drama.

Tanto más valiosa su performance, si en la obra le tocaba el ingrato papel de back wing, que no le permitía sino encajonarse en un sector reducido del escenario navalino, un lugar donde no se podía gozar de lo que tanto gusta a la afición, la conversión de tantos. Sin embargo, actor múltiple y de perfeccionada técnica había encontrado el giro exacto que dar a su papel: su rebosante hombría. Hombría de zancadas kilométricas, de cara todo esfuerzo, de decisión suicida en la jugada.

En las facetas humanas de Lewis, el derrochar vigor, el desahogar su sed insaciable de fútbol, de demostrar hasta la última gota su caudal de energías, encontramos el todo exigido a quien pretenda merecer la expresiva denominación de "todo un hombre". No creo fácil encontrar a otro jugador regional que haya tenido la carrera suya, ésa de cabeza gacha empleada cuando había necesidad de perseguir al wing contrario. Tanto revelaba ella que parece que no era carrera sino sobrehumano esfuerzo en cada tranco.

Comparemos su acción a la de Guerra o a la de "Cara de Cueca" Torres, por ejemplo, Torres no corre con el cuerpo, apenas con las piernas y parejo movimiento de brazos. Guerra, es un zaguero centro rompedor, pero, al intervenir, guarda siempre su estampa. Lewis no, entra con todo. Arriesgaba todo, también, pero lo hacía con la frente alta, desprovisto de mala intención. Pero su cuerpo interesa para definir su estilo, prodigioso en energía. Era un valiente al servicio del navalismo. No existía el mundo para él en su lucha de cara a cara con un delantero contrario.

A veces, cuando el equipo se vestía con el ropaje de "la furia navalina", se le vió avanzar y avanzar hasta cerca del arco enemigo. Avanzar tanto que daba impresión que no volvería más a la defensa, y sin embargo volvía a encasillarse en su sector en inquieta espera.

Lo he pintado en la cancha o en el escenario del drama deportivo; pero ¿fuera de ella? Pues un giro completo: 180 grados. Lo supe un lunes mientras volvíamos de Viña a Santiago en un micro, tras el empate con Everton, el año 1954.

Viaje accidentado, porque hubimos de dar la vuelta por Melipilla, ante el cierre del camino central que nos hiciera un tremendo camión volcado. Pues bien, lo accidentado del viaje sirvió para conocerle desligado de los ropajes deportivos: cantó como una soprano, imitó a cuanto locutor de noticiario conocemos, habló como los personajes de las tiras cómicas, fué mostrario de chistes e inventor de sabrosísimas tallas. Lo supe charlador incansable. Creo difícil que parara de hablar en todo el viaje.

Por todo lo dicho, llegué a pensar que mejor denominación y título para encabezar este reportaje, no podría encontrarse.

Everton y Audax Italiano, anteriormente Palestino disputaron bravos partidos por llevárselo, y siempre dichos lances terminaron en empate perfecto. El hombre no se movía. Pero, por fin, se movió con bastantes dificultades. Más porfiado que Everton, Audax y Palestino, Wanderers lo consiguió. Sus sueños parece que están por cumplirse. De-

be ser su recalada, la espera de todo lo soñado. No sé, lo único cierto es lo que encabeza esta exaltación de un jugador honrado: Lewis fué en Naval, "Todo un Hombre".

EL NIÑO ANGOL

Mirándole correr en una cancha, debemos esperar sorpresas.

—¿Cuál ha sido su mayor emoción desde que está en Naval?

—El haber dado el gol del triunfo contra Colo Colo en Angol.

—¿Recuerda alguna anécdota relacionada con el club?

—Cuando jugábamos en la ciudad ya mencionada, bajo el efecto de 35 grados a la sombra, y todo el ambiente era un horno o un infierno, el entrenador me expresó que entraría a reemplazar a "Pinga" Bravo, y me lo dijo de la siguiente manera: "Saavedra, haga un calentamiento antes de entrar". Imagínense verme haciendo calentamiento cuando estaba bañado en transpiración por efecto del calor.

Dos preguntas que merecieron decididas respuestas de boca del retoño de una familia, en la cual el jefe de hogar y el hermano mayor han sido, en sus respectivas épocas, pilares del porteñismo futbolístico.

Hoy, logrado un hueco en cualesquiera de los cinco lugares de la delantera marinera, José Saavedra Neira no precisa del escudo familiar para lucir a los ojos del hincha. Y se podría decir que nunca lo necesitó, porque cuando su famoso hermano hacía furor en la primera división, el también constituía suceso en la delantera del Gente de Mar y luego en la escuadra número 2 del club Naval. En consecuencia, nunca ha sido un hijo para su papá ni un hermano de su hermano. Me explico, no necesitó que le convidaran el apellido para lograr el puesto que, hoy, puede ostentar con orgullo en el concierto futbolero regional.

Puedo decir, con sentida satisfacción, que he conocido pasajes culminantes de su carrera deportiva, Sus comienzos y su mejor momento. Y al orgullo agregó la suerte de haber gozado de su juego vivaz, de la picardía de su fútbol. Todavía más, he descubierto en él al hombre que ríe mientras juega. Pillado y Lewis jamás se permitirán hacerlo, y es de ver como sus rostros son verdaderos modelos de cera mientras actúan. Para este vivaracho, en cambio, parece como si la risa lo animara a enfrentar las fornidas defensas, a las cuales siempre ha de conceder la ventaja de su físico reducido.

Yo recuerdo sus primeros partidos en la escuadra superior del equipo del puerto, montaña poderosa de comentarios acerca de la insistencia de Silva por colocarlo:

—"Este mocoso payaso más lo que la revuelve".

—"Para qué diablos ponen a ese cabro loco".

Dos expresiones que muchas tardes domingueras oía yo, ya desde las tribunas, ya desde la punta del cerro del fortín. Sería eso, no sé, lo que

me impulsaba a no perderle pisada. Quizás logré identificarme con su estilo porque así entiendo el jugar fútbol, de manera vivaz. Mirándole me imaginaba lo que hubiera sido yo de haber perseverado en la práctica del balonpié. Desde luego que las sorpresas que me llevé viéndole fueron inmensas, como para pagar con creces el sacrificio de mirarle.

Su papel dentro de la máquina de hacer goles navalina ha sido de niño prodigio, de aquél encargado de hacer las diabluras y las gracias que todo el mundo celebra. Hoy podemos decir que ha sido un adolescente metido a hombre, pero un adolescente que triunfó en lo que quería.

Todos sabemos que a él debemos agradecer la incomparable emoción que Talcahuano viviera al saber que los suyos habían doblado la cerviz a Colo Colo, (campeón profesional del año cincuenta y tres.) En la persecución de sus pasos futbolísticos puedo contar algo ocurrido el cincuenta y cuatro, a comienzos, cuando todos los navalinos confiados fuimos a Viña del Mar a buscar una victoria sobre los ruleteros de Orlando Meléndez.

Producido el empate agónico de Cid para los "guata amarilla", los nuestros necesitaban cargar con todo el peso de su ataque sobre la ciudadela de Espinoza en procura de la ventaja merecida. Ante eso, se produjo la misma situación de Angol y que tan espléndido dividendo había dado: el reemplazo de "Pinga", por "Lenguadito".

Demás está decir que todos los navalinos dispersos entre las instalaciones del estadio El Tranque, pusimos anhelantes ojos sobre sus movimientos, y que muchos prometieron las más variadas mandas porque se produjera la misma cosa de la ciudad centenaria: el gol del triunfo. Yo, personalmente, hasta el último momento estuve esperando su gracia. Y ésta no llegó, seguramente por propia decisión de su destino, que tal vez consideró demasiado conceder dos veces la misma solución.

Qué le íbamos a hacer, no todos los días son domingo, y tampoco por eso solamente íbamos a quitarle su inscripción en este capítulo: El Hombre en Naval, cuando para este moreno y vivaz delantero, si el Bellavista fué su primer club, el Naval será el último de su vida. Y con eso ha de bastar como argumento para escribir la novela de su vida.

S. O. S., SE NECESITA UN ARQUERO

La Escuadra de nuestra Marina de Guerra, cumpliendo con sus planes de instrucción, navegaba, sin novedades, por la costa nacional, hace cosa de tres años atrás. Todo parecía normal; y sin embargo en la cabina de radio de las distintas unidades, se captó un S. O. S., por el cual, desde Talcahuano, pedían urgente el envío de un arquero. Si, así tal como se lee. No se pedía un destroyer ni nada por el estilo, sino un arquero.

Así, muy interesante podía estar el Tiro de Combate, pero, ¡qué diablos!, había que suspenderlo hasta que no se lograra dar con lo pe-

dido desde el puerto de Tumbes, so peligro de quedarse sin percibir gloria deportiva para el fútbol de la Armada. No fué difícil encontrar lo solicitado, pero a costa de ello una de las unidades hubo de quedarse peligrosamente sin radiotelegrafista.

Este preámbulo me sirve para presentar, a los lectores, al arquero número dos de los navalinos, y por muchos períodos número uno, cuando Roa lesionado y luego ausente en Europa, hubo de pararse bajo los tres palos albiazules.

Meta de dos caras en su juego, ha lucido una espectacularidad a toda prueba en sus comienzos, y una sobriedad mesurada actual. Suplente de curiosa trayectoria, ya que en Naval, con don Amadeo, al menor descuido del crack entra el suplente. Por eso al menor descuido de Roa ha pasado a pararse a detener los avances contrarios, y seguramente si es constante y espera años, podrá reemplazar definitivamente al popular "candado" Roa, al que es muy posible calcular ese plazo de duración.

Por lo dicho no es de extrañarse que su figura provoque, en el puerto, el mismo revuelo que cualquiera de las consagradas en el equipo. Ha tenido sus grandes tardes y sus buenas oportunidades. En base a ello colocó en su cuestionario, en el lugar donde se le preguntara cual había sido su mejor actuación en las filas navalinas lo siguiente:

—“En los partidos nocturnos jugados en Talcahuano y en aquel encuentro contra Magallanes de comienzos del cincuenta y cuatro.

Debo recordar que en el empate conseguido ante Everton en su ciudad natal: Viña, estuvo él custodiando la puerta navalina, mientras desde los costados, Roa miraba todavía víctima de una larga lesión. Los restantes partidos de esa temporada que aquí aparecen como Temporada Extraoficial, le tuvieron también en el plantel superior. El año del mejor cuadro navalino, el cincuenta y dos, deleitó con su juego espectacular a toda prueba.

Ha sido una contribución más que el norte ha hecho a la causa futbolera de la gente del Apostadero. Viña del Mar, su ciudad natal, Villa Alemana, donde se pusiera por primera vez los chuteadores, el club Mariposás de Valparaíso y la Selección de la Escuadra, han constituido el camino que en su perfeccionamiento deportivo, ha recorrido este elemento para llegar a colocarse, junto con Roa, en la defensa del patrimonio navalino por las canchas de Chile, y del país en Lima.

Si le presenté bajo el título que lo he hecho, es porque en la vida paralela al fútbol, ha transmitido y recibido mensajes desde su puesto de radiotelegrafista de la Armada.



A esta llamada de auxilio llegó a Naval Mario Olivares.

LECCION SOBRE EL ATLANTICO

Un marino aprende a usar salvavidas en el aire.

...Hace dos horas que un avión transcontinental vuela desde Recife (Sudamérica) hacia Dakar (Africa). A esas alturas todos los pasajeros se han despojado del miedo inicial. Lo que se escucha en su interior, no son sino unos chilenismos admirativos para la inmensidad del océano o los ronquidos de algunos dormilones. En general, el miedo ha sido dejado atrás. Ninguno de los integrantes de la delegación chilena que viaja a Helsinki siente nada en especial.

De pronto aparece en escena el steward de a bordo, y, con la naturalidad adquirida vuelo sobre vuelo, pide atención a los pasajeros, para enseñar el manejo de los chalecos salvavidas.

—“Se imagina la impresión que nos causó, a mí y a mis compañeros, la clase que nos daba este señor. Para nosotros era algo así como un aviso de que, en corto trecho más el avión se iba a mandar abajo. Total, todos volvimos a llenarnos de miedo a la caída. Yo era la primera vez que volaba y la primera vez que cruzaba el Atlántico, también, por eso la cosa no fué una broma.”

Oswaldo Vera Galdames, escribiente de la Armada, seleccionado de la Escuadra en su team de fútbol entre los años 46—50, llegado a Naval justo para el torneo de los diez puntos de ventaja, el año cincuenta y dos, me contó así su aventura de pasar por sobre el cuco gris del Atlántico que nos separa de Europa.

Y no sólo de eso me conversó. Como buen marino, como uno de aquellos que habla con la experiencia de los puertos vistos en largas navegaciones y con palabras barnizadas de mundo recorrido, me hablaba de las cosas vistas y admiradas en la Europa, o en el París de paso a las Olimpiadas. Mirando los contrafuertes cordilleranos desde el micro en que viajábamos entre Viña y Santiago, me contaba de las interesantes exposiciones de pintura visitadas en la “ciudad luz”. Tema largo ante el cual el lector no se ha de asombrar, ya que aún cuando Vera no es hoy parte del plantel titular, fué uno de los honrados con la maravilla del viaje a los Juegos Olímpicos. Su campaña del mentado cincuenta y dos le dió tal premio, y de este premio resulta la curiosa comparación: digna del fallecido Ripley. Un marino recorre el mundo no con su buque sino en las rápidas alas de un avión.

Para mí, Vera tiene el valor de haber sido el primer hombre que pasara por mi pluma reportera, y para Talcahuano tiene la importancia de que ha sido uno de los más fervientes rogadores porque estos escritos salgan a luz para engrandecimiento del fútbol chorero.

Conversando obtuve de él palabras de mucho juicio, y así lean lo siguiente:

—“Siempre tuve la creencia de que si el entrenador me enviaba a la cancha a ejecutar una tarea debía cumplirla tras entregarlo todo. Mi actuación en Naval estuvo acorde con lo que en mí pudieron pensar quienes me vieron jugar. No tuve actuaciones descollantes.

Tres años en Talcahuano y una pareja trayectoria al servicio de Naval, terminada dignamente en Naval amateur, vicecampeón nacional en el torneo chileno celebrado en Temuco, constituyen los puntos claves de su hoja de servicios en pro del porteñismo, que todos celebramos.

SANGRE DE HORCHATA

Rubén González ha sido, sin duda, uno de los más serenos jugadores dentro del plantel navalino

Si digo que Rubén González, full back de tres temporadas y otras como back wing, interior, medio volante y centro delantero ocasional, fué profesor, medio mundo me creará loco. Sin embargo, así ha sido. Profesor de Serenidad, en el curso dictado mientras estuviera en el conjunto porteño. Profesor titulado la tarde del 27 de diciembre, aquella en que Naval, tras ganar a Fiap de Tomé, ganara también el Quinto Campeonato Regional y Cuarto Título consecutivo.

Al traducir a historia su vida futbolística debo presentarlo con esta introducción, a fin de que el lector se ponga en el mismo plano desde el cual le he tomado y pueda, entonces, valorarle mejor.

Esta tarde, el olímpico zaguero, nacido en Antofagasta, allá por el año veintisiete, depositó en mi memoria la valiosísima faceta que hoy me hace conocerle bajo el revelador denominativo de "Sangre de Horchata". Veamos por qué.

Recordando un poquito llegaremos a vivir la mencionada campaña; la del cincuenta y tres que fué intensa, tanto que, hasta el mismo partido con los rojinegros, el título no estaba definido. En consecuencia debemos imaginarnos la tensión tremenda que medio mundo vivía. Tensión que pasado el partido se transformó en incontenible alegría, lógica alegría.

Para los jugadores el triunfo fué libertar todas las ansiedades escondidas de pretender el campeonato. Para todos tuvo que ser así, para todos, menos para uno. Ese uno: Rubén González. ¿Por qué? Pues por esto: salían los jugadores desde los vestuarios en busca de un camión desde el cual encabezarían un desfile hasta el centro del puerto. Ahí entre todos, González hacía el contraste en medio de la euforia general de sus compañeros. Suelto de cuerpo, despreocupado, tanto que por un momento no pude creerlo, lo encontré anormal. Pero la evidencia era tan grande como que lo estaba viendo. Desde ese momento comencé a vigilarlo.



RUBEN GONZALEZ

Así en el desfile, mientras todos sus compañeros agitaban manos contestando los saludos de la hinchada o los vivas lanzados desde balcones, o sonreían, él parecía como un extraño en todo eso. Hacía creer incluso que se encontraba molesto.

Esto creo que puede explicar perfectamente a todo el mundo por qué digo al comenzar que Rubén, o el "Cabezón", ha sido profesor, sin duda que todo un Maestro.

Lo que palpé yo esa tarde y las posteriores en que le sometí a observación, lo muestran mejor que nadie sus compañeros; así Roa, en una ocasión, me dijo: "Quisiera tener la serenidad del "Cabezón". Si insisto en esta cualidad suya para presentarlo al lector es porque ella constituyó gran porcentaje de su personalidad deportiva y porque es un atributo difícil de encontrar hoy donde el hombre generalmente llega al fútbol por la libertad que da a sus ímpetus físicos.

Si necesitáramos otro ejemplo para pintarlo mejor, aquí lo tenemos: jugando contra Everton, en el Tranque, en abril del cincuenta y cuatro, en un momento, y ante la característica jugada de Mélenz —el pase de profundidad que le ha hecho famoso—, le vimos quedar solo contra los cinco delanteros oro y cielo. Estaba en ese instante en el área donde siempre fué patrón, con Olivares, a sus espaldas, esperando su intervención como el asaltado aguarda la acción del carabnero; lleno de esperanza. ¿Qué hizo, salió a atajar, esperó, se replegó o entregó las armas? Una mezcla de todo, pero sin caer en la traición del descontrol. Bueno, pero ¿qué hizo?. Sencillamente, manos a la espalda, avanzó leve trecho, calculó a lo maestro y terminamos por verle despejar de cabeza hacia el centro, en acción tan especial que pareció barnizada de una prestancia única y que incitó al aplauso a la concurrencia del simpático estadio viamarino. ¡A eso, le podríamos llamar, a más de serenidad, clase!

Lo mostrado son sólo dos botones, porque existen otros; Angol, su gran partidazo o duelo con el internacional Jorge Robledo, por ejemplo. Esa tarde, Rubén, se hizo merecedor a que le llamaran Don Rubén, por todo lo que hizo, así tan simplemente, como si en realidad el partido le quedara chico.

En mí, desde cuando me dediqué a observarle, nació la obsesión de dar con el origen de la cualidad advertida. Por ello muchas vueltas le he dado al asunto, sin poder entender a ciencia cierta, dónde y cuándo González adquirió ese sello tan suyo. Lo único que he podido sacar en limpio, ha sido que se lo podría atribuir a su tierra de origen, a ese pueblo enclavado en el norte nuestro, tan cargado de cerros. Norte de paisaje inmovil, en el cual imagino se pudo empapar de impasibilidad al saberse minúscula parte de la grandiosidad de esos panoramas uniformes y estáticos. Así, Antofagasta, cargue, por ahora, la culpa o el orgullo de haber producido a González, un hombre capaz de dormir aún en los partidos más bravos de los mejores campeonatos del mundo. En base a lo dicho me hubiera gustado verlo jugar allá en Helsinki, riéndose de todas las emociones que sus compañeros han tenido que sentir al representar a Chile. Me hubiera gustado verlo salir impasible ante la

verdadera tragedia que, para todos, significaba perder por un escaso gol un partido que era la vida misma de cada uno.

Si Naval ha sido Chile, con él exhibe una muestra más a los ojos nacionales. Nacido en la tierra que inspirara a Armando Carrera el célebre vals, juega fútbol por primera vez en su vida en un lugar donde la minería alcanza plenísima sonoridad: Pedro de Valdivia. Continúa luego su marcha hacia el sur, en la que llega a Valparaíso, Viña del Mar y Villa Alemana, antes de anclar en el puerto de la Quiriquina, en donde el año cincuenta y uno bota el ancla y no la levanta más.

Es increíble el interesante material que puede dar a una pluma observadora, la trayectoria de un futbolista; sobre todo si la observación es llevada a los lindes en que finaliza un partido o se cambian los hombres jugadores en civiles, libres de los brillantes uniformes. Digo esto porque, en mi lucha por saber algo sobre este impasible González, nunca me pude imaginar donde pudiera estar el campo o el momento capaz de lograr emocionarlo. En verdad, no me lo hubiera imaginado nunca, y si me hubiera correspondido determinarlo, con toda seguridad, habría tratado de ubicarle en un partido culminante, o alguna salvada especial. Sin embargo, cuán lejos de la realidad hubiera estado, pues al preguntarle miren, lean con lo que me salió:

—“Mi mayor emoción la tuve en el recibimiento que Talcahuano nos hiciera la vez que salimos campeones en el torneo del año cincuenta y uno, en Concepción.

O sea que confirma mi impresión en cuanto a su impasibilidad, para él un buen partido, una actuación heroica no significa nada especial. Nada extraordinario.

Así es y así le ví con la casaca de Naval en las canchas de fútbol donde corrió mucho y mostró serenidad. ¡Qué le vamos a hacer! Lo cierto es que, para muchos, ha quedado como el más sereno de todos los full back que ha tenido, en su defensa, el elenco popular del puerto sentimental y apasionado que es Talcahuano.

EL SUCESOR

Nacido en Talca, surgió al fútbol en Penco y se incorporó a Naval en Punta Arenas el año 1952.

Hemos dicho que Rubén González, fué como full back un resumen de capacidad y un tratado de serenidad; pero llegó el día en que hubo de dejar su puesto y la dirección técnica de Naval hubo de preocuparse de cubrir su vacancia. El entrenador no se hizo ilusiones. Encontrar alguien igual, difícil; solamente esperaba una aproximación.

Fué ahí cuando llegaron a tropezar con un marinero, en el austral puerto libre de Punta Arenas, con ocasión de la Primera Incurción. Tras la conquista del Campeonato 1951, se ofreció al plantel un viaje hasta el extremo sur como premio a la brillante campaña. Dicho viaje

se hizo en el "Araucano", el buque madre de la flotilla de submarinos. En él navegaba, al servicio de la Escuadra, Luis Guerra Sepúlveda, un talquino nacido en 1934 y aparecido al fútbol en el vecino "Fanaloza" de Penco a la edad de 10 años, en las divisiones infantiles. Navegaba sin saber la solicitud que harían de sus servicios allá en la tierra de los Menéndez. En el "Araucano" emulaba al personaje de la novela de F. Coloane, "El último grumete de la Baquedano". Recién había egresado de la Escuela de Grumetes de la Isla Quiriquina a la cual había ingresado en 1950.

Allá jugó en la selección parenense contra su actual club, y tanto sería su rendimiento que los ojos técnicos de los visitantes se pegaron a él para no dejarlo hasta saberle "fondeado para siempre en el puerto de las dos bocas", Talcahuano. Y digo para siempre porque por un tiempo unió sus ambiciones a Eduardo Lewis,—hoy en Santiago Wanderers,—para conquistar el ambiente profesional. Audax Italiano y el instituto de Playa Ancha lo persiguieron con insistencia. Sabían poder llevarse al mejor back centro regional por mucho que Inostroza del Universitario reclame dicho honor. Pero, ahí lo tenemos en la escuadra navalina haciendo de "comandante" del sexteto defensivo. Con su juego propio, con sus características y no las de un sucesor al que siempre se compara con el que dejó el puesto. Jugo curioso el suyo porque del porcentaje total un 90% lo hace con sus piernas y no con los despejes de cabeza tan comunes en los hombres que se ubican al centro del área. Más curiosa aún por la incipiente calvicie que luce su cabeza, extrema para sus años.

No debe quejarse con su destino porque hoy por hoy el ambiente del fútbol regional mantiene una dignidad valiosa. Las contrataciones Fernández Vial 1957, el argentino Focchi, Collipal y otros lo prueban; a más del perfeccionamiento del ambiente existente. Por otra parte Naval todavía vive palpitante en el oído de directivos e hinchas nacionales. Lo prueba su designación para vestir los colores chilenos en Lima este julio de 1957.

Y allá Guerra, me lo dijo, "ganaremos". Que el lector compare al leer su reportaje si sus palabras se cumplieron.

CAPITULO QUINTO

SUCESOS NAVALINOS

*Doble invictez ante Audax.
La última mirada.
La gran revancha.
Cuarenta minutos inolvidables.
Temporada extraoficial anterior al Regional VI.
Una Academia que no lo fué.
Un golazo y un autobús en panne.
Negro el trece.
Una temporada trascendental.
Mate amargo a las visitas.
Dos a cero en La Serena.
Marinos cerca del Teniente.
Cinco navalinos en Buenos Aires.
Hermoso 17 de Septiembre.*

Faint, illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

Second block of faint, illegible text.

CAPITULO QUINTO

Third block of faint, illegible text.

Fourth block of faint, illegible text.

En e
cos — dep
ces que se
Perd
gallanes, do
tros extrao



Gol de

Vein

Gran
de promes
había sabi
mar. Aquí
lle.

Los
de quienes
dallas pren
vían su m
y Olivos;
provincian
Con
verdes fué
ter extrao

En este capítulo van a figurar esfumados algunos sucesos náuticos — deportivos y otros aparecerán realizados. Es muy posible entonces que se levante polémica para valorar unos y otros.

Perdidos en el olvido han quedado por ejemplo, un partido con Magallanes, dos con Green Cross y el de Colo Colo del año 1951, y encuentros extraoficiales con clubes de la zona.



Gol de Weber frente a Colo-Colo. Farías, Escutti, Campos y Ernesto Saavedra observan.

DOBLE INVICTEZ ANTE AUDAX

Veintidós provincianos en la ex Collao. Diciembre de 1951.

Gran asistencia, para que decirlo. Llegaba a Concepción la oncenena de promesas del fútbol chileno. Los jóvenes que una institución sensata había sabido amalgamar, y un técnico capaz —Ladislao Pakozdi—, formar. Aquí esperaba el campeón regional, el de fútbol veloz y de fuelle.

Los ex penquistas, Néstor Bello y Lucho Vera, hubieron de recibir de quienes les veían triunfadores al terruño, homenajes de medallas prendidas en el pecho. En la cancha las provincianas chilenas vivían su mejor momento: Arica, de Aguila y Tello; Iquique, de Chirinos y Olivos; Valparaíso, de los dos González, Bravo, Isaac Carrasco y la provinciana sede, Concepción, del resto.

Con mucha justicia se podría decir que este encuentro ante los verdes fué el punto de partida en la serie de éxitos posteriores, de carácter extraoficial, logrados por la institución porteña, Vicecampeones pro-

fesionales y campeones regionales hicieron la más agradable tarde deportiva del año. Pillado, en acción recia, y Ramiro Cortés, de tiro libre limpiamente ejecutado, dieron cuenta final de uno a uno.

Diciendo que los santiaguinos llegaron con su título de vicecampeones profesionales —verdaderos campeones de honor—, y los porteños con el de campeones regionales, se explica la denominación de match del año, que tuviera el encuentro.

Trece kilómetros al oeste. Abril de 1954.

Este título quiere explicar que el segundo partido entre navajinos y audacinos se corrió tal número de kilómetros hacia la costa.

Increíbles resultan las agradables aristas que mostró Audax en la cancha El Morro, la tarde del cotejo. "Churro" Muñoz, "Tolín" Sepúlveda, "Tongorito" Morales, Lucho Vera, Bello e Isaac Carrasco volvieron a la cancha de los primeros trotes. El partido mismo era parte de la transferencia que permitía regresar a Talcahuano al centro delantero, Sergio González.

Carrasco, vuelto a la cancha de su gran Regional 51, no pudo hacerse a la idea de enfrentar a sus ex compañeros. Llegando al estadio, se tomó de la palabra amiga de Roa y, junto a él, observó el partido desde las tribunas que los jugadores tienen en El Morro. Digo Roa, pues esa tarde estuvo Olivares en el arco chorero.

Los noventa minutos jugados fueron de fútbol simple, y más de garra que de calidad. Audax no vino en la oportunidad como la joya del fútbol moderno. Empatados a cero los primeros cuarenta y cinco minutos, los corridos del segundo parecieron volverse tragedia cuando Tello convirtió, con extraño lanzamiento, y puso en ventaja a los verdes de la esperanza. Me dolió ese gol de Audax, porque los náuticos, llegados de Viña con un enaltecido empate a cuerdas, podían desmoralizarse. Afortunadamente, en la cancha, a nadie le dolió la cosa. Weber, pegado al centro o retrasado, corrió como chino. Lewis, todo un hombre en la defensa, se jugó la camisa; corría, tapaba a su wing, se iba hacia adelante, y por él, incluso, habría hecho goles. Gran match el suyo.

La defensa visitante, —a esas alturas—, sostenía la ventaja tal cual se defiende una ciudad sitiada; a punta de gritos, trancadas, sudores, tijeras y gestos de desesperación. ¿Cómo soportó tanto?, nadie lo sabe. Chirinos casi no había intervenido y tampoco tuvo participación en el gol del empate.

Pillado, agarró de volea, increíble a ras de suelo —difícil en El Morro—, un tiro que cruzaba fuera del área. Como torpedo, pasó el balón ante la muralla de piernas defensoras y se fué a la esquina baja del suelo vigilado por Chirinos. Seámos parcos y dejemos el partido justo en el gol del empate.

LA ÚLTIMA MIRADA

Palestino, 1; Naval reforzado, 0. Concepción, 8 de diciembre de 1953

La visita de Palestino al campo de la Avenida Collao, constituyó quizás si la última mirada del público nuestro al antiguo fútbol: ése de chaqué, pera y bigote; el alegre de espíritu y en absoluto despreocupado del arco. De aquél por el cual jugar era ir para el lado y no para adelante, o el de irritar al contrario con madeja de pases. Lo digo ahora en que se ha visto a Palestino sin su fútbol de chiches. En base a esto fué que llegó tanta gente al campo de Puchacay y llenó el estadio hasta los bordes mismos de la cancha, con recaudación de quinientos mil pesos y pico.

Para jugar al fútbol, cumpliendo con las características del noventa y tres, ha de contarse con el material humano apropiado. Palestino lo tuvo en el año 1953, no en vano había comprado, tanto aquí como en el extranjero, un equipo completo desde arquero a wing. En efecto, no bien salido desde la competencia de Ascenso, los dirigentes se habían dado a la búsqueda de valores que permitieran al club permanecer en la serie alta. Por eso llegaron José Donoso, arquero proveniente de Audax; Grill, del Morning; Almeyda de la Católica; José García de Naval; Toro de Audax; Goity de Ferrobadminton; Pérez, Coll y Walter, argentinos, del Cali de Colombia; Rubén Bravo de Racing, de Buenos Aires; Contreras del Fiap de Tomé; Luis Méndez del Magallanes; Carrasco de la Católica y Sabaj de Colo Colo, a más de Carlos Rodolfo Rojas de la Unión Deportiva Española. Todos llegaron hasta el campo penquista a tramarse con el combinado, cuya base descansaba en Naval: Avilés de Fanaloza, back wing; Inostroza Olguín, el full-back universitario; Ambrosio Torres, medio volante de Fiap; Jara, el puntero lotino; Mario Vidal piloto loco; Floreal Salazar, medio de San Vicente, fueron los refuerzos que dieron la fisonomía al rival de Palestino. No hubo entrenamiento de conjunto antes del match. Pasó una cosa curiosa: la defensa, que debió aparecer como perjudicada por esta falta de entendimiento, fué lo que mejor respondió en el combinado, por la superación de hombres como Inostroza Olguín y Avilés de Fanaloza, que cumplieron, en especial el primero. A "Condorito" Lewis le tocó pelar el pucho, al tener como vigilado al endiablado Pérez, autor precisamente del gol de los visitantes. Para terminar con los de casa, Hernán Rodríguez fué entre refuerzos y propios, el de más provechoso trajín.

Los visitantes ofrecieron el espectacular juego de "Muñeco" Coll, toda una atracción en la competencia profesional 1953. Pérez y Rojas fueron las dos siguientes figuras. Al lado de este último, los espectadores encontraron al ex navalino José García, cumplidor y desenvuelto. Hombre hecho a la medida para empujar a los cinco atacantes listados. Otro jugador conocido de nosotros ingresó al campo en el segundo tiempo, y fué Contreras, el centro delantero del Fiap, destinado a reemplazar a Walter.



José García ex-navalino en Colombia con Palestino.
De pié: Toro, Sabaj, Soto, García, Méndez, Ledesma, Morales, Grill y Martínez.
Arrodillados: Pogliani, Casales, Coll, Pérez, López, Contreras y Garay.

LA GRAN REVANCHA

Naval, 1; Colo Colo, 1. 17 de diciembre de 1953.

Bien dijo Quintín Quintas desde su columna del Diario "La Patria"... "Talcahuano no durmió esperando a sus campeones". Lo dijo por la noche del triunfo, pero, en la práctica, el puerto continuó en vela hasta el jueves 17. No se acostó ni el martes, ni el miércoles ni el mismísimo jueves. El puerto se pegó la gran amanecida sin chistar. Se puso a prueba la resistencia física de la barra. Repartidos por todo el puerto, los seiscientos y tantos testigos de Angol habían sembrado el hambre de ver la revancha entre los arrepentidos del viaje.

Fiesta social en el puerto, de guante blanco, a la que asistieron alumnos de la cátedra futbolística y los absolutamente ajenos a ello. Ocasión en que se pudo apreciar regionalismo puro y sabroso. Todo el mundo estuvo el jueves en El Morro; el tendero, el bolichero, el jefe de sección, todos; activos como no activos deportistas. No hubo enfermos en el puerto, esa tarde y quienes lo estaban dejaron de serlo, y los afectados al corazón llevaron toronjil en abundancia. Los barcos que venían en camino forzaron su marcha, tenían como hora de llegada las cinco de esa tarde. Los cerros marginadores de la media herradura en el puerto, dieron gracias a la excelente ubicación que les había dado la naturaleza. Los altos

hornos de la "CAP", en San Vicente, aparecieron radiantes comentando con los putiaguídos cerros del fondo. Talcahuano entero hizo la cimarra esa tarde del cuarto capítulo de la serial, "Albos contra Albos". Recuerdese que la primera había sido exhibida el cincuenta y uno, una mañana, y terminado en empate a uno, en partido que mostró luchando a dos personas que después iban a terminar de compañeros en Colo Colo Carrasco y Muñoz. Los capítulos restantes, el de Santiago, con ocasión de la prueba para Helsinki, y los dos restantes: Angol y este comentado. ¡Qué lindo se vió El Morro en la oportunidad de que hablo! Era un jardín humano de camisas albas y vestidos coloreados. Las casas, en el puerto, quedaron solas, buenamente entregadas a la custodia del fiel perro. Eso en las del plano, porque las de los cerros fueron vigiladas desde la cancha, de reojo. Los seiscientos mil y más pesos de taquilla correspondieron a cerca de catorce mil rostros distintos, pero igualmente llenos de fe y esperanza. Todo el mundo llegó al teatro de la revancha provisionado de aire suficiente como para gritar por horas y horas.

Al mediodía anduve por las calles y las subidas del puerto, mientras todo el mundo almorzaba. No anduve solo, lo hice acompañado por un tric trac gigantesco que era la mezcla de todas las ansiedades porteñas en coro, impacientes por la llegada de las cinco de esa tarde. Era una súplica por la pronta llegada de esa hora. Desde el Cerro David Fuentes, ví ondular sobre el puerto ese ruego como pentagrama elástico. Las casas parecían bailar, los cerros, rizar, y el mar, siempre bravío, se había calmado. Cuando bajé, los chiquillos rondaban como avecillas en busca de granos. Los bomberos tiraban sus mangueras hacia el fortín, desde los grifos de la calle Colón, para rocearla y alejar el polvo. Por último, el sol, hacía toda clase de esfuerzos por regular su calor a la misma temperatura de Angol, o sea quemar.

Al poco rato de terminar mi paseo, comenzó el puerto a vaciar su población hacia la orilla del mar. Fué algo como si hubieran estado aguardando tras la puerta. Desde los cerros descolgábase la gente. El espectáculo me pegó en el Cerro David Fuentes, frente a la cancha y de ahí no me moví hasta finalizado el primer tiempo del encuentro. Así ví la primera etapa por medio de las reacciones de la gente. Lo miré a la distancia. Los rugidos me indicaban los avances de la escuadra local; el silencio de muerte, los avances contrarios. Confieso que apenas soporté esa expectación nerviosa. Me sentí así como un almirante observando el puerto conquistado. Los buques de la bahía me parecieron empeñados en saltar por sobre las olas en su afán de mirar hacia el recinto donde se escribía historia deportiva. A pesar de apenas soportarlo, después, muchas veces, mientras Naval ha estado jugando, me he ido arriba de un cerro cercano para mirarle ganar desde el aire.

Los espectadores en la segunda etapa, cautelosos en sus gritos, como si temiesen distraer a los suyos y quitarles con ello alguna posibilidad de gol. Se oían más suspiros que voces de aliento. Tan repleta estaba la superficie del fortín, que hube de pasar a ocupar el último lugar disponible en la falda del cerro; o sea para el lado de los riscos que dan al

camino. Desde arriba parecía el plano un mar donde hubiera sido posible navegar o sembrar. En donde caerse del cerro no podía ser accidente. Alfombra compuesta de cabezas humanas.

La temperatura del ambiente era una verdadera caldera, a un punto tal que parecía pronta a estallar. ¿Por qué?, sencillamente porque los goles habían demorado mucho en llegar, aun cuando Lenguado había hecho uno en la primera etapa, pero anulado.

Cuando por fin el primero llegó, fué para el bando contrario. Ese pase de Robledo fué producto del fútbol del año dos mil. Sirvió el balón a un lugar a donde pasaría a recogerlo Aranda de pasada. Tanto cálculo encerró la operación, que nadie entendió. Todos creíamos perdida esa pelota, y sin embargo el "Negro" Aranda pasó con su fusil a cuestras y ajustó la mira de su botín derecho a Roa: éste estaba desarmado. Tan justa operación dejó inmóvil a Roa, y eso es mucho decir, porque en el mismo cotejo, en el primer tiempo, había sido un héroe. ¿El "mister" fué o no fué comprendido por su magistral obra de cálculo? Yo creo que no. Primero porque era un gol en contra y segundo por ser su pase demasiado perfecto.

El temor de que gol en el segundo tiempo es gol de victoria nos invadió a todos. Yo de mucho microscopio, algo ví, que no paraba de moverse en la cancha. Fijé la mirilla y fui a descubrir a "Lenguado", que disputaba aquí y allá, cambiaba puestos, intentaba disparos. ¡Tate!, dije, aquí hay algo. Ojo con él ¿Fué acaso el aviso del destino? No sé.

Vino el centro de Weber que "Lenguado", recostado hacia el lado de las tribunas, paró, eludiendo la desesperada marcación de José Campos —demasiado sabía de la peligrosidad del puntero con la experiencia del primer gol en la Ciudad de los Confines—, y luego de cambiar de pierna el balón, despidió ese tirazo que nos hizo remecer de gusto. Después de esto, Naval creció, y aunque, Ted Robledo luchaba como un león, la cuenta no sufrió variación.

¿Quién podría creer que estuve amenazado de recibir un puñete? Nadie, pero así fué. Un vecino ante la imposibilidad del gol chorero, y sin tomar en cuenta que me encontraba al borde de la muerte, a la orilla de los riscos que dan al camino, lanzó la amenaza: "Si Naval no saca el gol del empate, le pego un puñete al primero que pille". Ese primero tenía que ser yo. ¡Gracias amigo "Lenguado"! me salvó usted de una buena catástrofe. Y otra cosa curiosa, cuando se produjo el empate, lógicamente que había que celebrarlo, pero ¿dónde?, si no teníamos un pedazo de tierra disponible para hacerlo, apiñados y al borde del cerro donde estábamos. La solución se encontró subiendo un pequeño trecho por el cerro hasta una explanada pequeña al pie de la bandera de los goles. Ahí se abrazó la gente hasta que se consideró satisfecha y desahogada. Luego, como la cosa más natural del mundo, volvió a ocupar su puesto y continuó mirando el partido.

De la cancha al cerro hubo demostración de pulmones. Abajo, los veintidós hombres corriendo y corriendo; arriba nosotros, gritando y gritando.

En los once que corrían por el puerto, hubo para todos los gustos: Roa, un héroe, Rubén González, un león, Leal un émbolo y los cinco delanteros afanosos. Uno de ellos, el negro de Sewell, el interior: Rodríguez fué quien dió la lección del día, al ser vencido por el agotamiento, de tal manera que, yendo a disparar una pelota, quedó con todo el cuerpo agarrado y sin poder pararse. Sentado en la cancha se me figuró un monumento viviente al deporte. Estaba desfallecido de tanto correr.

Finalmente y después de vivir fiesta en la casa propia, las casas de los cerros recuperaron sus dueños y el puerto, la tranquilidad.

CUARENTA Y CINCO MINUTOS INOLVIDABLES

Paraguayos de Libertad — Paraguayos de Naval

Antes del 17 de octubre de 1954, nuestra zona sabía del fútbol argentino de Huracán y River Plate de Buenos Aires; del uruguayo de Nacional de Montevideo y del peruano del Alianza de Lima. Este 17 conoció el paraguay del Libertad de Asunción.

En el antigüísimo El Morro representaron durante noventa minutos, los simpáticos guaraníes. Esa tarde, a diferencia de anteriores oportunidades, el rival no fué un seleccionado penquista ni un combinado zonal, sino que se plantó frente a frente de las visitas, el Naval de Talcahuano. Así mientras en las otras ocasiones "Conga" Salas, Víctor Fierro, Segundo Godoy, Carlos Varela, Belmar, el "Jota", "Pecho de Palo" Picero, Orlandelli y otros habían disputado balones a Gómez Sánchez, Barbadiño, Legarios, Moreno, Labruna, Lostau, Rossi, Gambeta, Paz y otros, en la que ahora se comenta, Pillado, Roa, Torres, Lewis, trabaron a Maciel, Hermosilla, Rolón, entre otros. Por último la cancha Collao, escenario de las otras contiendas, se transformó en el fortín porteño.

A excepción de Huracán, todas las anteriores visitas habían contado con mi presencia en la cancha: aún cuando fuera de pantalón corto y chasquillas revueltas, y nada supiera de fútbol sino del pichanguero de las tardes en las aceras del barrio. Mirando jugar a River nada me pudo llamar la atención sino el "Petiso" Iácono y el flaquirucho Grisetti. Mirando a los peruanos, todos me habían gustado por el dribling elástico que lucieran y uno en especial, el arquero Legarios —no en vano me las daba de arquero a esa fecha— a quien siempre lo he recordado como un gigantón. Por último, observando a los uruguayos, lo único pasado el ceceo, recuerdo, fueron los seguros despejes de Gambeta.

Las presentaciones de los locales habían sido honrosas ante estas ilustres visitas, y la que menos conformó fué aquella cumplida ante los peruanos. Ante el River, en cambio, se había conseguido hacer un papel excelente. Para esa oportunidad, los morados de Concepción habían contado con el refuerzo de Castro de Colo Colo, y el "Loco" Méndez, de Magallanes, en la delantera; Almeyda, de la Católica, en la intermedia y Hernán Fernández, en el arco. Todos, como se ve, jugadores de la profe-

sional. Aquel día en la Collao pude ver la jugada más perfecta que recuerdo: el puntero Castro, corrido por su ala llegó a enfrentar a Gri-setti, el meta argentino, a quien supo burlar haciendo pasar el balón por sobre su cabeza. Sensata acción del alero que tenía que terminar en gol y que no fué. Norberto Jácono —capitán de muchos seleccionados transandinos—, half, uno de los que había quedado tirado en el camino del wing, en lugar de tomarse la cabeza a dos manos había iniciado fantástica carrera en línea recta hacia el arco. A nadie de los concurrentes se nos pudo ocurrir, ni por un sólo momento, que el mencionado defensor fuera a poder intervenir, y sin embargo, al final; tuvimos que convencernos de su cálculo y su cancha. En la misma línea blanca ensayó la chilena espectacular que alejó el peligro y el seguro gol que todo el mundo ya había celebrado con una exclamación poderosa. Muy bien recuerdo también que el público vivió un leve momento de desconcierto, en que primero intentó reclamar del rechazo por estimarlo hecho dentro de la zona de gol, pero inmediatamente cayó en el aplauso admirativo, en el homenaje a la increíble jugada.

También en el partido entre morados penquistas y uruguayos del Nacional se había anotado otro gol digno de pasar a la historia: Aranda,



Libertad entra portando una bandera chilena.

otro refuerzo que enviara al conjunto local, el Colo Colo capitalino, yéndose pegado a las populares en dirección al arco que da al río Andalién, se fué a encontrar con la línea de fondo que decreta el fuera de juego. Ante eso y a pura malicia proyectó un centro rasante, hacia atrás que, cual mortero, salió de los pies de Orlandelli para convertirse en el gol local. Ese partido, posteriormente no terminó por el retiro de los penquistas.

Estrujado así el recuerdo con los trescientos sesenta minutos de fútbol internacional anterior a la visita paraguaya, hemos de dar paso a la interesante visita de los guaraníes. Suceso nacido sobre la exclusiva base del prestigio adquirido, en los círculos santiaguinos, por la entidad porteña. Colo Colo ofreció la presentación del cotizado equipo del Libertad.

A cien pesos la entrada general, El Morro recibió, desde temprano, 10.675 personas que concurren a presenciar el examen internacional que Naval daba en su cancha. Con el valor de la entrada fijado en cien pesos no ha de extrañar que la taquilla llegara al millón de pesos. La lluvia del día anterior impidió que fuera más gente al estadio ribereño.

Se aplaudió a los mocetones extranjeros cuando pasaron del micro a los camarines, y luego cuando aparecieron para dar la vuelta olímpica. Con calma trote fueron cubriendo la cancha y dando margen al comentario interesante y de diverso tono... ¡pero mira que jóvenes son todos! ¡chitas los gallos livianos!, ¿Cuál es el tal Rolón?, ¿ese chicoco?, ¡No puede ser!. ¿Y ese gordito de chomba amarilla qué andaré haciendo ahí en medio de todos ¿qué?, ¿es el arquero?, ¡no, no puede ser!

La salida del equipo casero no merece comentario. Sin barullo extraordinario desde los costados, eso sí, porque nadie sabía nada positivo acerca de los "macheteros", ni de cuánto serían capaces los blancos del Apostadero.

La reunión tuvo solemnidad, se izaron los pabellones patrios de las dos naciones en lucha, y tuvo emotividad, cuando Manuel Roa, incontestable, besó la bandera chilena, mientras escoltaba su izamiento, hecho por el meta visitante.

—oOo—

A los diez minutos los porteños quitaron el aliento a todos los asistentes con la fuerza arrolladora de su accionar. Fueron verdadera tromba o huracán que todo lo arrasaba. Se sentía, viéndolos, la grandiosidad de la faena que estaban realizando. Gran cosa —sin duda—. Nada de torpezas, porque en frente tuvieron a un conjunto extranjero, el primero que pisaba el suelo de El Morro. Y nada menos que representante del famoso fútbol machetero, mostrado en Libertad con seis auténticos internacionales de sudamericanos y de las eliminatorias por el Mundial. Una vez más, pudimos ver, todos los asistentes, la actitud con que los once navalinos hacían frente a sus linajudos adversarios: tal como si estuvie-

ran ante cualquiera de los conjuntos regionales. Gran cosa, pues no debemos olvidar cómo los conjuntos profesionales, hasta hace muy poco, apesumbraban a los provincianos con la flema del mayor mundo que exhibían.

Diez primeros minutos de ritmo intenso, pudo verse en la cancha. Los comentarios nacieron solos, y en alta voz, con un eco de incredulidad tremenda. ¿Será posible?, ¡Pincheme, compadre!, ¡Si no puede ser!, ¡Cómo se le ocurre, esto es un sueño! La felicidad de ver tan bien plantado a los albos, se hacía insoportable por momentos. La memoria no guarda el número de avances, pero puede determinar que, en esos diez escasos minutos, ya "N" se había hecho merecedor a una ventaja. Se había creado las oportunidades que la hinchada lamentaba desde todos los rincones. Un cabezazo de "Zoquete", otro de Aedo, sobrador del arquero y rechazado a medias por Hermosilla, no en vano internacional negrirrojo. La velocidad, de alto promedio en el partido, la daban los contrarios con sus avances simples, pero incapaces, por mucho rato, de repasar el bloque navalino. Comprendan entonces los lectores ausentes esa tarde, el paroxismo que vivían, hasta ahí, los hinchas de la divisa marinera, más cuando el novato Lacroix, elevándose e iniciando una caída de espaldas al arco, semipeinó esa pelota al rincón donde pudo ver, de reojo, que el meta Vargas no estaba. Gol consecuencia de juego. Explosión nuestra consecuencia del gol. A segundos pudo repetir éste. hablo de Lacroix, su gracia, pero por ser novato y no veterano se atolondró y la oportunidad se hubo de perder.

De los diez al cuarto de hora, el partido siguió igual, esto es, insuperable. Al filo de los quince, Weber tiró fuerte al gol, pero su chute fué a encontrar un vertical que originó breve peloteo, liquidado. finalmente, por el mismo novato de Lacroix, osado muchacho que, sin historia todavía en las filas navalinas, se permitía esos arrestos de veterano. Dos goles los suyos, respuesta a quienes le habían tenido confianza. En lugar de celebrar el gol, Talcahuano enmudeció sepulcralmente. Ningún ruido se sintió navegar por sobre la bahía. El álito de vida desapareció en un ratito. Sólo el susto tomó expresión en las caras de los millares presentes. El dos a cero tenía que aparecer cosa del otro mundo, sobrenatural. Naval, de un puerto cuyo nombre futbolísticamente nada de grande ni sonoro ofrecía, dos goles; y, Libertad, de Asunción, República del Paraguay, cero. Cero un conjunto que había dado futbolistas como Arsenio Erico, Benítez. Imposible. Nada de raro que de las bocas de aquella buena gente presente, salieron oraciones rogando por mejor suerte para esos pobrecitos paraguayos que tan simpáticos y caballeros habían llegado a competir, tras tantos kilómetros recorridos. Muy posible, lo digo, porque, ¿cómo explicarse los sucesivos dos goles logrados por la escuadra guaraní en tan repentina forma?

Con el empate a dos las cosas volvieron a quedar tal como al comienzo, pero no sólo eso, el empate significó también tranquilidad a to-



Lugo obtiene el primer tanto paraguayo.

dás las buenas almas navalinas, que pensaban que era demasiado desconocer la gracia de esos caballeros deportistas, demasiado tomarles esa desmedida ventaja.

El empate fué el restablecimiento de la paz en El Morro. Efímero empate, pues al escaso minuto, el "puntero eterno", Weber, en la boca misma del arco patentó ese verdadero fustigazo convertible en la tercera conquista albiazul. Nuevamente adelante, contra todas las opiniones del público que, desde los costados, levantaba bandera blanca. Las fuerzas para alentar se extinguían. Sólo habían alcanzado, y apenas, para gritar se tercer gol. Pedíase a grito pelado que la artillería marina parase su accionar. Continuar, sostenían, era sobrehumano.

¡Qué acierto el mío cuando decidí mirar los partidos desde las inmediaciones de los arcos! Gracias a ello no perdí lo grande que fué ese gol de Weber. Constó de dos etapas; una técnica y la otra emotiva. La primera abarcó desde el momento en que ví aparecer ese centro bombeado sobre el área, hasta el fallido rechazo de un defensor listado. La segun-



Tercer gol de Naval, conquistado por Weber.

da corrió íntegramente a cargo del capitán náutico, y duró desde cuando cayera mansamente la pelota al terreno, hasta el choque suyo con las mallas.

Un delantero puede determinar, de una hojeada, las condiciones favorables para la obtención de un tanto, según como reciba la pelota o según la libertad de que goce al recibirla. Aquí Weber, fuera de foco hasta el rechazo, quedó con la primera opción tras fallar el defensor. Cuántas cosas pasarían por su cabeza en ese instante. Abrió y cerró los ojos, agachó la cabeza y, paralelo a eso, dió curso a la mecánica de su pie, de donde iba a salir el tirazo cruzado de imposible detención, aún para el mejor meta del mundo. Fué un bombazo que sobrepasó mi capacidad descriptiva. Su cara, tan repleta de deseos de gol, su mente plenamente concentrada en resolver la situación, merecieron la pluma del mejor escritor del mundo, como también del más minucioso observador de las grandezas humanas. El cañón de su pierna fué implacable en fuerza, porque la trascendencia del partido no permitía el lujo de tirar suave. Hubiera matado al meta paraguayo de haberlo encontrado en su trayectoria el balón. Y su reacción posterior, una cerrada de puños, nada más. Controlado hasta la exageración. Cuando más hubo una leve iluminación de su cara. No tuvo gesto descontrolado ni salto desahogador. Sólo sus puños resumieron la emoción sentida.

Ni el empate paraguayo, ocurrido después, ni los minutos restantes del primer tiempo, ni el definitivo cuarto gol de ventaja le quitaron el lugar preferente a este tercer tanto navalino, obra maestra de un hombre. Justo con él dejé de vibrar emocionalmente esa tarde. Después que le ví correr hacia el centro del campo terminó para mí el gran partido internacional entre estos dos verdaderos campeones.

Curioso podrá parecer a los lectores la manera de comentar este partido. Pero para ello no tengo sino una sola respuesta: más que la descripción detallada de los cuarenta y cinco minutos que un cotejo fut-

bolístico deja, me interesa, por sobre todo, lo humano que de él se desprenda. Por eso no hablo en presente. Pretenden llevar mis palabras un poquito de futuro.

TEMPORADA EXTRAOFICIAL ANTERIOR AL REGIONAL SEXTO

Ferrobadminton o un tren descarrilado

Los "tiznados" abrieron una temporada de insospechada importancia posterior. Por cinco goles contra tres triunfaron los dueños de casa. Nadie pensó, viendo jugar a los ferroviarios, en la potencialidad que iban a tener en el torneo profesional de ese año, en el que los desconocidos Focchi, Lamas, D'Angelo, de ese día, se levantaron como figuras auténticas. A esa fecha, la gente permanecía aún hinchada de las playas, de tal manera que El Morro recibió una escasa concurrencia.

UNA ACADEMIA QUE NO LO FUE

Naval, 3; Magallanes, 1.

Cinco mil personas y unas ochocientas más, vieron la victoria local en este partido no perfecto, pero superior al sostenido con los ferroviarios. Fué característica de él, la impresionante entrada que hicieron los navales; la comprobación de la eficacia en el un dos Bravo—González, el tercer tanto de "Pinga", y, por último el estreno de las camisetas manga larga —por primera vez en el Regional— que hicieron en la oportunidad los navalinos.

Los magallánicos llegaron muy en son de experimentación y se llevaron, en lugar de una cómoda victoria, una humillante derrota, porque el score nada dice del dominio local. Claro que hombres como Valdés, Morales y Soto no vinieron. El primero de ellos estaba concentrado en la selección nacional para las eliminatorias mundiales y los dos restantes, en Colombia, acompañando a Palestino. El macizo Pellegrino, con posterioridad titular en el arco de la "Academia", y hoy en La Serena, hizo un partido que nada dijo a los espectadores.

UN GOLAZO Y UN AUTOBUS EN PANA

Santiago Morning cayó por 3-0. 14 de marzo de 1954.

Esa tarde, cuando bajaron del micro, los jugadores del Morning ofrecieron una impresión muy distinta a la causada por los de Magallanes. Las figuras de Expósito, Aguilera, Würth, Oscar García, Meneses, lucieron prestancia propia, ¡claro que pura prestancia!, pues a escasos cinco minutos de empezada la contienda, ellos y el equipo habían desaparecido lastimosamente de la cancha. Cinco escasos minutos de pases la-

terales, de algunos dominios de pelota, de uno que otro cambio de juego interesante. Nada más que eso, en todo el partido.

Cuando el pito puso fin a la contienda, también puso fin a una demostración que la delantera local hacía frente a las tribunas. Demostración larga e incómoda para los defensores albinegros. En un momento, y como intento de poner coto al dominio, se hizo ingresar a un conocido de las canchas regionales: el negro Vásquez que jugara en Fanaloza y Gente de Mar. Ya no era el mismo. Extraño hombre el morocho peruano, porque en el transcurso del mismo año apareció en la Unión Española, con bastante éxito, aunque por corto tiempo.

Por último, estampemos las viñetas más interesantes que nos ofreciera este partido. Un gol de esos producidos de tarde en tarde.

Cobrada una falta, fuera del área de las visitas, fué decretado el correspondiente tiro libre. Todo el mundo creyó ver en el servicio de éste, uno más de los tantos que van, o a las manos del arquero o salen fuera del campo. Como siempre, se formó la barrera, pero el resto no fué lo de siempre. Aedo y Leal colocados en línea tras la pelota, tomaron carrera simultáneamente y cuando todos esperábamos la explosión del chute, vimos que Aedo la empujaba suave hacia el sector derecho. ¿Pero cómo, si por ese lado no se divisaba a nadie? Extraño caso. Lo que había impulsado a Aedo a servir hacia ese costado, era la disimulada caminata emprendida por el back wing Torres. Mientras se hacía todo lo común, el "Cara de Cueca", chuteando piedrecitas a su paso y silbando la canción de moda, había llegado a ponerse casi a línea con la zona del servicio; por eso cuando la pelota se fué suave sobre ese costado, embolsó como un saltador de alto, y muertecita la tomó con soberbio tiro arrastrado, dejando canalcita en el duro suelo morruno. Lo que vimos después fué la figura de Expósito estirada inútilmente, las caras de sorpresa de los defensores del Morning y, un hombre saltando locamente: Torres. En un comienzo nadie entendió nada de la jugada, por lo rara, original y nueva. Mucha gente, desde arriba del cerro, movió la cabeza en gesto compasivo cuando miró las contorsiones del defensor navalino. Pasó largo rato antes que explotáramos haciendo, nosotros, el loco por el retrasado asombro de la espectacular jugada.

¡Como ese gol no habrá otro en medio siglo!, ¡Fué una creación!

NEGRO, EL TRECE

Everton, 1; Naval, 0.— 21 de marzo de 1954

En fiesta verdadera y agradable cayó el invicto ante los profesionales. Everton, completo de arquero a wing, le hizo la zancadilla. Cumpliendo al pie de la letra con el contrato, extendió sus líneas con todos sus titulares, esto es: Espinoza, el controlado y eficiente arquero; Torres; Rodríguez —el hermano de Lelio, de Fiap—; Barraza; los internaciona-

les "Pelusa" Arenas, Meléndez, Alvarez y Hurtado; el peligroso Lourido; la maquinista Cid y las nuevas figuras Ossandón y Molina. En consecuencia le fué permitido a Talcahuano ver al Everton esperado desde cuando había salido campeón el año cincuenta.

El espectáculo, una fiesta de gala verdadera: autoridades y tribunas engalanadas. En el Campo Municipal penquista se enfrentaban, esa tarde, un combinado de jugadores profesionales argentinos y la selección de Concepción. Alguien a mi lado, cerca de las tribunas, dijo: "Pensar que estuve por ir a Puchacay. Hubiera sido una lástima, porque me habría perdido esta linda tarde de fútbol". Sin decirlo expresamente se alababa la organización del espectáculo. Se veía linda la cancha.

Para la concurrencia que dió una recaudación de más de cuatrocientos mil pesos, el partido fué no sólo el mejor de la corta temporada extraoficial sino uno de los buenos vistos en El Morro. Elegancia de fútbol por parte de los ruleteros y derroche de tesón por los navalinos, en el afán de imponer su juego.

Los diestros jugadores "guata-amarilla", instalaron una fábrica de pases laterales, de éxito halagador, pues se adueñaron de la iniciativa. Si por casualidad no lo hubieran conseguido, ¡pobre de ellos! Quién ganó con ello, fué el público, porque, junto con ver trabajar la máquina de pases, pudo ver también los esfuerzos honrados de nuestra gente para trabar y desajustarla. Pillado y Aedo buscaban pelotas con tesón. Se sentían burlados, pero no por eso dejaban de porfiar. Miraba Leal su sector y hacía cálculos para determinar por dónde cortar el funcionamiento de esa madeja, pero no podía concentrarse para no descuidar a Meléndez. La defensa, en cambio no se inquietaba, porque todos los propósitos de los evertonianos se dirigían a dominar el campo y no a visitar el arco. Luego la otra razón, era la probada capacidad del bloque chorero, donde sólo Lewis sudaba la gota gorda con la velocidad de Alvarez. Alejandro Torres, en el otro lado, se bastaba para el internacional Hurtado pese a su juventud. Costó es cierto para que los cinco delanteros locales tomaran el paso, pero cuando lo hicieron, elevaron la calidad del partido; y contribuyeron a valorar el juego de Espinoza, —de quien dijo un espectador—: "buen gallo"; ¿La diosa fortuna falló al color blanco? Hubo unos tirazos cuasi goles, pero eran detenidos por el meta, ¿Entonces, ¿qué podía indicar sino mala suerte? Por tres que fueron a los postes cabe culpar a la suerte. Dos escuelas y una lección grande para los espectadores: Everton, ya he dicho cómo jugaba; Naval, hacia adelante y de dos o tres pases cuando más. Los visitantes, hacia los lados. Pillado parecía un verdadero "asalariado" corriendo para todas partes sin obtener premio a sus desvelos. Weber tenía su sombra en el eficaz juego de Barraza. Lenguado no encendía la mecha de su dinamita.

Llegado el descanso se fumó en pose agradable. Se ensalzó a Meléndez y se admiró la marcha cansina, pero raramente agradable de los evertonianos. Un conocido señor penquista, resignadamente de pie en las tribunas, le dijo a su amigo: "Y bien, pasó lo primero, esperemos lo segundo".

Y lo segundo llegó más equiparado, pero estaba escrito que el partido había de ser para quien marcara el gol, Talcahuano hubo de hacerse el gentil y dejar ese gol a las visitas. Frente a las tribunas, Vera fué superado en el salto por Hurtado, quien, con la supremacía del balón en sus pies, la tocó hacia el centro. Ossandón, a la carrera, pudo tomarla con campo abierto e irse donde Olivares le comenzaba a cerrar ángulo. Intentó una defensa Lewis, pero al ir lanzado permitió el quite del viñamarino y luego, el gol.

Hubo avances pasado el tanto, pero el pleito estaba liquidado. "Lenguado" se esforzó por servir un penal ante hand de Barraza, pero ya alguien había dicho que Espinoza era un "buen gallo" y lo demostró desviando el servicio esquinado del artillero porteño. Pareció que la cuenta no quería ser modificada por tiros así. Quería goles de juego.

Aún con el dolor del gol, el público abandonó, contento, el estadio. A la salida escuché muchas opiniones semejantes... "Meléndez es superior a Robledo, tiene más vida, juega más para nosotros y, al mismo tiempo hace rendir al equipo; en cambio el "mister" lo da todo al equipo y como lo que da no estamos en situación de entenderlo, no lo vemos lucir". Sé basaban en lo visto esa tarde y en lo que jugara el centro "made in England", el 17 de diciembre del cincuenta y tres.

Martín García, entrenador de los ruleteros, dijo a "La Patria": "Everton jugó un gran partido y, con su juego lento, desconcertó a Naval que juega en base a su velocidad. Estimo —ésto es lo interesante de sus declaraciones—, que siempre los náuticos tropezarán con cuadros como el nuestro y Palestino, no así con un Colo Colo, Audax y otros del fútbol profesional, por basar éstos su juego en la velocidad, en donde ninguno podrá resistir a los campeones que salen de la cancha con las mismas energías con las cuales entran".

UNA TEMPORADA TRASCENDENTAL

Austria, de Viena: Defensor, de Montevideo

El 30 de enero de 1955, por primera vez en su historia, El Morro supo del juego de un conjunto europeo de fútbol. Me refiero a la visita que hiciera el Austria, de Viena.

Veinte años atrás los austríacos hubieran asombrado a medio mundo, ganado con comodidad, pues eran otros tiempos. Si así no ocurrió fué porque Naval también ha viajado a Europa, y con ello adquirió el mundo que le impidió sentir complejos ante esta visita. Para los espectadores, también fué diferente la llegada de los rubios europeos. El mundo ha variado mucho y con el progreso de la aviación, las distancias han transformado el concepto de lejanía con que mirábamos el Viejo Continente. Confieso que ese treinta de enero no me sentí más impresionado que otro domingo corriente. Francamente hubiera gustado más haber visto a los vieneses a la edad del pantalón corto y las peladas a cero.

Para llegar a Talcahuano, estos rubios, debieron tomar en la ca-



Mosaico con jugadores, capitanes de Austria y Naval. 30 de Enero de 1955.



Weber y Tejera se saludan. Defensor-Naval.

pital, el avión en la mañana de ese domingo y guardarse todo el cansancio acumulado en el partido contra el campeón profesional de la temporada —Universidad Católica—, en la noche anterior. Además, cual troupe, los muchachos de la tierra del vals habían venido jugando por las canchas sudamericanas en verdadera maratón. Lo digo en honor a la verdad, antes de llegar al comentario del partido y a realzar la performance de los nuestros.

Pues bien, resulta interesantísimo comentar, ahora, la situación que años atrás se hubiera producido. Hastiados de fútbol, viajados hasta la exageración, los europeos se habrían impuesto siempre, ¿debido a qué?: a la falta de roce; ya nacional o internacional de los locales. Eso es lo que lució Naval en la oportunidad que comento y lo había adquirido gracias a ese gran viaje, capítulo de honor en el libro.

Este comentario no es técnico, sino emocional, histórico. Persigo ubicar al lector, a los hinchas de la enseña chorera, y gritarles fuerte, ¡las anchas puertas del futuro para el porteñismo se han abierto! Y gritando ésto pretendo madrugara a la historia.

Ya dije que los gringos venían hasta El Morro, corriendo seguido por toda América. Esto se hace importante para que entiendan que sólo pudieron resistir los primeros minutos en completo dominio de sus facultades futbolísticas. En esos cortos instantes pudimos darnos una idea del fútbol cuarto campeón del mundo. Se movieron muy bien e hi-



Tercer gol marcado por "Pinga".

cieron maniobras de mucho valor, revelando facilidad de jugar. Desperdiciaron muchas oportunidades en esos primeros minutos. Solamente el wing Stojaspal hizo lo cuerdo, y como quien va al mercado echó la pelota al arco de Roa. Parece que eso fué lo último de peligro que hicieron. Después los nuestros comenzaron sus visitas, y en una, "Pinga" hubo de ser trabado por el parejamente fornido meta austriaco. Al poco rato, Weber sacó humito con una bolea fenómeno, escasamente desviada. Vino después el gol de Sergio González, conseguido al disparar superando la salida del meta visitante, tanto que se vió reforzado por su "compadre" Bravo que apareció corriendo desde un costado. Una mano, vista por el árbitro, demasiado severamente dió la segunda oportunidad de hacer cuenta a los locales, al servir "Pinga" el penal como la ley manda. Verdadero fusil de repetición, el interior tomó por su cuenta el tercer tanto al madrugar la salida, —tal como se ve en la foto—, del portero vestido de negro. En pleno segundo tiempo, "Zoque" González, que pasaba frente al arco, sin dar sensación de disparo, de media vuelta, sorprendió al guardavallas austriaco y cerró el marcador.

Debido a la durísima campaña en Chile, así como en los otros países de este continente. Owick, el mejor medio del mundo, había entregado sus armas en Santiago y no pudo llegar por eso a Talcahuano. Desde la capital había partido directo a su tierra. De entre todos los jugadores europeos de la tarde uno, Stolz, impresionó al aficionado.

MATE AMARGO A LAS VISITAS

Naval, 2; Defensor, 0.— 5 de febrero de 1955.— \$ 802.900

Con la entrada de Radiche, Amaral, Holdoway, Tejera, Ferreyra, Sosa, Miramontes, Piriz, Demarco, Sasías, Miloc, Ferrer, Gaitano y Pinto, quedó registrado el arribo, también por primera vez, de un conjunto uruguayo al antiquísimo El Morro. Con la salida entre abrazos de Roa y sus boys, quedó registrado el primer triunfo conseguido por los porteños sobre un conjunto uruguayo. Defensor fué la víctima.

El conjunto oriental llegó portando el antecedente de cuarto campeón en la competencia del fútbol charrúa. Esta tarde se juntaron el inspirador y la copia; muchas veces tratando de definir el estilo de los navalinos se les indicó como uruguayos. Para todos, el partido fué la oportunidad de comprobar si habían estado equivocados o no.

Noventa minutos variados, pero no extraordinarios, en los que hubo de todo: goles, —para mejor—, en el arco contrario; salvadas, —también para mejor en el arco nuestro—; garra por ambas partes, ya que los charrúas no podían negarla ni los choreros regatearla. No ocurrieron cosas extraordinarias.

Dos triunfos como éstos ante equipos extranjeros han tenido que servir para que, en Europa y una parte de nuestra América, algo se hable acerca de, "un puerto donde hay un club y una cancha muy pin-



Navalinos y Uruguayos antes del match.

toresca". Quizás si se aproxime la oportunidad en que este club deba salir ahora no en forma de selección sino como club, a competir con instituciones amateurs de los países vecinos.

Los detalles de los minutos jugados han perdido actualidad, menos los goles, porque éstos no son detalles que la pierdan. En este caso menos, pues van a servir para referirme a una figura de la cual ya he escrito en forma emocionada: José Saavedra o el "Niño Angol". Pues bien, el "Lenguadito", sin nervios —pudo tenerlos, pues era su bautismo internacional—, tomó un centro corto de Bravo, en la misma boca del arco, y tras cambiar el balón de pie, lo mandó al lado donde el internacional Radiche no estaba. En la segunda fracción, tomó por su cuenta la esquina del banderín, en donde su marcador urgido por despojarlo cayó en la trampa urdida como ladino que fué. Dribleando hábil, incitó a cargarlo con todo el cuerpo. Al conseguirlo, embalando, pudo dejarlo atrás e irse sobre la línea de fondo y planear el centro rosante que cruzó por entre toda la defensa y llegó al pie siempre hambriento del puntero Weber. Siguió al gol conseguido en la cancha el grito colectivo desde fuera de ella. En ese instante, Leal y Saavedra chico, se unieron en un abrazo, por el cual el half reconocía en el "petiso puntero" al autor virtual del tanto .

Aún cuando con ese dos a cero y el standard mostrado por quienes lucían la ventaja poco podía prestarse para un vuelco en las acciones, los orientales se negaron a claudicar. Vivimos unos buenos instantes con angustia por un gol enemigo. Ese rechazo largo y alto de los defensores uruguayos tuvo su expresión en el veterano Tejera. ¡Y qué arma eficaz en ellos! Cada rechazo un peligro de gol. Tres tiros a las esquinas pudieron haber sido goles y sin que nadie hubiera podido cargar con Roa: "A menos tiempo para finalizar más garra", pareció ser la regla de juego de los vencidos. Arreciaron sus ataques, y a su estilo propio, unieron otra de sus características. Tejera empujaba con sus gritos cada avance: "Tira botija", "dala botija", "firme botija" y a esos gritos parecían cobrar alas los cabros uruguayos. Eso lo pueden ellos nada más, Tejera en El Morro era Obdulio Varela en Maracaná. Pero su empeño no pudo traducirse en goles. Y no pudo porque Roa en su arco se colgaba a todas las pelotas que le enviaban los muchachos alentados por él. Entregó la valla invicta e hizo justicia a su cualidad: nunca se perderá un partido por su culpa. Torres, colaborador de su arquero, tuvo a su cargo el papel de héroe, cuando en una oportunidad, —registrada en la foto—, rechazó, en la línea, un tiro pasado bajo el cuerpo del meta.

Hay momentos importantes que pasan fugaces. Weber y Tejera



La justa estirada no evita el disparo y la pelota toma el camino del gol. Torres, que se vé más atrás llegará a tiempo para despejar por sobre el horizontal.

estrechando sus manos a la vista del árbitro y guardalíneas muestran uno. El capitán navalino, aun cuando es uno de los más veteranos en el conjunto, alcanzó a soñar, en sus días de pichanga, con jugar alguna vez frente a esos señores del fútbol que parecían hechos de fierro. Tejera, ahí a su frente, fué uno de aquéllos. Imagínense, lectores, cuanto significa, entonces, el apretón de manos que da el porteño. Su cara lo puede revelar. No muestra la sonrisa intrascendente, apreta serio la mano.

Hoy los rubios europeos estarán de vuelta en su tierra romántica: los sudamericanos estarán tomando mate en las calles de Montevideo—así lo hicieron en Concepción—, en tanto, en Talcahuano, perdidos en el uniforme ritmo de vida del puerto, los jugadores navalinos han quedado con el recuerdo de estos dos victoriosos confrontes. Recuerdo de dos tardes en que lucharon desinteresadamente, buscando honra. En las



En Hualpencillo al regreso de La Serena jugadores e hinchas. Luis Leal y su hijito.

dos tarde tuvieron a mano vivir grandes momentos envidiados por cuantos soñadores jóvenes miran el fútbol como campo donde encontrar satisfacciones. Ellos tuvieron a mano gozar lo envidiado. Es de esperar que lo hayan gozado.

DOS A CERO EN LA SERENA

¡Cuánto alcance prometía tener el doble confronto entre las selecciones de La Serena y la Naval, fijado por la ANFA, a fin de determinar quién de los dos tomaría la representación del amateurismo nacional para el Panamericano de México. Y todo no fué sino promesas, porque de los dos sólo se realizó un match: el del Estadio La Portada.

Hasta allá llegaron los porteños en un avión de la FACH y ganaron dos goles a cero, pero el resultado no aportó nada. Lo lamentable fué que la selección norteña no se había preparado y por ello la contienda nada dejó para el recuerdo. Ostentaban el título de bicampeones de Chile, pero, por ser selección, necesitaban preparación previa antes de cualquier compromiso. Esa vez no se hizo y ello los hizo defenderse a pura improvisación. Propósito fallido.

Más lamentable fué lo que siguió; el segundo partido que correspondía jugarse en el puerto, no se realizó por una situación confusa, de la que salió un castigo aplicado al cuadro de Naval y a los dirigentes, castigo consistente en la inactividad por seis meses a la Asociación Naval.

Algo hubo en despliegue de fuerzas del navalismo: una camioneta viajó hasta la capital de Coquimbo. Fueron un fotógrafo de la prensa local y cronistas deportivos, pero nada más, porque ya habría oportunidad de ver la copia en el puerto.

MARINOS CERCA DE "EL TENIENTE"

Empate y victoria ante los rancagüinos

Este suceso nació para dar oportunidad a los porteños de presenciar el Campeonato Sudamericano celebrado en Santiago. En efecto, se les hizo llegar a Valparaíso, y desde ahí viajaron a la ciudad del histórico sitio, donde enfrentaron al hoy O'Higgins, a esa fecha con el segundo apellido de Braden. Empataron a 3 goles.

En esa oportunidad, los rancagüinos lucían su cuadro, tal como lo lucen todos los recién salidos de la División de Ascenso; gente tomada de las reservas de los conjuntos profesionales: Peñaloza, De Luca, por ejemplo. Hoy, en cambio, con el visto bueno de la Profesional, lucen sus filas, argentinos y hasta un paraguayo.

Resulta importante dejar constancia de que el seleccionado serense, al cual se le hiciera viajar desde su ciudad hasta el centro del país fué vencido, por concluyente cuenta, por este O'Higgins. Por tan concluyente cuenta que las autoridades chilenas hubieron de postergar toda idea de mandarlo como representante chileno a México.

CINCO NAVALINOS EN BUENOS AIRES

Ernesto Saavedra, Arnoldo Weber, Isaac Carrasco, Sergio González y Amadeo Silva, en el Panamericano de 1951



Cuadro chileno en Buenos Aires. Hincados de derecha a izquierda, se puede ubicar a "Lenguado", el primero y a Isaac Carrasco, el penúltimo, en el mismo orden. En la fila de pie, se puede distinguir a García, el hoy back centro en Huachipato; a Massaro, acompañante de los navalinos a Helsinki y a Pizarro, el meta reserva de Colo-Colo, que fuera asesinado en 1955. Además figuran Núñez, ApioIazza y Esquivel, integrantes de conjuntos profesionales, como resultado de sus actuaciones en el torneo.

Este suceso nació por mediación de la visita hecha por un seleccionado de la zona central al Campo Municipal, el mismo día que, en Tomé, Serrano y Lord definían, con su match, el torneo del año 1950. El seleccionado visitante venía dirigido por Luis Tirado y su viaje obedecía a los propósitos de la Federación, de buscar elementos provincianos con los cuales formar un seleccionado amateur para participar en el Panamericano a celebrarse, en Buenos Aires, en febrero del año siguiente.

Pobre el partido de esa tarde, en el cual los jugadores del combinado regional, rival de las visitas, cual más, cual menos, sintieron la posibilidad del viaje pesando en el rendimiento. Hombres como Roa, Pillado y otros no pudieron armonizar, ni destacar solos, en el naufragio de todo el equipo.

Pero, como un técnico viene a mirar y no a criticar, algo sacó de

la visita, y llegando a Santiago pasó el resumen de su observación: Saavedra, Carrasco y Sergio Gonzalez debían viajar a Santiago, además de Barros, del Fernández Vial. Allá se fueron, pero por obra de los entrenadores, terminaron por ser incluidos solamente Carrasco y Saavedra. Barros, puesto en un partido prueba en el Estadio Nacional, pagó los platos rotos en el naufragio de toda la defensa. Utilizados oficialmente los nombrados, el zaguero vialino y el centro delantero de Naval, fueron llevados, sin embargo por cuenta de la Federación, en calidad de acompañantes. Posteriormente se mandó a buscar, desde el mismo Buenos Aires, a Weber, al que se utilizó en contados partidos. Amadeo Silva fué a la capital del Plata, por obra de la gente del puerto de Tumbes, que consideró provechosas para el entrenador, las lecciones que podría recoger en el torneo.

En el campeonato mismo, el half Carrasco pasó a ser toda una figura, en el puesto de interior izquierdo. Jugó todos los partidos, y lo hizo con calidad, constituyendo, de paso, su intervención en esa justa, un verdadero suceso dentro del navalismo.

HERMOSO 17 DE SEPTIEMBRE

Naval. 2: Wanderers de Valparaíso. 0.— 17 de septiembre de 1954.

Pisando Naval los talones al cuco del año cincuenta y cuatro: Fiap, la gente del puerto no podía quedarse sin arriesgar en la búsqueda de empujadora gloria. Hicieron un alto en las batallas regionales y pidieron a gritos la presencia de un conjunto profesional a quien bajar el moño.

Como respuesta arribaron al puerto del molo 500, los verdes caturros de "Pancho", verdaderos animadores del torneo profesional. La maravilla de Geronis, el centro delantero argentino, sensación en Santiago, el macizo Quitral, la temible ala de Fernández y Guillermo Díaz llegaron a El Morro. Y llegaron nada más, no ganaron, ni empataron, ni siquiera entusiasmaron, porque los nuestros, como navaja, —reflejo de la enconada lucha sostenida con los fiapinos por la punta de la tabla regional—, no los dejaron hacer nada. Dos a cero fué la cuenta, y ¡Naval!, el grito endieciochado que toda la hinchada engreída lanzó durante las Fiestas Patrias de ese año.

Cuatrocientos y tantos mil pesos de recaudación y el paralelo buen público, constituyeron el primer número de celebración del aniversario patrio. Veán entonces si no hay un fin social en Talcahuano aparejado a Naval. A las fiestas pascuieras del cuarenta y nueve y el verdadero suceso social de la revancha con Colo Colo, agregó la institución del Apostadero, ésta muestra elocuente de saber ponerse a tono con las circunstancias.

EXTRA ESLABONES

Talcahuano. 20 de marzo.

O'Higgins Braden, tras conquistar el Ascenso Profesional tenía hambre de lucir su conjunto. Por un peso hubiera jugado con el campeón del mundo. Por ello llegó hasta El Morro afanoso de sacar patente de

grande ante el más famoso retador de los conjuntos profesionales. Pretendía quizás dar por tierra con esta aureola.

La verdad es que el conjunto rancagüino resultó pretencioso en extremo, porque a más del lógico cansancio posterior a su agotadora campaña en la serie de Ascenso, el concurso de hombres ya agotados de fútbol como Peñaloza y De Lucca no le permitían tales arrestos. Perdieron 2—1 y no aportaron nada al espectáculo.

DE TAL PALO TAL ASTILLA

Noviembre a diciembre.

Un hombre curtido por los dichos y las expresiones no vacilaría en decir: "De tal palo tal astilla", para referirse al talentoso retoño del navalismo; el primero llamado Naval B, luego "Navalito" y por último Naval Amateur.

Noviembre 6, marcaban los calendarios cuando el mocito porteño se lanzó en busca de la consagración como un verdadero envidioso de los laureles del papá. Talca y Victoria supieron de sus ambiciones primero que nadie, cuando en la cancha El Morro sufrieron sus goleadas, 9—0 y 6—3, respectivamente.

Después partieron "a la ciudad de La Frontera", Temuco, para allá enfrentarse con los finalistas zonales del país y disputar la corona de campeón amateur del fútbol.

Y cuando el pito de un árbitro puso fin al último partido, Chile entero supo al Naval Amateur, vicecampeón del territorio en empate con la selección temucana, los dos bajo Iquique en la tabla de posiciones. Hazaña porque sólo perdieron ante los campeones y en cambio triunfaron ante: Osorno 5—4, Rancagua 3—2, y empataron con Calera 0—0 y los dueños de casa también 0—0.

Ultima gran obra de "Pepe" Sandoval —su entrenador—, antes de bajar a la tierra sobre la cual conquistó, en vida, campeonatos nacionales y sudamericanos de box, años atrás.

PLATOS EXTRAS 1956

Fúnebre Incursión.— Viña del Mar y Valparaíso.— 14 al 22 de enero.

He aquí el primer paso en falso de un campeón, pero... una defensa compacta formada tras temporadas de jugar junta, al verse quitada de dos de sus integrantes, siente el efecto de un garrotazo dado en plena nuca de un hombre. Fué el caso de Naval cuando partió al norte, animoso como siempre, en busca de más laureles.

Dos de sus elementos —Guerra y Lewis—, al resolver su incorporación al profesionalismo habían quedado al margen del equipo y producido la disminución de rendimiento en la defensa del campeón. Se dió

así el caso que, reemplazados en la cancha por dos suplentes, éstos no pudieron convidar al conjunto el compañerismo que Guerra y Lewis habían estado completando por tres años.

Definitivamente ha de convenirse que no pudieron ser normales esos resultados de 0—5; 2—7 y 0—3, logrados ante Everton, Wanderers y San Luis, respectivamente. No pudieron ser normales para quienes llegaron luciendo un título 6 veces ganado, exitosas presentaciones ante conjuntos extranjeros y profesionales, para quien, incluso, había actuado antes en El Tranque empatando con Everton.

Claro que todo no fué negrura en la incursión, algo luminoso se vió. Eso fué, la cantidad de 665 socios con que figuró el club de Talcahuano en los controles del Estadio El Tranque, la noche en que se jugó con Everton ante 9.000 personas con taquilla cercana al millón de pesos. Aspecto lindo al comentario porque Wanderes y San Luis —locales—, no le superaron en ese aspecto.

Afortunadamente la región, por esos mismos días tuvo consuelos que ayudaron a pasar la pena. Supo, por ejemplo; que Gonzalo Rojas, el saltador penquista había obtenido el vicecampeonato de la garrocha en el torneo sudamericano de universitarios en Montevideo; que Carrasco y Rodríguez, dos ex valores suyos habían ayudado a Colo Colo a vencer, por dos veces, al Austria de Viena y que la selección nacional había conseguido clasificarse vicecampeón en el sudamericano extra efectuado en la capital de Uruguay.

LA CRUZ ENEMIGA

Católica, 3; Naval, 2.— Cancha El Morro.— 30 de marzo.— taquilla \$ 867.440.— Goles: José Saavedra (2); Infante, Baum y Moro.

Fué este un encuentro que hizo decir a los porteños, ¡por fin!, pues los católicos desde el año 49 habían estado prometiéndolo visita. Es claro que fué un ¡por fin!, dicho con pocas ganas, una vez terminado el partido.

Niños diablos los universitarios, como Infante, Vásquez, Carvallo, Litvak, Baum, Moro, Cisternas, Sánchez y Núñez, consiguieron ser los segundos —entre los clubes profesionales— que obtenían triunfos ante Naval en El Morro. Los primeros habían sido los evertonianos.

De nada valieron los dos goles de "Lenguadito" Saavedra. Sin embargo, contenta quedó la afición porteña esa tarde porque, a más del juego agradable de los dos rivales hubo una procesión de goles: cinco, el primero de los cuales, de Infante, fué conseguido al escaso medio minuto, y el de empate navalino al mismo tiempo después.

Y NO FUERON VENCEDORES LOS BAIANOS

Palestino, 1; Naval, 1.— El Morro.— 23 de abril.

Desde su mismo ingreso al profesionalismo, Palestino ha tenido

patente de grande, de esa que ya había venido a exhibir con su título de campeón y con hombres como Bravo, Coll y Pérez.

Esta vez la razón de su viaje fué, probar la capacidad del nuevo campeón regional: Huachipato, a quien venció 3—1 en el Campo Municipal penquista, el 21 de abril. Con ese primer resultado a su favor y pensando en agregar otro triunfo a su cartera, avanzó Palestino hacia el Pacífico en busca de los marinos.

En día de semana se encontraron; un martes. En el puerto se puede hacer esa gracia seguro de encontrar siempre hinchada dispuesta.

Fué un partido en el que uno de los rivales: Palestino bendijo la existencia de los segundos tiempos, porque con uno sólo habría terminado perdiendo por la mínima diferencia, conseguida por el infalible José Bravo. Tuvieron que correr 20 minutos de la segunda etapa para obtener los "baisanos", por medio del entreaña Fernández, la igualdad en la cuenta.

Y que nadie diga hoy que el Palestino de la oportunidad fué un equipo despreciable. No podrían porque con él llegaron hasta El Morro, Donoso, Baldovinos, Pérez, Fernández, Casales, Guillermo Díaz, el ex navalino García y el ex fiapino Silva, entre otros.

DOBLE VICTORIA ANTE EL CHUNCHO

18 de Septiembre.— Naval, 3; Universidad de Chile, 2.

2 de diciembre.— Naval, 2; Universidad de Chile, 1.

Había que celebrar el 18 de Septiembre en grande, como siempre lo ha acostumbrado "N". Lo prueban Wanderers y Colo Colo, perdiendo con él en la misma fecha, en años anteriores. Para esta vez se quiso a la Universidad de Chile de los internacionales Musso y Leonel Sánchez. Como más arriba se ve, el resultado fué favorable a los dueños de casa.

Para el segundo encuentro, el pretexto fué; que había que pasar el trago amargo por la pérdida del campeonato. Volvió de nuevo el club universitario, con la especial idea de venganza en su cabeza. Buenas intenciones que fueron benéficas para el público porteño, que vió así, al "Chuncho" con todos sus titulares. Intenciones que no fueron lo mismo para el arquero Pacheco, los argentinos Riera, Arenas y Ferrari, De Lucca y los internacionales Musso y Sánchez, pues la derrota se repitió de nuevo aunque por diferente cuenta.

TALCAHUANO, PARIS Y LONDRES.

Rangers de Talca, 0; Naval, 0.

Sábado 8 de diciembre.— El Morro.

Desde este religioso día, la famosa trilogía Talca, París y Londres, se ha transformado en: Talcahuano, París y Londres, por obra de

este empate conseguido por "N". Hazaña porque durante el transcurso del Torneo Profesional del 56, el club negri-rojo "Piducano", había llegado a convertir su defensa en la más solvente. Pocos, escasos goles se le habían conseguido marcar.

Nuestro conocido Néstor Bello, reviviendo los días de sus buenas campañas de Audax Italiano, José Campos, completando sus servicios iniciados en Colo Colo; Rigo, confirmando los antecedentes de buen jugador con que viniera precedido de Argentina y Behrend asombrando con su seguridad de recursos se plantaron en El Morro a parar la ofensiva nava ina. Lo consiguieron y no tuvieron goles en contra, pero también Guerra,, Torres, Leal y Aedo amarraron a los artilleros talquinos e impidieron goles. Fueron noventa minutos de duelo defensivo.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

ROSE VICTORIA 1871-1880

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

ALLIANCE PARIS & LONDON

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

DE AYER A HOY

Balace de ocho años.

Un nuevo peldaño: el profesionalismo.

Miradas escogidas.

DE AYER A HOY

primer
los pu
minera
mos co
Aquí, l
de triu
ha ven
ria dep
la cual
Tras el
un lin

instituc
brillant

y el ca

nada a
pirar su

N
poco na
dos. Ta

E
gún rin
narios o
y form
capa de
tributo
Talcahu
muerto.

S
gestos r
aún sab
tar al p
entre lo
exitosa

¿E
puesta e
zo de la
dadas a
cancha.
ciación
ciertos p

Pe

BALANCE DE OCHO AÑOS

Y bien, ocho temporadas han pasado y pasa una novena desde aquel primer Regional. Miles y miles de emociones han sabido las canchas de los puntos adyacentes al gran Concepción. Miles de voces ciudadanas, mineras, infantiles han alentado colores favoritos. Tres campeones hemos conocido: Naval, Huachipato y Serrano. La hora de las cosas llega. Aquí, la de poner punto final a una historia cuya trama fué, la sucesión de triunfos y grandezas de una institución deportiva que con el tiempo ha venido a convertirse en la forjadora de los últimos trazos de la historia deportiva regional. Es ésta la hora del Inventario, o sea, la hora en la cual se determina la existencia inicial, las adquisiciones y el saldo. Tras el Inventario el Balance nos dice la pérdida o la ganancia. Es éste un lindo y solemne momento.

¿Qué teníamos al empezar el año 49? Naval, cinco años de vida institucional, casi veinte como Asociación y un pasado confundido en el brillante del fútbol chorero.

¿Qué se ha adquirido en nueve años?; triunfos, honores, laureles y el cariño de un puerto.

¿Y qué nos queda? Un prestigio invaluable y una historia destinada a ser con el tiempo, espejo ante el cual acudirán legiones para inspirar sus días de progreso.

No digamos que parece mentira el tiempo pasado porque resulta poco natural, pero en cambio hablemos de años exhaustivamente vividos. Tanto que lograron transformar un ambiente casi muerto.

El binomio Talcahuano y la zona parecían tener arrumbado en algún rincón un gran baúl conteniendo los arrostos de grandes escenarios deportivos año 20. El Morro, donde se habían representado tantos y formidables dramas futbolísticos, escondía su existencia bajo espesa capa de telas de araña. Los hombres, los actores habían, unos pagado tributo a la tierra y los otros al paso del tiempo. Sin teatro y sin elenco, Talcahuano y la zona eran todo quietud. Todo dormía, pero no habían muerto. Faltaba nada más que la mano de un director.

Surgió Naval y el todo cobró vida. Mano maestra la suya no tuvo gestos ni ademanes vacilantes. Desde un comienzo en su papel rector, aún sabiendo en el camino, amplificó su labor porque a más de despertar al puerto, hubo de sacudir el sueño de toda la zona. Por eso estuvo entre los 17 innovadores que en abril de 1949 pusieron en escena la hoy exitosa obra. "Campeonato Regional".

¿Ha mejorado el fútbol zonal después del 49? La inmediata respuesta es sí. Si por la misma razón que en el fútbol chileno; el reemplazo de la lucha libre por la lucha organizada, por las nuevas funciones dadas a los hombres y por los sectores que se les han asignado en la cancha. Otras razones existen además, pero sujetas a la parcial apreciación personal, al análisis de ciertas instituciones, ciertos nombres y ciertos puntos de vista.

Podemos sin embargo, eludiendo lo definitivo, describir las nue-

vas realidades conocidas: benéfica influencia de los jugadores profesionales traídos en los primeros tiempos; contratación de entrenadores; ampliación de estadios; institución del sistema de socios, incorporación de nuevas plazas, natural eliminación de las instituciones inestables, transformación del concepto fútbol de, simple ejercicio físico a bienestar social en nuestro mundo industrial.

UN NUEVO PELDAÑO: EL PROFESIONALISMO

En cada temporada de receso en nuestro fútbol, se han elevado voces para criticar la constitución imperfecta del Campeonato Regional. En muchas ocasiones amenazó la crisis, los anuncios de retiro, tanto de uno como de varios clubes. Se recordará cómo las asociaciones de la costa, los penquistas y hasta los mineros pretendieron independencia. Podríamos decir con seguridad que, todos estos intentos persiguieron el negativo camino ante la impotencia de desplazar al club del Apostadero de su privilegiada situación. Olvidaban que para librarse de un mal el mejor remedio es emplear armas superiores y no dividir las fuerzas.

Ahora en un plano de estricta verdad, nadie puede discutir que la institución llamada Campeonato Regional ha realizado en nuestra zona una obra de pesada estructura, desconocible sólo a la luz de la más grande de las injusticias. Ciertamente porque con la continuación de los antiguos campeonatos penquistas y los de cada pueblo cercano en particular, estaríamos ahogándonos en un hermoso pero heroico amateurismo.

Podemos ir más lejos diciendo que esas voces de crítica no patentizaban otra cosa que el clamor por algo nuevo, algo que reemplazara al vigoroso descubrimiento de hace nueve años, a la revolución del 49, al experimento que permitió una vez —1952— a uno de sus frutos —Naval— ser la voz de Chile en el extranjero.

Y es verdad porque las bodegas donde se han ido almacenando las cosas adquiridas en estos nueve años transcurridos, están repletas. Repletas de materia prima con valor en oro para lograr una transformación que ya se impone en nuestro medio: el profesionalismo.

Imagino perfectamente el asombro de quienes van a leer estas líneas atrevidas, pero en descargo digo que no es mucho el esfuerzo que se necesita para fundamentarlas. Y el principal argumento que surge es el hecho de que ya se han perdido en los seleccionados nacionales los servicios de muchos futbolistas por el solo hecho de estar participando en el fútbol regional y no en el profesional.

Ernesto Saavedra de sus buenos tiempos, años 53 al 55, tras la madurez de varias temporadas, hubiera vestido con dignidad los colores de la selección por la suma de capacidad, personalidad propia, las armas proporcionadas por el buen ambiente futbolístico nuestro y por la falta de valores que los conjuntos nacionales han evidenciado en las puntas de ataque últimamente.

Además no se trata de que hayan sido 20 o 30 los jugadores desaprovechados ni tampoco uno por cada puesto. Dos o tres solamente y en

aquellas plazas débiles. Los casos de Bello, Vera, Cárcamo, Rodríguez, Carrasco y Astorga están probando que los jugadores salidos del Regional son capaces adaptarse inmediatamente al ambiente rentado.

Es Concepción y la zona, por razones de ubicación geográfica y concentración de población, la única indicada para dar nacimiento a una nueva asociación profesional. Suficientemente separada de la capital, luce independencia de su órbita y la extensa red Chillán—Temuco, integrada a su dominio.

Si la comparación es permitida el camino debe ser el mismo, seguido por Sao Paulo en Brasil; lograr establecer un paralelo con la capital del país. Allá con Río de Janeiro, aquí con Santiago.

Ha llegado la hora de probar que la distancia que nos separa de Santiago es estrecha, futbolísticamente hablando. De demostrar que las provincias tienen capacidad creadora.

Un club por ciudad, vale decir, uno Concepción, Talcahuano, Tomé, Penco, Lota, Schwager, Chillán, Los Angeles y Temuco sumarían nueve factores y nuevas plazas, sin perjuicio que Talcahuano y Concepción que han demostrado capacidad para más actuaran con dos o tres, contando con clubes de arrastre indiscutible como Naval, Huachipato, Vial. Una División de Ascenso establecida desde la misma partida, lista para recibir a todos aquellos clubes con aspiraciones de futuro constituye junto a la vigorización de las plazas y equipos la base para cualquier idea o plan que se intente.

Nacen estas especulaciones inspiradas por la fuerte corriente que se ha levantado en Concepción encaminada a lograr el ingreso de una selección suya en el Campeonato de Ascenso de la zona central.

Nacen serios temores al saber este paso, porque existen grandes razones económicas en oposición. Ejemplos: sabemos que son contados los conjuntos profesionales que logran despertar interés en sus visitas a esta zona, ¿podrá despertar alguno un conjunto de Ascenso?, ¿De ocurrir ello, bastaría con las recaudaciones para financiar los subidos gastos de transporte al Deportivo La Serena o al Unión Calera, al Transandino de los Andes?

Concepción debe seguir el camino de Naval que, en varias oportunidades en que se le ha insinuado su ingreso al profesionalismo demostró comprender el papel suyo dentro del fútbol aficionado regional; contribuir a su progreso.

UNA POSIBILIDAD PERDIDA

México fué escenario en marzo de 1955, de los II Juegos Panamericanos. Chile estuvo presente en la justa con una delegación de rendimiento excelente en casi todos los deportes. Casi todos porque no estuvo el fútbol. Fué una valiosa oportunidad perdida, lo probó posteriormente Naval venciendo a austriacos y uruguayos. Será difícil en la historia del amateurismo nacional encontrar disponible, otra vez, a un con-

junto íntegro de arquero a wingers al cual poder cambiarle la camiseta de club por la de los seleccionados nacionales sin riesgo al fracaso.

No llevar a Naval a Méjico significó desaprovechar el excelente conjunto formado en tres temporadas —51 al 53— y que había adquirido conciencia de su valía nacional como internacional; fué una negación que la dirigente nacional se hizo a sí misma, fué botar los dividendos de Helsinki. No se puede negar la mala fortuna del club navalino en las veces que Chile ha debido contar con sus honrados servicios: primero en los Juegos Olímpicos de Finlandia, se le desmembró sin plan ni tiempo y después no se le utilizó en los Juegos Panamericanos de México.

Agosto de 1954, había sido el mes señalador del posible viaje, y la Asociación Nacional de Fútbol Amateur (ANFA), la creadora de la idea al anunciarlo en una reunión a la cual asistió el presidente de la institución porteña, don Leonardo Reiman G.

Dos encuentros habrían de celebrarse si entre Naval y el seleccionado de La Serena, varias veces campeón amateur chileno, a manera de prueba, encuentros a jugarse uno en cada localidad sede. Por razones económicas los marinos deberían jugar contra la selección de Coquimbo luego de enfrentar a los rojos serenenses. Sin embargo ante el hecho cierto de estar el conjunto marinerero, excesivamente jugado —temporadas 51, 52, 53 y 54, Colo Colo, Helsinki, conjuntos profesionales— pusieron sus dirigentes una condición que de cumplirse anulaba el segundo partido: ella fué conseguir medios propios de movilización. Aceptó la ANFA y Naval alcanzó hasta el Estadio La Portada el 5 de diciembre de 1954 en transportes facilitados por la aviación naval. Ganó 2—0 y al día siguiente regresó. Había cumplido, quedaba entonces que La Serena llegara hasta el Morro para realizar el segundo de los partidos. No llegó y en su reemplazo lo hizo un castigo de seis meses a la Asociación Naval suspendiendo sus actividades y de nueve para sus dirigentes.

Fuó tenso el ambiente creado por la situación descrita, pero como posteriormente el castigo quedó sin efecto dediquemos la pluma a patentizar las valiosas reacciones que en el puerto, la zona y la capital se promovieron como eco.

El castigo privaba al Regional —segundo torneo en importancia en el país— de su campeón, y al primer puerto militar de Chile, de sus funciones dominicales. Talcahuano no lo aceptó y por eso Santiago hubo de recibir un enviado suyo, costeadó el viaje por la “hinchada navalina”, quien muy bien se encargó de poner en antecedentes a todo el mundo. Se hizo eco la prensa capitalina del asunto y tanto los vespertinos como los diarios de la mañana, dejando a un lado las diferentes interpretaciones de la medida, alegaron por una pacífica solución del impasse.

“Estadio”, la más autorizada publicación deportiva nacional, en el editorial de su número pascuero 1954, el 606, dijo cosas justas que utiliza como testimonio esta historia:

...“La Asociación Nacional de Fútbol Amateur ha sancionado, por

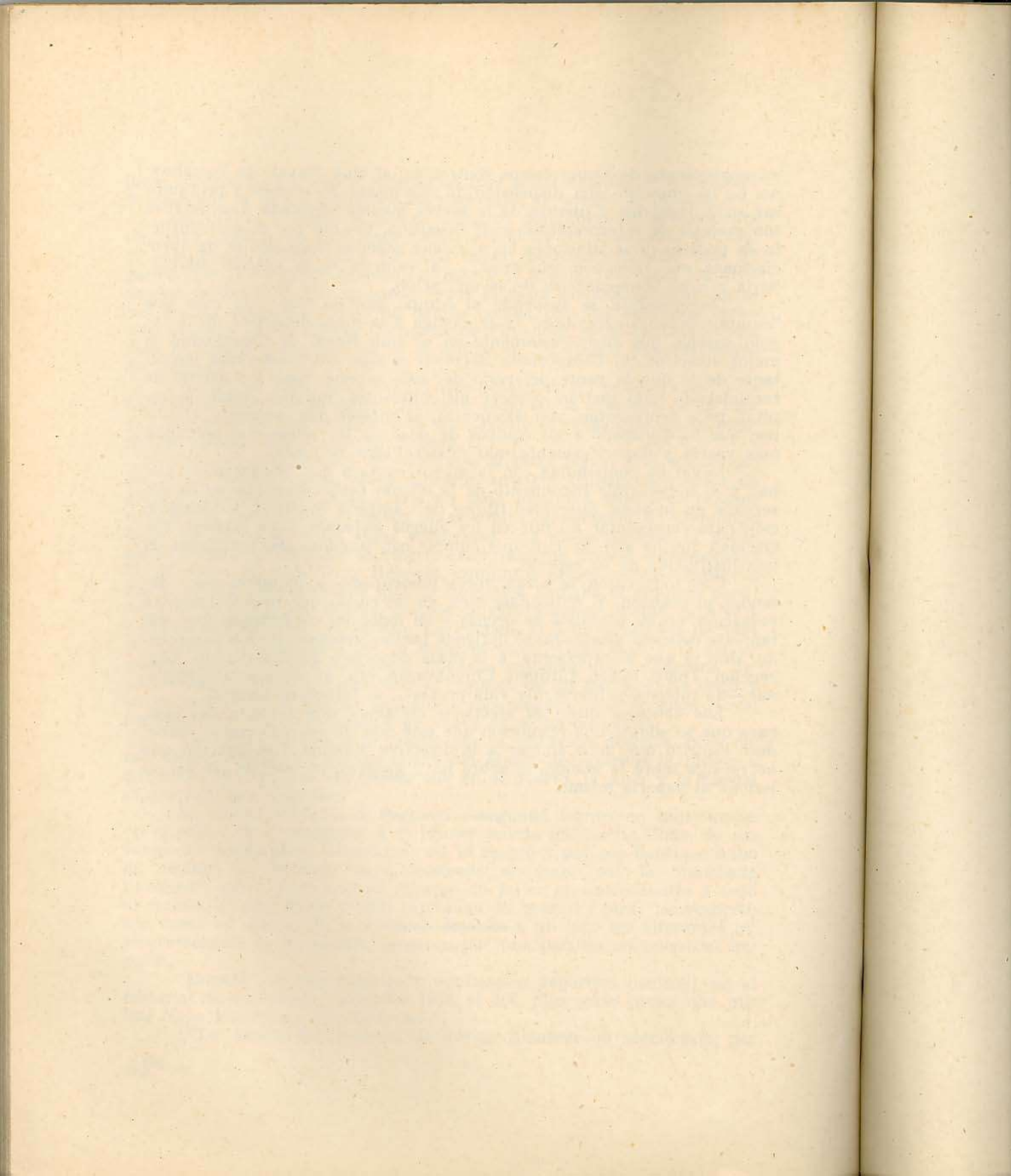
incumplimiento de compromisos contraídos, al club Naval, de Talcahuano. Le ha impuesto una suspensión de seis meses. No vamos a profundizar en la legalidad y justicia de la severa medida adoptada. Los detalles son materia de interpretación y de discusión, hay de por medio conflicto de poderes, precipitaciones en el juicio, aspectos susceptibles de apreciaciones, etc. Debemos referirnos, sí, al espíritu de la sanción disciplinaria y a las consecuencias de su aplicación.

Directamente, se suspende al equipo que no hizo otra cosa que "cumplir órdenes superiores", y se castiga a la masa deportiva de la región sureña, que tiene justamente en el club Naval de Talcahuano la mejor atracción. El Campeonato Regional es algo muchísimo más importante de lo que la gente del resto del país supone. Esos \$ 5.700.000 de recaudación total podrán parecer insignificantes, mirados desde la capital, pero representan, con elocuencia, el interés que despierta el torneo que ha agrupado a los equipos de una de las zonas más pobladas, más vastas y deportivamente más desarrolladas del país.

Naval ha contribuido con la mayor cuota a ese "bordereaux" global, y al indiscutible incremento de la afición futbolística que se ha observado en la zona. Sus cinco títulos de Campeón Regional, su designación para representar a Chile en los Juegos Panamericanos, indican con claridad que ha sido un club que cumple con largueza las finalidades de una institución de su especie.

Con toda razón se alzan voces preocupadas e inquietas para defender su posición. Y, entiéndase bien, en las cartas que llegan a nuestra redacción, en los artículos de prensa y en todos los comentarios que tratan este delicado asunto no se defiende particularmente al club sancionado, sino lo que él representa: a la masa deportiva de Talcahuano, Concepción, Tomé, Penco, Lirquén, Chiguayante, etc., al Campeonato Regional —de robusta e interesante vida propia—, al fútbol, en general.

Los elevados intereses afectados reclaman una revisión del caso, para que se adopte una resolución que esté más de acuerdo con el verdadero espíritu que debe animar a la directiva máxima. Una sanción que no recaiga sobre la afición, ni sobre los jugadores, porque, de ser así, se lesiona al deporte mismo..."



CAMPANA CAMPEONES REGIONALES

CAPITULO SEXTO

LA ESTADISTICA AL SERVICIO DE UN CLUB

CAPITULO SEXTO

LA CIUDAD DE MEXICO EN 1565

CAMPAÑA CAMPEONES REGIONALES

SERRANO

1950

LORD	3-2	3-2
PAMPARINO	5-0	—
UNIVERSITARIO	4-1	5-4
SAN VICENTE	14-1	—
SCHWAGER	3-0	5-2
LOTA	4-0	3-3
GENTE DE MAR	3-0	2-0
FIAP	1-0	3-1
NAVAL	4-1	3-2
VICTORIA DE CHILE	3-0	—
WERNER	2-0	4-2
INDUSTRIAL	7-5	—
VIAL	0-1	2-1
MINERALES	2-3	1-1
FANALOZA	1-3	1-1
VIPLA	0-0	0-0
COQUIMBO	3-3	1-1
CAUPOLICAN	2-2	4-1

HUACHIPATO

1956

NAVAL	3-3	2-1
FANALOZA	1-1	1-0
SCHWAGER	1-2	3-1
VIAL	2-1	5-1
VIPLA	2-0	2-1
LOTA	4-1	1-0
SAN VICENTE	0-1	0-1
CAUPOLICAN	3-1	2-2
FIAP	4-3	1-1
SERRANO	1-2	4-2
LORD	1-2	4-1
UNIVERSITARIO	2-1	2-1

N A V A L

	1949	1951	1952	1953	1954	1955						
VIPLA	2-1	2-0	4-1	4-1	1-0	4-3	4-2	2-0			3-1	3-0
FIAP	3-2	1-5	2-0	7-2	3-0	2-1	3-2		0-2	1-1	4-1	3-2
LORD	4-0	2-1	2-0	0-0	3-2	2-1	4-1	2-2	1-1	0-0	4-1	5-2
COQUIMBO	6-3	3-4	4-1	4-1			2-0	6-3				
WERNER	4-2		0-1	2-0	5-0	2-2	7-1					
SERRANO	4-1	3-0	3-1	2-3	2-0	2-2	2-3	1-1	2-2	2-1	0-1	2-0
UNIVERSITARIO	7-1	5-1	3-1	7-0	4-2	3-1	3-2	1-2				
GOLD CROSS	4-0											
GENTE DE MAR	2-1		1-0	3-0	1-0	0-0						
F. VIAL	4-1	1-0	4-2	0-0	3-1	2-1	1-3	2-1	2-1	1-1	3-0	4-1
MINERALES	6-1		3-2	2-1	3-0	1-2	1-3	2-1	2-0	1-1		
INDUSTRIAL	4-1											
V. DE CHILE	3-1	5-2										
CAUPOLICAN	2-5	2-1	1-3	3-1	3-0	1-0	2-0	3-2	3-0	4-0	1-1	2-1
FANALOZA	1-1	1-2	3-3	1-1	2-1	3-0	3-3	2-2	5-2	2-2	3-0	2-1
PALACIOS				4-1	3-3							
SAN VICENTE				3-0	4-4	3-1	0-2	1-0	1-0	4-1	4-2	
SCHWAGER		8-2	4-3	1-0	3-0	2-1	6-1	2-0	1-1	3-3	4-1	
LOTA		5-0	6-0	3-0	0-0	3-0	4-2	1-0	4-2	3-1	3-1	
HUACHIPATO							1-0	2-0	2-2	3-2	1-1	5-2
PAMPA		6-1	3-0									
GALVARINO	1-1											

T A Q U I L L A S

CÁMPEONATO REGIONAL AÑO A AÑO

1949	\$ 2.188.505.—
1950	3.730.588.—
1951	4.381.608.—
1952	3.540.762.—
1953	4.677.954.—
1954	5.288.746.—
1955	8.683.925.—
1955	16.347.245.—

RANKINGS DE JUGADORES, TEMPORADA A TEMPORADA

AÑO 1949

Arqueros

Montenegro, Serrano
Roa, Naval
Lovera, Lord
Azola, Caupolicán
Vergara, Fanaloza

Backs wing

Fierro, Serrano
Avilés, Fanaloza
Ramírez, Fiap
Nourdin, Vipla
Barros, Vial

Backs centro

Bello, Caupolicán
Roa, V. de Chile
Cortéz, Fanaloza
Jiménez, Lord
Cruz, Vial

Halves derecho

Aguayo, Fiap
Beiza, Caupolicán
Vargas, Fanaloza
Henríquez, V. de Chile
Apablaza, Naval

Centro medio

Palacios, Fiap
Arévalo, Universitario
Herrera, Caupolicán
Vera, Fanaloza
Rojas, Serrano

Halves izquierdo

Arévalo, Serrano
Guerrero, Caupolicán
Gómez, Fiap
Leal, Naval
Mondaca, Fanaloza

Puntero derecho

Piñero, Fanaloza
E. Saavedra, Naval
Núñez, Serrano
Montecinos, Caupolicán
E. Sanhueza, Fiap

Interiores derecho

Quintana, Caupolicán
Velásquez, Serrano
Quezada, Naval
Godoy, Vial
Fariás, Fiap

Centros delantero

Albornoz, Serrano
Pillado, Naval
Walton, Fanaloza
Aguilar, Caupolicán
Poblete, Vial

Interiores izquierdos

Medel, Vipla
Vera, Serrano
Gatica, Caupolicán
R. Saavedra, Naval
Cafiulao, Fanaloza

Punteros izquierdo

Castro, Coquimbo
Weber, Naval
Silva, Fiap
Zúñiga, Universitario
Sierra, Vial

AÑO 1950

Arqueros

Miranda, Caupolicán
Silva, Schwager
Lovera, Lord

Zagueros izquierdo

Avilés, Fanaloza
Rojas, Serrano
Nourdin, Vipla

Backs centro

Bello, Caupolicán
Jiménez, Fiap
Montecinos, Lord

Zagueros derecho

Barros, Vial
López, Lord
Bravo, Serrano

Halves derecho

Vera, Fanaloza
Cabral, Serrano
A. Alarcón, Schwager

Halves izquierdo

Herrera, Caupolicán
Gómez, Fiap
Arévalo, Serrano

Punteros derecho

Piñero, Fanaloza
Saavedra, Naval
Bedoya, Universitario

Interiores derecho

Cárcamo, Lord
Balbuena, Fanaloza
Vera, Serrano

Centros delantero

Albornoz, Serrano
Sepúlveda, Vial
Vásquez, Fanaloza

Interiores izquierdo

L. Rodríguez, Serrano
Fariás, Vipla
Pillado, Naval

Punteros izquierdo

Weber, Naval
Valdenegro, Lord
Contreras, Fiap

AÑO 1951

Arqueros

Miranda, Caupolicán
Roa, Naval
Lovera, Lord
Game, Minerales
Penjeam, Gente de Mar

Backs centro

Patelli, G. de Mar
Henríquez, Naval
Zamorano, Serrano
Nilo, Coquimbo
Jiménez, Fiap

Zagueros izquierdo

Leal, Naval
S. Arévalo, Lota
Barros, Vial
Guerrero, Caupolicán
Huerta, Fiap

Zagueros derecho

Nourdin, Vial
Gatica, Caupolicán
López, Lord
Lagos, G. de Mar
Molina, Vial

Halves izquierdo

Carrasco, Naval
Gómez, Flap
Beiza, Caupolicán
M. Arévalo, Lota
Palacios, Fanaloza

Halves derecho

Muñoz, Lord
R. González, Naval
Cornejo, Caupolicán
Ferrada, Vial
Lisboa, Vial

Punteros derecho

Montecinos, Caupolicán
C. González, Flap
E. Saavedra, Naval
Faúndez, Schwager
Santander, G. de Mar

Interiores derecho

Torres, Universitario
Pillado, Naval
Cañulao, Fanaloza
Muñoz, Caupolicán
Rodríguez, Serrano

Centros delantero

S. González, Naval
Aguilar, Caupolicán
Sepúlveda, Vial
Giorgi, Schwager
Bertel, G. de Mar

Interiores izquierdo

Bravo, Naval
Vera, Serrano
Oviedo, Caupolicán
Rodríguez, Schwager
Neira, G. de Mar

Punteros izquierdo

Jara, Lota
Morales, Schwager
Gajardo, Caupolicán
Rodríguez, Lord
Uribe, Vial

AÑO 1952

Argueros

Roa, Naval
Vergara, Fanaloza
Miranda, Caupolicán
Bienieck, Universitario
Game, Minerale

Zagueros derecho

López, Lord
C. Fuentes, Minerale
A. Torres, Flap
Gatica, Caupolicán
Salvia, Serrano

Backs centro

R. González, Naval
Grollmus, Vial
Jiménez, Flap
Olguín, G. de Mar
Montecinos, Lord

Zagueros izquierdo

Barros, Vial
Avendaño, Fanaloza
Lewis, Naval
S. Arévalo, Lota
Núñez, Universitario

Halves derecho

Cañulao, Fanaloza
Fariás, Lord
Alegria, Flap
L. Leal, Naval
Beiza, Caupolicán

Halves izquierdo

Muñoz, Lord
García, Naval
M. Arévalo, Lota
A. Alarcón, Schwager
Cabral, Serrano

Punteros derecho

Parra, Lord
D. Fuentes, Minerale
Faúndez, Schwager
J. Saavedra, Naval
Medel, Lota

Interiores derecho

Pillado, Naval
Rinaldi, Lord
Ramos, Universitario
Muñoz, Caupolicán
R. Leal, Lota

Centros delantero

Aguilar, Caupolicán
Contreras, Flap
Salinas, Lord
Albornoz, Serrano
Salvadores, Universitario

Interiores izquierdo

Bravo, Naval
Barraza, Vial
Rodríguez, Schwager
Oviedo, Caupolicán
Fernández, Minerale

Punteros izquierdo

Weber, Naval
Jara, Lota
Gajardo, Caupolicán
Silva, Flap
J. Sierra, Vial

AÑO 1953

Argueros

Roa, Naval
Aurenque, Serrano
Game, Minerale
Miranda, Caupolicán
Inostroza, Vial

Zagueros derecho

A. Torres, Flap
C. Fuente, Minerale
A. Torres, Naval
Espinoza, Serrano
R. Fuentes, Huachipato

Backs centro

R. González, Naval
Avilés, Fanaloza
Olguín, Universitario
Avendaño, Serrano
López, Lord

Zagueros izquierdo

S. Arévalo, Lota
Lewis, Naval
P. Avendaño, Fanaloza
G. Sepúlveda, Flap
Chávez, Vial

Halves derecho

Cañulao, Fanaloza
Muñoz, Lord
Aedo, Naval
Villagrán, Minerales
Pincheira, Caupolicán

Halves izquierdo

L. Leal, Naval
Palacios, Serrano
Murga, Huachipato
M. Arévalo, Lota
Lisboa, Vial

Punteros derecho

E. Saavedra, Naval
Zumelzú, Fiap
Torres, Universitario
Aguilera, Vial
Sáez, Lota

Interiores derecho

H. Rodríguez, Naval
Salinas, Lord
Carvajal, Minerales
R. Bravo, Serrano
Leal, Lota

Centros delantero

Vidal, Huachipato
Pillado, Naval
Rinaldi, Lord
Wenger, Fiap
H. Sepúlveda, Coquimbo

Interiores izquierdo

Barraza, Vipla
J. Bravo, Naval
Miranda, Fiap
Berthel, Huachipato
A. Muñoz, Fanaloza

Punteros izquierdo

Jara, Lota
Weber, Naval
Gajardo, Caupolicán
Deij, Minerales
Silva, Fiap

AÑO 1954

Arqueros

Roa, Naval
Pino, Fanaloza
Vergara, Schwager
Game, Minerales
Inostroza, Vial

Zagueros derecho

A. Torres, Fiap
A. Torres, Naval
Espinoza, Serrano
Chávez, Vial
C. Fuentes, Minerales

Backs centro

Avilés, Fanaloza
Guerra, Naval
López, Lord
Avendaño, Serrano
Gatica, Caupolicán

Zagueros izquierdo

Lewis, Naval
S. Arévalo, Lota
Barros, Vial
Sepúlveda, Fiap
Sepúlveda, Serrano

Halves derecho

Gmo. Rodríguez, Fiap
Cienfuegos, Huachipato
Aedo, Naval
Cornejo, Fanaloza
Salazar, San Vicente

Halves izquierdo

Astorga, Schwager
Leal, Naval
G. Rojas, Fiap
Cañulao, Fanaloza
Smith, Vial

Punteros derecho

Faúndez, Schwager
Zumelzú, Fiap
J. Saavedra, Naval
Sáez, Lota
E. Saavedra, Naval

Interiores derecho

L. Rodríguez, Fiap
Pillado, Naval
Sepúlveda, Huachipato
Guzmán, Serrano
Beiza, Caupolicán

Centros delantero

S. González, Naval
Vidal, Fanaloza
Salinas, Lord
Wenger, Fiap
Ulricksen, Lota

Interiores izquierdo

Carvajal, Fanaloza
Muñoz, Fiap
Rodríguez, Schwager
Bravo, Naval
Berthel, Huachipato

Punteros izquierdo

Weber, Naval
Deij, Minerales
Videla, Huachipato
Vera, Serrano
Parra, Schwager

AÑO 1955

Arqueros

Game, Serrano
Vergara, Schwager
Roa, Naval

Zagueros derecho

A. Torres, Fiap
A. Torres, Naval
Garrido, Lord

Backs centro

Guerra, Naval
Hurtado, Lota
Bustamante, Vipla

Zagueros izquierdo

S. Arévalo, Lota
Lewis, Naval
Zambrano, Caupolicán

Halves derecho

Cienfuegos, Huachipato
Cornejo, Fanaloza
Aedo, Naval

Halves izquierdo

L. Leal, Naval
Muñoz, Lord
Astorga, Schwager

Punteros derecho

J. Saavedra, Naval
Medel, Lota
Aguilera, Vial

Interiores derecho

Pillado, Naval
L. Rodríguez, Fiap
Sepúlveda, Huachipato

Centros delantero

S. González, Naval
Vidal, Huachipato
Luengo, Serrano

Interiores izquierdo

R. Bravo, Serrano
J. Bravo, Naval
Muñoz, Fiap

Punteros izquierdo

Villarroel, Serrano
Jara, Lota
Morales, Schwager

AÑO 1956**Arqueros**

Pino, Fanaloza
Vergara, Schwager
Hermosilla, Vial
Cifuentes, Naval
Claro, Huachipato

Backs centro

Inostroza, Universitario
Guerra, Naval
Gatica, Caupolicán
Lynch, Fiap
Avilés, Fanaloza

Zagueros derecho

Torres, Naval
Grandón, San Vicente
Astorga, Schwager
Fuentes, Huachipato

Zagueros izquierdo

Garrido, Vial
Avenidaño, Fanaloza
Arévalo, Lota
González, Huachipato
Elgueta, Universitario

Halves derecho

Vidal, Fanaloza
Muñoz, Vial
Aedo, Naval
España, Lota
Cañulao, Vipla

Halves izquierdo

Astorga, Schwager
Leal, Naval
Labra, Lord
Pincheira, Caupolicán
Gómez Rojas, Fiap

Punteros derecho

J. Saavedra, Naval
Venegas, Universitario
Villarroel, Serrano
Barahona, Vial
Tobosque, Schwager

Interiores derecho

Espinoza, Huachipato
Pillado, Naval
Rodríguez, Fiap
Cruz, San Vicente
Carvajal, Vipla

Centros delantero

Vidal, Huachipato
San Martín, Fanaloza
González, Naval
Meza, Fiap
Villalobos, Vial

Interiores izquierdo

Bravo, Naval
Sepúlveda, Huachipato
Parra, Lord
Osse, Vial
Guzmán, Serrano

Aleros izquierdo

Jara, Lota
Morales, Schwager
Estrada, Vial
Baeza, Vipla
Weber, Naval

LA SELECCION IDEAL DE CADA AÑO**1949****MONTENEGRO (Serrano)****FIERRO (Serrano) BELLO (Caupolicán) AGUAYO (Fiap)****PALACIOS (Fiap) AREVALO (Serrano)****QUINTANA (Caupolicán) ALBORNOZ (Serrano) MEDEL (Vipla)****PIÑEIRO (Fanaloza) WEBER (Naval)**

1950

LOVERA (Lord)

AVILES (Fanaloza) BELLO (Caupolicán) Barros (Vial)

VERA (Fanaloza) CABRAL (Serrano)

L. RODRIGUEZ (Serrano) VASQUEZ (Fanaloza) CARCAMO (Lord)

E. SAAVEDRA (Naval) VALDENEGRO (Lord)

1951

MIRANDA (Caupolicán)

NOURDIN (Vipla) PATELLI (Gente de Mar) LEAL (Naval)

MUÑOZ (Lord) CARRASCO (Naval)

TORRES (Universitario) S. GONZALEZ (Naval) BRAVO (Naval)

MONTECINOS (Caupolicán) JARA (Lota)

1952

ROA

(Naval)

LOPEZ
(Lord)

R. GONZALEZ
(Naval)

BARROS
(Vial)

CAÑIULAO
(Fanaloza)

MUÑOZ
(Lord)

PARRA
(Lord)

PILLADO
(Naval)

AGUILAR
(Caupolicán)

BRAVO
(Naval)

WEBER
(Naval)

1953

ROA

(Naval)

A. TORRES

(Fiap)

R. GONZALEZ

(Naval)

S. AREVALO

(Lota)

CAÑULAO

(Fanaloza)

L. LEAL

(Naval)

E. SAAVERA H. RODRIGUEZ VIDAL BARRAZA JARA

(Naval)

(Naval)

(Huachipato)

(Vipia)

(Lota)

1954

ROA

(Naval)

A. TORRES

(Fiap)

AVILES

(Fanaloza)

LEWIS

(Naval)

G. RODRIGUEZ

(Fiap)

ASTORGA

(Schwager)

FAUNDEZ RODRIGUEZ GONZALEZ CARVAJAL WEBER

(Schwager)

(Fiap)

(Naval)

(Fanaloza)

(Naval)

1955

GAME

(Serrano)

A. TORRES

(Fiap)

GUERRA

(Naval)

S. AREVALO

(Lota)

CIENFUEGOS

(Huachipato)

L. LEAL

(Naval)

SAAVEDRA PILLADO GONZALEZ BRAVO VILLARROEL

(Naval)

(Naval)

(Naval)

(Serrano)

(Serrano)

1956

PINO

(Fanaloza)

A. TORRES

(Naval)

INOSTROZA

(Universitario)

GARRIDO

(Vial)

VIDAL

(Fanaloza)

ASTORGA

(Huachipato)

J. SAAVEDRA ESPINOZA VIDAL SEPULVEDA JARA

(Naval)

(Huachipato)

(Huachipato)

(Huachipato)

(Lota)

INDICE

Dedicatoria.
Agradecimientos.
Prólogo.
Primeras Palabras.

CAPITULO PRIMERO:

<i>Epoca de Oro</i>	1
Pairo en el Puerto.	
Regionalismo.	
<i>Elogios:</i>	
Gol.	
Hincha.	
Club.	
Pichanga.	
La Hinchada Navalina.	
Los chiquillos.	
El Morro.	
Viejos Crack.	

CAPITULO DE HONOR:

<i>Helsinki</i>	25
-----------------------	----

CAPITULO SEGUNDO:

<i>Ocho regionales y Naval</i>	33
La primera gran experiencia.	
Año 1950, segundo Regional y pausa.	
Tercer Regional y un gran Naval.	
El torneo de los diez puntos.	
Una agotadora campaña en el quinto Regional.	
Grandezas del sexto Regional.	
Una estrella más: la sexta.	
1956, el reemplazo de un campeón.	

CAPITULO TERCERO:

<i>Grandes incursiones</i>	65
Punta Arenas la primera.	
La segunda: Santiago.	
El suceso Angol, la tercera.	
Viña del Mar, la última.	
Extra Incursión navalina.	

CAPITULO CUARTO:

<i>El hombre en Naval</i>	97
Lista de Honor de Dirigentes.	
Elogio al jugador.	
Un isleño en Naval: Domingo Pillado.	
Un predestinado: Isaac Carrasco.	
El progreso de una vida: Manuel Roa.	
Un hombre del novecientos dos y tanto: Amadeo Silva.	
Un veterano con cara de niño: Arnoldo Weber.	
Lenguado, hombre de leyenda: Ernesto Saavedra.	
Un chueco bueno: Ramón Quezada.	
Chepe García: José García.	
De la línea de acero: Guillermo Riveros.	
Un soldado desconocido: José Sandoval.	
Pinga: José Bravo.	
Un negro sewelino corredor: Hernán Rodríguez.	
Zoque: Sergio González.	
Chancharra: Luis Leal.	
Caballito: Raúl Aedo.	
Cara de cueca: Antonio Torres.	
Condorito: Eduardo Lewis.	
Sangre de horchata: Rubén González.	
El niño Angol: José Saavedra.	
El sucesor: Luis Guerra	

CAPITULO QUINTO:

<i>Sucesos navalinos</i>	165
Doble invictez ante Audax	
La última mirada.	
La gran revancha.	
Cuarenta y cinco minutos inolvidables.	
Temporada extraoficial anterior al Regional VI.	
Una Academia que no lo fué.	
Un golazo y un autobús en panne.	
Negro el trece.	
Una temporada trascendental.	
Mate amargo a las visitas.	
Dos a cero en La Serena.	
Marinos cerca del Teniente.	
Cinco navalinos en Buenos Aires.	
Hermoso 17 de Septiembre.	

DE AYER A HOY:

<i>Balance de ocho años</i>	197
Miradas escogidas.	
Un nuevo peldaño: el profesionalismo.	

CAPITULO SEXTO:

<i>La estadística al servicio de un Club</i>	205
--	-----

CAPÍTULO CUARTO

CAPÍTULO CUARTO

En el presente capítulo se describen los
 aspectos más importantes de la
 economía chilena durante el período
 comprendido entre 1950 y 1955.
 Se analizará el comportamiento de
 los principales sectores productivos,
 así como el nivel de actividad
 económica y el estado de las finanzas
 públicas y privadas.

CAPÍTULO CUARTO

Este capítulo se divide en tres partes.
 En la primera se describe el
 crecimiento económico y el nivel
 de actividad durante el período
 analizado. En la segunda se
 analizan los principales sectores
 productivos y su contribución al
 producto interno bruto. En la
 tercera se estudia el estado de
 las finanzas públicas y privadas.

DE VIDA A HOY

El presente capítulo describe el
 desarrollo económico y social
 de Chile durante el período
 comprendido entre 1950 y 1955.
 Se analizará el crecimiento
 económico, el nivel de actividad
 económica y el estado de las
 finanzas públicas y privadas.

CAPÍTULO CUARTO

Este capítulo describe el
 desarrollo económico y social
 de Chile durante el período
 comprendido entre 1950 y 1955.
 Se analizará el crecimiento
 económico, el nivel de actividad
 económica y el estado de las
 finanzas públicas y privadas.

EXTRA CAPITULO

LIMA

Al 14 de julio, este libro estaba impreso aunque sin encuadernar. Por eso pudo el autor incluir este último suceso navalino.

Espera no haber atentado contra la unidad de la obra.

EXTRA CAPITULO
LIMA

Al 14 de Julio del año 1880 se celebró en el
salón de sesiones del ayuntamiento de Lima una
sesión pública para discutir el proyecto de
reforma de la constitución de la república
de Perú.

ta. N
ños s
cífico
ma.
rican
tiva

Asoc
una
de de
prese
flicto
señal
Lima

vió a
En H
un 14

requi
do ac
so. E
zar l
anhel
desde

gos d
llo pa

esta i

y Ern
camp
para
habia
dio d
junto
les, e
bol re

L I M A

1957, julio. La Federación Peruana de Fútbol Amateur tenía fiesta. Nada extraordinario para nosotros los chilenos, regionalistas y porteños si no hubiera extendido una invitación para que sus vecinos del Pacífico enfrentaran a un seleccionado suyo en el Estadio Nacional de Lima. Este gesto tendrá que agradecerlo el balompié aficionado sudamericano todo, porque a la par de haberse constituido en la primera iniciativa concreta, produjo resultados indiscutidamente positivos.

Ahora bien, a este lado de la Línea de la Concordia, la ANFA, Asociación Nacional de Fútbol Amateur, nuestro máximo organismo, una vez recibida la tarjeta de invitación, se encontró con el imperativo de designar once defensores deportivos de la Patria, once capaces de representar con honor al fútbol romántico, sin sueldos, primas, poses y conflictos. Por ello miró en Santiago, avistó hacia el norte y sur y terminó señalando un punto semi-austral; Talcahuano. Después gritó: ¡Naval a Lima!

¡A la orden! se respondió desde el puerto militar.

Así, después de casi 5 años justos, Naval, bravo de un puerto, volvió a ser Chile. Solamente 2 días faltaron para los 5 años matemáticos. En Helsinki, Naval jugó un 16 de julio ante los egipcios, en Lima lo hizo un 14 de julio ante los peruanos.

Repetición posible porque los navalinos han seguido reuniendo los requisitos exigidos a los defensores deportivos de la Patria. Naval ha sido aquel arbolito un día plantado lleno de esperanzas por un fruto sabroso. Esa plantita que se fué esbelta y fina, pero siempre recta hasta alcanzar la altura que hoy, de tronco robusto le muestra ofreciendo el fruto anhelado. En los nueve años de crecimiento progresivo suyo — hablo desde el 49 — no se ha perdido un minuto.

Público, hinchas, ciudadanos de la hora presente habéis sido testigos del hermoso madurar de un fruto, de uno que en el futuro será orgullo para las nuevas generaciones del deporte.

Urguemos ahora en los detalles derivados de la aceptación que, a esta invitación, hiciera el Club de Deportes Naval de Talcahuano.

La designación no llegaba en el mejor momento. Retirados Weber y Ernesto Saavedra, emigrado Lewis al profesionalismo, la médula de 4 campeonatos se había debilitado. Pero en cambio sobaban antecedentes para pensar en la capacidad del instituto porteño. Los nuevos hombres habían alcanzado a reunir una experiencia equivalente al resto, por medio del fenómeno de haber nacido a la sombra de los retirados. El conjunto además era un mostrario de figuras nacionales como internacionales, en el campo amateur se comprende, y continuaba en la cima del fútbol regional.

¿Dónde encontrar condiciones tan ideales para la formación de un cuadro seleccionado?

Tomada ya la responsabilidad, los directivos se pusieron en campaña para encontrar los refuerzos en un ataque que mostraba como única debilidad, su falta de punteros. La zona entonces dijo presente, y por ello, tres defensores de Huachipato pasaron temporalmente a servir en Naval: Mario Vidal, centro, scorer de la temporada 57 hasta ese momento; Víctor Sepúlveda y José Espinoza, ambos entrealas. Curioso porque se necesitaban punteros y se echaba mano a entrealas y un director de ataque. Pero la dirección técnica de Naval sabía mucho y nada más.

En los primeros días de julio se concentró el plantel completo en las instalaciones de la Escuela de Torpedos, se hizo viajar desde Valparaíso a un puntero del Naval de allí y finalmente, aunque con escasas prácticas de cancha por culpa de las lluvias, el miércoles 10, se les hizo entrar a El Morro, a todos, vistiendo la camiseta roja de los seleccionados chilenos. Cuando todo estuvo listo para el match de prueba y despedida, a jugarse con Huachipato, la delantera nacional se vió formada por Pillado en la punta derecha haciendo ala con "Pinga" Bravo, al centro Mario Vidal y en la otra ala, Sergio González con Sepúlveda. El partido tuvo además de las finalidades ya mencionadas, esto es, despedir al seleccionado, el recaudar algún dinero que permitiera comodidades extras en la capital del Rímac.

Se hace preciso detener la pluma narradora justo aquí para destacar dos hechos dignos. Uno, el haber sido la comentada oportunidad, primera en que un seleccionado nacional pisaba el duro suelo de "El Morro"; la otra, la trascendencia que a esta ocasión le dieron los dirigentes navalinos. En efecto, ingresados los equipos al campo con las camisetas albiazules del club formaron ante las tribunas para recibir de manos del Comandante en Jefe de la Segunda Zona Naval, contraalmirante don Alberto Khan W.; del Jefe del Estado Mayor, capitán de navío don Víctor Wilson Amenabar; del Comandante del Arsenal y Presidente de la Asociación Naval de Fútbol, don Enrique Campos Pastor, de los comandantes Aguayo y Cancino, a más del Vicepresidente de la Asociación náutica, Comandante Ricardo León Falcone, las casaquillas que les designaban como embajadores del deporte regional, porteño y navalino en tierras extranjeras. Vueltos posteriormente de los camarines con el rojo y el escudo sobre sus torsos sintieron en carne propia el honor que recibían y pesaron la responsabilidad que tomaban, mientras por todo el ámbito de "El Morro" las palabras del Comandante León desparrramaban diamantísimo valor....

... "Lucir y defender la casaca nacional para el jugador amateur es y será siempre el galardón máspreciado; porque ella representa la patria amada; desde las áridas arenas norteñas hasta las tierras australes de las nieves eternas.

...Grande es vuestra responsabilidad, pero mayor es vuestro orgullo y satisfacción de lucir en vuestros pechos esta insignia que representa a la tierra que os vió nacer. Seguros estamos, que sabréis hacer honor a tan legítima distinción. Será ella, la que os dé mayores bríos y la que os impulse a defenderla hidalgamente con todo vuestro cariño y será ella la que sacará siempre de vuestros corazones energías para cumplir dignamente con la enseña patria...

...Jugadores quedáis incorporados en la selección de fútbol amateur. Chile entero está pendiente de vuestra actuación. Sois vosotros los que caballerosamente luciréis en tierra extranjera esta casaca que se os hará entrega. Sed dignos portadores de ella, defendedla con abnegación, acordaos de la bandera de vuestra patria, que flamea siempre orgullosa y ufana, que sea ella y la letra de esa poesía que conocéis desde niños, la que os inspire en todo momento, diciéndoos: "Hijos míos, defendedme, estoy aquí".....

Esta cita que hago del discurso del Vicepresidente de la institución náutica, cumpla la misión de demostrar a Chile entero cómo Naval tomó la responsabilidad de defender deportivamente a la Patria, y permita que el aficionado nacional sepa cómo se hacen de bien las cosas en el instituto que nació al arrullo del Pacífico.

.....

Al día siguiente, el andén de la Estación ferroviaria de Concepción, cual el mejor estadio, se vió lleno de una concurrencia dispuesta a despedir a los conquistadores de gloria y fama. Penquistas y porteños confundidos en un solo anhelo: desear buena suerte al conjunto navalino reforzado. Banda, abrazos, presencia de comandantes. Un pitazo del conductor de un tren que lentamente abandona la estación mientras los compases de "Adios al Séptimo de Línea" chocan contra todas las paredes del andén. Al día siguiente Santiago, de paso en busca de Lima.

Vivimos bajo el imperio de la velocidad. Y esto hace posible al deporte extender su radio de acción. Así pudo Marlene Ahrens ir a Melbourne en diciembre de 1956 y lanzar a 50.43 metros la jabalina que le dió el vicecampeonato olímpico y una medalla de plata. Así también, el boxeador Ramón Tapia pudo ir a ganar el título de segundo hombre en el mundo en la categoría medio pesado, y otra medalla para la Patria. Así Claudio Barrientos —radicado en Concepción— y Carlos Lucas, pudieron traerse las medallas de cobre que ganan los terceros puestos. Por último, así pudo Naval y tres refuerzos almorzar en Santiago y tomar onces en Lima, el viernes 12 de julio.

Un grupo de hombres va a lanzarse a descubrir más allá del horizonte. Afortunados hombres, pues Lima está lejos de Talcahuano y de los presupuestos de cualquiera.



Delegación completa en la loza de Los Cerrillos, el viernes 12 al mediodía.

Talcahuano un jueves 11, Santiago y Lima un viernes 12. Estadio Nacional limeño la tarde del domingo 14. Ingreso de once torsos con un escudo de rojo fondo en sus pechos. Encuentro en el centro del césped con 11 morenos de albo vestir y una franja roja cruzando la casaquilla. Como fondo, cincuenta mil personas expectantes. Un club contra un país entero.

La voz del locutor de Radio Nacional de Lima trajo hasta el puerto los afanes de sus once representantes deportivos salidos en busca de suceso. Salvada así la valla de las distancias, Talcahuano y la zona dijeron ¡Gracias, progreso! Gracias por permitir el advenimiento de la radiotelefonía, por dejar a las ondas acarrear a las distancias cada gesto, cada esfuerzo que chilenos y peruanos hicieron por noventa minutos.



Este fué el equipo que oyó el pitazo del árbitro iniciando el trascendental encuentro. Este de Alejandro Torres, José Vásquez, Mario Olivares, Luis Leal, Luis Guerra, Raúl Aedo (cap.) y Amadeo Silva (entrenador), en la fila de pie, de izquierda a derecha. Este el equipo de José Saavedra, Domingo Pillado, Mario Vidal, Sergio González y Víctor Sepúlveda, en la fila de hincados. Esta es la mezcla de debutantes y experimentados en el campo internacional. Leal, Pillado y González, con Helsinki los dos primeros y Buenos Aires el segundo, formando el segundo grupo. Los demás, bisoños en su match estreno fuera de la Patria, aunque Torres, Guerra y Saavedra hubieran enfrentado equipos extranjeros en su puerto.

Primer tiempo sin goles. Empate a cero, índice, sin embargo, de la médula técnica de nuestro conjunto para los expertos limeños que no se cansaron de decirlo en el intermedio, entre tiempo y tiempo. Oportunidad de ensalzar el juego de Guerra y los desplazamientos de la ofensiva. Constante y parejo aliento del público, parejo aliento para locales y visita, aplauso para lo bueno, sin distinción de colores.

Segundo tiempo pleno de drama. Tiro libre a los 13 minutos —a favor de Chile— desde fuera de las 18 yardas, y gol nuestro, obra del ser-

vicio ejecutado por Guerra, back centro. Apretones de mano y abrazos junto al receptor casero en el puerto militar de Chile. Quizás si se podía hablar de victoria. La confianza de un gol en el segundo tiempo casi lo autorizaba. Pero..., el drama estaba por venir. Un cuadro que hace de local no se entrega ante un punto en contra sin ensayar primero, todos los recursos. Cincuenta mil almas alentando producen cualquier milagro. Así, desde el gol, nadie de los rojos pudo hacer nada tranquilo. Constante amenaza de los rivales por arrasarlo todo. Amenaza concreta en el caso de la lesión del arquero Olivares que, convertido en infundidor de confianza para sus compañeros, hubo de salir, sobre una camilla, del estadio y sembrando la incertidumbre, en cambio, en todos ante la posibilidad de haber comprometido, en el accidente, la visión de su ojo izquierdo. Schock en cada uno que produjo en todos el inconsciente afán de defenderse y proteger de ese modo al eficiente pero bisoño Cifuentes, meta de reempla-



Olivares va a detener un tiro sobre su valla. Gran marco al fondo.

zo. Y razón tuvieron porque la furia peruana tuvo su desahogo en el gol del centro delantero Nakajata. Empate. Defensa y ataque de uno y otro en lucha desesperada.

Match de fin ingrato por el descontrol de los hombres peruanos, pasado el gol de empate, pero así y todo invitador al elogio por la hom-

bría en que fué jugado. El cable sobrio de la U. P., el menos sobrio de la A. P., la radio y titulares a ancho de página en los diarios enaltecieron la jornada.

Sin embargo, porque las historias son historias y deben ser fieles con la realidad, este libro debe referirse a la mala faceta que las autoridades peruanas dieron al encuentro entre aficionados de ambos países: el empleo de jugadores profesionales en número tal, que en el césped limeño estuvieron la tarde ya ubicada, un conjunto de profesionales peruanos y el equipo de Naval de Talcahuano reforzado. Mérito extra para los nuestros que, como es lógico, se hace necesario comprobar. Camino fácil y veraz por vía de un escrito, obra de un periodista peruano. Se trata de un comentario aparecido en la seria revista semanal "Presente", de fecha 6 de julio. Como se ve, de fecha anterior al match...

"Por gestiones del presidente de la Federación Peruana de Fútbol, José Salom, se concretó un match entre los seleccionados amateurs de fútbol de Chile y Perú, para jugarse en nuestro Estadio Nacional, y posteriormente la revancha en Santiago de Chile. Los mapochinos aceptaron inmediatamente y designaron al equipo de la Base Naval de Talcahuano para que representara al amateurismo chileno en esa competencia. La Federación Peruana, por su parte, designó a Jorge Orth como seleccionador y entrenador del equipo peruano".



Dirigentes chilenos visitan al Presidente del Perú, Excmo. Sr. Manuel Prado. El primero a la derecha, es el vice-presidente de Naval, Sr. Ricardo León F.

...“El coach separó un grupo de players netamente amateurs a los que la Federación agregó otros tantos que reúnen todas las características de profesionales, para que el cuadro se reforzara convenientemente. Pero la Federación olvidó que se había concertado un encuentro entre los seleccionados netamente amateurs y no una confrontación entre un equipo que sí lo es, como el chileno, y otro constituido en su mayor parte por elementos que dejaron de serlo hace ya muchos años”.

...“No resulta explicable el propósito que alienta la Federación Peruana con esta medida. Por lo menos, la medida indica claramente el poco empeño que asiste de alentar al fútbol amateur, negándole el derecho de vestir la casaquilla nacional en esta oportunidad, al proponérsele por players evidentemente profesionales. Por otra parte, la Federación ha dejado al descubierto el propósito de obtener el triunfo de todas maneras, dejando de lado la intención primigenia de cotejar el poderío del fútbol amateur de los dos países.

...“El entrenador Orth no puede ser el culpable en esta oportunidad, del equipo que ya tiene en sus manos. Si la Federación le dice: “Ud. puede también disponer de estos jugadores... véalos y decida...” resulta fácil suponer que el coach se decidirá por aquéllos (los profesionales) dada su mayor experiencia y calidad que los netamente amateurs.

...“La constitución del equipo amateur peruano plantea desde ya un doble riesgo que resultará perjudicial: por un lado, si el equipo pierde, quedará la evidencia de que un equipo de profesionales no pudo con un rival amateur, como el de la Base Naval de Talcahuano, lo que dejará un desalentador margen para el fútbol peruano. Y, por otro, resulta, desde ya, descolorida una victoria de nuestro representante sobre el sureño, por las razones expuestas.

...“De tal manera que el match que se avecina, va perdiendo el atractivo propio de un match internacional amateur, porque se enfrentarán un lobo disfrazado de oveja y un cordero que llega mansamente para hacerle el juego”...

Sigue a continuación una lista de los jugadores seleccionados con el nombre del club profesional peruano a que pertenecían, pero lo substancial era mostrar, con la certera y valiente pluma de un colega peruano, cómo encararon las autoridades del Rimac el citado compromiso, y desde luego que, probar que “el cordero que llegaba mansamente a hacerle el juego al lobo disfrazado de oveja”, no fué tal. Más palabras sobran.

Aedo y el capitán del cuadro peruano se dan la mano, grandemente solemne el nuestro, por su debut, más sereno el limeño por su condición de local. Parecen decirse también ¡hasta septiembre, en Santiago! Aunque no, Aedo podrá cumplir, no así su rival, quien a estas alturas debe estar de vuelta al redil profesional de origen.



Después, un jueves, el 18, el nocturno que tantas veces ha traído de regreso a los nuestros, les devolvió triunfadores. Felices asomaron sus caras en la estación ferroviaria penquista, felices de poder responder a tanta fe y confianza. Felices de haber podido pagar la despedida de una semana antes. Las radios con sus grabaciones en cinta, los diarios con sus reporteros y sus Leicas pusieron el decorado que adornó la llegada. Talcahuano fué banda y desfile. Estación de gente poblando los cerros del recinto. Cerros que agitaban los pañuelos de quienes no podían bajar al plano, simpática escuelita del sector Arenal que formó al paso del convoy agitando manitos de niños alegres. Admiración sin límites. Todos de vuelta menos el héroe de la jornada —Olivares— que allá, salvó su ojo y tuvo hasta el regreso la presencia y superior compañía del “capitán eterno”, Arnoldo Weber.

Tras la mañana del jueves 18, cócteles, comidas oficiales, manteles cariñosamente tendidos para homenajear a quienes habían recogido más gloria para un puerto. ¡Salud, campeones del amauterismo chileno!

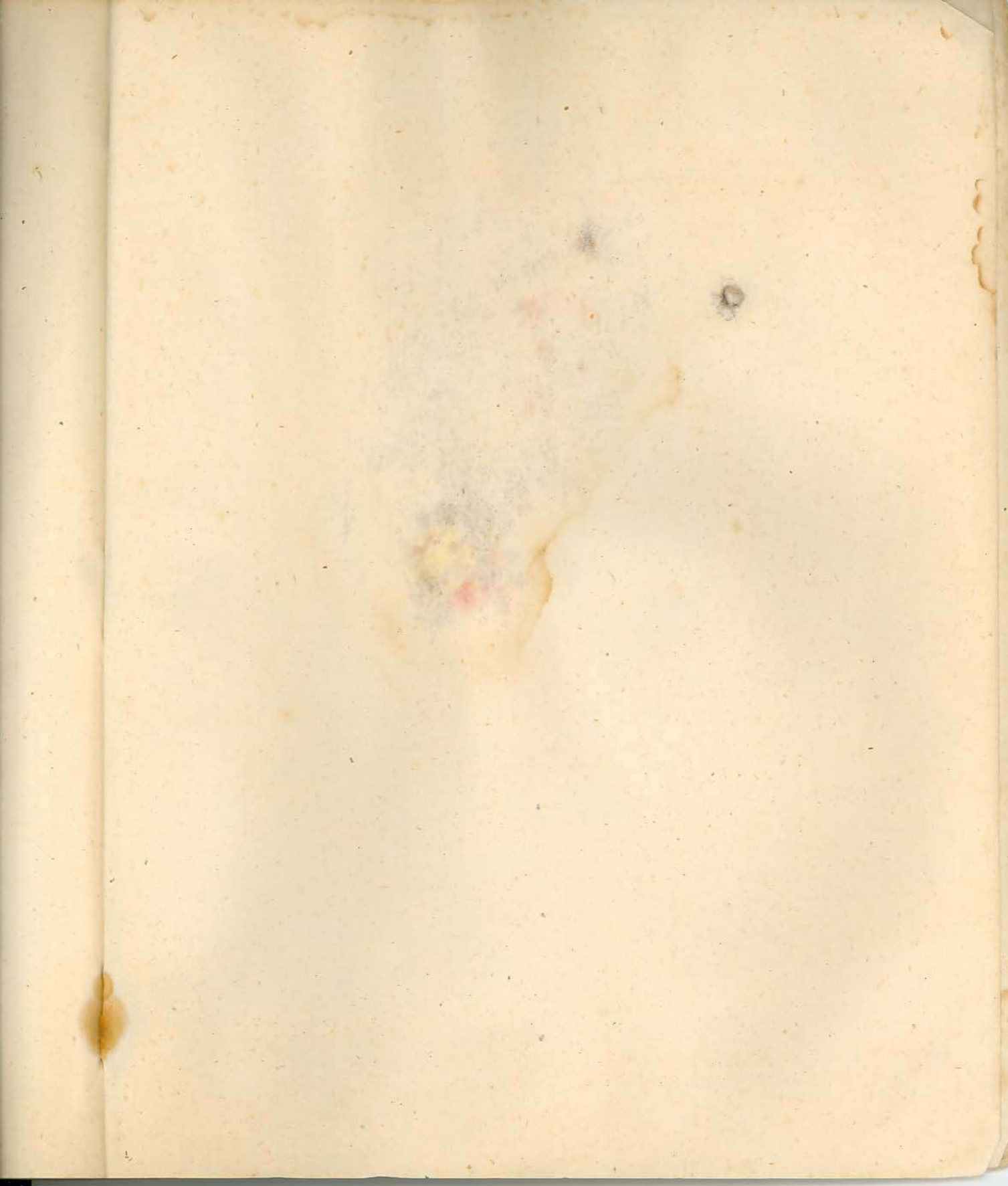
Pidamos, hinchas porteños y regionales de la hora presente que no sea este capítulo el último de una historia ya esplendorosa. Que las nuevas legiones mantengan el nivel, el fuego de la gloria capaz de hacer brillar las estrellas ya logradas y agregar aún más.

Agurto, Vásquez, Cifuentes, Sen, J. Torres, todos ustedes, y los que están junto a ustedes, tienen la palabra.

Corrigió: César Labrín.

Trabajo dactilográfico: Daniel Escalona de la T.

Es propiedad del autor
Registro N°



Helsinki 1952



Linda 1957